

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Algunas ideas
acerca de
Educación.

SEGUNDA EDICION

Decretada por la M. I. Municipalidad de Quito..

QUITO—ECUADOR
IMPRESA MUNICIPAL
1915

Advertencia.

Se publica la segunda edición de este libro en virtud de haber sido aprobado por unanimidad el siguiente informe:

“Señor Presidente:—He leído con atención la obra publicada por el Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello y que se titula “*Algunas ideas acerca de Educación*”.

Los temas elegidos son de alta importancia, el lenguaje por lo general correcto, y digna de estímulo la contracción con que el Sr. Andrade Coello ha estudiado diversos autores para ilustrar las materias de que trata en su libro.

Creo que, por las razones expuestas, el Concejo Municipal debiera dar al Sr. Andrade Coello las mayores facilidades, a fin de que en la Imprenta Municipal se publique la segunda edición de la obra en que me ocupo.

Acato, ahora como siempre, el muy ilustrado parecer del H. Concejo a quien someto respetuosamente este informe.

Quito, 2 de diciembre de 1913.

L. F. Borja, hijo”.

(Consta del N^o 26 de la “Gaceta Municipal” de Quito, correspondiente al 8 de Diciembre de 1913).



Al Sr. Dn.

Alejandro Andrade Coello.

Muy complacida y satisfecha debe estar, mi querido amigo, la asociación escolar de Santa Fe, que discernió a Ud. el honroso encargo de conmemorar en el Ecuador los altos hechos del personaje argentino, cuyo nombre es tan popular en Europa y América. Me refiero al ameno opúsculo de Ud. titulado "Sarmiento", el cual vio primeramente la luz pública en "El Tiempo" de esta capital y ha sido bien aceptado por todos los que aprecian su noble labor, informada siempre de anhelo de progreso y sincero americanismo. Envíole, por ello, mi entusiasta congratulación.

Todas las naciones sudamericanas le deben gratitud a Dn. Domingo Faustino Sarmiento; pues todas, cual más, cual menos, han aprovechado de su influencia bienhechora, de su propaganda luminosa, en orden a la educación común, base incommovible de las instituciones libres. Para confirmar lo dicho, baste recordar la Convención latino-americana sobre fomento y propagación de publicaciones útiles, de la cual fue su principal signatario en Chile; el celo de Apóstol de la niñez desplegado en su libro "Las Escuelas" y la Revista "Ambas Américas", y la

amplitud de criterio y filantropía manifestados en el Congreso Americano de Lima, a cuyos miembros propuso los medios más eficaces para desenvolver un sistema general de educación, como remedio a los males políticos y sociales de nuestras Repúblicas.

El ignorado preceptor de San Juan que presencié los delirios de la anarquía de su patria; el altivo ciudadano que no pudo soportar la tiranía de Rosas, sale de ella fugitivo, pero llevando en su cerebro el germen de redención futura. Al mismo tiempo que combate por la prensa al Nerón de las Pampas, mejora y combina sus planes de reforma escolar en los principales centros de Europa y Estados Unidos.

En la patria de Washington halla mayores elementos que confortan su espíritu sediento de luces; y el "Diario de Educación" de Mr. Barnard, que es una enciclopedia de más de catorce volúmenes, y la célebre "Historia de las Escuelas" son el arcenal de donde saca las ideas, leyes y datos que deben servir de base a la reforma de las instituciones escolares de Sudamérica.

Con razón se dijo en el homenaje, que no há mucho rindieron las escuelas públicas argentinas al Ministro Americano, Mr. Root, que Sarmiento había arrojado con recia mano, desde las márgenes del Mississipi, en las orillas del Plata, la semilla cuyos frutos se pusieron de manifiesto al ilustre viajero, Representante de sus progenitores educacionales.

Sarmiento admiró la labor del eminente Horacio Mann, cuya biografía escribió con amor, pues ambos fueron espíritus animados de los mismos ideales. Salidos de humilde origen, merced a sus propios esfuerzos conquistan una posición social elevadísima, a donde llaman a sus conciudadanos, enseñándoles con el ejemplo, que sólo la educación constituye la

VII

igualdad en las democracias. Horacio Mann corona su carrera de abogado a los veinte años de edad, y la laboriosidad que emplea en defensa de sus clientes le alecciona para luchar en el parlamento y en la prensa por el derecho y la justicia que asisten a los esclavos. La gloria de su nombre se agiganta desde que tiene por adversario en la contienda a Webster, el famoso orador de su época. Sarmiento, lucha también con igual ardor contra la opresión de sus conciudadanos, y hecho publicista en el periodismo, alcanza más tarde en la Universidad de Michigan la borla de Doctor, con que se presenta laureado a ejercer la primera Magistratura de su país. El primero desdeña las riquezas y los altos empleos de Estado por consagrarse en la oscuridad de una modesta oficina a la educación de la niñez; el segundo, por el contrario, pone en juego los resortes de su legítima ambición para subir a ellos, por lo mismo que anhela la educación de la niñez. Horacio Mann, desde la Secretaría del Consejo de Instrucción Pública es el diarista que propaga las reformas escolares y escribe doce informes, que son el evangelio de la educación común. No sólo el Estado de Massachusetts sino toda la Unión; no sólo Inglaterra, sino todas las naciones civilizadas los acogen y consideran para llevar a la práctica sus enseñanzas. Sarmiento, ha tomado sobre sí este mismo problema, y desde el Gabinete presidencial procura resolverlo fundando Escuelas Normales con profesores americanos y europeos, a las que siguen la Academia de Ciencias, el Observatorio Astronómico y las Bibliotecas populares. Horacio Mann, en acatamiento a la libertad de conciencia, juzga lógico que se dé la enseñanza religiosa en las escuelas dominicales por el Pastor de cada secta; esto no obstante, prescribe que las escuelas comunes principien diariamente sus tareas con la recitación de la oración dominical y de algún pasaje de las Escrituras, sin ningún comentario dogmático. Sar-

VIII

miento, que ejerció su acción educativa desde antes que se abriesen las puertas de su patria a la inmigración, respetó las creencias de la mayoría, y no sólo prescribió el estudio de la religión en los planteles primarios, sino que tradujo la "Vida de Jesús" para texto de lectura, y la "Conciencia de un niño", obrita italiana, a la que se acompañó el Catecismo católico. Con todo, contribuyó con una obra posterior para que en 1884 se expidiese una ley, por la que se suprimió en las escuelas la enseñanza religiosa.

El filósofo Cousin, que en comisión del Gobierno francés visitó las Escuelas Normales de Sajonia, publicó un valioso informe preconizando el plan y métodos observados en esos establecimientos. Este documento fue una como revelación para Horacio Mann y Sarmiento; pues casi al mismo tiempo concibieron la idea de fundarlos en Massachusetts y en Chile, respectivamente. Ambos tienen la gloria de ser los primeros fundadores de esta clase de institutos, indispensables para mejorar la condición de los maestros y promover su cultura. Para ello tuvo Horacio Mann el donativo de diez mil dollars de parte del filántropo Dwight, los que se duplicaron con igual erogación de la Asamblea del Estado. Sarmiento obtuvo del Presidente Dr. Manuel Montt, su protector decidido, los medios indispensables; y la Normal de Valparaíso fue una lisonjera realidad: hasta el día conserva el nombre de su primer Director.

A raíz de la muerte de Horacio Mann, la gratitud de sus compatriotas le erigió una soberbia estatua en el paseo de Boston. Lo propio ha sucedido con Sarmiento. Después de los honores que se le tributaron en Chile y Argentina, con motivo de su fallecimiento en 1888, se ha perpetuado su memoria en el bronce en Buenos Aires y en Santa Fe.

IX

En ambas Repúblicas se han promovido concursos en varias ocasiones para premiar al autor de la mejor biografía de Sarmiento; pero la más significativa manifestación que ha podido acordarse es la publicación de sus obras completas con apoyo del Gobierno argentino. Se sabe que las producciones de este privilegiado ingenio compondrán diez y seis gruesos volúmenes, siendo tres de ellos los que contengan los escritos sobre educación popular.

Por medio de sus relacionados podría Ud., querido amigo, conseguir esta fuente inapreciable para aquilatar la doctrina pedagógica de Sarmiento. A esta noble empresa puede Ud. arrimar el hombro con el mismo entusiasmo y arte con que acaba de deleitarnos, refiriéndonos los sucesos de su vida múltiple, ya que fue como escritor, soldado y educacionista el héroe legendario de todos los combates.

Y aquí viene como de molde el insinuar, una vez más, la necesidad inaplazable de fundar, adscrito a una de nuestras Normales de Quito, o en edificio separado, un Museo pedagógico, con su respectiva Biblioteca escolar. En ésta, que constaría de diferentes secciones correspondientes a las Repúblicas del Continente y a las nacionalidades europeas, tendría el Cuerpo docente la facilidad, de que carece hoy, de hacer un estudio comparativo de los métodos y procedimientos pedagógicos, consultando los trabajos de esta índole y las diferentes legislaciones escolares. A nuestra Cancillería le toca esta iniciativa, tan fácil de realizarla con el auxilio de los Cónsules y Ministros Diplomáticos que representan a nuestro país en el Exterior.

Las obras de Sarmiento son aquí desconocidas; y por lo mismo, en extremo meritorio es el trabajo de Ud., con el cual ha puesto de resalto los esfuerzos generosos de este famoso educacionista.

He tocado en esta carta algunos puntos referentes a la vida del autor de la "Vida de Lincoln", "Facundo", "Recuerdos de provincia" y de tantas otras que son gloria y ornamento de la literatura argentina, para que mi adhesión y simpatía a Ud. no se presenten tan aisladas; y luego para tener en cierto modo derecho a pedirle que la obrita de Ud., que ha ocasionado estas líneas, sea reproducida en forma de libro. Si a ella uniera Ud. "Muñecas" y "Acuarelas", que tiene en preparación, se formaría un hermoso volumen, tan útil e interesante por el pensamiento educativo y civilizador que avaloran las producciones de su bien cultivado ingenio.

Deseando a Ud. mayores triunfos literarios, tengo a mucha honra suscribirme de Ud. muy atento amigo y obsecuente servidor, que b. s. m.

CELIANO MONGE.

Quito, a 5 de junio de 1908.



"ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION"

Tal es el epígrafe del libro que por el último correo ha llegado a mi mesa de trabajo debido a la atenta cortesía de su autor, el talentoso prosador y poeta ecuatoriano don Alejandro Andrade Coello.

Andrade Coello es un joven poeta en quien la estrofa, como una canastilla de trinos, festonada con bordaduras de ensueños, sabe engastarse en el maravilloso brocado de un celaje, o bien regalarnos con la pedrería abigarrada del rocío, sobre la bandejita de un pétalo, como un racimo de minúsculas estrellas.

Hoy el poeta se nos ofrece como prosista.

Sarmiento es el título del primero de los tres opúsculos que contiene el libro del Sr. Andrade, y en el cual únicamente (por no comprometer el espacio de esta revista) paso ahora a ocuparme en estas lacónicas líneas.

Don Celiano Monge, socio correspondiente de la Real Academia Española, en Quito, congratula al autor en una carta-prólogo, haciendo ligeras reminiscencias del educacionista argentino que, con Horacio Mann, el célebre institutor de Massachusetts, le cupo la honra de implantar la enseñanza normal en América.

Sigue el Sr. Andrade en sus estudios muy de cerca al chileno Guillermo Guerra, noble jerarca del talento, dejando constancia en el opúsculo, en su zarrandear de biógrafo, hasta de las humanas pasiones de Sarmiento, de su egoísmo y de su "altivez rayana en lo increíble", que le inducía muchas veces a manejar el lenguaje de la agresión cuando le tocaba vivaquear en la lid del pensamiento. Andrade le indemniza, sin embargo, con aquello de que los genios son verdaderos neurópatas y con la expresión resobada, no por eso menos veraz, de que como humano tenía que prestar su tributo a algunas de las pasiones inherentes a la especie.

Don Faustino Sarmiento fue un gran redimido que, escribiendo la palingenesia de regeneración frente al triste prosaísmo de los hechos, supo hacerse escala del fracaso, de la ironía de la suerte un vigorizante y de los reproches y cortapisas los acicates del estímulo para llegar—como un adalid de reducto en reducto a la victoria—a la primera magistratura de su patria.

Andrade tiene amplísimo conocimiento de los sistemas educativos anglosajones, y, como una disquisición, diserta muchas veces en capítulos enteros sobre la causa de la incapacidad latina en todo orden de conquistas. Nos muestra, poniendo en jue-

XIII

go todo un pujilato de ideas, la austera educación de los nipones y los yanquis, afirmando que educar es vencer, y que en lugar de rimar llorosas elegías a la decadencia de la América latina, debemos escribir en la página virgen de nuestras montañas la epopeya grandiosa del trabajo. Muestra hechos de una verdad incommovible, sin visos paradójicos ni alucinadoras teorías. En pugna con el error—sin el exclusivismo del sectario—su pluma aparece tajante, su crítica detallada y el período del discurso como una fuerza comprimida de energías mentales, sembrado de citas oportunas.

Después vienen *Muñecas*. Esta sección del libro no es más que una clarinada de alerta contra la inopia y la intolerancia sectaria y las máximas despóticas de los rancios sistemas de educación en la mujer latina, no pudiendo el que estas líneas escribe, ni por un momento, tiznar de prevención a tal estudio, prolijo de auténticas verdades y sustancioso de pensamientos altruistas. Haciendo vivir en sus páginas la idea innovadora de filósofos austeros, sabe el autor robustecer su labor ideológica con una firme psicología empírica, cercenando defectos con la equitativa medida del pensador, aunque con el optimismo tendencioso del poeta. Como catedrático que es, combate con energía gráfica los perniciosos internados, deplorando de paso la instrucción aparatosa de la mujer latina y la preparación teatral que se despliega en las educandas para hacerlas rendir las pruebas anuales, lo mismo que el feminismo de la época, con los “martirios de la moda”, con el rango superfluo y su corolario inmediato: el déficit inminente.

Siendo el Sr. Andrade Coello predilecto tributario

del amor, aparece como un entusiasta cantor de la belleza y la virtud, monopolizando los adjetivos laudatorios al presentarnos algunas heroínas de la humanidad, y abogando porque se estimule la educación femenil, ya que, según teoría fisiológica, heredando el varón las cualidades morales e intelectuales de la madre, surgirán entonces, con tal estímulo, magníficos caracteres y cerebros vigorosos, recordándonos que "si fueron grandes los Gracos, los Catones y los Cicerones, es porque tuvieron en la familia Cornelias, Porcias y Tullias, mujeres eminentes; y que si perversos fueron Calígula, Cómodo y Nerón es por la licencia de Julia Drusila, Faustina y Agripina".

Entre tanta floración de ideas, hay detenida meditación, y aunque en esta parte como en las otras dos tiene párrafos timbrados de virilidad tribunicia, su prosa no es con frecuencia declamatoria, ni bichada de sonoridades verbales, viniendo la cosecha de una escogida lectura, que no es deficiente, a engarzarse entre la fácil trabazón de sus amables argumentos.

Las ACUARELAS son las distintas etapas de la vida del hombre. Son un continuo *SURSUM* al esfuerzo individual que tiene en la pluma del autor el pequeño bajo-relieve, como la herramienta su canto y como la dehesa cultivada su égloga. El sabe poner el halo glorioso a ese pasivo combatiente de los talleres, como a los zánganos de la colmena social el estigma de su vituperio. Ante las entidades fatuas, el golpe de su pluma se torna en dentellada, como su admiración, ante los caracteres erguidos, en plausible fauatismo.

Observemos que en estas *acuarelas* se enlazan

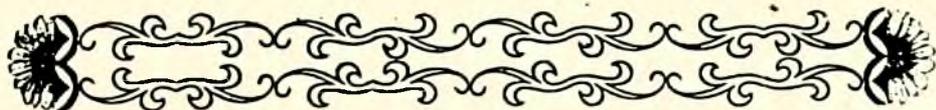
fácilmente los cuadros reales de la vida con la parte imaginativa y la bondad del colorido.

Para terminar diré, que el autor de *Algunas Ideas acerca de Educación* es noble y laboriosísimo afiliado a la vanguardia regeneradora de su país, y que, si como poeta se ha captado ya un nombre en la generación intelectual de la época, como pedagogo combativo ha puesto también su germen de redención futura en ese jirón de tierra suramericana que en la *geografía de las letras* nosotros conocemos con el sugestivo nombre de la patria de Montalvo.

JOSÉ D. MORALES.

(De la Revista centroamericana "Páginas Nuevas").





SARMIENTO

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

I

LA “enérgica bravura de la vida”, con todas sus luchas y contratiempos, no me da su consentimiento para tratar, con la extensión que está en mi ánimo, del gran educador argentino Sarmiento. Movidó de cariño hacia él, llegué a trazar algunas líneas, que se traspapelaron en seguida. Revisando más tarde mi archivo, fuí a toparme con esta a manera de Diana de las excavaciones de Icona, es decir, con el precioso nombre de Sarmiento escrito al frente de un libro del Sr. Guerra y perdido entre las ruinas

de revistas, papeles viejos, volúmenes salvados de la voracidad de las ratas, polvo y despojos de cuadernos, revueltos en una como promiscuidad de las cenizas, que diría el genio de la *Leyenda de los Siglos*.

A propósito de este Hércules del pensamiento, conservo la memoria de cierta ligera digresión, que os quiero presentar, lectores. Tenía Víctor Hugo una útil sección de apuntes que llamaba virutas: eran las impresiones del momento, las ideas fugaces, los toques rápidos que brotaban de su robusto cerebro, copiados en donde podía, a fin de que el olvido no los arrebatara con su soplo destructor. Siempre que se le venía a la memoria alguna imagen bella, ora cuando iba a descansar en brazos de Morfeo, ora en la calle, ora en sus paseos cotidianos, la apuntaba, aquel coloso de la inteligencia, en un cuaderno apropiado al caso, que nunca le faltó. Estas virutas, de las que en tierno episodio hace mención Julio Claretie, fueron de suma importancia para Víctor Hugo. Si al lado del gigante, se ha de colocar, sin pretensión ni atrevimiento, el pigmeo, para que, por el contraste, resalte más aquél, expresaré que, entre mis pobres virutas, encontré, como he referido, algunos apuntamientos acerca de Sarmiento, inspirados en la sabrosa lectura de una obra premiada con medalla de oro por el Consejo de Ins-

trucción Pública de Chile y debida a la pluma del recomendable escritor D. J. Guillermo Guerra, al que he seguido con gusto, sirviendo este autor chileno de base para algunas impresiones mías acerca de la educación en general y en particular de Sarmiento, con motivo de su biografía, en la que consta que supo levantarse a las más altas jerarquías políticas, literarias, militares y sociales, merced a su incansable actividad.

VASTO fue el teatro de acción de Sarmiento: abarcó varias naciones y principalmente Chile, simpática tierra donde pasó su juventud y a la que regresó en su vejez para aspirar el aroma de los antiguos recuerdos, y la Argentina, en la que actuó como enérgico hombre público y magistrado propagandista de la luz, que a torrentes despedía su pluma de educador y de zarandero del periodismo, a fin de limpiarlo, separando el buen grano de la paja.

SARMIENTO en su infancia saboreó las amarguras de la pobreza. Fue hijo modesto de un honrado ciudadano que, por los trances de su fortuna, recorrió el vía crucis del trabajo, siendo desde peón hasta arriero. Sarmiento, no solamente careció de las comodidades del dinero, sino también de las del estímulo que tanto necesita la inteligencia,

y de las de la educación correspondiente a sus grandes aspiraciones. No pisó en su adolescencia las aulas de los establecimientos de instrucción secundaria, menos de las universidades.

“Si hay un espectáculo triste en la vida, dice Francisco Bauzá en sus *Estudios Literarios*, es la lucha del talento contra la indiferencia pública, cuando el nivel intelectual del que emprende la batalla está tan distanciado del vulgo, que fatalmente se cierne entre regiones inaccesibles al alcance popular. Entonces sucede de dos cosas, una: o se capitula incorporándose a la turba y haciéndose perdonar la superioridad en fuerza de hablarle su lengua; o se resiste y se vive anulado, pero fiel a sí mismo, en el pedazo de mundo ideal donde no trascienden los reproches de la ignorancia”. Sarmiento resistió, y triunfó al fin, a pesar de la indiferencia y de las cortapisas que encontraba en su camino. Su espíritu innovador pasaba por todo, peleando a brazo partido contra las más groseras supersticiones, contra las más arraigadas doctrinas, hijas de tiempos de obscuras y tristes remembranzas. Fué luchador vigoroso como un romano y apóstol infatigable como un benedictino. Predicó la cruzada contra los enemigos de la ciencia y de la libertad de pensar.

II

LA colonia fué época de pobreza moral e intelectual, pero rica en los bienes materiales que proporciona el dinero. El oro andaba en muchos bolsillos: la sed del precioso metal era insaciable y no se paraba en medios. “California engendró, junto con el oro, el revólver, esto es, el arte de matar a prisa”, dice un autor americano. Recuérdese que Alonso de Barba, cura de Potosí, compuso un libro acerca del oro, obra por la que, en esos tiempos de *aurífera locura*, daban la inverosímil suma de cinco mil pesos por poseerlo y hasta mil sólo por leerlo en breves veinticuatro horas. Es constante que en los 318 años que en algunas regiones del nuevo Continente duró la colonización, lleváronse de la América española al Viejo Mundo, diez mil millones de pesos en pastas de oro y plata. El mismo autor añade, refiriéndose a la colonia: “Esa edad fue de abatimiento, de ignorancia, de catástrofes, de vergüenza y de lágrimas; pero,

al mismo tiempo, fué positivamente la “edad de oro”, porque, según Valdivia, todo el país no era sino *una mina de oro*” (1). Los padres de Sarmiento, hidalgos de solar conocido, pero muy pobres, pertenecieron a la oscura época de la colonia; mas ésta había llegado a su fin cuando el gran Domingo Faustino vino a la vida, en febrero de 1811, alumbrado por los primeros destellos de la independencia de los pueblos americanos.

HAY hombres que por sus nobles hechos se agigantan de tal modo que, con el transcurso de los tiempos y a fuerza de repetir sus nombres y sus hazañas, la posteridad les vuelve mitos. Tal sucederá con Sarmiento, acerca del cual las futuras generaciones argentinas cantarán con razón que “la crítica histórica ha sido vencida por la leyenda”.

Si hasta entonces existe la pobre cabaña del barrio del Carrascal, en lo más apartado del pueblo de San Juan de la Frontera, donde nació Sarmiento, los viajeros que se detengan a saludarla con respeto, exclamarán, llenos de entusiasmo, como los que desfilaban por delante de la humilde casita de Cogoleto, a cuyo pie refieren que existe la

(1) La edad de oro en Chile, por Benjamín Vicuña Mackenna.

siguiente inscripción; exclamarán el conjuro de su misma perennal leyenda:

“Hospes, siste gradum! Fuit
(hic lux prima Columbo.
Orbe viro majori hocce nimis
arcta domus”. (1)

SARMIENTO es el Colón argentino: descubrió un nuevo mundo pedagógico para bien de sus conciudadanos. Cuántos raudales de ilustración derramó el genio que, modesta y bondadosamente, enseñaba a leer a rudos jayanes en el misérrimo poblacho de San Francisco del Monte, situado en el corazón de la Sierra de San Luis, en tanto que, para su infortunada juventud, se le cerraban las puertas de la instrucción, fracasando primero las gestiones para que mediante ellas Sarmiento fuese desde la *Escuela de la Patria* a alguna aula de más valía en Buenos Aires, y después las diligencias conducentes a que ingresara en el Colegio de Ciencias Morales a costa del Gobierno. Sarmiento se educó en un medio intransigente: respiró los prejuicios y exageraciones propios de las aldeas reducidas y de aquellos tiempos de pobreza de espíritu. Sus lecturas fueron libracos místicos y añe-

(1) “*Extranjero, detente. Aquí vió Colón la luz primera. El mayor varón del orbe vivió en la estrechez de esta casa*”.

jos, que nada de reformas ni elevación de miras contenían. No concluyó siquiera sus estudios, de lo que no fueron responsables ni él ni sus padres, sino la pobreza y su cruel suerte. Este egregio magistrado, contrariando sus inclinaciones y urgido por las necesidades, tuvo que ganarse la vida como empleado minúsculo, dedicado a prosaísmos y tristezas impropios de tan gran inteligencia. Dos años fue dependiente en el monótono almacén de la viuda de Soriano. Tales son los contrastes de las inclinaciones y rebeldías de la suerte que, a menudo, hacen un visaje de atroz ironía a los genios. Plauto, el célebre cómico, que da las vueltas la rueda de un molino, es el eterno símbolo del talento luchando con la voltaria fortuna. ¡Sarmiento, el cerebro incansable, el educador insigne que rompió los antiguos moldes pedagógicos, está ganándose, en la más risueña época de la vida, el pan cotidiano en tareas impropias de la misión que trajera al mundo! Dos veces dependiente: una en su patria y otra en Chile, su segunda patria. Además fué bodegonero en Pocuro y mayordomo de minas en Chanarcillo. Todas estas vicisitudes no contribuyeron sino a retemplar más su alma nacida para el bien, que se enfurecía al menor soplo de la esclavitud y empuñaba la espada del soldado y la más cortante aún del maestro y periodista, para encaminarse

al campo del honor y librar las batallas de la virtud y de la libertad. Reprobó las zambras del despotismo, los horrores de abuso del poder que desde su adolescencia había presenciado, la falsa piedad de quienes predicaban doctrinas poco sinceras y desmentidas con sus propios hechos. Como estoico romano, censuró las políticas cenas de Trimalción, el culto impuro a Baco, los bazuqueos del líquido corrosivo de la tiranía; porque Sarmiento, a pesar de su educación deficiente y empapada en bíblicas creencias, tuvo ideas altivas e iconoclastas, porque Sarmiento fué varón de rara probidad y rectitud.

HE dicho que descubrió un nuevo mundo pedagógico, y fué como el impertérito Colón genovés para su patria argentina; es verdad. Siguiendo su vida, hállase la confirmación de mi aserto. Por doquiera brilla el educador de las atrevidas innovaciones, como lego llano, liso y abonado del porvenir de la juventud. En Chile se le encuentra, en sus mocedades, de maestro de la escuela municipal de los Andes y de la particular de Pocuro, para después brillar en la patria de Bilbao como catedrático de alto vuelo.

MÁS tarde es director del Colegio de Santa Rosa, en San Juan, en donde también, desde las columnas de *El Zonda* que había

editado, se ocupaba en asuntos de instrucción pública, lo mismo que, acerca del tema de toda su vida, se estrenaba en *El Mercurio* de Valparaíso. En 1842 fué Director de la reputada Escuela Normal de Preceptores de Chile. Inaugurada la Universidad de ese país, allá por 1843, Sarmiento figura como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades y en la primera sesión de aquélla lee su *Memoria sobre ortografía americana*, primer trabajo de la Institución que estuvo al frente del gran Andrés Bello, legislador sudamericano que construyó un monumento de resonancia duradera, y que tanto se inspiró en el gran alemán Savigny. En la Argentina, Sarmiento evidenció su infatigable magisterio: en diversas épocas ocupó cargos delicados propios del pedagogo y reformador, como Jefe de Departamento de Escuelas, Superintendente Nacional de Educación y otros. Cuando subió a la Presidencia de su patria, dió empuje a la enseñanza libre. Sus obras están animadas de nobles iniciativas propias del obrero científico.



III

LA vida de Sarmiento me inspira generosas y filosóficas lucubraciones. El educador se pone de relieve. La doctrina práctica, la difusión de la luz ante los jóvenes, tal fue el ideal del maestro de escuela argentino.

LA moral en acción, he aquí el credo único que es necesario predicar en esta época de mercantilismo. Es deber de conciencia propagar las buenas obras por doquiera. El carácter, con perfumes exquisitos que van derecho a retemplar el espíritu, derrámese por el mundo para norma de las almas. La abnegación, joya que está depositada en predilectos corazones, salga a relucir para que, en la subasta de las virtudes, obtenga de lo alto premios sublimes, según lo decrete su divino apreciador, el ignoto propulsor de todo. La oración, voz que exhala el limpio pecho, la cándida boca, la conciencia pura; voz cuyo

eco se remonta a la bóveda azulada, hágase oír entre los malos, brote en medio de la desgracia y engéndrese entre los humildes. Así su consuelo será fecundo, su argumento enternecedor. La inocencia, flor de un día, marchitada por los vendavales de la pasión, no es muy de apreciar cuando sólo se la conserva reclusa, guardada en uno como invernadero-conservatorio de almas cobardes y débiles—apartada del contacto del mundo y del menor vientecillo de prueba. No rebose tan sólo de estéril misticismo el amor al prójimo, no estemos concretándonos sólo a pedir por él junto al altar, a llorar por él en el silencio del templo para que en sus naves solemnes vague ese gemido; prodúzcase también en la noble lucha, en acciones públicas y privadas que alcancen directamente el mayor bien para la patria y los individuos, con las cuales obras se pueda decir como Pinzón: Adelante! Sarmiento al salir de su patria por la escabrosa rúa del ostracismo escribía en una piedra que encontró a la vera del camino: “Las ideas no mueren”; palabras luminosas, aunque las haya trazado con carbón. Y las buenas ideas engendran obras buenas, por más que quien las propague sufra, como han sufrido todos los apóstoles, todos los audaces redentores de la conciencia, todos los que han abierto nuevos horizontes a la humanidad. Para el manso Jesús hay una cruz, para

Galileo el tormento, para Sócrates la cicuta, para Colón los grillos, para Copérnico la amenaza, para Bruno la hoguera, para Alfaro el tizón y la ignominia, para Sarmiento la prisión y el destierro. No importa. La divisa es no desmayar jamás. A la postre, triunfan: los injustos adversarios ruedan al abismo. Bobadilla que aherrojó a Colón fue sepultado en las entrañas del mar. Aun cuando el odio y la envidia de los mortales, colmándole de chaffarrinadas, bajen a empellones al genio desde las alturas donde el mérito le coloca, la constancia al fin se impone y el carácter cosecha lauros.

“MIGUEL Angel no había empleado sino veinte meses en su inmensa obra (el poema de la Sixtina). El día que descendió del andamio, sus ojos se habían acostumbrado de tal modo a mirar hacia arriba, que ya no podía fijarlos en el suelo. ¡Conmover y doloroso símbolo del genio, obligado aún a caminar entre los hombres, después de haber habitado algún tiempo las regiones celestiales!” (1)

SARMIENTO, hombre de lucha, con elevación de ideas, subía a mundos utópicos, a regiones de luz desconocidas todavía en

(1) A. Dumas, padre.—Tres maestros.

aquellos tiempos que eran de intolerancia y de error; pero tenía que descender a las pasiones humanas de la polémica, del ataque violento, quizás del odio, que, a las veces, él no tuvo intención de provocar, o que en otras ocasiones su poco tino y violencia desataron.

El fanatismo engendra siempre monstruos. ¿Qué otro móvil podía acallar los dolores de las solteras que morían contentas, sacrificadas al pie de la estatua de Proserpina, después de que degollaban a una vaca negra en aras de la misma diosa? Ciega el fanatismo a los mortales y los impulsa a empresas de locura.

SARMIENTO combatió el fanatismo de la época y fue audaz en sus doctrinas pedagógicas, literarias y políticas. En el campo del periodismo, sembró pensamientos nuevos y doctrinas atrevidas; pero también sembró tempestades; nuevo Miguel Angel, bajaba muchas veces del andamio de la Capilla Sixtina y, abandonando sus obras plausibles, dedicábase a la diatriba punzadora y al ataque personal. Son tristezas propias de los mortales. Agitada fue para Sarmiento su vida de periodista. Provocó dificultades y anduvo en dimes y diretés con Bello, Vallejos, Godoy y muchas otras personas de viso santiaguinas, lo mismo que con personajes argentinos.

IV

SARMIENTO favoreció a la instrucción primaria chilena con la publicación de su *Método de Lectura Gradual*, aprobado por el consejo de instrucción pública. A este respecto, dice el señor Guerra: “Desde entonces (1845) han aprendido a leer en él unos dos millones de niños y se han abierto camino, hasta llegar a formar parte del sentido común, las innovaciones que contiene, como la nomenclatura lógica y regular de las letras del alfabeto, por ejemplo, que en España u otro país del habla castellana sería aun hoy acogida con sorpresa y que en Chile es algo que está sancionado por una práctica de cuarenta años”. (1)

EL gobierno chileno dió a Sarmiento la comisión de estudiar en Europa la ins-

(1) Sarmiento, su vida y sus obras, por J. Guillermo Guerra.

trucción pública. Tres años estuvo en el exterior ocupado en esta clase de investigaciones que tanto le gustaban. Muchas de sus obras fueron didácticas y palpita en ellas el amor a la escuela.

LOS maestros, obreros diminutos, pigmeos de la ciencia, no le eran indiferentes. Estos artistas de laboriosa y robusta cepa modelan el grandioso monumento de la sociedad. Comprendiéndolo así Sarmiento, no omitía medios a fin de suavizar los trabajos de maestros y maestras. Estas educan a la mujer fuerte, precioso pedestal de innumerables instituciones humanas y de la cultura de los pueblos; aquéllos forman al ciudadano del porvenir.

¿HABÉIS visto como surgen de las profundidades del océano esos pequeñuelos seres a quienes los naturalistas designan con el nombre de infusorios? Estos microscópicos vivientes de la inmensidad de los mares, con su magna e infatigable labor, son símil del maestro. Como aquéllos, éste levanta grandes masas de sólida estructura y bancos incommovibles que se destacan de la superficie de las olas: la educación, montaña granítica y coralínea que desafía los embates de las pasiones más desencadenadas.

EL profesor de un plantel de enseñan-

za, acumula valioso material para el soberbio edificio de la educación del pueblo, de su mejoramiento e ilustración, marchando siempre a la vanguardia, con rumbo al templo de Minerva.

Los niños son a manera de tiernos arbustos: se verían amenazados de muerte, marchitándose sin remedio, si no se les regase con las maravillosas aguas del estudio, para que de esta manera den opimos frutos, exentos de filoxera y otras plagas.

LAS primeras lecciones no se olvidan: son el fundamento de los serios estudios que después se adquieren con la constancia, los años y la experiencia.

FELICES los magistrados que procuraron, por todos los medios de que podían disponer y por órgano de los maestros nacionales, inculcar a la juventud virtudes que son el tesoro del hogar, suministrarla buenos ejemplos y consejos saludables, cultivando sus mentes y sus corazones, para que, más tarde, estos mismos jóvenes fuesen brillante modelo de la familia, lustre de la sociedad y apoyo de la patria.

¡QUÉ santas efusiones derrama en el alma el deber cumplido!

¡CUÁNTO contento, magistrados y maes-

tros, experimentaréis al contemplar que no se han perdido ni vuestros afanes en favor de la niñez, ni vuestros desvelos!

LA escuela es un escenario: delante de vosotros se ostenta una falanje de pequeños, que son los hombres del futuro: desde tan temprana edad ya se alcanza a conocer el papel que están llamados a representar con el transcurso de los años; en sus inclinaciones, en sus ojos se lee la misión que desempeñarán en la patria: si aplicados, serán buenos ciudadanos: si estudiosos y constantes, personajes de carácter y de ciencia.

MÁS allá, mirad con los lentes de vuestra fantasía, aquel grupo simpático de niñas que, gracias al lampo de la instrucción, vendrán a ser como otros soles de excelsa magnitud que iluminarán la tierra y como joyas de imponderable valor que, constituyendo la felicidad de las familias, acrecentarán la riqueza de la sociedad y el justo orgullo de este querido país que pudiera así encerrar en su seno millares de atletas de la civilización y ministros del bien y del progreso.

PADRES y madres de familia: la mejor herencia que podéis dar a vuestros hijos es la instrucción, caudal que no zozobra como las demás fortunas del mundo, sujetas a

vaivenes. Estimulad a la infancia; no dejéis sólo a los gobiernos y a los maestros la obra de la educación. La iniciativa privada, en ocasiones, resulta más eficaz que la pública.

No todos los países están en aptitud de producir educadores celosos que se aproximen a la talla de Sarmiento, ni todas las naciones americanas magistrados como él. ¡Acáso en la tierra latina de Colón los jefes de estado dedican sus energías sólo al logro personal y a las quimeras políticas; a derramar torrentes de sangre fraterna y al engorde cuartelario de gente que en el ocio está hecha una lía! Las excepciones son raras y se contarían por los dedos de la mano.

EN 1846, se publicaba un nuevo libro didáctico de Sarmiento: "Instrucción para los maestros de escuela para enseñar a leer por el método de lectura gradual".

EN 1849, difundía por la imprenta su obra *De la Educación Popular*, que es la *summa pedagógica*, la llamaré así, del gran maestro que, de regreso de tres continentes, había recopilado cuanto documento acerca de instrucción pública pudo alcanzar en centros más civilizados, cuantas nuevas doctrinas pedagógicas, cuantos sistemas de educación reformatoria logró reunir, particular-

mente en los Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra y Holanda. Esto hizo en su patria adoptiva: en la propia, sus faenas no fueron menos tenaces. En la Argentina fundó los *Anales de la Educación Común*, publicó el libro *Las Escuelas*, inauguró en Córdoba el Observatorio Astronómico, creó en Buenos Aires la Escuela Náutica y otras obras de civilización y provecho.



V

UN maestro de escuela que sube los más altos peldaños del edificio público, un maestro de escuela que se desempeña, no sólo como ministro Plenipotenciario ante naciones europeas y americanas, sino como Presidente de la República, da alta idea de ésta y de la importancia que presta al problema de la educación, trascendental de suyo. Feliz el país en el cual los maestros de escuela, lejos de morir de hambre, son colmados de honores. Prueban, elocuentemente, que no sólo saben leer y escribir a duras penas.

SARMIENTO fue maestro de escuela de aldeas y ciudades y Jefe del Estado argentino. ¡Cuántos conocimientos pedagógicos llegó a reunir el polemista y libre pensador de San Juan! Entrar en los dominios de la fisiología, hacer interesantes observaciones patológicas, estudiar los misterios del internado, ennoblecer a la juventud, sacándola sin mácula de los antros do moran la hipocre-

sía y el celibato, dar al público revelaciones desnudas sobre asuntos de educación, saludar a la moral con descripciones tomadas de los hechos consumados y apoyadas en las estadísticas, saber a ciencia cierta los actos internos de la vida colegial, es ser maestro de veras. Para ahondar tales tópicos, es preciso acudir, no sólo a las observaciones y abrumadoras cifras estadísticas de Amancio Peratoner que analiza los misterios y abusos del *fornix* y las degeneraciones de los tabescentes, sino también al llamamiento del demonio que inspiró a Balzac su tratado acerca de la fisiología del matrimonio; a la higiene, a la patología. Todo esto, y más aún, se relaciona con el grave problema de desenmarañar los vicios de educación de los planteles que no abren sus puertas a la sinceridad, sino al sospechoso eucubrimiento.

LA virtud tiene sus necesidades dolorosas: la delación, en este caso, es una de ellas. La salud tiene también sus crueldades imprescindibles: la cirugía es una de ellas. Amputar los órganos putrefactos, atroz operación, pero saludable. Deber sagrado es echar sal en las carnes pútridas para evitar la corrupción de todo el organismo. El cuerpo social es digno de las mayores atenciones. Y la parte más noble del cuerpo social es la juventud. En ciertos internados, citando de preferencia los que degradan la conciencia e imponen, con la autoridad

del *magister*, un credo obligatorio, se desarrollan dramas sombríos, de odios y pasiones viles, de agotamientos nerviosos, de ataques a las fuerzas digestivas o depravación del sentido gástrico, de desórdenes idiosincrásicos, ya locales, ya generales.

¡CUÁNTO más en la tierra fanática por excelencia que se acogió nominalmente a una patrona púdica como Mariana de Jesús, azucena de Quito, y a un protector que es el más santo de los hombres, Jesús, al que quiso arrancarle el corazón para exhibirlo en el escudo nacional! Digo que en el nombre buscó una patrona, por cuanto, en el fondo, su religiosidad es de oropel: bajo apariencias beatísimas se ven cosas espeluznantes.

¿No ha habido caso de horrible envenenamiento al más inofensivo y manso de los prelados de la iglesia ecuatoriana, en el mismo sagrado día para la religión católica—el agosto viernes mayor,—día que conmemora la consumación de venerandos misterios que el Cristo inició? Siriaco gritaba: “Vuestros dioses son falsos”. ¿Qué se puede trinar en presencia de semejantes abominaciones?

CITO ésta, que es mayúscula, para probar nuestra relajación de costumbres, es decir, la mala intención de quienes, con la hostia en la lengua, el escapulario en el pecho, la

idea católica y romana en el cerebro, calumnian con desfachatez, hieren sin remordimiento y critican con ignorancia y osadía.

Los hábitos perniciosos que se adquieren en los establecimientos de pupilaje de este jaez, dejan funestas consecuencias. Voltaire, con su terrible ironía y carcajada franca, sentó una gran verdad cuando confesó lo que se aprende y lo que se hace en ciertos claustros en donde él estuvo también en su infancia.

NIÑOS inmaculados, que han salido del hogar con la albura de la ingenua educación maternal, entran a estos colegios: allí, con el ambiente que respiran en el encierro, se transforman. De ninguna manera es educación anglosajona la que reciben. No poseen la más remota noción de la dignidad humana ni aprenden, de chicos, a respetarse a sí mismos y proceder con seriedad.

NUNCA aquellos maestros sectarios ponen en manos de la juventud libros de medicina práctica, de patología doméstica, con aclaraciones sin veladura y prescripciones importantes que, de verbo ad vérbum, influyan en la higiene de la vida colegial, en el modo de evitar males para después: próximas degeneraciones cerebrales y muertes prematuras.

EN los Estados Unidos, los adolescentes

que concurren a los planteles de pensionado gozan de completa libertad, de esmerada gimnasia, reciben reglas saludables, máximas que crean amor a la honradez, al estudio, al trabajo huyendo de la ociosidad, hiedra de Lerna que amontona mil tentaciones, que renacen y se reproducen si la educación no las corta de un tajo. Sus lecturas favoritas son vidas austeras y moralizadoras como las de Wáshington, Franklin, Edison, héroes de la meditación, de la continencia y del estudio. Así los jóvenes anglosajones evitan cometer imprudencias que, atacando a la salud del alma y del cuerpo, son focos de males sin cuento.

LEJOS de esclavizar a la juventud, llevarla más bien por el terreno firme y positivo de la propia conservación, del honor, de la investigación de la verdad, del sentimiento moral, es sembrar buena semilla.

MÁS tarde son hombres modelos, ciudadanos útiles: conservan las nociones del deber, el conocimiento de las necesidades cerebrales de un modo razonable, dándose cuenta de todas sus consecuencias, porque adquirieron, desde su infancia, el amor al orden en la universalidad de sus actos.

¿QUÉ sucede en planteles mojigatos de educación? Comienzan sus directores por inspirar horror al sexo, por abominar a la

mujer. Se aísla por completo a la juventud, poniéndola lejos, muy lejos, de aquel sér moralizador por excelencia que inspira nobles ideales y llena de suaves afecciones el corazón. Es un crimen para tales maestros el *eterno femenino* de Goethe. Así los jóvenes se retraen. ¿Qué queréis? Pierden el cariño al hogar y, no encontrando posibilidades de amar a la mujer, desacreditada por sus maestros, se encastillan en el celibato, con todas sus monstruosas privaciones y vicios, a llorar amargos despechos y miserias.

EN algunos establecimientos de enseñanza están prohibiendo todavía que traspasen sus umbrales y conversen con los alumnos internos personas que no sean estrictamente allegadas, tan allegadas como el padre y la madre. A visitar a los niños no pueden entrar sus hermanas, en colegios de varones; y, viceversa, a las colegialas, sus hermanos, en institutos de mujeres. ¡Es increíble tal gazmoñería!

JÓVENES formados en semejante escuela, huyen de la mujer como de una perdición; mujeres formadas de igual manera no son el tipo de las futuras madres sociales. Si no fueron a matar su esplendor y vida en las tristezas y estrecheces de un claustro, en el mundo son entes tímidos, sin conocimiento de él, con miedo cerval a los hombres y a las luchas en el circo mundanal,

lleno de pasiones bravías y de anhelos comprimidos. Ven a la sociedad a través de un prisma distinto de la existencia real. ¿Qué sucede? Que educadas así, naufragan desde el principio en el piélago sin riberas de su ignorancia del amor, y son el ludibrio de una sociedad que se desarrolló en idéntico medio ambiente. A este respecto, anota Federico Nietzsche:

“HAY algo sorprendente y monstruoso en la educación de las mujeres de sociedad; tal vez no exista nada más paradójico que esta educación. Todo el mundo está de acuerdo para educarlas en una ignorancia real de las cosas del amor, e introducir en sus almas la impaciencia y los temores ante una simple alusión a estos asuntos. Se pone en juego el honor de la mujer: de lo contrario, no se la perdonaría. Pero en aquéllos deben ser profundamente ignorantes, no tener ni miradas, ni oídos, ni palabras, ni pensamientos hacia lo que deben considerar como el mal: sólo el saber es ya un mal. ¡Y ahora! ¡Verse lanzadas instantáneamente a la realidad y al cononocimiento por el matrimonio;—y es hasta al que las inicia a quien deben amar y respetar más;—sorprendender el amor y la vergüenza en contradicción; sentir en un sólo objeto el éxtasis, el sacrificio, el deber, la compasión y el miedo, a causa de la vecindad inesperada de Dios y de la bestia... y qué se yó cuántas

cosas más! Con todo esto, se ha creado un embrollo espiritual sin ejemplo. Después, el mismo profundo silencio que antes.... Las jóvenes tienden con ahinco a aparecer superficiales y aturcidas; las más astutas simulan una especie de desvergüenza. Las mujeres consideran a sus maridos como un punto de interrogación a su honor, y a sus hijos como una apología y una penitencia; tienen necesidad de ellos y los desean en un sentido muy distinto al de los hombres.... Para las mujeres, los hijos satisfacen un deseo de dominar, son una propiedad, una ocupación, algo que comprenden a fondo y con lo que pueden entretenerse: todo eso reunido constituye el amor materno....”

FORMEMOS criaturas nobles, racionales, humanas; madres, en una palabra, que cumplan su misión a conciencia.

LA madre es cual sublime y eviterno poema de la vida: sus páginas, las del dulce poema, son las más interesantes aquí abajo. La madre encierra todas las dichas, todos los consuelos, todas las esperanzas para el hijo. ¿Cómo conseguiremos que sea siempre el genio benigno al que estén bendiciendo cotidianamente y del que reciban en cambio consejos, sonrisas y cariño? Educándola. Quien dice madre, dice corazón. A la evocación de tan grato nombre, vibran las cuerdas más sensibles de nuestra economía

animal. ¡Madre, madre! ¡Cuánto debemos respetarla y quererla, cual tesoro de valoría imponderable, como grandeza que no podemos concebir! Por esto los seres sin madre son desgraciados. Sin ese talismán, la más sólida fortaleza será derribada por el infortunio, y los dolores, como bandada de aves negras, se han de cernir por nuestro cielo. ¡Hagamos que las madres comprendan su apostolado!



cas ataduras, descalza, cubierta de ceniza la cabeza, bajos y arrasados de lágrimas los ojos, virgen que es una de las principales virtudes y joyas del cristianismo, la Humildad, en una palabra, pintada por Chateaubriand, parece que ha huído definitivamente de la mansión de los mortales.

REINAN en este siglo o la vanagloria pedante, o la humillación, pecado de reptiles, la rastrería, el prurito de andar a gatas lamiendo las plantas de los poderosos y aguardando que, al puntapié del sonrojo, suceda la caricia forzada, el salario para el insecto, la dádiva ruin.

¡HUMILLAOS, y os permitirán que permanezcáis grandes!, exclama Dumas. En uno u otro sentido, resulta magnífica la frase. Quien de veras se humilla es grande, sabio, filósofo. El humilde por conveniencia alcanza también su pretendida grandeza. ¿Acáso no hay grandes y tristes celebridades? El gigante y el enano pueden fatigar a la fama. Desgraciado el que, siendo un magnate para los ojos de la generalidad, no es sino ente despreciable y vil para el ojo escrutador de su conciencia. Cuando en ésta no encontramos refugio, lo buscamos con gusto en la humillación, canta el poeta Lamartine.

EL peso de los crímenes también humi-

lla, abruma, y entonces esta humildad es inferioridad, bajeza, que el precito social tiene que sobrellevar por la fuerza aplastadora de la vindicta pública.

LA santa humildad cuán espontánea: brilla, en medio de su aparente obscuridad, en corazones bien nacidos, en hombres de mérito; pero como una gota de rocío que, de tarde en tarde, baja a refrescar este triste planeta, hornaza de pasiones encontradas.

SARMIENTO, a pesar de sus indiscutibles prendas morales, no rindió culto a ninguna clase de humildad; aun más, ni siquiera fue modesto.

LA tendencia de toda su vida, reflejada en libros, autobiografías y opúsculos, fue la más acentuada de las vanaglorias, la idolatría más egoísta de su nombre. En el folleto *Mi Defensa* hállase la confirmación de lo apuntado, lo mismo que en su libro *Recuerdos de Provincia*, para no citar otros testimonios y procedimientos suyos.

HABLA el maestro: “Yo he excitado siempre grandes animadversiones y profundas simpatías. He vivido en un mundo de amigos y enemigos, aplaudido y vituperado a un tiempo. . . . Lo que me sucede en Santiago, me ha sucedido en mi tierra natal:

3°

siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimientos. ¡Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. Cuando he logrado surgir para mi patria, ella se hunde bajo mis pies, se me evapora, se me convierte en un espectro horrible! Cuando he querido adoptar otra y he llamado a sus puertas, sale a recibirme un perro rabioso, que me desconoce, me salta a la cara, me muerde y desfigura a punto de quedar hecho un objeto de asco o de compasión Todos los días irrito susceptibilidades y crío deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser más prudente; pero en punto de prudencia, me sucede lo que a los pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda. Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más". Estas sus palabras pintan o Sarmiento de cuerpo entero.

SÓLO un hombre de semejante talla moral podía tomarse tales libertades.

CUALIDADES de bulto adornaban su com-

pleja persona; pero—flaqueza de los que caminan en pos de la inmortalidad—no iba el genio del silencio a murmurar en sus oídos las adorables palabras de prudencia y moderación. Un talento menos vigoroso habría caído pronto en el ridículo. “Que callen todos, que se olviden a sí mismo todos, que procedan así por su mediocridad; a pesar de todos, sin embargo de sus censuras, yo no haré lo mismo; aunque también todos me abandonen. *Etiamsi omnes, ego non*”, me parece oírle decir con sincera e idiosincrásica presunción.

CON la pregonería de su personalidad, anhelaba que cuanto antes alumbrase su existencia un sol de Austerlitz. He aquí otra prueba de la satisfacción de sí mismo: “He conquistado en Chile, decía Sarmiento a don Vicente Fidel López, el derecho de hablar de mí mismo, de ocuparme de mis negocios y de mi reputación. Ya saben que es éste mi defecto y me lo toleran. Preparo un librote *Recuerdos de Provincia* o cosa parecida, en que hago, con el mismo candor que Lamartine, mi panegírico”.

EL amor que se profesaba habría sido capaz de embotar las uñas de un león. Si sus triunfos no fueron Wellingtones hechos célebres por los azares de cualquier Waterloo, débese a su clara inteligencia y a propieda-

des de innegable aprecio que, en cierto modo, ahogaron a sus vivas pasiones políticas y a sus defectos—que son lunarillos en un varón tan conspicuo.

SOBRE todo, queda resonando el clarín de educador del pueblo que, incansablemente, tocó Sarmiento, en su noble apostolado de fundador de planteles de enseñanza, organizador de reglamentos de instrucción pública, directriz de publicaciones pedagógicas, creador de quintas normales y otros actos de difusión ilustrada en pro de las venideras generaciones argentinas y de una porción no despreciable de juventud chilena.

A pesar de sus defectos—debilidades humanas—permanece en pie su magna obra de civilización.



VII

EN las distintas fases de su vida pública, ya de gobernador de San Juan, ya de ministro de lo interior, ya de presidente de la república, Sarmiento fue severo. Usó de algunas medidas extremas en el poder, como la declaración del estado de sitio de su querida provincia natal, sin haber recibido para ello instrucciones expresas de la ley ni de los superiores jerárquicos; las públicas excusaciones por la trágica degollación del caudillo riojano, Angel Vicente Peñalosa, llamado el *Chacho*, a quien Urquiza premió con el grado de general de la Confederación. Este valiente gaucho fue asesinado por las tropas del mayor Pablo Irrazábal, que no daba cuartel, persiguiendo a los guerrilleros de las pampas con saña digna de más noble causa. Sarmiento, por error de concepto quizás, llegó hasta a aplaudir tan reprehensible proceder. La cabeza del *Chacho*, deforme y ensangrentada, fue exhibida, en mitad de la vía pública, clavada en una pi-

cota “para escarmentar a los gauchos que lo habían seguido en sus correrías de tantos años”.

JUSTIFICABA Sarmiento su conducta invocando a la paz. La situación del gobernador de San Juan, en trances tan apurados, era muy comprometida. Las polémicas entre Sarmiento y el ministro de lo interior Rawson, violentaron más las relaciones oficiales, enfriando la confianza que habían depositado los representantes del gobierno central en Sarmiento, a quien, con un cargo diplomático ante los Estados Unidos, Chile y el Perú, delicadamente le alejaron de su crítica actuación política interna, independiente y abusiva.

“PERO, dejar exterminados a los revoltosos de Cuyo y concluida la Escuela Sarmiento, eran para él objetivos que comprometían su honor de político y su amor propio de hombre, reteniéndole en San Juan, a riesgo de ser asesinado por sus enemigos”.

SARMIENTO asestó, desde las baterías de la prensa, tiros mortales contra Rosas, a quien llamaba tirano escarnecedor de la libertad, acordándose tal vez de lo que el gran José Mármol había contado en su novela americana *La Amalia*,—de la que, al decir de Cortés, se han hecho algunas ediciones,

por cuanto este romance histórico, ha sido “un verdadero *daguerrotipo* de la época de Rosas”;—y también de lo que el mismo vate había trinado con largas y vibrantes notas:

“Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
La biel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no”. (1)

TAL fulminaba desde Montevideo en 1843. Años después, añadía con la misma pujanza, que hace pasar inadvertida la ausencia artística:

“Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza, el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos”. (2)

ACERCA de estas composiciones, dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo: “En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un

(1) A Rosas el 25 de Mayo, versos por José Mármol.

(2) Rosas el 25 de Mayo de 1850, por José Mármol.

odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que si a veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas". (1)

Los poetas, águilas del pensamiento, han pintado con vívidos colores las excelencias de la libertad, presentándola a la faz del mundo como una virgen espléndida, de rostro risueño, de dulce carácter, llena de méritos de escogida cepa y dones admirables, propios de su alma inmortal. Su figura es simpática: se atrae las miradas de todos. El amor que la humanidad le tributa, como corriente eléctrica poderosa, va de uno a otro confín, desde las soledades del polo al corazón de las ciudades populosas, del árido

(1) Antología de Poetas Hispano-Americanos, publicada por la Real Academia Española.—Tomo IV.

y triste desierto a la fértil llanura, al oasis del progreso.

PERO hay un monstruo que se anda por ahí consumido por la fiebre de la ambición, ardiendo en pasiones de la peor especie—la tiranía. Engendro del abismo, es la enemiga irreconciliable de la libertad, es el bruto feroz que ataca a la tímida paloma, la perfidia que persigue al bien, la mentira que odia a la verdad, la licencia en riña con la justicia. El rugido de esa tigre es pavoroso y por donde pasa deja sólo ruinas. Prolongado charco de sangre, lágrimas y cuitas son los signos que avisan la presencia de aquella bestia: sus inequívocas huellas son el vasallaje, la corrupción, el aniquilamiento, la muerte.

CUENTA con aliados repugnantes. Según con los que se une, va tomando diversos nombres. En consorcio ilícito con la hipocresía, llámase jesuitismo; con las falsas religiones, superstición; con el fanatismo, idiotez; con la ceguera sectaria, flujo intransigente, esclavitud de conciencia; con los codiciosos y sanguinarios gobiernos, despotismo, dictadura; con las pasiones desenfrenadas, vicio, y con todo lo que subyuga, aniquila, pulveriza, tiranía.

LOS actos de Sarmiento—enérgicos los más

y algunos violentos—no pueden bautizarse, con todo, de tiránicos. Tiranía es obscuridad, y mal se aviene con ella quien fué faro de la instrucción desde su primera juventud. Con tesón bregó más bien contra la tiranía, atacando el régimen de terror impuesto por el sombrío gaucho Juan Manuel Rosas que en una proclama declaraba esto: “Sabéis hoy que las teorías democráticas son peligrosas utopías, que conducen a la servidumbre. Mi convicción será mi guía, hacerla prevalecer será mi deber, y el vuestro ejecutarla”.

DE Rosas, que se hacía llamar también Ortiz, para arrancar su abolengo de una noble familia asturiana, cuentan que paseó a su hija Manolita en un carruaje tirado por nobles damas argentinas, en castigo de las burlas que éstas dirigieron a la descendencia del dictador.

LAS medidas de fuerte rigor de Sarmiento, sus revanchas políticas, sus venganzas de partido, sus salidas de tono idiosincrásicas, tal vez fueron necesidades del momento, males de la revolución que ansiaba apagar, con toda su secuela de escándalos y matanzas.

“¿QUIÉN no sabe que las represalias legítimas son el freno saludable de los desafue-

ros de la guerra?”, pregunta Felipe Larrazábal, el apasionado y dulce cantor de las glorias de Bolívar. ¿Hasta dónde lo fueron las de Sarmiento? La historia dará su fallo definitivo e inapelable, aun cuando los biógrafos y admiradores del gran hombre las justifiquen.

PINTA Sarmiento con subidos colores, en su obra *Civilización y Barbarie*, el negro cuadro de tiranía que había presenciado desde su juventud en la funesta época de Juan Francisco Quiroga, José Félix Aldao y del citado Rosas.

LA libertad en gran parte de la América latina es aún despreciable juguete: sírvense de ella los políticos de relumbrón hasta alcanzar sus fines codiciosos y proditorios, y después la destripan como a ridículo rorro de trapo que les ha divertido un rato, sin recordar, ingratos, que por ella llenaron sus bolsillos con el oro del pueblo en forma de contribuciones, impuestos de guerra y pingües empleos para los individuos todos de la familia o causa, inclusive la servidumbre.

Y, a pesar de todo, la libertad es un bien. Procurar que impere en el globo, he aquí la consigna de los hombres honrados.

EDUCANDO a las inferiores masas sociales habrá menos esclavos; procurando que trabajen habrá menos miseria y, por tanto, más ciudadanos libres.

El trabajo es palanca que mueve al mundo. Por él es menos dolorosa la lucha por la vida. Sin él, sería imposible cualquiera sombra de felicidad que en sus ensueños acaricia el mortal. Las naciones adelantan por medio del trabajo: donde éste florece, son raros los ilotas, porque el trabajo es el carro del progreso.

Los hombres que trabajaron sin descanso han llegado al fin a ser los más grandes y los más útiles a la humanidad.

CIERTO día, en 1845, el talento práctico de un trabajador asiduo inventó un maravilloso y sencillo aparato para multiplicar las labores domésticas. Con él, se redimieron los desheredados de la fortuna que, agobiados largas horas, tras minúscula e interminable faena, ganaban muy poco; con él mejoraron las condiciones de desgaste físico de las infatigables costureras, mártires de la aguja. De la máquina de Elías Howe nació la redención femenina de las clases desvalidas y pobres, quienes, desde entonces, libraronse de la muerte que les sobrevinía por exceso de actividad, o de la tiranía de la mi-

seria que fatalmente les impulsaba a la prostitución y, en ambos casos, a ser devoradas por las tuberculosis en sus diversas manifestaciones. El humilde hijo de Spencer llegó a ser merecidamente ilustre y fue condecorado con la gran cruz de la Legión de Honor por tan humanitaria invención, que se había propagado tanto, que hasta el año de 1859 Howe pudo fabricar más de cincuenta mil máquinas.

PORQUE el hombre que trabaja goza de vida propia y está a mucha distancia de los horrores y claudicaciones de la empleomanía, endemia de los países americanos, levantiscos y, con todo, pobres de espíritu.

QUIEN trabaja se siente con energía para desechar las tentaciones que mancillan su dignidad; quien trabaja adquiere la fuerza moral de su personal iniciativa.

Y de las corporaciones dedicadas al trabajo, en naciones serias, emana la plétora de bienes públicos, más que de las arterias administrativas.

EL Libertador, poeta y filósofo, orador y soldado a la vez, consignó este pensamiento: "En orden a las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que la superioridad

de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política”.

¿CÓMO adquirir aquella fuerza? Por medio de la educación, por medio de la apología del trabajo, que honra y enriquece.

QUIEN se educa con ventaja está en potencia de vencer: por su carácter será libre, por su ilustración poseerá la ciencia.

¡QUE ésta viva, palpite en el corazón de la juventud, a la que hay que repetir siempre, como Colón y Galileo, aplicando sus frases a la verdad y a la quinta esencia de una convicción íntima e inquebrantable: “¡Y, sin embargo existe”: “*E pur, si muove!*”



VIII

QUONDANTE fue la correspondencia que mantuvo Sarmiento.

CON especialidad, la atendió en los últimos años de su vida, en los que “escribía muchos artículos para la prensa de Buenos Aires y la Asunción, y cartas amenas para sus amigos de media América”.

EN sus íntimas confidencias, en sus lejanas tertulias epistolares con periodistas, políticos de viso y viejos compañeros de dentro y fuera de la República Argentina, vaciaba sus proyectos, sus impresiones, sus ensueños, con la misma franca llaneza que constituyó su temperamento, sin descuidarse, por tanto, del perenne y grato yo, pronombre personal que, sacudiendo su sistema nervioso deliciosamente, sonaba quizás como un himno en el interior de su corazón apasionado.

CURIOSO e importante sería estudiar las tendencias de los inmortales, trazar sus biografías, dar a conocer ocultas anécdotas, descubrir sus extrañas aberraciones, sus recónditas quejas, sus insaciables y olvidados anhelos, en sólo las ideas que, descarnada y categóricamente, confían al papel en el sigilo sagrado de la correspondencia particular, cuando, descendiendo del Olimpo divino en que se hallan colocados, se acuerdan que son caducos alguna vez y se muestran humanos, es decir, débiles. Porque son las cartas “especie de expansiones íntimas, en que, solo uno consigo mismo, derrama sobre el papel todo el fondo de su corazón, en la seguridad de un secreto inviolable y con más libertad todavía que en una conferencia privada. Con más libertad sin duda, porque hay cosas que no acierta a decir la lengua y que sin dificultad declara la pluma, lo cual se explica muy bien con el ingenioso dicho popular: *el papel no se pone colorado*. Pudieran definirse las cartas: *familiares conversaciones entre personas ausentes*; pintan al hombre como le pintan su propia conversación; o mejor, basta para conocer a una persona, lo mismo que si se le tratara íntimamente, leer sus cartas confidenciales” (1). ¡Qué mundo de reflexiones y de descubri-

(1) Eugenio de Ochoa.—Introducción al *Epistolario Español*

mientos hay para el observador en las íntimas letras del genio!

IMPRESIONADO con los progresos de la América del Norte, escribía Sarmiento a un compatriota y amigo sanjuanino en 1866: "Ya estoy muy entrado en años para acometer la parte más importante (de la instrucción pública), y es vaciar al castellano, que es un lindo vaso de porcelana vacío, el espíritu que vivifica y anima a las otras naciones". En el anhelo por esparcir la lectura, quería Sarmiento que la América Latina formara una liga, un tratado, o alguna convención a fin de verter de las otras lenguas al habla de Cervantes todo lo que de nuevo y científico publicasen los escritores de extraño idioma. Comprendía que son muy pobres los libros educadores y científicos que en español llegan a la América del Sur. Guillermo Silmore Simms, poeta de Charleston, autor de "La Atlántida", perdió su fortuna en empresas literarias. Otro tanto hizo Sarmiento, que agotó sus modestos recursos en obras, no sólo literarias, sino principalmente pedagógicas. Consideraba a la ignorancia como el peor de los males, más desolador que el harmatán del Sahara.

EDUCAR, instruir al pueblo a todo trance, tal era su lema; salvarlo de las garras de la

raza española del Mundo de Colón! ¡Cuán halagüeño estar al orden del día acerca de la corriente de ideas que atraviesa por Europa conmoviendo hondamente su gastado continente y participar de sus modernas dudas, inquietudes y doctrinas!

FRIAMBRES llegan todas éstas a muchos pueblos hispano-americanos. Cuando ya no son una novedad en los distantes emporios de civilización, las exportan en libros de pacotilla y traducciones abominables que destruyen el nervio y la intención de su primer autor y aparecen como obras de tercera mano, inexactas y desfiguradas. No, sino dígalos la Biblioteca Alcán.

SE necesitan vidas intelectual y científica muy intensas para poder adivinar lo que pasa diariamente en los asientos de cultura apartados de estas tierras. El conciso cable y las reducidas revistas son lento vehículo si se comparan con la crítica científica y el libro de actualidad.



IX

SARMIENTO, ensanchando los horizontes de la educación, desterró los vicios de enseñanza, herencia de la colonia. La verdad por guía, la razón por consejero, en la escuela sembró buena semilla, dignidad y franqueza. No le gustaban los antros donde se encierra a la juventud para idiotizarla en vez de instruirla. “A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen”.

¡QUÉ tiempos de negrura aquéllos, que ya van pasando de la faz de la América Española para no volver!

LA estrechez de miras antaño estuvo al orden del día en este continente. Al *seditioso* Miranda se le quemó siquiera en efigie por orden de Manuel de Guevara y Vasconcelos. Con pena de muerte prohibieron la lectura de la *Historia de América* por Robertson. Al americano Antonio Nariño se

le expatrió por haber reimpreso los “Derechos del hombre”. Por igual motivo se le arrastró a los presidios de Cartagena al impresor Diego Espinosa. El virrey Amaral alcanzó que se perdiese la imprenta que en Filadelfia comprara Manuel Pombo. ¡Cuántas amarguras para el sublime indio Espejo! Podría multiplicar los ataques a la libertad en esos memorables años y en los posteriores, según he referido ya el caso de Bilbao. Los ejemplos abundan. Sarmiento fue enemigo de la enseñanza defectuosa que nos legaron los españoles. Clamando contra éstos y ella, pronunciábase en favor de los anglosajones. Quintana—que vino al mundo en Madrid allá por abril de 1772—para justificar a la inolvidable España, rimaba, elevado y fogoso como Tirteo, en su oda a la vacuna, estos endecasílabos:

“Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo y no de España”.

SARMIENTO no entraba en bondades ni razones y se expresaba así:

“Uno de los más poderosos cargos que como publicistas americanos hemos hecho siempre a España ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma. . . . Esto no quita que le hagamos justicia, dándole aquello que le pertenece, que en verdad era mucho

para nosotros entonces, pues nos daba de lo poco que tenía, no teniendo para ella, ni para remedio, un poco de libertad. No pidamos, pues, peras al olmo, como no debemos esperar que supiese para gobernarnos a nosotros lo que ignoraba para gobernarse a sí misma”.

Su odio a España era de raza. Habíase empapado en la cultura norteamericana, que estudió de cerca en sus viajes a los Estados Unidos.

EL coronel Monteagudo que residió en Quito,—ciudad de la que decía que estaba “lleno de gratitud por la hospitalidad que ha recibido en este país, célebre por su patriotismo y por la sobreabundancia de buenas cualidades que distinguen a sus habitantes”, añadiendo al recordar a Quito que “su memoria aumentará en él el número de aquellas reflexiones que sirven de descanso al alma, cuando se fatiga de recordar las calamidades incesantes de la vida”;—el coronel Monteagudo, hacía la siguiente observación: “Las principales colonias de Norte América recibieron sus primeras leyes de los filósofos más célebres de aquel tiempo. Guillermo Penn fundó la Pensilvania a sus expensas, Lock, el padre del entendimiento humano, fue el legislador de Carolina, y ambos establecieron pacíficamente los prin-

cipios que habían costado a la Europa torrentes de sangre”.

A nosotros nos cupo en suerte sólo bravos combatientes y aventureros, rudos militares, muchos de ellos oscuros y viciados. Quizás por esto, llevamos la guerra en la sangre: por nimiedades la revuelta lo arrasa todo, en vez de que nos seduzcan las conquistas del progreso, a la sombra de la paz. De aquí que, en la América Española, se han desarrollado escenas salvajes y criminales —el 28 de enero de 1912 quizá la más tremenda de ellas— que nos harían exclamar como Fingal cuando contemplaba las ruinas de la antigua Balclutha: “Yo he visto sus muros desolados, el fuego ha resonado en el interior de sus edificios, y ya no se oye la voz del pueblo”.

ESPAÑA nos educó muy mal; pero, al fin, nos educó. Fué responsable de lo primero, mas debemos serle agradecidos por lo segundo. Ella nos dió por herencia su hermosa lengua, aun cuando nos trajo también los horrores de su religión, con todas las intransigencias inquisitoriales y la ignorancia pseudo-científica de sus representantes.

HEMOS vivido en plena desorganización moral y política, tristemente condenados a las penas reservadas a los pecados mortales,

por aquello de que la “anarquía es el infierno de los hombres”.

EL pueblo no conoce, en muchos países de Hispano-América, la libertad ni por el forro y no puede reclamar justicia, porque ésta no existe donde hay pasión política. Larrazábal, confirma la idea de Voltaire, que dice: “Nunca está un pueblo más cerca de su independencia, como cuando los tiranos extreman la opresión y hacen apurar el sufrimiento”. Así es, pero ¿será de todo responsable la varonil Iberia, a pesar de que es atroz tiranía la de la ignorancia? Como quiera que sea, amemos a España, en medio de sus degeneraciones e intolerancias, de sus testarudeces aragonesas y de sus exageraciones andaluzas, y hagamos nuestras estas hermosas palabras que la engrandecen y nos recuerdan su melodiosa parla:

“MIENTRAS aliente y viva esta bendita tierra española, que Dios nos concedió para nuestra cuna y nuestra tumba, sombreadas por los pliegues de nuestra iridiscente bandera, así en las tortuosas calles de la romántica Toledo, como en la encrucijada de columnas orientales de la mezquita cordobesa; así bajo las naves sombrías de la catedral de Burgos, como en los rientes valles que se extienden a la falda del Moncayo; así en las alterosas cumbres del Monserrat,

como en las hondonadas donde se refugiaron los independientes, como también entre las sombras y misterios de la cueva sagrada de Covadonga; así en las sierras del Cántabro valeroso, como entre los arreboles de luz meridional con que se esmaltan las islas floridas y las costas azules del Mediterráneo; por todas partes, de todas y en todas, en las brisas que plañen al introducirse por las frondas, en las palabras que a nuestros oídos murmura la mujer amada, en las borrosas escrituras que empolvadas yacen en nuestros archivos, en las melancólicas trovas que al tañer de su vihuela canta el enamorado; por las llanadas de nuestros mares, desprendiéndose de los ecos de nuestras ruinas, brotando de entre los mismos labios de piedra de las estatuas yacentes o arrodilladas bajo los arcos bizantinos de nuestras viejas abadías; de todas, en todas, por todas partes oiréis resonar las frases y los versos de nuestro admirable romancero, que será siempre, por los siglos de los siglos, nuestra verdadera *Iliada*, matalotaje de espíritus cultos y breviario de estudiosos en académicas aulas'' (1).

Y la moderna epopeya española, los "Episodios Nacionales" de Pérez Galdós, añadiría yo por mi cuenta.

(1) Víctor Balaguer, en su obra *Cristóbal Colón*.

SARMIENTO fue menos soñador, más práctico. Cuestión de idiosincrasia. No gustó de los ideales de la raza latina, a pesar de su ardiente fantasía de preceptor, literato y periodista inagotable.

HE aquí otra pulla contra España, con motivo de la publicación de la obra del francés Bouillon acerca del dibujo lineal, traducida por don José Zegers: "En América, la enseñanza del dibujo lineal, popularizada por nuestras escuelas primarias, está llamada a obrar una revolución completa en nuestras costumbres, y a abrir las puertas, hasta hoy cerradas, a la industria. El dibujo lineal será un correctivo del vicio orgánico de nuestra educación española. Como la España, carecemos, no sólo de los conocimientos industriales que hacen la riqueza y la felicidad de otras naciones, sino que aun ha llegado a creerse que nos faltan índole y aptitudes para este género de trabajo. Carecemos de fábricas; pero, lo que es peor aún, es bien difícil crearlas. La erección del más sencillo aparato mecánico nos muestra a cada paso nuestra impotencia. El que necesita construirlo, no sabe, en primer lugar, trazar un diseño de lo que quiere; el artífice, de cuyo auxilio necesitaría, es incapaz de comprender las más obvias explicaciones. Tenemos de esto un ejemplo notable. Muchas son las fábricas de muebles con que

cuenta hoy Santiago, y millares los artesanos que ejecutan las obras más delicadas en cuanto no salen de la imitación servil de un modelo dado, sin que por esto haya un artesano chileno, entre ciento, que alcance al fin a rivalizar con sus maestros extranjeros. Nace esto de que el artesano educado en Europa posee el secreto del dibujo lineal, con el cual traza su obra en el papel, y después de ajustadas sus partes y conocidas sus proporciones, entrega a sus obreros los fragmentos que él sólo sabe coordinar y preparar. La falta de conocimientos en este arte sencillo inutiliza, en la generalidad de nuestros artesanos, la habilidad imitativa que los distingue, y los condena a no dar un paso en su profesión, prolongándose así en una infancia duradera la industria nacional, no obstante hallarse en aptitud de hacer rápidos progresos’.

ACERCA de este artículo, que no lo copio íntegro, dice don Domingo Amunátegui Solar que “brilla más que en otros la fe ardiente del educacionista y la elocuencia natural y fogosa del escritor”. Y añade: “A Sarmiento podría aplicarse con perfecta justicia la figura de la Biblia: sus pies eran de barro, pero su cerebro de oro” (1), aludiendo,

(1) El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas, por Domingo Amunátegui Solar.



sin duda, a la forma incorrecta que le era peculiar.

ACERCA de pintura, expresa algo que nos atañe muy ligeramente y que me recuerda la época de nuestros célebres artistas Miguel de Santiago, en lo antiguo, y en lo moderno, don Joaquín Pinto, don Rafael Salas y don Juan Manosalvas, a quienes ha tragado ya la tumba. Palabras de Sarmiento son las que constan en *El Progreso*, de 11 de Febrero de 1843. Dicen así: “Nuestros colegios no habían producido un retratista que hiciese profesión de su talento; ni hemos podido enriquecernos con cuadros de alguna extensión que mostrasen el pincel chileno. La educación pública en esta materia ha estado trunca hasta hoy; terminaba sus tareas en el momento mismo que se preparaba a dar sus resultados, y hasta ahora estamos a merced de pinceles extranjeros.—En el convento de los reverendos recoletos se encuentra una colección de cuadros sobre asuntos religiosos que han costado una gran suma de dinero, y cuya ejecución en manera ninguna favorece la capacidad artística de los pintores quiteños que los han realizado”.

EN el mismo periódico, al recomendar el estudio de la historia, escribe Sarmiento, entre otras cosas, el siguiente artículo, que, aunque lo transcribo de un modo textual,

no lo doy a conocer íntegro por la limitación de mi opúsculo:

“Ni la filosofía misma ha podido sustraerse a esta necesidad de reconocer los hechos, como manifestación de la marcha del espíritu humano en las diversas épocas de una civilización. Por medio de la historia, la literatura ha investigado los hechos para conocerse a sí misma en su origen y en su marcha, para estudiar los procedimientos por los que las ideas de una época pasan a los libros y a la escena; para aprender a ser tolerante, a no desterrar nada y a explicarlo todo. Por medio de la historia, la política ha investigado para observar de cerca los elementos sociales, para contar su número, estudiar su giro, y darles a todos un rango proporcionado a su valor intrínseco; para hacerlos vivir en la sociedad de la misma manera que han sido producidos y han vivido en la historia. Por medio de la historia, la filosofía, en fin, ha investigado para encontrar las propiedades absolutas del sér, a fuerza de recoger y comparar sus manifestaciones, y para construir sobre el alma, sobre Dios, sobre este mundo y el otro, un sistema, el verdadero, universal sin multiplicidad de principios, unitario sin exclusión.—Tal es la altura a que se ha elevado en nuestra época el estudio de la historia, tan descuidado y aun despreciado por noso-

tros hasta hoy. Hijos del mundo europeo, abandonados en un suelo que no era nuestro, nuestra historia es la historia de la Europa, y por ella la del mundo culto. Nuestras costumbres, nuestras creencias, nuestras ideas, todo lo trajeron nuestros padres de ella, todo nos lo han transmitido; y aun nosotros, desde la distancia en que nos hallamos, nos afanamos por seguir con lento e incierto paso la marcha de los pueblos que allá se mueven, se agitan y engrandecen''.



X

¿EN qué consiste la preeminencia de la anglosajona respecto de la raza latina? En ninguna de sus cualidades étnicas, en ninguna de sus propiedades constitucionales, dirélo así: nada más que en la educación. Sin ésta, su sello volante sería idéntico para ambas, de manera que pudieran leerse, a través de él, todos sus caracteres y el papel que desempeñan en la historia. No existen razas puras: sólo hay el distintivo nacional de su educación, cuando el Estado sabe formar ciudadanos.

HASTA en los hijos de común territorio, se observan diferencias notables debidas exclusivamente a la educación. Griegos eran los esforzados espartanos, tan griegos como los atenienses, y, sin embargo, cuánto se diferenciaron. Tan descendientes del Lacio fueron los romanos cantados por Ennio en sus *Anales*, como los del período de Julio

César y M. Tulio Cicerón, y como los que vinieron después de la muerte de Augusto, el autor del *Satiricón* entre ellos; con todo, qué líneas de separación tan visibles de época a época.

EL fisiólogo Charles Riche desafía a los sabios de más campanillas a fin de que, por sólo las señales del cráneo, se muestren aptos para conocer si éste perteneció a un habitante de Nueva York, de Atenas o de Copenhagüe, en una palabra, la nacionalidad del dueño de ese conjunto precioso de huesos que guarda el cerebro; en tanto que, asegura, sería fácil a cualquier antropólogo reconocer un cráneo de la raza amarilla entre muchos otros de la blanca. ¿Qué demuestra esto? Que no existen diferencias sustanciales entre los individuos de la llamada familia blanca.

SIGUIENDO la doctrina del citado fisiólogo, y ampliando sus gráficos ejemplos, supongamos que un miembro de dicha familia, aun cuando hubiera salido del más olvidado rincón de Europa, vaya a matricularse en colegios de París, Londres, Roma, etc.; y reciba en ellos el bautismo de la civilización por medio del estudio y de la disciplina del carácter. ¿Qué acontecerá entonces? Que este alumno se asimilará de tal modo al medio ambiente, que parecerá oriundo de la

patria donde bebió las primeras aguas del aprendizaje, siendo difícil que, extranjero y todo, le alcancemos a distinguir, por su nacionalidad, entre sus condiscípulos de colegio. La educación le habrá fijado una marca tan indeleble, que el problema de su raza quedará, una vez más, anulado, sencillamente por no descubrirse en el educando aludido diferencia étnica alguna.

PERO desde que se encuentra ésta, es preciso que naturalmente se halle también la intelectual, porque el sistema de alimentación, la medida del ángulo facial, etc., así permiten suponer.

EL profesor ruso J. Novicow, en una obra interesante (1) se burla del pesimismo contemporáneo, que va generalizándose acerca de la decadencia de la raza blanca, y se encarga de contestar y refutar los argumentos de conocidos escritores como E. Faguet, D' Estournelles de Constant y Mad. Arvede Barine, quienes pronostican desfavorablemente sobre este punto. Así el primero asegura que cuando los obreros negro y chino entren en competencia con los blancos, serán éstos derrotados; el segundo dice que vendrá a ser un hecho la ruina de Euro-

(1) El Porvenir de la Raza Blanca (Crítica del pesimismo contemporáneo), por J. Novicow.

pa, porque carecerá de manufacturas suficientes para cambiar con los artículos chinos, y por último, Mad. Barine, que los mercados europeos serán bloqueados y sitiados por la invasión indo y china.

FELIZMENTE, nada de esto acontecerá, pues, cuando llegue el caso, la raza blanca habrá adelantado mucho más en manufacturas, en máquinas, en medios de transporte, etc., y el comercio habrá tomado incremento aun entre pueblos de idéntica producción. Mejorado su sistema económico, mejorará también su natalidad. Entonces su potencia genésica recobrará nuevos bríos y su transformación será eterna, obedeciendo a las leyes innegables de la Biología y de la Sociología.

CONCEDO que haya estancación, que haya aparente cansancio, que haya simulada decrepitud, pero muerte, jamás.

“NUESTRA madre común, la divina Grecia, ha dormido durante mil años un letargo muy semejante a la muerte, sin que la barbarie haya podido dominar en el mundo. Otro tanto acaecería si el fenómeno se reprodujese en Francia o en Rusia”.

Los que deploran la decadencia de los pueblos de la América Latina, en vez de

sus elegías, deben robustecer su brazo para enriquecerla por medio de la agricultura, del cruzamiento, de la educación, de la idea viril.

HOY existe en la Argentina, en aquellas pampas infinitas, una Rusia en pequeño que, sin acordarse de su patria primitiva, vive feliz, cultivando la tierra, aumentando la extensión de sus estancias y complaciéndose en que sus hijos aprendan castellano. Inmigración patriarcal que centuplica la riqueza de un pueblo grande. Sigamos el ejemplo. (1)

(1) Véase lo que acerca de la colonización rusa en la Argentina dice el Sr. Arturo Reynal O' Connor en la importante *Revista Nacional* del Sr. Rodolfo W. Carranza (Tomo XXXIII.—Entrega I): “¿Conviene, pregunta, el ruso al país? He ahí la cuestión.—Como hay que juzgarlo como colono, es decir, como inmigrante destinado a poblar los desiertos que se convertirán en colonias y fuentes de producción agrícola, diremos que es, por el momento, inmejorable, tanto más que, dado el estado de inseguridad en la campaña y la falta de justicia, no tenemos derecho a desear nada mejor. Sano, fuerte, ágil, es un trabajador incansable; de una actividad extraordinaria, se hace ayudar por su esposa e hijos en las faenas del año: es el colono que obtiene mayor saldo a su favor, y como su sobriedad es incomparable, siempre saca, aunque la cosecha haya sido pésima, algún rendimiento. Con un instinto voraz del dominio, atávico de su raza subyugada, economiza humanamente cuanto puede y lo guarda en moneda de alto valor y nueva para comprar tierra.—¡Comprar tierra! Es su delirio. Unidos, compran chacras contiguas, pero las habitaciones las aglomeran en un sitio aparte, y forman esas aldeas silenciosas y pintorescas, rodeadas de aguadas y gansos, que se descubren desde lejos entre las cuchillas por las copas de sus elevados árboles. Allí viven con sus respectivas familias; la mujer se ocupa en los quehaceres domésticos, fabrica embutidos y amasa pan; los hijos crecen; poseen su huerta y monte de frutas; los galpones ostentan máquinas y forrajes; en la caballeriza piafan exce-

INDISPUTABLEMENTE, con el libro de actas de la humanidad en la mano, la raza blanca se ha perfeccionado más que todas las demás, y a la raza blanca pertenecen lo mismo un inglés que un italiano, de igual modo que a la amarilla corresponden tanto un japonés como un chino. Sin embargo, aquél es superior a éste, como lo probó plenamente en la magna guerra con la Rusia. ¿A qué se debe la superioridad de los japoneses respecto de los chinos? A la educación únicamente. Los habitantes de la Celeste República naciente, encerrados han permanecido por siglos, dentro de su gran muralla, egoístas y testarudos, sin permitir comercio de ideas y de mercancías con los bárbaros hijos del Cáucaso y los descendientes de Rómulo y Remo. Apenas abrieron sus puertas a la emigración e inmigración, vaciló la forma de gobierno imperial. El chino fue a Europa y aprendió; el occidental fue a China y enseñó. La agonía de la tradición se debe al extranjero.

EL yanqui es un tipo cosmopolita, mezcla

lentes caballos de tiro, y en la cuadra picotean y chillan aves de corral, quedando así la porción de tierra comprada, o la chacra, como ellos dicen, únicamente para la agricultura. Allí se encaminan todos en carro en cuanto sale el sol y con todas sus herramientas. No duermen siesta, pero el domingo descansan, pásanselo en la aldea al lado de la familia, y al pasar, véseles bajo los corredores, rodeados de sus hijos, de visita en la vecindad, paseándose, solos o acompañados, en la única calle, conversando, fumando y muchas veces leyendo una revista alemana”.

de todas las naciones europeas: por sus venas corre tanto sangre latina como angla, tanto eslava como teutónica. La supremacía del yanqui se basa sobre su educación vigorosa, práctica, avezada al *struggle for life*. ¿Cuáles serán los rasgos típicos de la raza anglosajona? No los hallo. Sólo la educación se impone, con la elocuencia de los hechos.

· NOBLES representantes de la olímpica grandeza de la raza blanca son (permitidme, lectores, este rápido desfile) Homero, Aristóteles, Fidias, Tácito, Kepler, Kant, Leibnitz, Shakespeare, Colón, Magallanes, Newton, Voltaire, Lavoisier, Pascal, Víctor Hugo, Beethoven, Goethe, Galileo, Dante, Bolívar, Sucre, San Martín, Wáshington, Morelos, Hidalgo, Hernán Cortés, Rocafuerte, Olmedo, Montalvo, Rivadavia, Caldas, Sarmiento, García Moreno, Alfaro, Artigas, &.

NINGUNO de estos grandes luminaires, que forman la constelación humana, pertenecen a la raza amarilla, menos a la negra, a pesar de que creo, como afirman los antropólogos, que no existe sobre la tierra una raza completamente pura. De aquí que la nobleza de una raza, o lo vil de otra, son utopías, si hemos de admitir, según el transformismo, un común origen animal. Educar y tan sólo educar es vencer, como lo

han hecho los arios respecto de los turanios.

AHORA examinad las obras de arte, lo que conmueve el espíritu con las dulces vibraciones de lo bello y de lo sentimental, los descubrimientos asombrosos, los vuelos atrevidos de la inteligencia, casi todo es propiedad de la raza blanca, esto es, lleva la patente de latinos y sajones.

¡SALVE, inmortal Hélade, asiento de la sabiduría y del arte!

¡SALVE, Eneas, a quien los dioses inmortales te confían la heroica empresa de fundar en Italia la sagrada Ilión!

¡SALVE, mansa y augusta loba, que alimentaste a los hermanos creadores de Roma y en especial al que instituyó el colegio de los *Arvales*!

¡SALVE también remota Anglos, pueblo de bravos y primitivos germanos!

¡SALVE todas las estrofas del himno que se denomina raza blanca!

FORMÁIS un solo anillo, noble y soberano, pese a Confucio, Buda o Sakiamuni.

EL ángulo facial, repito, el volumen del

cerebro, el peso del encéfalo, el cubicaje del cráneo, la estructura de algunos músculos, otras investigaciones anatómicas, en fin, sacan en limpio que aunque, en general, es apreciable la diferencia que existe entre los ejemplares de la raza blanca y los de la amarilla y negra—pero no la de la latina con la anglosajona—la educación, el medio ambiente, el hábito se sobreponen triunfalmente a todo lo demás.

EN un africano chimpancé no pueden descubrirse puntos de contacto con el blanco ni con sus adorables costumbres arianas.

HABLAR de ellas es asemejarse a los perros de Zurita. No decanemos, pues, la preponderancia de la raza, sino de la educación que tanto recomendaba Sarmiento para sus compatriotas argentinos, de esa educación valiente y práctica que forma del *ayúdate* una Biblia para las oraciones del trabajo cotidiano.



XI

CONFIRMAN los que se han dedicado a estudios de este jaez, que el genio viene a ser algo así como una degeneración, un *estado neuropático*, un verdadero cretinismo nervioso que se ha desarrollado en cerebros que, a la postre, hay que dolorosamente bautizarlos de semimorbosos, cuando menos.

MUY conocida es la obra (1) que Max Nordau escribió al respecto y que la dedicó al profesor César Lombroso, cuyas doctrinas sigue en ella, como también las de B. A. Morel, introductor de la noción de *degeneración*, de J. Roubinovitch, Alfred Binet, Legrain, Tarabaut, Brunet, Octavio Delepierre y otros.

EN aquélla, el autor de *Las Mentiras convencionales de la civilización* pone de oro

(1) Degeneración.

y azul a Tolstoy, a Ibsen, a Zola, a Nietzsche, a Wagner, con el canto de los Nibelungos y todo, etc., etc.

HE leído, no sé donde, que César, Pedro el Grande y Mahoma, "el restaurador de la unidad de Dios en la cuarta parte del globo", fueron epilépticos. Imprudentemente denuncia la historia que Alcibíades, el simpático y vigoroso, y Turena, el insigne guerrero hijo de Sedán, eran tartamudos. A Lutero, de Eisleben, le hacen víctima del alucinamiento. Enrique Julio Condé fue tan inhumano que su crueldad rayó en locura. El Gran Condé, el célebre ganador de la batalla de Rocroy y vencedor en Friburgo, es pintado por alguien como ignorante, colérico y traidor. Dicen que Lucrecio estuvo afectado de manía intermitente; que Tasso fue nada menos que un enagenado; que Swift, el conocido humorista irlandés, falleció loco; de igual modo el extravagante Conde de Lautréamont, autor de "un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso; un libro en que se oyen a un tiempo mismo los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura" (1). El hábil pintor español José Balcells y Sendil fue sordo-mudo. H. Balzac, temperamen-

(1) Rubén Darío.—Los Raros.

to aquejado de hondas amarguras y desalientos, sin duda por el fantasma de los acreedores que le perseguía, murió de afección cardíaca. Chatterton, Gilbert, Mariano José de Larra, José Asunción Silva, Dolores Veintemilla de Galindo, Gastón F. Deligne, se suicidaron. Igual suerte corrió el poeta mexicano, autor de esas dos grandes poesías *Nocturno* y *Ante un cadáver*, “en las que puso toda la sustancia de su alma enferma y atormentada” (1). Manuel Acuña, el joven materialista, bajó a la tumba a los 24 años de edad. Manuel Molina Vigil, médico y poeta hondureño, suicidóse también a la temprana de veintisiete. El bardo apasionado Manuel María Flores, hijo de San Andrés, murió ciego, como Milton y como Mármol. Guy de Maupassant terminó sus días en un manicomio de París, como Juan Coronel en uno de Santiago de Chile, tísico y atacado de la monomanía de grandeza. Fedor Dostoyeuski padecía de enagenación mental. Consta que Alfredo de Musset y Edgard Poe, estos dos grandes poetas, fueron dipsómanos, como en la antigüedad lo fue Ennio. El alcohol y la anquilosis reumática perseguían a Pablo Verlaine y a Walt Whitmn. Aseguran que Mozart

(1) Antología de Poetas Hispano-Americanos.—M. Menéndez y Pelayo.

fue neurópata; que Handel sucumbió con enfermedad cerebral; que Beethoven, el padre de la música alemana, fue caprichoso y melancólico; que Donizetti bajó al sepulcro con parálisis general; que Schumann y Chopin dieron en insanos. También atacó la parálisis al novelista irlandés Juan Banin. Tanto él mismo, como algunos de sus admiradores, afirman que Lamartine vivía atormentado por el suicidio, de igual manera que Jorge Sand, desde los diez y ocho años, la que también tuvo tendencias a la melancolía, como la profunda del célebre pintor inglés Ricardo Parkes Bonington, víctima de la fiebre cerebral.

SIGUIENDO esta lógica, Montalvo, lo mismo que otros genios, fue caprichoso, colérico, misántropo; García Moreno, iracundo, adusto y nervioso; Federico Proaño melancólico,—sin duda por sus largas nostalgias que le rindieron en la lejana Quezaltenango (1),—a pesar de sus artículos literarios humorísticos que revelaban un espíritu “vi-

(1) Federico Proaño murió en la ciudad de Quezaltenango (Guatemala). Vivió en la República de El Salvador cinco años, “desempeñando el honroso puesto de Secretario Particular del Presidente de la República, y fue el primero que en las columnas de los periódicos abrió cátedra de buen decir. Llegándose a hacer de admiradores devotos y también de encarnizados adversarios”. (Palabras del Sr. Vicente Acosta, Director de *La Quincena*, revista de ciencias, letras y artes de San Salvador.—Año IV.—Tomo VII.—Nº 74).

brante, festivo y sutil''; Sarmiento, vanidoso, irascible y difuso, sobre todo en sus últimos años. Murió presa de perturbaciones nerviosas, de decadencia senil y delirio.

Su simpático y laborioso biógrafo chileno, a quien con tanto cariño presenté desde mis primeras líneas, se expresa así, en los últimos renglones de su interesante libro: "Sarmiento se extinguía visiblemente, e iba a morir instalado con pobreza en un reducido cuarto de hotel, como viajero sorprendido por las leyes naturales en el curso de una larga y fatigosa peregrinación. En la noche del 10 de septiembre (1888) permaneció sentado en su sillón, hasta las once, hora en que pidió que le trasladaran al lecho. Realizado ese deseo, cayó en un letargo intranquilo, interrumpido a largos intervalos por movimientos bruscos. Una profunda perturbación debía trabajar su organismo, pues algunas palabras incoherentes revelaban el delirio. Dijo: "He escrito un libro tres veces y lo he vuelto a romper: tenía cosas muy buenas"! A las dos y cuarto de la madrugada, hizo señas para que le dieran vueltas, y satisfecha esa indicación, se agitó bruscamente con un movimiento espasmódico, y quedó inmóvil con la rigidez de la muerte! ¡Había dejado de latir aquel corazón privilegiado, máquina motriz de impulsos generosos y grandes, de nobles ambi-

ciones y de fecundas iniciativas! Había dejado de ser un hijo predilecto de los tiempos heroicos de la América, un soldado del progreso, un heraldo del libre pensamiento, un adalid de la reforma y del bienestar de los pueblos y uno de los más honrados políticos de la República Argentina!” (1) Así termina el libro.

VOLVIENDO a la tesis de que el genio es una degeneración, ¿de qué serviría entonces la gimnasia moral educadora que modifica los caracteres, de qué el principio de severa disciplina que reprime los temperamentos? Como la higiene en un enfermo, así la educación en el hombre: aquélla le dará, ya que no espiritual, siquiera vida corporal; ésta, ambas.

MAX. Nordau clasifica a los genios así: sanos y degenerados: a los que no están rematadamente locos les llama “degenerados superiores”; pero creo que la degeneración de suyo es síntoma de enfermedad, de decaimiento, de postración intelectual, de algo que *degenera* y que, como la palabra lo indica, nada tiene de *superior*.

CON la educación de la voluntad, con un régimen moral de hierro, con la ilustración

(1) Sarmiento, su vida y sus obras por J. Guillermo Guerra.

sana, se conseguirá dominar los vicios, los atavismos, los delirios que las pasiones o la poca salud causan al talento.

Los personajes más eminentes — tristezas de la mísera condición humana—adolecieron de algunas debilidades; pero el esfuerzo propio salió triunfante al fin, gracias a la esmerada educación.

SARMIENTO, como ellos, tuvo unas pocas imperfecciones; pero su fuerte voluntad y su inmensa acción pusieron de relieve las virtudes del educador y del estadista, ocultando las incorrecciones del político y del sér humano propenso al error.



XII

AL concluir estas breves líneas consagradas al infatigable maestro argentino Sarmiento, y, por ende, a la educación, deseaba decir algo acerca de los numerosos libros de tan ilustre pedagogo y pensador sudamericano, obras que, en la mayor parte, reunió su nieto, confidente y secretario D. Augusto Belín Sarmiento. Forman una colección de cincuenta volúmenes en cuarto mayor.

EL gobierno del general Roca presentó al congreso nacional un proyecto de ley contraído a señalar veinte mil pesos para la edición completa de ellas. El decreto legislativo fue sancionado en mil ochocientos ochenta y cuatro. Comenzó a cumplirlo el señor Luis Montt, dando a luz, compiladas, en siete volúmenes, las producciones que Sarmiento escribió en Chile.

TAREA amplia y grave, que requiere estudio detenido y fuerzas mayores que las

mías, es la de analizar, siquiera en forma de reseña, las obras del fecundo Sarmiento. Ni he podido, para ilustrar más la materia, conseguir el libro *Sarmiento y sus doctrinas pedagógicas* de don Manuel Antonio Ponce, funcionario chileno en el ramo de instrucción pública.

Al escribir estos someros capítulos, quise tan sólo corresponder a la honrosa invitación que la *Caja Escolar Domingo F. Sarmiento*, de Santa Fe, se dignó hacerme, con motivo de la inauguración de un monumento a la memoria del ilustre preceptor Domingo Faustino Sarmiento en dicha capital.

De paso, he dedicado ligeras observaciones—que son sinceras aunque no una novedad—a la educación, porque, como latinoamericano, me intereso por el adelanto de los pueblos de esta raza que sentaron los reales en el Nuevo Continente, y he llegado a convencerme de que tanto su futura grandeza, como su decadencia, dependerán del sistema de educación que reciban las generaciones venideras.

A ellas, y también a las actuales, quisiera decirles de corazón: Acabáis de vislumbrar en este modesto estudio, debido al entusiasmo que me inspira la juventud y al amor que profeso a la educación, las

luminosas huellas que ha dejado en la América española el esclarecido polígrafo y educador Sarmiento, patrono de muchas instituciones escolares argentinas. Nada ennoblece más ¡oh, pueblos latino-americanos!, que las lides de la idea, del trabajo y del carácter. Sería espectáculo halagador el de los jóvenes pueblos reunidos por unos mismos ideales, grandes por medio de la paz y de la unión, impulsados por idénticos motores, que se encaminaran, a paso de gigante, al excelso alcázar del progreso, sin pensar en guerras internacionales, menos en revoluciones. Con la constancia se allanan todos los escollos de la vida: con la educación se forman las naciones viriles, las razas conquistadoras y fuertes. Lo de la palanca de Arquímedes, que en el terreno científico resulta una utopía, en el campo de la práctica es el bello símil de la enérgica acción individual que todo lo realiza, que es el más firme punto de apoyo y el corolario de lo que puede alcanzar una voluntad inquebrantable y un profundo amor al estudio, al trabajo, al orden, secretos de la felicidad en la tierra.

EL gran Camilo Henríquez trazó, con caracteres imborrables, con las luminosas letras de la inmortalidad, esta divisa en los muros de su prisión: *Nihil desperandum*. Nosotros, pueblos jóvenes, colectividades de

ayer, procuremos gozar de la encantadora libertad; tracemos, en la grandiosa historia de los respectivos países, ese mismo lema, que sintetiza la energía imponderable de una raza que siempre fue viril, fuerte para acometer las mayores empresas, como heredera de la tradicional bravura castellana, y que no tiene por qué desesperarse, por qué venir a caso de menos valer, por qué desconfiar de sus propias facultades, para ponerse a la altura de naciones más felices sólo por la educación. Sigue cantando su palingenesia con dulces notas de un himno colosal que ora se llama Buenos Aires, ora México, ora Santiago, ora Montevideo, ora Lima, ora Bogotá, ora Quito, ora Caracas, grandes estrofas de la epopeya latino-americana.

“QUIEN no espera vencer ya está vencido”, dijo el divino Olmedo. Y este verso de una profecía épica no debemos olvidar los latino-americanos. No desmayemos un instante. Ya es lugar común repetir que la juventud es la esperanza de la patria. Ahora digamos que el carácter, la acción individual son la esperanza de las naciones, y que la juventud moral, trabajadora e instruída es el brazo más robusto de ellas.

EL hombre ignorante y holgazán no es hombre, sino ente digno de lástima. Por esto, hace siglos, el célebre Temístocles ex-

presaba que más prefería un hombre sin dinero que dinero sin hombre.

LA educación, como mágico cuerno de la abundancia, derramándose sobre todas las industrias, sobre todas las fuentes de riqueza nacional, sobre todas las agrupaciones y sobre el carácter de cada individuo, llenaría de bienestar y poderío a los más débiles y monospreciados pueblos latino-americanos.

UNA educación serena y práctica, que no ponga en prensa al pensamiento ni eche cerrojos sobre la conciencia, que no amengüe el vigor individual y la pujanza de la raza nos es necesaria, de toda necesidad. ¡La libertad ante todo, sobre el pedestal de oro del trabajo, esté constantemente iluminando las inteligencias desde el templo de la paz!

No permitáis que vuestros hijos deban su educación a esas castas exclusivistas que “convierten al hombre en una especie de palimpsesto; obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la Edad Media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento” (1).

¡OH, generaciones latino-americanas, no

(1) Páginas libres, por Manuel G. Prada.

permitáis que os arranquen el juicio so pretexto de que la obediencia es ciega y de que la ciencia ha fracasado!

¡OH, juventud, abrid el corazón a las cosas grandes y claras, dirigid la razón, no hacia el país del misterio, sino hacia el reinado de la verdad!

IMITAD a Sarmiento, hasta en lo que no se humilló jamás. Sed, jóvenes americanos, altivos y emprendedores, y trabajad siempre por la educación, como lo hizo el maestro-presidente argentino hasta en los años de su decadencia senil.

¿No sería ridículo contemplar a un puñado de jóvenes que hubieran hecho la firme resolución de morirse de hambre, en cambio de algunos minutos de gloria efímera? Pálidos, nerviosos, con el estómago exhausto y la cabeza enardecida, creyéndose unos verdaderos genios monopolizadores del talento, con el desdén en los labios, sin dar cuartel a nadie, encerrados en su tabernáculo de arte (al que sería una profanación mirar, no digo introducirse en él), sin conceder un ápice de sentido común a nadie, menos de ingenio o una migajita de gloria, crespa la melena y los ojos hundidos, por ahí anduvieran cantando lástimas y comiéndose los codos.

¿No serán éstos los tipos de la degeneración y de la pobreza de miras, a quienes el bien ajeno entristece y lloran de rabia cuando otro se levanta por esfuerzo propio y goza de sus riquezas y su inteligencia?

¿No sería risible que estos mismos jóvenes se negasen resueltamente a recibir un poco de dinero honrado en cambio de algunas horas de trabajo, de un instante de cultivo de la tierra, de unos días de ejercicio corporal que les volviera el apetito y regenerara sus pujos de gloria hambrienta? ¿Cómo hablarles de trabajos manuales, de sembríos, de calidades de granos y semillas a esos pálidos enamorados de la inmortalidad, sensibles como las mimosas, de almitas delicadas como alas de libélulas, incapaces de empuñar, no diré el hacha ni el martillo, pero ni siquiera la escoba para barrer racionalmente sus habitaciones, iba a decir sus buhardillas? En cambio, ocultan la segunda intención perversa en el fondo del pecho: la fiebre de engrandecerse sin contribuir con la acción; el prurito de verlo todo descolorido y malo.

¡JÓVENES: al trabajo, para adquirir sanas y nobles ideas!

¡QUÉ los ferrocarriles—lazos de hierro que atan por medio del comercio y cambio de ideas a los pueblos latino-americanos—no

pasen por desiertos tristes en los que, esparcidos aquí y allá, como un sudario, blanquean en los huesos de nuestros hermanos, por regiones inhospitalarias donde apenas, de trecho en trecho, se alza la misérrima cabaña del indio bravío y torpe, sino por ciudades populosas, por campos fértiles, por parajes en los que la vida, derramándose a raudales, convida al trabajo y la salud!

¡QUÉ así como sembramos ideas, planteamos árboles, de manera que no encontremos un sólo individuo, por minúsculo que sea, que no haya echado su semilla en la tierra, que no haya creado!

POR el trabajo, por la salud, por el estudio, por el carácter, por la seriedad, por los prácticos pensamientos impregnados de amor y no de odio, demostraremos al mundo que no hay degeneración en la raza latina, ¡oh, juveniles pueblos!, que ayer rompisteis con valor el sistema de educación colonial—que era un grillete—con la espada de Bolívar, San Martín, Sucre; con las leyes y reformas de Benito Juárez, Porfirio Díaz, Andrés Bello, Vicente Rocafuerte, Rufino Barrós, y con la pluma de Juan Montalvo, Justo Sierra, Juan María Gutiérrez, José Enrique Rodó, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y cien obreros más de la civilización.





LA EVOLUCION DE LA ENSEÑANZA

I

CUANDO los gestores de la instrucción pública, con ánimo sereno y suficiente acervo preparatorio, se empeñan en renovar racionalmente los enmohecidos moldes de la educación hispano-americana, los pedagogos e intelectuales deben batir palmas. Honradamente están en el deber de apoyar las trascendentales reformas, para que no vayan a estrellarse contra el peñón de la rutina y los obstáculos que la ignorancia inventa.

CUANDO la instrucción primaria sea lo que debe ser: preparación del niño para la vida, para la ciudadanía del mañana; cimentación del carácter de la niña, a fin de que

se transforme en la mujer fuerte del porvenir, en la prudente directora del hogar; cuando tan bella hipótesis se convierta en teoría, cesarán los pesimismos y cirujía política de todos los que, como Enrique Pérez, han tratado de los males de la América española.

POSEER carácter fuerte que no se doblega en la forja de convencionalismos y dádivas, saber varios idiomas, viajar mucho para beber de aquí y de allá los elixires del alma popular, mantenerse al tanto de los progresos pedagógicos de los pueblos más cultos de la tierra, ser emprendedor, al mismo tiempo que sereno y enérgico en las resoluciones, he aquí el tipo del director de la educación pública, al que Minerva está dictando consejos luminosos y la ninfa Egeria musitando sabias enseñanzas.

TALES varones consiguen la obra salvadora que su espíritu de sacrificio se propone, venciendo todos los combates del empirismo, mezquino caracol que no se atreve a salir de su concha, y acallando la grito que suelen levantar de una parte la inopia y de otra ciertos gremios interesados en conservar viejas tradiciones que favorecen su ruin logro. Siempre que hay intereses creados y calladas conveniencias de por medio, al riguroso organizador que rompe sin contemplaciones

la paralizada máquina, le bautizan cuando menos de loco, sin contar los trabajos subterráneos del monacato, a fin de que no se le quite la dirección de la juventud. Aquí se halla el secreto de la ruina, como individuos y como colectividades, de varios pueblos chicos de la América latina. Examinad las causas de su postración, y las remontaréis a la educación de convento que imprime carácter.

No se diga que intolerancia y clerofobia están aconsejando mis actos.

LEED la monumental obra del presbítero Miguel Mir acerca de la historia documentada de los jesuítas, y os convenceréis de que con la verdad desnuda hay pleno derecho a impedirles el mutilamiento de la juventud que por tan sutil criba pasa.

No es el horror al hábito talar, no el odio al padre tal ni al personaje cual el que mueve la honrada pluma para combatir prejuicios y anacronismos educadores: son las ideas erróneas, el desconocimiento de las fatigas diarias de la vida, el desfiguramiento de la verdad, el sello aristocrático que desdeña el trabajo manual; el ansia de que el joven no confíe, pues así le enseñaron, en sus fuerzas propias sino en agentes misteriosos; el afán con que desgasta sus ener-

gías en creer y aprender cosas extrañas para el viaje por la existencia. He aquí el mal.

SACERDOTES de levita, de alma estrecha y puntos de vista irrealizables por lo limitados e intolerantes, se han apoderado de la niñez y de la juventud, en escuelas, colegios y universidades que todavía suspiran por los tiempos medioevales y defienden muy seriamente al Santo Oficio. Por esto, el publicista Jorge Corredor La Torre, al estudiar las modalidades de los países que heredaron de España, lo que burla burlando no calla de ella el poeta español Rafael Torromé en esta receta del carácter español que viene de molde a las Ameriquitas bulliciosas que suspiran por el bien ajeno:

“Del carácter español
hizo el diablo esta receta:
treinta adarmes de amor propio,
diez adarmes de soberbia,
ocho mil de vanidad,
cuatrocientos de pereza,
todo lo cual se deslíe
en una envidia muy densa
y se pone a hervir al sol
ardiente de nuestra tierra,
y salen los españoles
de tan cristalina esencia
que al menor golpe se rompen
y al menor choque se quiebran;” (1)

(1) De la composición “Los Licenciados Vidrieras”.

digo que el expresado Corredor La Torre en su libro *L'Église Romaine dans l'Amérique Latine* consigna del Ecuador, al que bonitamente le llama República *du Sacré Coeur*, lo que bien puede aplicarse a otros liliputienses países: "*On pourrait ajouter, si quelques Ecuatoriens hardis n'avaient pas commencé à éveiller la liberté dans ce pays, que l'âme équatorienne est une âme de prêtre*".

Y no puede ser de otra manera: largas centurias educados por tales, han amasado a su sabor el espíritu del niño. Así de padres a hijos la conservadora ciega obediencia al maestro invulnerable, ha formado máquinas en vez de conscientes voluntades.

RECORRIENDO de uno en uno los establecimientos públicos y oficiales destinados a la infancia, se verá con pena que en todos ellos alienta la intolerante alma clerical, velada o expresa, de funestos resultados para los educandos: nulos para la existencia, su mundo es el de las quimeras; no aprendieron nada para la lucha temporal, porque en ella están de paso, y, en cambio, saben bastantes rarezas para la eterna. ¿Es racional este sistema de preparación?

No ha mucho, en cierta ciudad conventual de la América latina, en un colegio de jesuítas

tas, se simuló hábilmente un milagro: estropeada estampa u oleografía de una virgen dolorosa había parpadeado, pues tal vieron los alumnos internos de dicho plantel, niños de doce y trece años, a los que se les había sugerido la idea por mandato superior. Cínicamente se les obligó en seguida a mentir, a declarar, a sentar una grosera acta del prodigio. Los discípulos de Loyola hicieron su agosto. En semejante escuela se educan.

¿HASTA cuándo no se barre con todos estos prejuicios, mojigaterías y comercio espiritual? ¿Hasta cuándo no se desenmascara al analfabetismo disfrazado de sabiduría teológica?

PERO tantas iniquidades sólo son *un aspecto* o una incógnita del problema.

HAY otras mucho más graves que despejar:



II

OTRAS desconocidas cantidades de la ecuación educadora: la manera de hacer práctico el tirocinio primario obligatorio; la construcción de edificios para este inaplazable noviciado; la dulcedumbre de la escuela para borrar el horror que inspira a muchos niños; el suministro de material escolar; el conocimiento, siquiera somero, de lo que son las escuelas en los Estados Unidos; la exposición de la índole independiente y digna,— que se cuida y recomienda de suyo,— de este asombroso pueblo; la idoneidad del profesorado nacional, su selección y ennoblecimiento, y el modo de rentarle bien, con eficacia, salvándole de los tentáculos del agio y del hambre.

PUNTO por punto iré despejando estas incógnitas.

¿Es forzosa la instrucción primaria? Aldeanos que apenas oyen la palabra escuela

ya están sobre las afufas, directores de estudios que más tienen vocación para sargentones cuando no para sacristanes, maestros de escuela corroídos por la miseria,—todos elementos de ignorancia y de muerte—¿cómo pueden acariciar la utopía de la instrucción obligatoria?

SE ha dado casos de nombrar soldados despóticos y gente inválida para gerentes de la educación, antes que pedagogos. En lugar de fomentarla, han sido su azote.

LA Ley de Instrucción Pública, de años atrás, está hablando en letras de molde—fácil manera de predicar—de la implantación de escuelas en haciendas y caseríos en los que siquiera se reúnan veinte muchachos. Con todo, existen villorrios y extensas fincas rurales, en los que no quedan vestigios de que hayan entrado por el aro en esto del abecedario. El interés de muchos ricos ¡quién lo creyera! consiste en conservar a su gente de servicio embrutecida; su orgullo estriba en que criados, peones y gañanes, sean menos que bestias de carga, para maltratarles y explotarles a su sabor. Fomentan la ignorancia y la estupidez, por decirlo así, para que no decrezca la hacienda. Por esto, se confabulan con los arquisinagogos del pueblo para no enflaquecer la tradición

de las fiestas religiosas, en las que adoran a Baco disfrazado de cualquier santo.

COMO los gamonales y los curas son los dioses de las aldeas, resultan frustráneas las multas que el pobre teniente político les impone por infracciones a la ley que está ordenando que el dueño de todo predio rural, que pueda reunir veinte niños de entre los dependientes y jornaleros de dicho predio, por insignificante que fuere, sostenga una escuela mixta de tercera clase. Verdad es que las penas por tal desobedecimiento son risibles.

¡Y háblese, no obstante, de castigar a los magnates! Se encogen de hombros ante las autoridades inferiores, si ya no las sacuden dentelladas. Muchas veces el propietario del *feudo* es el señor gobernador, con amplios poderes y facultades extraordinarias, cuando no ¡oh, sarcasmo! el omnipotente director de estudios de la provincia.

SEGÚN datos estadísticos, el Ecuador es un "inmenso redondón helado" en donde más analfabetos pululan, comparado con las repúblicas de toda la América Latina. Sin contar los millares de indios, ese infortunado rebaño humano, ni nuestros yumbos, esa otra piara semirrational, un considerable tanto por ciento de soldados, almifores con uniforme, carecen de la más rudimentaria educación. ¿Qué digo soldados rasos? Je-

fes, jefes que aspiran al generalato y por ende a la presidencia de la República, no saben leer ni escribir. Pero el patriotismo se autosugestiona y se consuela con los primores de la literatura oficial. En los informes que el Departamento de Instrucción Pública presenta al Congreso, figuran escuelas hasta en los aduares de las márgenes del Tunachiguaza o del *Tufiño*. Así andan las cosas. Es necesario recorrer esos campos para cerciorarse con pena y vergüenza de que la "enseñanza obligatoria" estatuida por las leyes es un mito.

IMPLANTARLA con rigor, aun usando del sistema de cacería de educandos que alguna vez se empleó en Rusia, es obra de romanos para el ministro de instrucción pública. Los hacendados pondrán el grito en el cielo, porque les quitan diminutos brazos para el cultivo de la hacendilla.

CIRCUITOS distantes kilómetros de kilómetros del cantón ó de la parroquia, carecen de escuelas. No ha mucho que en el Norte de la República levanté un censo de dos ingentes haciendas que cada una tenía más de quinientos indios, y, con asombro, observé que ni en ellas ni en sus contornos había una sola escuela. Algunos infelices labriegos caminan tres o más leguas diarias en el ansia de aprender a garrapatear palotes y deletrear, es decir, de ser ciudadanos.

III

QUAN en la ciudad, los niños de la gente pobre tienen horror a la escuela, en la que ciertos dómynes, todavía les gritan enfurecidos, aunando el hecho al dicho: “¡Yo te curaré el alhorre!” En el campo, sube de punto el odio a los establecimientos de educación. Corregir por medios hábiles, pedagógicos y estimuladores, esta aversión, es problema digno de estudio.

CHAGRAS e indiecitos, que anhelan desasnarse en las escuelas, regresan quizá más brutos de lo que fueron, porque el maestro de escuela, *perurgido* por la necesidad—un hambriento es rico en trazas—les hace “poner agua”, acarrear leña, cocinar, barrer, etc., es decir, tabajar, más que *conciertos*, a los alumnos.

No me pasma leer en un periódico capitolino que un sujeto de muchas campanillas de cierta provincia no muy distante de la capi-

tal, un expresidente del Concejo Cantonal y hoy Director de Estudios, "obligó a un grupo de niños de la Escuela de San Sebastián a trabajar como peones en su casa particular" (1).

DIVIDIR sabia y proporcionalmente las horas destinadas al aprendizaje escolar, dejando las restantes para las faenas agrícolas, sería una de las maneras de hacer realizable la instrucción obligatoria en los campos, ya que es utópico, por lo pronto, pensar en el fomento de escuelas nocturnas, con nuestros caminos, sistema de alumbrado, carencia de policía rural y de rentas.

LA enseñanza de agricultura y de higiene debiera ser literalmente forzosa, para que aprendan a amar la tierra y a vivir con aseo. Sean la agricultura y la higiene el catecismo de los pobres. Los labriegos necesitan preferentemente de conocimientos referentes a sus dos tesoros: la tierra y la salud; de libros que les inspiren cariño, adoración a la naturaleza y a la vida, antes que de leyendas inútiles y atiborramientos indigestos. ¿Se enseña higiene en las escuelas rurales?

POR último, la ley habla de un "Registro

(1) "El Grito Liberal" N° 21, de 4 de Enero de 1913.

de Instrucción Obligatoria” que cumple llevar a los tenientes políticos. ¿Será pedir peras al olmo exigir esta formalidad? Ordena también las publicaciones periódicas, por la prensa, de los nombres de los niños que no concurren a la escuela. ¡Qué publicaciones, si en algunas provincias ignoran para que sirven los diarios! ¿Quieren lista de ciudades y aldeas en las que no hay sombra de periodismo?

¿CUÁNDO se llenarán estos vacíos? Difundir la luz entre el pueblo, aumentar la estadística de la ciudadanía, es obra de civilización que está ponderando la santidad de la causa.



IV

Muy complejo el problema de los edificios escolares. El tipo que en lo moderno se sigue es el alemán, como el de la escuela pública elemental de Dusseldorf, o la "Gemeindeschule", de la calle Wilms, de Berlín, pongo por caso. Consúltase, para su edificación, ya las materias de aprendizaje; ya el clima, como en Suecia y Noruega, en donde se evitan las corrientes de aire y superficies de enfriamiento, suprimiendo vestíbulos y corredores; ya otras excepcionales condiciones de la localidad. No hay que olvidar que los edificios están directamente relacionados con la disciplina escolar. La pedagogía de la edificación aconseja que las escuelas graduadas sean en esquema, con largas y divisibles crujías, aulas aisladas de la calle, fachada orientada al mediodía y largo corredor de comunicación. Los pasillos centrales, los rectángulos huecos, todo lo que semeja claustro, húmedo y som-

brío, se desecha en el día. Los ingleses conservan su "grammar school", con crujía única o *hall*, en torno del cual se agrupan las salas para clases y dependencias. Usan también los "school rooms", siempre fieles al tipo de la escuela unitaria. A veces el vasto *hall* está dividido, según las necesidades, por tabiques o biombos portátiles.

NI higiene ni disciplina escolar son posibles en edificios que no fueron construídos con arreglo a un plan científico y arquitectónico.

No sólo en Europa, sino también (véanse las estadísticas) en muchos países sudamericanos, todas las escuelas son propiedad del Fisco o del Ayuntamiento, y no casas-escuelas alquiladas.

DOLOROSO es consignar que en el Ecuador no se ha erigido una sola escuela de propiedad del Estado en armonía con el moderno tipo alemán. Si ni en la capital de la República se construyen locales a propósito para escuelas ¿qué decir de los pueblos? Si en el emporio de la civilización, en la llamada *luz de América*, andan las escuelas de aquí para allá, a merced de los propietarios particulares, corriendo las aventuras del inquilinaje, *pidiendo posada* para los ejercicios gimnásticos, alojándose en casas incó-

modas y desembolsando arrendamientos; en las aldeas, feliz el establecimiento de instrucción primaria que funciona en un mal corredor, cuando no en obscuro y pestilente cuarto. Locales propios, verdaderos palacios para la niñez, no tiene el Estado. Lo primordial es proveerse de edificios construídos para el efecto, en áreas de terreno de la nación, sitas en puntos equidistantes del centro de la ciudad. Haya siquiera una escuela modelo por su arquitectura y las comodidades que preste.

VIEJOS caserones que por favoritismo compra el Gobierno, con ligero afeite, pinturita deleznable, ya quedan aptos para servir de casas de educación, denominense institutos normales, escuelas de bellas artes, conservatorios, etc. ¿Cuándo se convoca licitadores para la construcción de edificios exclusivos para cada objeto? Basta de adaptaciones viciosas e instalaciones provisionales.

CUANDO fuí miembro del Consejo Escolar de la Provincia de Pichincha, me comisionó esta Corporación que visitase las escuelas del Cantón Mejía. Quedé abrumado de tristeza ante lo que vieron mis ojos. Clases con múltiples goteras, corredores sin pavimentar, edificios que se sostenían con puntales. En cierta parroquia, condúceme el Jefe Político del Cantón a una escuela. Entro en

un patiecito húmedo, cubierto de hierba. En un ángulo, dos panzudos cerdos refriegan su lomo contra el apolillado pilar del corredor de la casa; en otro, a teja vana, las aves de corral escarban y pían.

—¿Aquí es la escuela?, pregunto desconcertado a la autoridad y guía.

—Sí, señor Visitador, me responde, como una casa muy natural.

—¿Pero dónde?, insisto un tanto enfadado.

—Allí, señor.

Y me señala un agujero, invitándome a entrar en él; casi a gatas.

ENTRAR y retroceder como lanzado por fuerza extraña, todo fue uno. Ese *boliche* obscuro despedía un hedor insoportable. Allí estaban las niñas agazapadas en el suelo, tarareando, entre toses y berridos, cosas ininteligibles. No había vestigio de ventana ni de mueble alguno. Lo que entonces informé al Consejo Escolar haría llorar a las piedras. . . . si fuesen susceptibles de vergüenza.

Et sic de cæteris.



V

VIVIMOS en un país en el que el más pacífico se encandila de rabia por sus rarezas. El Ministro de Instrucción Pública, como chiquillo con almadeña, camina a saltos por no enfangarse en las miserias de la enseñanza en general, y lo primero que hace es enviar a las Cámaras un proyecto de ley que señala fondos para la construcción de escuelas. Los sapientísimos representantes del pueblo piden que se archive el salvador decreto. He aquí la medida de las cosas. Si no se ha empezado por donde era lógico empezar: por proveer a las escuelas de edificios apropiados para las mismas, menos se querrá soñar en decente material para su mediano bienestar higiénico o físico. Todos los días la prensa y el profesorado gritan a voz en cuello: "Hasta los establecimientos de la capital no cuentan ni siquiera con bancos higiénicos, encerados suficientes, libros, útiles de escritorio y premios que

aprovechen, eduquen y enciendan en el alma infantil el amor a todo lo que se relaciona con la patria". Son desgañitamientos en el desierto de nuestra indiferencia individual y gubernativa.

SE ha creado una oficina de fomento de instrucción pública y una procura de material escolar; pero no se procede con tino ni patriotismo. En primer lugar, los fondos para el caso resultan muy exiguos. El militarismo, pólipa de mil tentáculos, sanguijuela de mil bocas y discos de succión, chupa la sangre del Erario, absorbe sus rentas, con las que se paga a los leales y desocupados soldadotes para que no se dignen conspirar contra la paz interna. En segundo lugar, no se pone en nada el estímulo y el sello de preferencia nacional. Los libros de enseñanza siempre se hacen venir del extranjero, en papel satinado y blanquísimo que hiere la vista, y con un material de lectura del todo en todo ajeno a la índole del país, sin que la casa editora que facilitó la exportación de la mercadería haya siquiera consultado en el mapa donde está el Ecuador. Y no sólo las geografías son extranjeras, sino también los elementos de ciencias naturales—con fauna y flora de exóticas regiones,—y la historia de América, con epifonemas lanzadas desde Europa por quienes no conocen el espíritu de estos pueblos.

Todo, todo es de pega, de adaptación y mano extraña, sin ápice de *ambiente nacional*. ¿Y los libros de lectura? Los niños deletrean *Alpes* en lugar de *Andes*; hablan de Carlomagno y del Rey Pepino en vez de nuestros prohombres; en ajeno solar viven, viajan por mundos lejanos, antes de conocer la casa materna; respiran atmósfera distinta de la que les es indispensable para formar la ciudadanía. Ah! pero sería un crimen poner en manos de los mozalbetes obras de tal o cual autor del país. Basta que sea ecuatoriano para que el prejuicio, como las callampas, pulule en su redor, y para que caiga sobre su frente una como maldición. Si es ecuatoriano y se llama sencillamente Gómez, Cando, Pallares, Boada o Chango ¿para qué sirve? Suenan mejor Sudakoff, Comptón, Lagartini o Emwahucaudorg. Maestros de escuela conozco autores de más de veinte textitos infantiles, muy buenos para empezar, que se comen los codos de hambre. Por poco se comienza. Es menester premiar hasta las rapsodias y refundiciones, porque están probando cuando menos laboriosidad y afán. Desde tal punto de vista, el gobierno debiera ser judío: hacerlo todo en casa y con economía, requisitos que son las bases de la riqueza pública; pero para esto no es judío, sino para crucificar al pueblo y a su genuina encarnación: el maestro de escuela. La ma-

nera de favorecer a autores y editores, y por ende, la industria tipográfica, sería imprimir los libros destinados a la enseñanza no en el exterior sino en el país, por cuenta del Estado, galardonando con generosidad mecénica a quienes los escribieron. Pero esto se hará cuando tengamos ministros-pedagogos, directores de estudio-pedagogos, y no improvisaciones sietemesinas, hijas de la política maleable.

LA aparición de un texto nacional, por insignificante que fuese, debería alegrarnos, porque, al fin y al cabo, significa un esfuerzo de patriotismo y de cultura, aquí donde sólo son de mérito y de fama los artículos importados. Por estos trigales, los profesores que tienen la candorosidad de laborar textos están colocados en peores condiciones que cualquier patán con influencia política que, de la noche a la mañana, se improvisa profesor en virtud del *palanqueo* y con la *noble misión* de únicamente guardarse, muy ufano y muy fastidiado al fin del mes por su *abrumadora* labor, gordos fajos de billetes. Si esto acontece bajo las narices del Gobierno ¿suponed lo que será en las aldeas? Pueblos hay donde los niños de escuela se sientan todavía en el suelo y escriben sobre un cajón de arena o en las derruidas murallas. A pocos kilómetros de la capital, encontré un pizarrón blanquecino y rajado que se

conservaba así para arruinar la vista de los chiquillos. No había una alma caritativa que diera de barniz y colara esa pobre tabla, en la que los pobres niños al asentar la creta o tiza tenían que abrir desmesuradamente los ojos para alcanzar a distinguir la escritura. Ni el Fisco ni las Municipalidades reparten un cuaderno barato apropiado para los primeros garrapateos. ¡Las plumas! ¡Los cuadernos! Son utensilios de lujo en los pueblos. ¡Cuando en la capital los alumnos pobres suelen limosnar por las oficinas públicas una plumita usada y tiras de papel de imprenta! . . . ¿Esta la orientación de la enseñanza? De sentido común es comenzar por los elementos materiales; por la comodidad del edificio y la abundancia de útiles, para buscar después al profesor, que muchas veces no halla en las escuelas ni una desven- cijada silla en que sentarse. Cuadros para la enseñanza objetiva, mapas murales y mudos, globos terráqueos, colecciones de ciencias naturales, figuras geométricas, muestrarios, cajas de compases, son utopías aún en planteles de algún tono y aspiración. Sin el “confort”, la escuela es un martirio, un presidio para maestros y alumnos.



VI

Dos son los factores principales para el progreso de los Estados Unidos: la paz y la salud, productos de su racional educación. Gracias a la ausencia de guerras y enfermedades, poblaciones que ayer nacieron, centuplicando van como por encanto el número de sus habitantes. Su riqueza ha podido ser distribuida merced al inmenso desarrollo de las vías de comunicación: ferrocarriles y vapores son los vehículos de su bienestar, que lo pasean por todo el país. Los romanos daban facilidad al extranjero para que obtuviese carta de ciudadanía. Lo mismo hacen los Estados Unidos con sus inmigrantes, que se naturalizan sin dificultad y acuden a convertir el desierto en ciudad y la ranchería en palacio, aumentando mercados y haciendas.

UNA de las máximas de su evangelio progresivo es la economía de tiempo y de trabajo. La máquina lo abrevia y facilita to-

do. ¡Qué de revoluciones ha traído cada invento! La máquina de coser de Elías Howe, que data de 1846, y la de escribir, de 1873, debida a Remington, cambiaron la faz social y mercantil. República en la que las patentes de invención se prodigan cotidianamente, da idea de la grandeza de sus hijos.

LA baratura y rapidez de los correos es cosa que despampana y vence obstáculos comerciales por insuperables que se consideren. Es infinito el número de oficinas postales en los Estados Unidos. Desde que en 1877 se puso en planta el teléfono eléctrico de Alexander Graham Bell, en tres lustros subió a trescientas mil millas de alambre la red que cruzaba en todas direcciones este país privilegiado que sorprende por la fuerza en todas sus manifestaciones. El primer ferrocarril eléctrico se inauguró en Richmond en 1888, y no transcurrieron seis años que había por todo el país miles de millas en función. Los irradiadores eléctricos, que desterraban las estufas de combustible, se introdujeron en 1893. Josiah Meigs, en 1817, ensayó las observaciones meteorológicas, y la Smithsonian Institution más tarde se encargó de los pronósticos, hasta que en 1870 el Congreso creó la Oficina Meteorológica de Wáshington que era de comparación central.

ESCUELAS, bibliotecas, museos y periódicos surgen por donde quiera en la patria de Franklin. Es común que las mujeres asistan a los colegios con los hombres; pero hay también especiales para aquéllas, como el Radcliffe College. El naturalista Luis Agassiz fundó un museo de Zoología Comparada en la Universidad de Harvard en la que Wieland y Granville Harrison esparcen su ciencia desde la cátedra; George Peabody el de Arqueología Americana; Marsh formó su colección de fósiles en la Universidad de Yale. En los observatorios no se olvida el nombre del óptico Alvan Clark. Aplicó el aparato fotográfico al telescopio Lewis Rutherford. Fotografizó por la primera vez el rostro humano John William Draper, padre del célebre astrónomo Henry Draper.

¿CUÁL el secreto para tanto adelanto en ciencias y en todo?

SU sistema de educación.

EL niño, en la escuela, recibe amplia preparación para la lucha posterior, como individuo de iniciativa que aprendió a prescindir de ayudas, a guiarse sólo, sin bambolla ni mimos tontos, confiado siempre en su saber y en sus fuerzas del alma y del cuerpo.



VII

YA que he citado la grandeza de los Estados Unidos basada sobre su educación, más que sobre la barata instrucción, conviene que, siquiera a vuelo de pájaro, explique por qué el americano triunfa en el tráfigo cotidiano, por qué nada le arredra, por qué la dignidad personal para él es un culto. Sería redundante repetir que por su sistema de educación se operan tantos milagros. ¿Y cómo se educan los yanquis? Atended.

A LOS cinco años, el niño de la América del Norte en nada se parece al de Europa, mucho menos al de las Américas hispanas. Vivaces, instruídos, observadores, cosmopolitas, audaces son los adolescentes yanquis en grado mayor a los de igual edad de otros continentes. Se diría que la mezcla de todas las razas y la fusión de todas las sangres les ha vigorizado de asombrosa manera. Cuidadosos de sí mismos, no necesitan de nadie para conducirse por pasos seguros y

no vacilantes. Son tan respetuosos de la libertad individual, que en apoyo de este enunciado suelen citarse episodios increíbles. En ellos se ha desarrollado sólidamente el sentimiento de responsabilidad, de aquí que se guían a conciencia. No permiten que nadie les contraríe. Los padres de familia jamás violentan a sus hijos: déjanlos que obren por su cuenta, confiados en que saldrán airoso. La energía, la dignidad son sus poderosas palancas. Han logrado comprender la misión que trajeron a la vida, y por esa misión racional laboran. Trabajan, no por vana complacencia, sino para desarrollarse noblemente en todo sentido. Su credo es bastarse a sí mismos. Esto les enseñaron prácticamente en los hogares y en las escuelas; esto les dijeron desde los rústicos labradores y los modestos maestros de aldea hasta los millonarios y los preceptores que visitan suntuosos palacios. Hijos de potentados, que cuentan los dólares por cifras fabulosas, aprenden a comer el pan con el sudor de su frente. Firmemente se han convencido de que no hay oficio inútil. No abrigan la quijotería de que la ocupación manual degrada. Para formarse por sí mismos, lo acometen todo con valor insuperable.

LAS niñas se arreglan también por sí mismas y saben conservar el hondo sentimiento de su dignidad. Se diría que casi

han suprimido el sexo al verlas mezclarse con tanta gallardía, con gesto tan proceró, con los jóvenes, y luchar en unión de ellos con la mayor independencia, seguras de ser respetadas, y confiadas invariablemente en hacerse respetar. En la mayoría de los casos, se conducen como solteras, con encantadora libertad, que les envuelve en una aureola de acatamiento.

EN los Estados Unidos es inmenso el respeto a la mujer, poderosa su protección social y magna la honradez para con ella. Tales virtudes no aprendieron en libros de memoria, sino en el espíritu educador de este pueblo serio y ejemplar que ama como el oro el aprovechamiento del tiempo. *Time is money* en su oración cotidiana.

¡CUÁNTA actividad intelectual por otra parte gasta la nación gigante! Los ingentes negocios suponen maduros pensamientos concebidos con inaudito esfuerzo. No se crea que su asombroso comercio es obra puramente mecánica, brutal. El talento se ejercita más de lo que regularmente se imaginan los grajos intelectuales. Hay ciudades, como Boston, por ejemplo, en las que la sociedad ilustrada se halla a nivel superior. Si en otras desciende un tanto, nunca llega al vulgar y viciado de tantos pueblos europeos y latino-americanos, sobre todo de

éstos, que se desdeñan de aplicarse a ciertas labores.

EN la escuela primaria de los Estados Unidos los cursos duran ocho meses a lo más; pero solamente son obligatorios tres, a fin de que los muchachos no se priven de consagrarse a tareas del campo. Allí no se abusa de la escuela, para que el resultado no sea contraproducente. Tampoco hay allí muchos exámenes, ni éstos son teatrales por su aparato. Se contentan los pedagogos con que las facultades que el niño desenvuelve en la escuela sepa aplicarlas en la vida.

OTRO gran secreto para el bienestar de ese pueblo colosal es que la instrucción no produce diferencias de clases sociales. En aduares tristísimos de la América latina, desde el cachifo ya se cree señor importante; el bachiller, es insufrible. ¿Trabajar ellos? ¿Entenderse en faenas agrícolas? ¿Sudar en algún oficio rudo como la herrería? Vivir de fáciles empleos, he aquí el ideal. Abogados, médicos, mendigan cargos públicos. Fracasaron en su carrera universitaria, y funden los mundos por un mísero destinillo. Los que no han conseguido desacreditarse en la empleomanía—hablo de los tontos y perversos—procuran *hacer producir* la profesión. ¡Cuántos dramas encierra la frasecilla *hacer producir!* Debiera constar en el

código penal. El picapleitos hace producir su hacienda con lágrimas del prójimo y cínicos despojos; el matasanos hace producir sus bolsillos sembrando el duelo en los hogares, escudado por su ignorancia y sangre fría, y con su título, criminal simulador de ciencia; el cura hace producir su apostolado a costilla de los sandios feligreses: cada fiesta religiosa es una bacanal por la que pagaron con usura al párroco.

HAY una cierta comarca combatida por el hambre en una cierta República hispano-americana, comarca fatídica por ser la máquina de los pésimos médicos y abogados que, como langostas, caen sobre los más fértiles campos y los vuelven de ruina y desolación, capaces de una nueva elegía como la de Caro a Itálica que fue.

EN los Estados Unidos, junto a los planteles de instrucción primaria, hay los *High schools*, escuelas superiores, como si dijera; pero con el mismo espíritu práctico, sin abandonar por esto materias como la literatura e historia, la física y química, etc.

APRENDEN las cosas bien, no a medias ni envueltas en el misterio del maestro omnisciente. Ayudan inmensamente la tarea tanto las bibliotecas, con profusión distribuídas en el país, como el medio ambiente que respiran los yanquis.

ABUNDAN los magníficos establecimientos como el *Peter Cooper Institute*, los *business colleges* y tantos otros planteles en los que se forman los hombres que por sí propios hicieron carrera (*self made men*) y los hombres de universidad que tanto sobresalen (*university men*). Digno de notarse es que las Universidades no abandonan la gimnasia: allí son obligatorios los ejercicios físicos. De las Universidades salen los bachilleres en artes, título que no reviste de ningún privilegio.

COMO corolario de la educación, que como un kaleidoscopio he dejado pasar, diré que es tan práctica y fructífera, que se dan casos de que a los diez y seis años los americanos ya se ocupan en ingentes negocios.

Si la grandeza de un pueblo se juzga por la calidad de sus hombres, los Estados Unidos han producido sabios como Benjamín Franklin, inventor del pararrayos, y Benjamín Thompson, conde Rumford, que se desveló en problemas de física molecular y aseveró que el calor es una forma del movimiento; matemáticos como Nathaniel Bowditch, Benjamín Peirce y su hijo Charles Sanders; zoólogos como los dos Agassiz, padre e hijo; botánicos como Asa Gray; geólogos como James Dwight Dana, Leidy, Cope, Marsh, Wilson, Audubon; médicos célebres como

Horace Wells, el primero en usar anestésicos, Charles Jackson, William Morton; meteorologistas como Matthew Fontaine Maury que estudió los vientos y corrientes del océano. ¿Qué mago es aquél que está poblando el mundo de maravillas? Se llama Edison. ¿El número de los inventores? Infinito. Basta condensarlo en estos nombres: Graham Bell que en Boston concibió el teléfono, Hughes, Westinghouse, Orville Wright, Frank Shuman. ¿Quién ha impulsado la ciencia económica con sus ideas de tan honda observación y raros puntos de vista? Henry George. Entre los jurisconsultos, la falange es respetable: Kent, Greenleaf, Stroy, Wheaton, Woolsey; y por los campos de la medicina legal desfilan Wharton, Marshall, Hamilton, Madison, Jay.

Y NO se crea que la belleza y la literatura se han proscrito de su vasto campamento científico e industrial.

—BUENO, historiadores como Wáshington Irving y Prescott, pasen,—me observa un amigo, sistemático y encarnizado enemigo de los *imperialistas yanquis*, con quien discutía antes de trazar estos artículos—; pero ¿dónde los literatos, los poetas, los críticos?

—Antes de responderte, ¿has leído, le interrogaba, la historia de los Estados Unidos?

—Así, así, contestábame, con gesto entre serio y burlón.

—Pues entonces no prejuzgues. Quizá no has oído ni los nombres de Ticknor, de Henry Charles Lea, de Kirk, de Bancroft, de Francis Parkman, todos historiadores; ni el de Jonathan Edwards, versado en Historia de la Filosofía, autor del “Tratado de la Voluntad”.

—No inventes, me interrumpía alarmado. A más de Longfellow, Walt Whitman y Edgardo Poe ¿qué poetas me puedes citar?

—Atención a la lista, le gritaba riendo: Granch, Parsons, Aldrich, Gilder, Bryant, Percival, Julia Ward Howe, Child, Hawthorne. Entre los críticos tienes a Thoreau, Stedman, Higginson, Dudley, Warner, Burroughs, Thomas, Sergeant Peny, y como comentarador de Shakerpeare a Horace Howard Furness. ¿Quieres novelistas?

—A ver, a ver.

—Carlos Brockden Brown, Suzan Warner, Sarah Orne Jewett, Mary Wilkins, Jacobo Kirke Paulding, Jacobo Fenimore Cooper, Juan Pendleton Kennedy, Nataniel Parker, Edgard Allan Poe, Nataniel Hawthorne, el humorista Samuel Laughorne, la de *La Cabaña del tío Tom* Enriqueta Beecher Stowe, María Cummins, Catalina Ledwich, Luisa May Aliott, etc. ¿Cuándo no has de haber hojeado algo del capitán Mayne Reid, oriundo de Irlanda y que tantas

novelas escribió acerca de los pieles rojas y cazadores de cabelleras y de los indios mexicanos?

Y seguía con enorme catálogo de literatos, filólogos y artistas, para confusión de mi amigo. El colmo de su asombro lo epilogaba exclamando: ¡qué bárbaros!

No se puede afirmar lo mismo de algunas *civilizadas* tierras hispanoamericanas, en las que no se ha retemplado el carácter, no se ha comprendido la paz, ni se ha apreciado la libre educación individual; en la que si los niños van a la escuela *cargados* de libros, vuelven también cargados de vicios y debilidades, por falta de buen ejemplo y de sanos maestros, sanos de alma y cuerpo.



VIII

DONDE todo falta, es de rudimentaria dialéctica que falte el profesor; y, si esto no sucede, que por lo menos se atrofie y descorazone, luchando en vano contra corriente. Si el maestro de vocación y de verdad, que se estrella contra el indiferentismo e impotencia de quienes ayudarle no se dignan, concluye por abandonar su cargo, para, cansado de su sacrificio estéril, hundirse en la sombra; si un maestro así es reemplazado, no por el pedagogo idóneo, sino por el empleadillo que por necesidad se disfraza de institutor para correr con todas las aventuras del hambre o del abandono, ¿cómo, de espaldas al progreso, podrá evolucionar la enseñanza?

¿Y el diploma que le acredita o le unge como tal?, se preguntará con optimista consuelo. Títulos de segunda o de tercera clase cualquier bonachón los consigue. Aun los de primera se prodigan cuando las reco-

mendaciones reparten sus chirimbolos o el afecto del compadre o del político brinda mantel largo en sus ágapes al favorito.

—¿CÓMO ejerce Fulana de Tal, si no tiene comprobante alguno de instrucción?, interrogábale asombrado a cierto visitador de escuelas.

—Si es maestra de Guangopolo no más, me respondía. Ha solicitado *esa insignificancia* y es comadre y recomendada del Director de Estudios.

No es raro, pues, que ingresen a los cenáculos de enseñanza gente adocenada que, a fuerza de humillaciones, arruinó el carácter; hetarias vetustas que por la pobreza, por la debilidad o por darse pisto, seducidas por briales, tontillos y traperías de seda, que sacan airoso al socarrón de Campoamor,

(“y ¿cómo es siempre la mujer un niño que le gusta pensar en cuentos de hadas!”)

cayeron en las redes ¡ay! de los pescadores de honras; nulidades que por aquel plato de lentejas servido en la cocina del presupuesto, lo vendieron todo, inclusive lo invendible: sus alifafes. Con tales lumbreras ¿avanzan o se atontolinan las generaciones?

EN este pícaro mundo se abusa de todo: patria, honor, amistad, religión. Verdad

ésta, aunque truculenta, palmaria como un templo. Los más sagrados intereses vuélvense borrufallas en manos de tantos judíos despiadados, de abdomen de yubarta, que sangran el corazón humano, que lo esprimen, que lo dejan más seco que la arista. En el fondo del alma guardo mis cuitas para trinarlas en tiempos menos graves y borrascosos que los actuales, yéndome de frente contra ciertas tiránicas explotaciones, hijas de los intereses creados que anotó Benavente: el tráfico infame con lo que hay de más caro y piadosamente respetable: la necesidad y dignidad humanas, estas sombras fugitivas que atraviesan por el valle de lágrimas con un halo de martirio, llevando auestas uno como fardo de angustias otelianas. ¡Comerciar con el hambre del que honradamente se empeña en hacer luz en las infantiles inteligencias; saltarle, como ruin banda de junguces, hasta el mendrugo; clavar con el martillo de la maliciosa negativa, cual la bíblica Sísara, las sienes de los pobres braceros de la pedagogía que, a trueque de una migaja de pan agrio, derraman ciencia y apostolado; chafar sus radios frentes y birlarles la soldada! ¡Dolorosos crímenes sociales! A nombre de la civilización, a nombre de la humanidad, sepulte la sanción de la ley en la huesa del descrédito a los perversos buhoneros de corazón marmóreo y a sus cómplices.

TENGO noticias de algunas maestras, no de las aldeas sino de plena capital, que han sido víctimas de la educación que recibieron y que al analizar su vida, que se refleja en la escuela, cualquier ético podría escribir un tratado de moral invertida. ¿Qué nombre darlas si el recato y la virtud no son los ángeles tutelares de la estancia doméstica?

EN los pueblos, suelen ser pasto del cura, cuando nó de las autoridades civiles, de los comisionados de recibir los exámenes y de los visitadores escolares que buenamente se hospedan en casa de la maestrita a romper su mayólica y comerla medio lado, pues no perdonan arras ni emolumentos. El festín intelectual a fin de año suele terminar en orgía . . .

MAESTROS conozco tan pobres de espíritu, que andan a la rebatiña en eso de las adulaciones y besamanos: parece que vivieran sólo de rodillas. Llega el onomástico de cualquier pelagato colocado más arriba que ellos en la instrucción pública, y ahí es de ver los obsequios y tarjetas de felicitación, con más ditirambos que una oda pindárica. No hay subsecretario, jefe de sección o colector, sobre todo de rentas, que no sea compadrito, aunque se apadrine un muñeco de mazapán o de *chapo*.



MEJORAR el nivel social de los institutores, remunerarles bien a fin de que se acostumbren a la decencia, garantizarles la seriedad y duración del cargo, son remedios muy hacederos con un poco de buena voluntad. Debiérase suspender, no os asustéis, la concesión de diplomas siquiera por cinco años. A los que tal carrera siguen o están a punto de titularse, proteja el Estado congregándoles en uno como noviciado, curso especial de aplicación o internado, a fin de que se perfeccionen y adquieran toques sociales en la vida de comunidad. Con estos nuevos soldados, reemplácese a los rutinarios veteranos, jubilándolos con munificencia.

CONCURREN a visitas, a reuniones, pulir el trato son ideas viejísimas. Ya Sucre, el del Tabor en Pichincha y el Calvario en Berreuecos, aconsejaba lo mismo en 1827, y sin embargo, desde entonces, poco o nada hemos adelantado.

“EN la noche del lunes de cada semana—decía en el Art. 23 del reglamento orgánico que publicó para los bolivianos—reunirá el rector a todos los alumnos del colegio, para dar lecciones de moral práctica. En ellas estimulará a la juventud al ejercicio de una virtud determinada, que siempre será aquélla de que conozca haber mayor ne-

cesidad por las circunstancias: inculcando en la misma hasta haber conseguido que los jóvenes la practiquen. La inocencia, la sobriedad y el trabajo, harán también frecuentemente la materia de las instrucciones y consejos del rector”.



IX

MIENTRAS el profesor, paria de levita, esté sujeto a los vaivenes de la política, pulpo que todo lo absorbe, no habrá tal carrera, sino un ridículo juego de quita y pon, algo peor de lo que sucede con los peones de ajedrez. La cátedra, este magisterio nobilísimo en la Grecia de los Sócrates y Platones, sentada está aquí sobre bases de arena. Basta la simpatía o el odio del señor ministro o de alguno de los miembros de esos sanedrines que se llaman consejos superiores de instrucción pública, para que el profesor sea suplantado con desaire. Hay un medio muy fácil: las reorganizaciones. Méritos ni concursos no las provocan, sino los connotados (¡oh, nepotismo!) de algún círculo político, los fámulos del rector, los rastreros aduladores o los pordioseros de las cesantías que lloriquean por el empleo y abren las fauces allí donde hay un mendrugo que atrapar, aunque esté en ajeno poder. Miserias de las republiquetas sin virtud re-

publicana, en las que cualquier majadero llega a ministro, aspiración de las nulidades.

CADA año los honorables legisladores, que legislan sin saber pizca de leyes ni haber saludado a Montesquieu, tienen lá manía de atacar las instituciones, a fin de que los puestos queden vacantes para embutirse en ellos con toda la parentela. De aquí las periódicas reformas a la Ley *Orgánica* de Instrucción Pública, antes de saber si en el pobre lapso de los doce meses, o menos, surtió buen o mal efecto la anterior reforma. No ven su eficacia ni examinan si la adaptación de las modas de allende los mares consultó el espíritu del país, la índole receptiva de aquende. Y así los tristes profesores son llevados de aquí para allá, a merced del salobre oleaje político que premia a sus cofrades, pero no a los más íntegros ni a los que más valen.

CADA año también los caninos señores legisladores, en el afán de repartirse la hijuela divisoria o sea los destinos públicos, decretan la *reorganización* de universidades y colegios, como dando a entender que sus benditos rectores no son capaces de organizar los establecimientos que tienen a su cargo. Tal es la manera de dar visos de legalidad a las intrigas, compadrazgos y palanqueos.

CUANDO se pierde ya no la dignidad sino la vergüenza, es fácil toda *finanza*. De aquí que, sin escrúpulo alguno, los miembros de las cámaras se reparten a puerta cerrada y en confianza cuanto empleo husmean sus largas narices. Cuando la hijuela no les alcanza, acuden a las *reorganizaciones* o a estratagemas parecidas para declarar vacantes los cargos públicos y apoderarse de ellos por mayoría abrumadora. A un sabio que había encanecido en el magisterio y publicado obras y defensas luminosas, que poseía al dedillo el griego y el latín y sobre todo el castellano, que se había familiarizado con la ciencia pedagógica, los rencorosos señores legisladores le pusieron la cortapisa del bachillerato, con el fin de descartarlo del rectorado de un plantel. ¡Ridículo pretexto, declarada venganza política!

CON una ley honorable que prohibiese a los honorables representantes del pueblo armado la aceptación de cualquier otro puesto público, el mal se remediaría un tanto. El título de senador y diputado debe ser incompatible con todo otro cargo, venga de donde viniere. Así se pondría coto al hambre desvergonzada de empleos, al monopolio irritante, al prurito de repartirse entre ellos la túnica inconsútil del Erario Nacional, como otros tantos judíos sin conciencia. Bien está que hasta aquí hayan obedecido el

refrán: “primero los de casa”; pero quiero suponer que en lo sucesivo, los de casa, es decir, los congresistas, sentiránse acariciados por un poquito más de vergüenza y aprenderán a respetar y amparar al profesorado nacional.

QUE tengan los legisladores de la patria concepto cabal de la magnitud y santidad que encierra la palabra *maestro*.

EN Grecia desempeñaban tal misión seres cuasi divinos de la talla de Sócrates, de Platón y de Aristóteles. En el Japón es como un culto religioso. Allí se repite esta oración: “Los padres me han dado la vida: el maestro me ha hecho hombre”.

TIRTEO, el maestro de escuela que claudicaba al andar, supo inflamar el corazón de los espartanos y guiarlos al triunfo. Los cantos de este educador, hijo de Mileto, se leían todos los años al ejército griego.

PROFESORES de la antigüedad como Julio Pollux escribían obras tan apreciables como el *Onomasticón*.

No concibo al maestro sin pleno conocimiento de la vida y del corazón humano, ya no sólo para el tiempo lectivo, sino para el menor instante, porque es preciso que sea

perpetua lección y ejemplo. La filosofía encárnese siempre en el maestro: no sólo ame sino posea la sabiduría. Debe ser un mundo en pequeño, un microcosmo y macrocosmo. Sólo así podría ponerse al frente de centenares de cabecitas infantiles, que cada una es volcán en actividad, imaginación abierta a todas las quimeras, curiosidad desplegada al viento de todos los rumores de su alma, de todos los ecos de la escuela, de todas las manifestaciones del mundo que le rodea.

SARMIENTO es el tipo del maestro: todo lo supo, hasta ser presidente de la república, misión difícil cuando se la toma en serio.

LO es también Ameghino: subió a la presidencia de la república de la ciencia desde su escuela de aldea. Luján estalló de contento al ver al ilustre maestro de escuela, que urgaba las entrañas de la tierra para inquirir sus secretos, como cavaba en los espíritus juveniles para averiguar sus misterios.





MUÑECAS

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACION

I

HÁGANME fisga, desde luego, los de mala intención; echen sus pullas sobre mí los críticos descorazonados; suene la carcajada atronadora, con visaje tan burlesco que dé en qué pensar al mismo Voltaire; maldíganme acaso los genios privilegiados que, por el hostigamiento de la vida, convierten sus almas en un infierno, a fuer de apurar la almibarada copa del deleite, y se lanzan entonces a apocar a la mujer, ente angelical tras del que corremos los prosaicos y negados, sin sentir un ápice de vergüenza, por-

que la mujer es inspiración y poesía. Otra cosa es que intente corregir sus vicios de educación y dedique palabras severas a las que, desacreditando a su sexo, degeneran en muñecas, juguetitos de salón sin solidez ni mérito propio; sin más arreos que los que se compran en los almacenes y joyerías, galas materiales y aparentes que nunca pueden competir con las sólidas de la moral. Y quien por esto se quemare, que sople.

DUDO que el artista que haya conferenciado con Apolo sea enemigo de la mujer. Minerva, personificación de la sabiduría, mujer es y muy amada de los mortales privilegiados. Venus, la de líneas impecables, la diosa de la belleza, mujer es que trae loca a media humanidad.

ESPRONCEDA, con la embriaguez de la pasión y por halagar a ese poderoso caballero de que nos habla Quevedo, se atrevió a denigrar a la mujer; pero, acabada la orgía y gastado el dinero, acordóse de su madre, y abrió su corazón a las ternuras de la virtud por tanto tiempo dormida en su alma; lloró, pidió perdón y cantó a la que le había dado el sér; cantó a la mujer.

VENGA, en buena hora, Severo Catalina. Abro su libro—bien intencionado aunque dulzón; pero no modernista ni extravagante—

te;—lo leo con gusto, aunque se rían los medioevales teólogos que pusieron en duda la existencia del alma de la mujer.

¿ACÁSO no he llorado en el silencio leyendo *La Mujer* por Michelet? ¡Cuántas miserias, cuántos sufrimientos, cuántos martirios están reservados a las que pertenecen al bello sexo!

AUNQUE sea sobre las aras del dolor, bello sexo es, bellísimo. La abnegación lo engrandece.

LA Baronesa de Wilson, comprendiendo cuánto vale una mujer ataviada con las riquísimas joyas de la virtud y educación, dice: “Si la mujer desconoce su verdadera misión en la tierra, deja de ser el ángel de las familias y de dominar con ese sublime corazón, que la presta influencia en todo el Universo”.

SUBLIME ideal es el de la educación de la mujer. ¡Cuánta satisfacción sentimos siempre que dejamos correr la péñola para obrar con rectitud! Si todos los escritores, después de encomendarse a la verdad y al honor, pusieran en juego sus facultades para procurar la felicidad de sus hermanos, el mundo sería un paraíso, y las virtudes saldrían a relucir desde su rincón humilde,

porque entonces habría paz en el universo. Escribir para alcanzar la única meta deseada, el progreso humano, es ser hombre de provecho, ente moral y justo. Mas cuántas veces acontece que habla el mal en lugar del bien; que, detrás del escritorzuelo, asoma el demonio de la calumnia; que la hidra de la envidia está obrando a la zapa. Cuántas veces periodistas, con hambre del vil metal—mil veces vil cuando corrompe y tiente a los de talento para que se degraden, vendan y traicionen,—procediendo con interés, fatigan su cálamo preñado de corrupción y veneno, que suda sangre en lugar de tinta. Cuántas veces por alcanzar mentida fama, por embriagarse con el incienso de la lisonja, se prostituye el escritor sin carácter y tiene la audacia de esparcir a los cuatro vientos cosas que debería sepultar cien codos bajo tierra. A éstos, viéneles de molde la consabida letrilla del padre de la sátira: “Poderoso caballero es don Dinero”.

LA mujer que ha dejado evaporar de su corazón el sagrado perfume del pudor, puede exclamar con cinismo: “Madre, yo al oro me humillo, él es mi amante y mi amado” (1).

(1) Quevedo.—Letrilla ictada.

TENGO para mí que aun cuando el oro “ablanda al juez severo”, no puede vencer a la virtud; de no ser así, diría, desde luego, que somos ángeles caídos, condenados a llenar el tonel sin fondo de la codicia. Pero no, todavía la humanidad no es tan perversa; pecadora, sí; pero no impenitente ni renegada.

MUJERES hay virtuosas, seres privilegiados que traen suave bálsamo para los males, tiernas sonrisas para el infortunio, dulces consejos para las desgracias y buena compañía para las horas de soledad y de tedio; mujeres que calman la tempestad que se desata en el alma, ángeles que esparcen flores cuando vamos en pos de las espinas, diosas que nos guían en las noches lóbregas de caídas y desmayos. La mujer de nobles sentimientos es faro que nos salva del naufragio: su luz conduce a la pobre barca del corazón, a través del mar rumoroso y agitado de las pasiones, al puerto seguro de la paz.

ERA un día sereno: las nubes blancas y puras, en copos primorosos, dejábanse ver en campo de límpido azul. Misterioso silencio, calma augusta se notaba al principio. Después, el paisaje cambió por completo: vino la hora del terremoto, de la confusión, del miedo. Jaurías de perros hambrientos atronaban las calles de la ciudad homicida;

ruidos extraños iban retumbando por el espacio; las piedras descuajadas de las sillerías; las rocas desgajadas de sus moles; los guijarros desprendidos de sus alvéolos; los cimientos removidos; todo contribuía a infundir espanto. Destemplado hormiguillo se apoderaba del más fuerte. ¿Qué acontecía? Levantemos la vista a la altura; hagamos plegarias llenas de fe; demos gritos atronadores y caigamos desplomados. ¡Ay!, no sólo la tierra se agita en espantosa confusión; el cielo, el cielo antes hermoso, se ha cambiado: nubes negras le cubren, como inmenso manto de luto. Formidable es el fragor del trueno. Los rayos, en gigantescos ziszás, cruzan el espacio, rasgando en todas direcciones la bóveda que antes fue azul y cayendo sobre la tierra como saetas inflamadas y amenazadoras. ¡Tántos surcos, ruidos y fantasmas entre las densas nubes, tanto horror, tanta sangre, tantos ayes en la tierra! Pero, al fin, ¿no es ese el último día de los tiempos? ¿No han salido los espectros de su infernal escondite? ¿No andan por ahí espantables escuadrones de espíritus malignos agitando sus tridentes? ¿No se ha abierto la tierra y está formando profundos despeñaderos y simas espantables? Lo que ha sucedido es peor que esto.

ALLÁ, en la cumbre de estéril y escueto monte, vense tres árboles. Fijaos bien: son

tres cruces, negras e inmensas. De una de ellas, despréndese tenue claridad que alcanza a alumbrar el cuadro del Gólgota. Es la aureola de Jesús que, inclinando su frente al peso del dolor, agoniza. Ha muerto el justo. ¿No se hunde el universo? No chocan entre sí los astros, como en un cataclismo universal, por el asesinato pronunciado contra el gran transformador? Jesús ha muerto: Queda el mundo huérfano y vacío. Todo le falta, porque le falta la caridad, el amor, la virtud, personificados en Jesús. Justo, Santo, Mártir!: acabas de expirar.... La tierra será desgraciada. ¡Verter la sangre del inocente es sacrilegio!

Si se me permite la comparación, cosa igual sucedería al desaparecer del mundo la mujer. Elimínad del escenario de la vida a este ángel tutelar, y sólo monotonía, sólo tinieblas, sólo tristeza reinará por do quiera. Sin la mujer, sería un caos el globo terráqueo. Esta bella criatura toma tanta parte en nuestra existencia, se cruza tan a menudo por nuestro camino, se interesa tan vivamente por nosotros, que imaginar su desaparición sería un absurdo. La madre, esta mujer sublime que se sacrifica por la felicidad de sus hijos, que derrama sobre ellos el bálsamo de los consejos y de las caricias, que cicatriza las heridas del corazón; la madre es la prosopopeya de la mujer. Un autor

se expresó así: “El día que murió Víctor Hugo, pasó algo de lo que pasó en el Gólgota cuando murió Jesús”.

PARODIANDO estas palabras, yo diría: “El día en que muriese la mujer, habría tinieblas en el mundo”. Pero tal hipótesis repugna a la razón.

LA corriente del feminismo es poderosa.

ASUNTO trillado sería ponderar esta tendencia moderna. Lo que quiero es, aunque sea en frases comunes, poner de manifiesto lo que he alcanzado a observar en colegios que no han dado frutos de provecho para la sociedad y en los que la mujer ha adquirido tendencias a la vida de clausura más que a la de sociedad, encerrada en un egoísmo lamentable ante los rumbos positivistas de este siglo que ya no quiere alimentarse de quimeras ni de obras de un misticismo estéril.

LA mujer no morirá nunca.

AL contrario, merced a la educación, irá en progreso, conquistando más gracias cada día y haciéndose acreedora a más bendiciones. Apoyémosla para que no se menoscabe, para que no manche su amor en el lodo de la infidelidad, para que no sea débil

presa de la ignorancia. Necesita protección: raras veces levántase sola. Quien se yergue victoriosa desde su humilde y solitaria morada, es un genio, alto ejemplo de heroicidad. Ha menester, en ocasiones, de un esposo que le saque de la miseria, de una luz que ilumine su camino. Bajad a la plebe y os haréis cargo de la verdad de este aserto. Suele la pobreza hacer flaquear a la mujer de humilde cuna y de aparente valor, si no tiene un árbol en que apoyarse. Pero luego que ha aspirado las gratas emanaciones del hogar, se transforma en mujer de provecho, en salvaguardia del marido, siempre que la educación haya dejado en ella base sólida, capaz de que no permita que se confunda a la mujer de carácter, por inferior que sea su nivel social, con la muñeca pobre y mal traída, más que por su ropaje, por sus inclinaciones y hábitos.



II

HE aquí algunos heroísmos ignorados, que practicaron mujeres pobres, las que, como un talismán, llevaban en su pecho la fidelidad y la perseverancia en el bien. Ejemplos oscuros, pero prácticos; hechos verdaderos que el bombo no les anunció, ni publicó la vocinglería a grito herido, ni la historia se acordó de ellos.

EN apartado barrio de la ciudad de Quito—casa de arrabal a la extremidad de calle sombría, cercana a olvidado cementerio,—vivía una pobre mujer.

CHIRIBITIL, húmedo y obscuro, era su morada. En ella veíanse algunos utensilios de barro, una tarima vieja, pocos instrumentos de carpintero, unos cajones en pedazos, una silleta desvencijada, dos cuadros imperfectos: el uno de la Virgen del Quinche, el otro del Señor de la Buena Es-

peranza. He aquí la riqueza de ese a manera de estrecho corral en que habitaba. Consumida por la ictericia, aquella desgraciada mujer parecía un espectro. Llamábase Otilia. Era joven aún y, a pesar de su destrucción, notábase vagar alguna simpatía, como genio imperceptible, por el rostro de esta casi moribunda. Un muchacho, sucio y roto, con cara de lástima y hambre, se entretenía jugando en un rincón, entre virutas, retacitos de trapo y astillas. Otro mamoncito astroso hacía esfuerzos por alimentarse, chupando hasta más no poder, el pezón de su triste madre. Era ésta la personificación de la mujer mártir. Su marido, haragán brutazo, carpinteaba de vez en cuando como ayudante en taller portaventanero, desperdiciando en el aguardiente toda la soldada que ganaba. ¡Ay de Otilia cuando este monstruo iba borracho!: palos y puntapiés, bravatas y tacos eran los medios de subsistencia que le daba; tal su salario cotidiano. Hasta donde sus fuerzas le permitían, trabajaba en la costura para alimentar a sus hijos. Jamás se le oyó preferir palabras descomedidas cuando su marido le estropeaba. Otilia parecía trasto inútil a la vista de éste. En tan aflictivas circunstancias, sintióse madre. La infeliz hubiera perecido de necesidad sin los auxilios de una vecina caritativa. Su marido no entendía de obras de misericordia. Recostada en

el suelo y casi desfallecida de ánimo, Otilia lloraba su infortunio, en tanto que el brutazo de su pariente, acomodado en el tarimón, dormía la mona a pierna suelta, sin compadecerse de la enferma. La vecina dábale un plato de comida del que, a pesar de su escasez, guardaba ración para sus hijos. A los ocho días, como una esclava, dedicábase ya a los quehaceres domésticos con inaudita resignación. Otra mujer, ¿no habría acudido a la desesperación o a la venganza? Otilia, modelo de madres y esposas, no. Dirigíanse sus quejas a lo alto, de donde esperaba alcanzar remedio para sus males.

EL carpintero feroz murió alcoholizado. Quedóse Otilia viuda y rodeada de hijos. Una allegada suya, viéndola en tal situación, llevóla a su casa en calidad de costurera. Asegurada la mantención, pudo economizar en favor de sus hijos, fiel a la santa consigna de madre.

PASO a otro modelo inédito.

SABINA, bella como la figura de Higia, protectora de la salud,—cuya bien tallada estatua fue colocada en el templo de Esculapio, junto a la de Lampetia, formando trinidad hermosa, digna de la adoración de los atenienses;—Sabina, mujer pura y de se-

ductoras formas, fue tentada por un demonio representante de la lúbrica riqueza, hombre de elevada alcurnia, porque era dueño de caudales; pero de alma muy baja, como la de tantos que explotan a la necesidad, sacan partido de las desgracias humanas, escarnecen la miseria honrada, y encubren después sus desnudeces morales con vestidos de seda y ropajes delicados. Atrevióse el tal a turbar el silencio de la virgen, penetró en la buhardilla infecta donde se consumía esa flor, falta de alimento, de la sustancia que da vida, el pan. Con audacia le hizo proposiciones vergonzosas, prometiéndola, en cambio, riquezas y abundancia. Indignada se levantó, como una diosa sobre su pedestal, ceñida la corona de su pureza y en sus manos la palma del valor, para rechazar la vil oferta. El corruptor se retiró, indicándole al mismo tiempo que se vengaría.—Menos sacrílega la propuesta de Qudrico Filauponte, que trató de aprovechar las osamentas de los cementerios para abonar los campos, que la del infame tentador que, aprovechando la miseria, esa osamenta pútrida despreciada por la sociedad, quiso manchar la azucena virginal con el fiemo de una violación, para abonar sus vehementes pasiones. La virgen se resistió con energía creciente. Fue calumniada, fue vencida en apariencia; pero en el fondo quedó pura, intocable. Hubo premio al fin

para su virtud; la mujer vencedora fue madre distinguida: le tocó en suerte casarse brillantemente, llevando al hogar el valioso patrimonio de su conducta limpia. Ahora es feliz. Fue virgen invencible, y a la sazón es modelo de esposas.

OTRO ejemplo de oculta fortaleza.

COMO poderoso vitálmetero que, con fuertes campanillazos, anunciase los latidos de un corazón con vida, pero enterrado ya, así la niña, cadáver ambulante, daba pruebas de que su alma no salía aún de su cuerpo esqueletado, sólo por la tierna expresión de sus dulces ojos, que eran elocuentes promulgadores de los sufrimientos de esa naturaleza púber. Su mirada, llena de dolor, llamaba la atención de los transeuntes, y parecía la única manifestación de la vida de esa pobre abandonada de la fortuna. En un ángulo del atrio de algún suntuoso palacio, a las puertas del templo, en la gradeña de los portales, o en la vereda de las calles, se la veía implorando la caridad pública: pedía socorro para su madre moribunda. Cuando quisieron arrancarle de su seno y llevarla lejos, brindándole risueño porvenir, lloró mucho y no aceptó la oferta. Sabía que, al separarse, su pobre madre moriría: deseaba velar, como un ángel guardián, junto a su adorada viejecita, afanándose por

su salud y por su vida. Dejarla sola, por un puñado de dinero, era inicuo para la recta conciencia de la niña. ¿Qué allá viviría de su trabajo? ¿Qué ya no mendigaría por las calles? ¿Qué, lejos, se le preparaba un porvenir? Nada le importaba. Su deber era, como el del centinela romano que cumple fielmente su consigna, mantenerse de pie firme en el oscuro hogar que tan sólo su madre iluminaba. Marchándose distante, ya no podría acariciarla dos o tres veces al día, imprimiéndola un santo ósculo en la frente las noches, y quedar mirándola con amor hasta que el sueño cerrase esos ojos tan queridos. ¡Oh! la hija se engrandecía: su culto era divino, profesaba la más alta de las religiones, la del amor a la que le dio el sér, a la madre, a quien llama la poesía popular estrella fulgente de la vida.

UN caso más para concluir este capítulo. Os presentaré a una ejemplar madre de familia, de la que Fray Luis de León se habría hecho lenguas, a Lucila.

LA conocía muchos años atrás. Me inspiraba ligera simpatía su rostro complaciente y de líneas delicadas. Pero no pasaba de esto. Vivía la edificante criatura cerca de la morada de mis padres. Con la frecuencia de transitar por esa calle fuí tomándola afecto, poco a poco. Al fin logré visitar su

casa. Por circunstancias casuales llegamos a ser buenos amigos. Desde entonces, comenzó una época distinta para mí. Me tenía por feliz. Iba, sin sentirlo, dulcificando el carácter y perfeccionando el espíritu. ¡Qué mujer aquélla! La profesaba profundo respeto y cariño a la vez. Era una madre modelo. En ese santo hogar se practicaban todas las virtudes domésticas. Parecía una morada celestial. ¡Cuántas veces, con el alma llena de sinsabores y martirizada por múltiples desencantos de la suerte y decepciones de los pícaros, me dirigía a encontrar consuelo junto a esa angelical familia! La joven esposa infundía gozo en torno a los suyos y derramaba el dulce bálsamo de la bondad por doquiera.

No he hallado otra mujer igual. Feliz matrimonio, de cuyo recuerdo, que me edifica, se halla todavía saturado mi espíritu.

PARA tomar estado y no arrepentirse después, hay que estudiarla científicamente y escoger bien, como el dichoso mortal de mi relato. Quien se equivoca no se queje. Quien elige con madurez, ha encontrado una fórmula aproximada a la ventura en medio de los dolores de la existencia.

HE ahí la representación de las mujeres que se divinizan por las virtudes prácticas. La buena madre, la fiel esposa, la respetuosa

hija, ángeles son. La mujer inteligente, escudada por el bien, consigue grandes cosas y es capaz de proezas que asombran. Oíd lo que dice E. Rodríguez en su *Panorama literario*, a propósito de la más bella desgracia de este mundo, como epigramáticamente la llama Ricardo Palma: “La mujer, ese mártir eterno que viene del dicterión, del giníceo, del lupanar, de la screona, de las catacumbas, del serrallo, de la esclavitud, de la degradación y del martirio a ocupar su puesto en el concierto universal, con los ojos llenos de lágrimas, las vestiduras desgarradas y los pies chorreando sangre, pero alta la cabeza, serena la mirada, tranquilo el corazón, porque ella, en la medida de sus fuerzas, y aún más, ha dotado al mundo de sabios y mártires; y no pareciéndole aún bastante, ella, por su soberana voluntad, y a un soplo del artífice divino, ha vestido la armadura y ha esgrimido la espada del guerrero, ha llegado a sabia y se ha entregado al martirio”. Cobarde el que insulta a la mujer: no sólo se olvida de que tiene madre, sino también finge ignorar que el hombre, en la mayoría de los casos, es la perdición de aquel ser débil e impresionable.

MARÍA de Zayas, se queja así: “¡Ay, hombres! ¿por qué siendo hechos de la misma masa y trabazón que nosotras, no te-

niendo más nuestra alma que la vuestra, nos tratáis como si fuéramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos?'' . Frases de verdad. La mujer, educada y pura, es diosa; pero la que se corrompe es Satanás.—Teresa de Cabarrús, llamada la *Virgen del 9 Thermidor*, puede inspirar valor, aunque sea para una acción vituperable: el asesinato a Robespierre; porque la mujer triunfa, y cuando triunfa criminalmente, es terrible. Tiene una arma de poder grandioso: la belleza. Y si es bella y malvada, es como la serpiente bíblica: tienta para dar la muerte del dolor, arrojando al hombre del paraíso de la tranquilidad. Pero hay mujeres sublimes, mártires sempiternas. Madama Roland, Juana de Arco, Policarpa Salabarrieta, nobles mujeres son. Esforzada es la hermosa quiteña Manuela Sanz que salvó la vida de Bolívar, y magnánima Luisa Cáceres, varonil caraqueña, esposa del General Arismendi. Merecen estatuas de oro y eternas alabanzas de la humanidad las que por su mejoramiento padecieron y sufrieron.

EN vista de estos sacrificios de la mujer, ¿no es obligación de gratitud hablar bien de ellas? ¿No se debe pedir fecundo numen para dirigirlas un canto? La mujer virtuosa, la buena madre de familia, son lumináres inextinguibles.

III

TRIVIAL costumbre de los poetas chirles ha sido, antes de la himnología de cosas elevadas, invocar a las Musas, para que derramen esos suaves perfumes que emanan del Olimpo y que se esparcen dando vigor a las ideas, levantando el corazón, comunicando virtudes e infundiendo constancia al humilde mortal que quiere establecer sus relaciones con los dioses, que desea ser presentado a Apolo o tener una entrevista con Minerva. ¡La inspiración! Sí, la inspiración pedimos todos. Pero este licor celestial es de tan alto precio que no nos es dado saborearlo, ni mucho menos embriagarnos con él, porque no tenemos la copa de oro con la que los genios, que se sientan en la mesa de los dioses, suelen hacer sus libaciones inmortales. Para ensalzar al Ciego sublime, ansiamos lira de cuerdas de oro y un plectro incrustado de diamantes, que suelen manejarlo con primor las deidades del Parnaso. Manos como las de Estratónico, Mentor, Antripaton o Nedas pudieron fabricarlo con primor, grabando hermosas figuras y

dándolas el brillo de la plata y los multicolores rayos del diamante. Homero es genio, y a los genios se trata con admiración y respeto. Numen grandioso se necesita para cantar a los inmortales. Artistas del lienzo y del mármol a lo Zeuxis y Parrasio, grabadores en piedra caliza a lo Fidias, Almacenes, Cricias o Nescles, autores de obras colosales a lo Cares, pintores y escultores otra vez a lo Miguel Angel o Rafael, poetas como Píndaro, poetas en lo moderno, como el cantor de Bolívar; verbosos como Coliodoro, asombro del foro trajano; elocuentes como Castelar, cantad a la mujer. Estos mimados seres, fecundos partos de la naturaleza, que viven familiarizados con el arte y la estética, son dignos de poder hablar de los privilegiados. Para genios, genios. Cada uno en su oficio, dice el refrán. El que quiere entrar en el sagrado taller de los dioses, debe asirse del hilo de Ariadna, que, en este caso, es la prudencia y la sabiduría, y así será capaz de penetrar en ese como Dédalo de las ciencias. La mirada de los sabios es profunda: si no lleváis acopio de conocimientos en la mente, buenas intenciones y virtud en el corazón, os quedaréis siempre a la puerta: el templo de la gloria nunca se abrirá para vosotros. Cuando queremos ocuparnos en el Dante, apostrofador enérgico, rayo que pulveriza a los malvados, deseamos, no ya la trompa de Píndaro, sino

la mismísima lira de Homero, porque tengo para mí que cantar a la virtud, poner de relieve sus prendas y castigar el vicio son cosas de alta esfera. La virtud es la primogénita de las Gracias: quien la posea y sepa comprenderla es mortal dichosísimo. Preguntadle a Flaxman, qué halago inexplicable sintió al dibujar al Dante, Flaxman que dibujó también a Homero. La estatua radiante de Newton, la que salió de la mano de Sheemakers, uno como Miguel Angel inglés, lleva en su base estas inmortales palabras: "Honra del linaje humano": Y Newton fue sabio y virtuoso. La virtud es "honra del linaje humano": se encarna en almas como las de Newton y otros seres que están de pie en el último escalón de la gloria, brillando siempre. Las obras en las que entra la religión se levantan sobre las demás. decía Montalvo. Por esto, cuando se va a hablar de Jesús, consejero silencioso debe ser el profundo respeto. ¡Jesús! ¡Jesús! Fundador de una religión, llamado el filósofo de Nazaret; Jesús, mártir el más grande, santo el más excelso, fuente de virtud la más pura, perdón, perdón. Para hablar de tí, se debe recibir de antemano las bendiciones de lo alto. Me contento con apellidarte *divino*, último recurso, palabra que todo lo encierra, voz la más alta que la admiración y la impotencia humanas, en su descolorido lenguaje, han querido aplicarla a Jesús, como igualándole

a la ignota fuerza que todo lo puede. Jesús nos ha enseñado, con máximas sublimes, que el hombre debe morir, si es posible, por la virtud. De sus doctrinas, como de una mina, se extrae este lema: “talento siempre para hacer el bien”, que fue el mote de Enrique, príncipe de Portugal.

PERO por nadie los infantes ereen con más fe en una primera causa que por la madre: ella es el sér esencialmente religioso, esencialmente sensible, que nos inculca desde la niñez sanos principios, nos invita cariñosamente a mirar al cielo y nos da consejos llenos de ternura. La mujer sigue siendo religiosa, y lo será siempre. ¡Ay de ella el día que reniegue de sus creencias! Verdad que muchas las profesan exaltadas, pero esto no es una razón para denigrar su fe. Todos los extremos son perjudiciales. Existe una senda que nos lleva al éxito: el término medio. Ahora la mujer es la que acude al templo, el hombre se ha retirado avergonzado: si se encamina a él es por otros fines. Eugenia Niboyet, se expresa así: “A nuestras espléndidas basílicas en que el arte, alentado por la fe, había economizado la luz y dado a las entrecruzadas naves un tono misterioso que llenaba de recogimiento el alma de los fieles, hoy asisten los hombres por costumbre. Hoy el cristianismo no se arrodilla para orar, se arrodilla por

respeto humano. Si tocan los órganos, si se oyen voces suaves y armoniosas, escucha con la misma atención que escucharía una ópera en el teatro”. La mujer, por la exquisita sensibilidad que le distingue, necesita una religión tierna y conmovedora que la contente, si sufre, y que le arranque lágrimas en el fervor de su misticismo. Y como no hay una escena tan dolorosa y poética como la del Calvario, esa tragedia sublime, la mujer gusta de meditar en tan doliente historia. Por esto las mujeres son cristianas: viven enamoradas del Justo, tan paciente, tan humilde y tan patético, que muere en un leño miserable, después de distribuir la buena semilla a manos llenas. La principal virtud del pobre es la resignación; a ella puede llegar por medio de la esperanza, y ésta lo llevará a la fe, dice la Condesa de Remusat. Así predicó Jesús. La mujer que piensa que “la primera virtud es la justicia, que se compone del sentimiento de la igualdad moral y del deber que de él resulta”, es acreedora al respeto universal. Hermancia Lesguillón emite el siguiente bello concepto: “Cuando una mujer ama a un sér que merece ser amado, y es fiel, sincera y buena madre, es para mí virtuosa y digna”. Una buena madre es todo: reúne en sí millones de virtudes: su alma, como una bujeta prodigiosa, rica en joyas valiosísimas, guarda la fidelidad para su esposo, el ver-

dadero amor para sus hijos, el sacrificio y cumplimiento del deber para la felicidad del hogar, y el martirio, si es posible, para la tranquilidad de sus allegados. ¡Oh, la madre! Si hay premios y cielos ultraterrenos, para ella serán sin disputa. Todas las alabanzas que en la tierra se la puedan tributar, nada son: la apología de la madre debiera escribirse en el empíreo: orgullosos de tan admirable creación, cántenla en poemas inmortales que sobrepujen a los indostánicos.

CIERTO pintor que se había quedado a dormir en Posadorio, exclamó al contemplar los primores de la Naturaleza: “Estas cosas no caben en la pintura; además, por lo que tienen de *casuales*, de inverosímiles, tampoco caben en la poesía: no caben más que en el mundo.y en los corazones que saben sentirlas”. Así la madre. El mejor pincel no acertará a formar ese cuadro asombroso con todos sus primores y detalles. Llegue a tal punto su abnegación, que la creeríamos inverosímil; es tan intenso su amor, que no entra en los dominios de la poesía, porque aun esta fecunda creadora se considera impotente para describirle. La misión de la madre recorre la redondez del mundo: sus frutos son inmensos: los están denunciando el millar de corazones sensibles que han comprendido tanto bien, tanta virtud, tanto cariño, pero que tales atributos no han

podido expresar con palabras, porque tienen éstas su límite.

CIERRO con broche de oro este capítulo, gracias al gradilocuente Emilio Castelar. Del eximio orador es el símil que copio:

“CUENTAN los naturalistas, que la hembra del precioso insecto conocido con el nombre de cochinilla, cuya existencia se reduce a lo necesario para chupar el jugo de la pala o cactus donde vive y muere, da toda su interior sustancia, al entrar en la madurez de su edad, a los gérmenes que han de conservar su especie, y cuando ya no tiene qué darles, porque ha encontrado la muerte de puro comunicar la vida, los protege y los ampara y los abriga con el tegumento de su helado cadáver. Así es la madre: da la primera vida con su sangre al feto; da el primer alimento con su leche al niño; da su corazón en sus besos; da su alma entera con su educación; nos sigue como el ángel de nuestra guarda en vida, y después de muerta pliega sus manos e hincaba sus rodillas, y está en la bienaventuranza de perpetua y mística oración por la salud y la felicidad de sus hijos”.

COOPEREMOS en la cátedra, en la escuela, en la prensa, en donde quiera que haya un oyente o un lector, a la formación de madres modelos.

IV

LA mujer, pues, juega importantísimo papel en la vida, no sólo de los hombres aisladamente considerados, sino también de los pueblos. Las más de las veces ella, a unos y otros, les aparta de los peligros, les corrige sus vicios y les muestra el buen camino. ¿Quién no se dobllega a sus ruegos? ¿Quién no se enternece con sus lágrimas? ¿Quién no escucha gustoso sus consejos? ¿Quién no se rinde a su hermosura y atractivos? La historia está llena de hechos que prueban su influencia y poderío. Célebre tribunal absuelve a una mujer, porque se presenta ante él desnuda: el tribunal es indignamente grande, inicuamente poético. Frine se retira triunfante, y, en un acceso de su orgullo, ofrece con insolencia la reedificación de la ciudad de Tebas, poniendo ella todo por su cuenta. El Senado, más grave que el tribunal vencido, no admite la proposición de la altiva cortesana. Los mo-

ralistas juzguen el caso: pero, mientras tanto, la mujer ha dominado con sus armas invencibles: la hermosura tentadora.

LA baronesa Camila de Valberg obtuvo siempre la victoria. No bastó que fuese una estrella en el arte hípico, además era mujer: argumento Aquiles. Píndaro, el poeta clásico, el lírico inspirado, atrás se queda; una mujer le gana: la bella Corina. Aclamada por los griegos, se pasea con el lauro literario. Es el tribunal que absolvió a Frine: reproduciese al favorecer a Corina: brillante urbanidad, garbosa injusticia.

LA célebre amazona francesa Fernanda Lorey, que fue discípula escogida de la citada baronesa, arranca entusiastas vítores. Si la destreza es loada, en la mujer es ovación más noble. El engrandecimiento del bello sexo produce dulces y extrañas fruiciones en las almas templadas al calor de distinguida educación y sólida virtud.

Lo que en los juegos olímpicos hacían las mujeres con el vencedor, se repitió con los héroes del Mérrimac y de las luchas en Cuba, allá en ese gran pueblo de progresos sin cuento, en los Estados Unidos. Las hermosas griegas sólo aplaudían con frenesí y devoraban con la mirada a los atletas que llegaban primeros a la meta; las apasiona-

das norteamericanas, besan los bigotes encanecidos, las frentes rugosas y las tostadas mejillas de los bravos titanes en la perla de las Antillas: hermoso premio.—Píndaro mismo, el rival de Corina, bebió su inspiración en la mujer. Este bardo excelso, que tanto respeto infundía,—de manera que el gran Alejandro, en la destrucción de Thebas, sólo dejó en pie su casa y conservó a su familia,—aprendió de Myrtis, notable dama griega, el arte de la versificación. ¡Píndaro, encumbrándose a las regiones sublimes de la poesía por una mujer! Si bien Laso de Hermiona hizo conocer los versos al poeta en embrión, se entusiasmó más al leer los de la poetisa. Myrtis maestra de Píndaro: la mujer está dando alas al genio.

LA leyenda bíblica cuenta que la mujer salió de una costilla del hombre: luego es para él carne de su carne, sangre de su sangre. El hombre debe respetarla como se respeta a sí mismo; debe amarla como cosa propia, marchando por el camino de la vida siempre unido a ella. Así lo quiere la naturaleza, y cuando ella lo quiere, es, sin duda alguna, para nuestro bien.

UNA mujer purísima,

“Rosa a la orilla del Jordán nacida,
Inmaculada virgen de Judea,

Estrella de los cielos desprendida,
Aura del manso mar de Galilea,
Lirio del valle de perenne vida,
Luz que los ojos de Jehová recrea”, (1)

bella como los rayos de la luna, dulce y virtuosa, estaba en oración. De repente, se ilumina su sagrada estancia que el dios de la virginidad velaba, su estancia silenciosa guardada por los geniecillos de la inocencia: baja a ella un hermoso ángel, envuelto en espléndida nube, un ángel del empíreo que despedía lampos de vívida luz de su cabeza y que batía sus límpidas alas en señal de regocijo. Con voz celestial habla a la doncella en un lenguaje incomprensible para los míseros mortales, la saluda respetuosamente, cumpliendo las órdenes de su rey. “*Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio*”. La virgen turbóse al escuchar tales palabras, y estaba entre sí pensando en la salutación. Pero el ángel añadió: *Ne timeas, María, invenisti enim gratiam apud Deum*”. No temas, María, pues tú has hallado gracia delante de Dios. Pasaje encantador que prueba, alegóricamente, el valor de la mujer. Ésta *halló gracia delante de Dios*; se divinizó su progenie, porque un

(1) Mujeres del Evangelio.—Cantos religiosos por Larnig.

dios se inclinaba hasta ella. ¡Salve, mujer! ¡Salve, paloma bíblica que traes al mundo el olivo de paz! ¡Salve, ave celestial, que vienes a anunciarnos que ya el diluvio de la barbarie ha terminado! ¡Salve, mística mensajera, que, saliendo de una arca desconocida para el hombre prevaricador, nos das la nueva feliz de que el reinado del amor y de la civilización, la era de ventura comienza con tu engrandecimiento! Porque de tu mayor o menor educación depende la felicidad de los mortales: porque de tu virtud está suspendida la humanidad: porque eres el arco iris que en el cielo del progreso aparece sonriente: porque tu honor es nuestra vida: porque los hijos bendecimos a las madres: porque nos das el alimento y, pequeñuelos, del pezón de tu pecho asidos, aprendemos la base de la moral, las primeras lecciones para el porvenir: porque, jugueteando en tus rodillas, hemos soñado con dichas indescriptibles, divisando horizontes de agradable perspectiva, ilusiones inolvidables, ¡salve, mujer! El himno que las generaciones venideras te cantarán será inmortal. Porque entonces tú ya llegarás al cenit: educada y virtuosa, amada y respetada, ennoblecida y pura, te pondrás a la altura de los siglos que caminan a paso de gigantes al encuentro de la ciencia. Los pueblos que más te santifiquen con sus obras dignas, serán los más prósperos; las

naciones que cuiden de tu honor serán sabias, las repúblicas que no te esclavicen ni prostituyan serán la palanca y la fuerza del mundo. Día llegará en que, al contemplar la colosal manufactura de la educación femenina, se bendecirá su obra; y el canto, como el de la virgen de Belén, será: “Gloria, gloria a Dios, al Dios de las alturas, porque él miró la humildad de su sierva, y he aquí que desde ahora la llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque hizo con ella cosas grandes el Todopoderoso cuyo nombre es santo. *Quia respexit humilitatem ancilæ suæ: ecce enim ex hoc beatam dicent illam omnes generationes. Quia fecit illa magna, qui potens est: et sanctum nomen ejus*”. ¡Salve, mujer! Tu estatua, como la de la Libertad en la bahía de Hudson, iluminará el piélago profundo de la vida. Porque la mujer será faro seguro que, despidiendo rayos de fúlgida luz, nos irá anunciando la deseada costa de la felicidad. Como las antiguas espartanas, engendrará héroes. Ordenará que antes mueran en el campo de batalla, que vuelvan sin escudo, que vivan sin honor. Serán como otras sublimes Lucrecias que votarán por el anonadamiento en caso de brutal profanación. Porque la madre que alimenta a todos los seres es el honor; sin él, la mujer no podrá decir con orgullo: “*Ego sum mater pulchræ dilectionis, et agnitionis,*

et sanctæ spei”. “Yo soy la madre del amor hermoso, de la ciencia y de la santa esperanza”. La Biblia es rica en alabanzas a la mujer, respira, en ocasiones, un aliento voluptuoso: de entre sus páginas se derrama pasión ardiente por ella, pasión que llega al erotismo. El Cantar de los Cantares es un soplo que abrasa; un soplo de fuego, hoguera donde se quema incienso a la mujer. La Sulamita, en el regio tálamo nupcial, surge del poema como un sol que requema, deslumbra y ananada.

¡SALVE, mujer! Gloria eres de la Jerusalén terrenal, de la ciudad maldita que arrancó lágrimas al que tantos bienes la consagró, a Jesús. Alegría eres de Israel. “*Tu lætitia Israel*”. Porque sin tí esta tribu miserable sería una horda de forajidos, sin tí la existencia una noche prolongada, sin tí la juventud un infierno, sin tí el hombre una bestia de instintos sanguinarios. Tú eres el honor del mundo, tú la abogada de los indefensos. Cuando el último recurso se agota, cuando las lágrimas se secan, cuando lo inexorable se cierne como buho siniestro que presagia la tormenta, sólo una criatura remedia el mal, sólo un sér débil se hace fuerte, la mujer. Ella obtiene el perdón para el reo sin auxilios; ella suplica, y el pecador se redime; ella llora, y el cul-

pable se vuelve santo. Abogada es la mujer, abogada generosa que abre su manto misterioso y cobija al desgraciado. Lo que ella toca, como un Midas prodigioso, convierte en alegría, en bienestar, en consuelo, cosas que valen un tesoro. Faltando ella, las tentaciones nos acosarían sin misericordia. Los diez mil demonios que, según la leyenda, martirizaron a San Andrés Avelino en su lecho de muerte, despedazarían nuestras almas sin compasión, en ausencia del ángel que ahuyenta los espíritus infernales.

DE una costilla de Adán—sabia y dulcísima leyenda—tomó forma la mujer; y, a su vez, en el vientre de ésta tomola el hombre; y de esta cadena infinita va saliendo la humanidad. Sus eslabones son estrechos: romperlos sería un crimen: la naturaleza quiso que, en esta armonía universal, viviesen unidos, se ayudasen mutuamente, para que la cadena vaya creciendo, como aquella de oro macizo que nos cuenta el divino Homero, y llegue al cielo, colgando la humanidad de ella; ascienda a las alturas levantada por el que todo lo puede. ¡Salve, mujer!: de tu vientre brotó el hombre. La que solícitamente nos guardó en su seno bien merece la pena de ser respetada y amada con predilección. Afirman los fisiólogos que el hombre hereda el talento y carácter de la madre y la mujer del padre.

Si fueron grandes los Gracos, los Catones, los Cicerones, es porque tuvieron en la familia Cornelias, Porcias y Tulias, mujeres eminentes. Si perversos fueron Calígula, Cómmodo y Nerón es por la licencia de Julia Drusila, Faustina y Agripina. Son ilustres Cuvier, Walther Scott, Byron, Chenier, Rousseau, Lamartine, Mozart, Van Dyck, el notable pintor del género histórico, y otras celebridades más, porque les cupo en suerte madres buenas e inteligentes que supieron estimularlos y desarrollar su genio. El gran Jorge Wáshington debió a su noble y virtuosa madre, María Ball, su educación. Esta inmortal mujer supo hacer más que los quizá poco preparados maestros de la modesta, heroica y austera figura de Virginia: influyó la grandeza espartana de tan egregia madre y ejemplar viuda en el carácter de Wáshington y en su magna obra de liberación.

LA mujer es la semilla de la humanidad: si buena, su producción será opima; si se deteriora, sus frutos serán pútridos y dañosos.



V

HE intentado la apología de la mujer en su legítima acepción y en la esfera de sus merecimientos. Réstame hablar ahora de la que es sólo remedo de mujer, de la muñeca. Hay de varias clases, desde la muñeca aristocrática y de *biscuit*, hasta la de moyuelo, la *chullita* de pretensiones, orgullosa en medio de sus deficiencias y nulidad de acción. Unas se distinguen por el vestuarito de seda que ostentan, otras por la simpatía del rostro; pero todas, en su interior, son de factura despreciable: almitas de trapo, armazones superficiales de alambre, cuerpos de cartón, cabezas huecas, aire, vanidad, apariencia. La educación en ellas es un mito: despectivamente la suelen hacer la mamola. ¿Qué educación podemos pedir a las muñecas, si valen sólo por el ropaje, por los adornos que llevan? ¡Ay del hogar representado por una muñeca que no aporta más mérito que el de la elegancia inconsulta! Todos estos males se deben a

la falta de una sólida educación. Entregadas las muñecas, como un trozo de masa o de cera, a la elaboración de gente que no procede a las claras y que ignora de la vida casi todo, salen de sus manos anuladas para las lidias provechosas y cotidianas de más tarde.

NACIONES desgraciadas aquéllas en las que la dirección de las niñas se encuentre monopolizada por personas ligadas con votos y en donde sean éstas las únicas motoras del porvenir de la mujer, las que jueguen con ella, amoldándola a su voluntad y sabor o dejándola más blanda que unas martas.

SEGÚN el estrecho criterio de las de anacrónico existir, impropio sería obligarles, por ejemplo, el aprendizaje del baile, del arreglo y cuidado de un menaje, de las correctas recepciones sociales, de algo que revele pesquis y gusto, como la organización de una fiesta, paseo, banquete, asistencia a teatros, etc.

¿PARA qué enseñarles tales cosas, preguntarán los timoratos? ¿Para qué? A fin de que se manejen como verdaderas mujeres cuando salgan del encierro y entren en sociedad, sin sufrir sonrojos; a fin de que estas notas de urbanidad, estos conocimientos,

que no significan meros adornos, sean joyas más aquilatadas que las que tan campantes lucen sobre sus vestidos, cual si llevaran el mundo por montera.

SUMINISTRARLES, igualmente, nociones de culinaria, de costura, de aplanchado, lavado, crianza de niños, desinfección, uso de la aljofifa, etc., para que las futuras madres de familia sirvan de consuelo en el hogar, de ayuda para los suyos, y se inscriban así en el rol de las mujeres prácticas, de las verdaderas esposas.

EXIGIRLES, además, el estudio de la gimnasia y su aplicación, con diarios ejercicios, que son el secreto de la salud, la amiga predilecta de la higiene y la madre del desarrollo corpóreo.

LA intransigencia de secta guarda a las veces ojeriza a la gimnasia, la cree práctica inmoral, impropia de la delicadeza de las ninfas mimadas o quizá alguna pasión vesánica. En países que van a la vanguardia del progreso, da gusto contemplar los múltiples aparatos gimnásticos de los colegios de niñas y el asombroso desarrollo muscular de éstas, gracias a la diaria aplicación de aquéllos, que brillan por su ausencia en muchos establecimientos que no corresponden a las aspiraciones del siglo y sufren de apnea moral y física.

LA música, principal hermana de las Bellas Artes, enséñase allí a la barata. ¿Dónde la educación armónica, el conocimiento de las diversas escuelas, la parte científica de la enseñanza? Cinco y seis años estudian piano las alumnas internas, derrochando para tal aprendizaje sumas relativamente ingentes, y salen de esa clase de colegios sin saber nada a la postre, ni siquiera la *posición* de las manos. Las de escaso peculio, peor que peor. Con todo, hallaréis muñecas que, con mucha coquetería, deslumbrándoos con su aire de afectación, recorren las teclas del piano para destrozarnos los oídos y haceros rabiár.

NI la dulce música sagrada poseen; este inefable raudal de armonías que despierta en el alma remembranzas y ternuras infinitas.

CADA día resalta más la incompleta educación que dan ciertas congregaciones exclusivistas que se aíslan del mundo sin recordar que viven en él.

LAS clases acomodadas buscan profesores particulares para sus hijas, lamentándose de la falta de método de varias maestras encastilladoras que no pasan del piano, y prescinden en absoluto del violín, de la

mandolina, guitarra, arpa u otro instrumento cualquiera.

PIANO y piano, pésimamente enseñado y puesto en ejecución a la diablo: ¡la distinguida alumna hunde tanto los dedos en el instrumento, como si las teclas fuesen canchales de noria!

¿Para qué nombrar a la pintura, a este esotérico arte, de interpretación más difícil que los lienzos futuristas? ¿La perspectiva, el colorido, el estudio de la naturaleza?— Pajarotadas! ¿Habrá todavía horror al desnudo en plena invasión del arte espléndido del siglo XX? ¡Qué paseen por los museos de Europa, que visiten sobre todo el Vaticano las púdicas enamoradas de lo bello velado y deforme!

¿QUÉ cara pondrían al contarles que madama Von Doenhoff, hoy condesa Von Buelow, esposa del canciller del Emperador de Alemania, se prestó de buen grado para servir de modelo al gran Makart en su cuadro “La entrada de Carlos V a Antwerp”, en el que dicha dama aparece desnuda?

UNA legión de señoritas, en anuales exposiciones de pintura, trabajan santos y cuando más copias vulgares, sin indicios de coloración, a no ser la del carmín con que

embadurnan sus pómulos dignos de lástima; pinturas sin originalidad ni expresión, a no ser la de la crema de perlas con que untan su sedosa tez de muñequitas de porcelana.

Lo curioso es que, una vez ya en la casa, no son capaces de ornamentar, decorar las habitaciones del hogar ni poner de relieve el aprendizaje de alumnas internas que cosecharon aplausos en la exposición anual.

¿DÓNDE las creaciones hijas del estudio detenido y del buen gusto; dónde la floración del arte; dónde la escuela de estética que, como valiosa simiente, han dejado las manufactureras del corazón de la niñez en tantas generaciones que han pasado por sus manos?

¿Y el canto? Saben a maravilla gritar las letanías, entonar con voz chillona villancicos o graduales; pero el solfeo es cosa inusitada. Son nombres desconocidos Florimo, G. Concone, Alberto Lavignac, Marco Bordogni y Augusto Panseron, especialistas en vocalización y solfeo.

¿TAL vez han aprendido las niñas a tararear alguna pieza clásica, algún fragmento de ópera o siquiera de zarzuela en aquellos colegios?

Si tal sucedió, de vez en cuando, fue para salir airoso del aprieto, pasando como por las horcas ¡ay! caudinas del examen público, al que rara ocasión asisten personas dignas de la garnacha. ¡Una piecita traqueteada todo el año!

¡DECLAMACIÓN! ni nombrarla. El imprudente que a tanto se avance retrocederá víctima de acre censura.

¿HABÉIS oído declamar una poesía o pronunciar un discurso a las educandas? ¿Os acordáis de aquel tonito machacón y del mecánico movimiento de brazos, de aquellas ansias de volar y de aquellas congojas como de intoxicación? ¿Hay propiamente clases de declamación en esos planteles de enseñanza femenina? ¿Tienen derecho las alumnas a solicitar el aprendizaje de materia tan importante? Desde la correcta pronunciación del idioma castellano se descuida. En el trato familiar, en especial, ¿os habéis fijado cómo hablan, cómo estropean la gramática? Sin ésta, ¿qué literatura podréis exigir?

COMO conversan, escriben. ¡Qué cartas, qué ortografía, qué garrapatos, voto al Chápiro! Tan primitivas son, que me recuerdan los benditos tiempos a que se refiere el gran Juan León Mera, en los que no que-

rían las madres de familia que sus hijas supiesen leer y escribir, a fin de que no mantuvieran correspondencia con los enamorados.

¿Y la lectura? Da risa oír leer a muchas muñequitas. Mientras tanto, en los templos, con garbo y coquetería, devoran en sus lujosos devocionarios oraciones y epifonemas, como cotorras. ¿Qué clase de lectura es ésta? Sin buena lectura no puede haber correcta declamación. ¿Habéis presenciado las representaciones de colegio, las comedias cursis de algún literato, ratón de convento, que ensalza a Pío IX y maldice a Garibaldi?

CON estos antecedentes, no se cultiva la afición a los espectáculos, a las honestas diversiones, a los teatros, centros moralizadores de reunión, escuela de costumbres, que dijo Olmedo.

No me cansaré de increpar severamente a quienes son responsables de tanto atraso y mojigatería.

¿DESCUIDARÁN de bregar por la euseñanza de la niñez los que se precian de progresistas, liberales y humanitarios? ¿Permanecerán impávidos en presencia de lo que constituye la felicidad de las naciones—la educación de la mujer?

¡OH, varones que tanto declamáis bellas teorías de *feminismo*, filósofos que anheláis la autonomía de los pueblos por medio del engrandecimiento social de la mujer, soñadores que miráis los horizontes de la patria clareados ya por la aurora de la instrucción del bello sexo, por la perfectibilidad de su espíritu, no desatendáis la propaganda siquiera de la instrucción primaria para estas adorables criaturas que imperan con tanto derecho en el mundo, a fin de que sean legítimas reinas de él, a las que miremos con respeto y no con curiosidad, como a muñecas: o a las ninfas de Henner, del que dicen que pintó cien veces el mismo cuadro, multiplicando de este modo una sola figura en todos los salones!



VI

SIEMPRE que la indiscreta realidad levanta el velo de lo que la intransigencia considera todavía como no atacable y sagrado, suelen los falsos prosélitos de una religión cualquiera poner el grito en el cielo y ver parcialidad o mala fe en la honrada y franca exposición de hechos que, apoyándose en la verdad, sacan triunfante a la prolija observación. Por esto, me abstengo de nombrar, con sus pelos y señales, los establecimientos docentes femeninos a cuyos vicios de educación he aludido muy a la ligera. Me basta con haberme inspirado en la realidad, reproduciéndola como en un fiel espejo.

PARA continuar con una labor que conjeturo plausible y leal en el fondo, por más que la forma carezca de amenidad y galanura, sírvame de ejemplo algún plantel de educación, regentado por maestras que, encerradas en las estrecheces de conciencia,

como en las de un claustro, ignoran los combates de la vida práctica, los conocimientos que para vencer son precisos y el rumbo que en países florecientes la civilización imprime a la mujer.

ATRAVIESA una niña el vestíbulo del colegio a donde va a internarse. Entre otras cosas que modifican su carácter, lo primero que aprende es a amar. No se crea que esta noble pasión es como lo exige la naturaleza, o siquiera afecciones puras de una alma soñadora y virginal: su amor es místico, excéntrico, absurdo. Teresa de Jesús expuso que el infierno es el lugar donde no se ama; pero el amor de las precoces educandas, aunque poblado de quimeras, está lejos del de la divina doctora carmelita.

ÁMANSE las alumnas entre sí, buscando, en la más simpática, una confidente a quien confiar sus sueños infantiles, en medio de la pantomima amatoria, de los requiebros, de las cartitas, del mal recado, de los celos y ósculos pudorosos. Suele enfriarse el amor y ábrese entonces la válvula del enojo baladí, por la que respiran las pasiones en embrión. Codeándose en las clases, juntas en la capilla, vecinas en el dormitorio, no se hablan ni quieren verse. El resentimiento de juego, fermentando poco a poco en el alma, conviértese en odio serio y duradero.

EL afecto que se dedicaban las alumnas, trasmítese a las profesoras. Según su mayor o menor bondad y simpatía, transfórmanse éstas en inconscientes ídolos de sus discípulas.

—Leocadita, ¿quién es tu *querida*?

—Mi nena Niquito, amorcito, tán buena que es.

—*¡Atatay!* qué ha de valer la motilona! Mi *querida* es la Zutanita, tan agraciada y de buen carácter.

—La mía es Perenceja, de ojos tan vivos y de genio tan complaciente, y por ella estoy como alma en pena.

DIÁLOGOS parecidos se escuchan, a diario, en las adorables charlas juveniles e intimidad de las amistades de internado; en aquellos albores del alma que tiende a franquearse y establecer comunicación físico-espiritual.

No sé cómo califique la ciencia a esta fiebre amatoria, a esta monomanía del cariño, a esta casta impudicia, fisiológico y temprano despertar de la naturaleza; pero lo evidente es que las enamoradas colegialas ejecutan actos de abnegación y de locura increíbles por complacer a sus queridas. Cítanse casos, que he oído de boca de varias protagonistas de estos dramas amorosos, que sería inverosímil, imprudente y hasta ri-

dículo reproducir. Cualesquiera prendas de vestir, flequito, hilacha, cabello de la estrella de sus insanas visiones y febriles pensamientos tienen mágico poder y son talismán de mayor eficacia que la maravillosa lámpara de Aladino. Con veneración guardan aquellas reliquias de un amor de ensueño, y las besan con tierno afecto. Los mendrugos que desprecia la adorada los devora con avidez quien por ella muere en el silencio. ¡Una niña bebióse el agua sucia de la aljofaina donde su querida se lavó la cara! ¡Otra besó las huellas que en el jardín dejó el pie de la santa idolatrada!

No son raros los juramentos a la manera de los escitas y los ensayos de primitivo e inocente tatuaje con la sangre de la vestal a quien aman.

CON una palabra convencional, con una reticencia de tres letras que todo lo allana, alcanzan las alumnas lo que quiera.

POR, . . . por. . . .; y esto basta para, de rebato, obrar prodigios. Ese *por* esconde una *Fulana*, un nombre elíptico a cuya velada evocación se abren las puertas de lo imposible. Por, por. . . . quiere decir, por la idolatrada Barbarita, Teresa de Jesús, Clara, Leonor, Agustinita, Eulalia, etc.

ESTE mágico vocablo es como el *sésamo* de *Las Mil y una Noches*: por él se entra a los reinados del místico amor infantil para hallar tesoros de inauditos sacrificios. Una niña se arrojó de la balaustrada al patio porque alguien le dijo que lo hiciera *por*

DE estas reconcentradas inclinaciones brotan, como causa para agrandarlas más, los regalos fomentadores de la pasión, que empiezan por ser piadosos: ora un recuerdo, he aquí la palabra favorita; ora un símbolo de cumpleaños; ora un testimonio de felicitación por cualquier acontecimiento o fiesta del plantel, con arreglo al martirologio de la institución o la idiosincrasia de la profesora predilecta: alegorías religiosas que representan ya santos del calendario, ya emblemas de la eucaristía, ya pasajes de la pasión, ya retratos de fundadoras de archicofradías o de la causa del sacratísimo corazón de María, del diligentísimo pastor Jesús que lleva sobre sus hombros a la mansa y blanca ovejilla que se descarrió por zarzas, andurriales y ajenos arriates.

CRÚZANSE, entre maestras y alumnas, las oraciones selectas, las máximas cortas, los lemas místicos, con rasgos biográficos y anécdotas de beatas en camino de canonización; las estampitas, unas de seria factura, otras de orla, calado y cintas relumbrantes,

todas de pacotilla, que llevan al reverso la consabida inscripción o dedicatoria, que envuelve, aunque con letra garrapateada, alguna declaración amistosa o galantería de cándido tenorio invertido.

¿CORRESPONDEN o no las favorecidas con tanto cariño al amor de sus ciegas devotas?

¿DESCIENDEN o no de lo alto las disimuladas preferencias, so pretexto de premiar la aplicación, la buena conducta, el exacto cumplimiento de los deberes de las súbditas?

MAS también como, lógicamente, los superiores son más positivistas que los inferiores, la bondad *gratuita* que aquéllos demuestran por éstos es un reclamo comercial.

SIN sentir, se enseñorea la propaganda del culto. Lo recomiendan con milagros recalcados hasta la saciedad, portentos acaecidos en lejanos países.

PARA mejor disimulo del negocio, rezan de continuo, entre las devociones comunes, las que notan que van surgiendo en particular, aquí y allá, en el campo místico.

UNA vez preparado el terreno, siguen desempacando las grandes remesas de artículos religiosos procedentes de mercados eu-

ropeos: santos flamantes con mil títulos de valía por las obras taumatúrgicas que ejecutan, etc., etc., rosaritos de concha de perla, chucherías benditas, cuadros fantásticos de terciopelo, esculturas diminutas, libros piadosos con guarnición dorada, devocionarios, la mar.

DISTRIBUIDOS a buen precio entre las escolares, ilustran, edifican y educan mucho más que un cuaderno de historia, de moral, o un tratadito de cocina. ¡Ya lo creo!

A fin de que no se resfríe la predilección, las obsecuentes alumnas compran aquellos objetos que fueron importados para la pingüe reventa.

AÑADIENDO a esto la afición provocada de antemano, el éxito es completo. Del colegio al hogar, media sólo un paso. Extiéndese el comercio, e inunda, como un torrente, a la sociedad que heredó idéntica educación.

LOS confesores ayudan el beneficio, dando, desde el saludable tribunal de la penitencia, orden terminante de encomendarse a tal santo, consagrarse a esotro, ponerlo a un tercero de guardián a la cabecera del lecho, listo a velar el sueño y evitar las pesadillas.

CONVIÉRTESE, pues, en necesidad de conciencia el consumo de aquellas *espirituales* mercancías.

ESTUVO en boga (y juzgo que, hoy por hoy, no ha cesado la demanda) el *Niñito de Praga*, artículo que se agotaba, tan productivo era para la alcancía de las comunidades que, sin escrúpulos, ejercen disfrazada simonía.

AÚN andan por ahí minúsculas esculturas del *Niño de Praga*, que son la novedad y la delicia de las chiquillas. Compran el bambochito venerando, para proclamarlo entre las muñecas ángel tutelar, como antes limosnaban estampitas de *San Expedito* y hasta de *Santa Cita*, patrona de las cocineras.

¡FETICHISMO sin culpa, grabado en la brillante y cándida imaginación infantil!

¡SANTAS bujerías de oriental efecto entre las pequeñuelas!

LLÁMASE la atención de las más grandecitas por otro lado. Picándolas el amor propio, se les enseña a confeccionar *detentes* o agnusedís artísticos. Vendible es la mercancía, sobre todo si se la anuncia como antídoto contra las tentaciones mundanales, símbolo sagrado que pone a cu-

bierto de toda insinuación diabólica y protege cuando nos amurca el bravío Satanás. Llueven las leyendas piadosas, las consejas edificantes. Ayer la viejecita Mengana resbalóse al pisar un cuesco de aguacate. Fuése de bruces contra las piedras y se abrió el cráneo. Por fortuna, ocultaba, prendido al pecho, un *detente* soberano. En efecto, la mano del airado Jehová se detuvo, se aplacó su ira, paralizóse el brazo de su justicia, y obrando la misericordia infinita, la anciana averiada no sufrió gran cosa: revocóse la dura sentencia de muerte repentina, pues falleció a los quince minutos del suceso, en memoria de los quince sábados y misterios.

DIFÚNDESE, además, el amuleto por ser obra de la fulanita, *que ha salido tan hábil*; especialidad de la perengana, que ha bordado en seda o en franela.

FILIALMENTE lo respuntean bajo la solapa de la levita o americana del papacito, como un recuerdo. Después, circula el *detente* entre los hermanos y demás miembros de la familia, en las diversas piezas de indumentaria apropiadas, escondido convenientemente. Y con sólo esto, la ciencia adelanta en automóvil, la ilustración camina en ferrocarril, los quehaceres domésticos obran por ensalmo, el arte viaja en aeroplano, se

llenar las necesidades de la casa, relumbra la vajilla, los guisos resultan más sabrosos, espontáneamente y sin preparación alguna humea el puchero, tersos se extienden los manteles de lino, las habitaciones se desempolvan y engalanan de por sí y la ropa remiéndose de suyo. ¡Oh, prodigio!



VII

MIENTRAS tanto, la juventud femenina no se educa práctica y sólidamente: se le pegan, con suavidad, no sólo muchos defectos que adulteran la lengua vernácula, sino también vicios del lugar—en el que marchitaron los esplendores y gastaron las energías de la primera etapa primaveral de la vida—como zalamerías, encubrimientos, despilfarro, nulidad de acción, falta de iniciativa, auseneia de verdadera alegría, frivolidad y lánguido misticismo.

LA solapada chismografía, como un viente-cillo sutil, se cuela por donde quiera que las agrupaciones; *huyendo del mundanal ruido*, se encastillan en las torres de hierro de la adhesión, ciega y egoísta, a determinado sistema de ideas.

ADULADORAS no faltan que se vuelven trazas por halagar, constantemente y por

escala jerárquica, a las representantes de aquellos principios, a costa y esfuerzos de los recursos de la parentela, que se agotan.

CUANDO se acerca el tiempo de andar novenas, la fecha de cualquier fiesta, o conviene aprovechar de la coyuntura, piden, con la mayor confianza, la cooperación eficaz de adictas tan aparatosas y bien portadas.

SEGURAMENTE la hija del rico fulano de tal posee bonitos cortinajes, la otra vistosas colchas, la de más allá elegantes candelabros, floreros, alfombras, colgaduras, y es indispensable que, en obsequio a María y por decisión a la causa, nos los presten. Muy bien; esto es darles en la tetilla, y Cristo con todos. Las obras de arte, los arreos del hogar van, derechamente, a tomar parte en los trisagios, meses de patronazgos, funciones y melodramas, públicos y privados. Nunca acontece redonda negativa. Costaría caro la terquedad en la otra y también en esta jornada, el día tremendo de las cuentas de exámenes. ¡Cuidado, además, con hacerles quedar mal a tan adorables chiquillas, a esas niñas de los ojos, dominadoras del corazón, que se están educando y con las que sería un absurdo andar al morro!

OTRO día es el onomástico del capellán,

“y no sabemos en la comunidad cómo festejarle”, humilde, pero originalmente, expone con estudiada distracción la superiora. La respuesta: ¡una cuota para regalarle algún objeto místico-profano, un postrador entapizado ricamente de seda, una bufanda bendecida por dedos angelicales, o dedicarle dorada y elocuente tarjeta!

LA casa paterna paga la generosidad sugerida por las omniscias maestras, que son brava, linda pesca.

¿Es moralizador y económico este sistema de constante absorción espiritual y material, en nombre de una enseñanza mediocre, que no sabe de toda costura?

ADQUIRIR gratuitamente lo necesario para la vida, recibir adulos y alabanzas, para trasmitir, a la postre, escasos conocimientos, he aquí el secreto de ciertas viandantes regeneradoras de la mujer ecuatoriana.

CON esto, el país, gana; la niñez, se engrandece, y los padres de familia más saturninos se alegran, como quiera que palpen el vano prestigio de tal pedagogía.

CONTAR la odisea de las pobres madres que se desviven por la educación de sus hi-

jas y sacrifican sus alhajas y economías, sería muy doloroso.

ALMOHADONES, florecillas y otras zaran-dajas que cuestan—para aprenderlas a mal y mal cabo—un sentido, son su ciencia; en cambio, no saben pegar un gafete, soletear una media, zurcir un traje, cortar camisas para la más pobre lencería. ¡Útiles y aparatos para fabricar una bicoca; carencia de una aguja y un dedal para hacer cosas de legítimo provecho!

ANSIA de sobrequejar, de jactarse, aunque la desventurada que le llevó en su seno agonice al peso de angustias y martirios sin cuento, para que no sufra bochornos su descorazonada hija, educada en la escuela de la farsa por algunas muñecas legas que violentaron el corazón y defraudaron a la naturaleza, llenándose de cosas indigestas el cerebro, no así el estómago insaciable. ¡Todo para el saber y nada para la educación de la voluntad, según observa el cantor de la alegría Paul W. von Keppler!

No termina aquí el filón explotable, ni cesa el abuso. Padres de familia que os cuesta un ojo de la cara la decantada educación del bello sexo, ¿han llegado a vuestras noticias las rifas de casa adentro? Son éstas un escándalo que pasa inadvertido. Con

cuatro bujerías, regaladas a veces por las mismas niñas, reúnese un capital muy apreciable.

A PROPÓSITO de alguna festividad, es decir cuando se avivan los deseos de enviar considerable remesa de libras esterlinas a Europa, aunque sea en forma de pastillas de chocolate, o cuando alguna visitadora de muchas campanillas ausía pasearse por estos mundos de Creso que son panal de miel para hambrientas moscas y El Dorado para léperos aventureros, se descuelga la rifa de cajón.

CON destreza, valiéndose de los mismos trabajos de las discípulas, instalan la disimulada subasta, que asciende a un dineral, y son postores ¡oh, maravilla! las aludidas pupilas.

Es obligación, siquiera por pundonor, suscribirse con una cantidad tal de boletos. Queda entonces la competencia establecida. Las que toman abundancia de números en la cuota común, esas valen más que las otras. Sus adorables directoras saben estimular el lado flaco de la niñez, aguijoneando su amor propio y aprovechando de la fruición que a la vanidad produce la lisonja. Las suscripciones del colegio se extienden a las familias. Personas extrañas empiezan a

interesarse del asunto, imbuidas por quienes, aunque fuera ya del plantel, respiraron su atmósfera. Las ex alumnas arriman a sus hombros la empresa y se encaminan al establecimiento a cooperar con lo que pueden, una vez que en el hogar supieron cumplir a satisfacción el encargo de sus antiguas superiores y queridas de otro tiempo.

CON plácida negligencia, toleran los padres de familia semejante especulación, y no sólo la toleran con sonrisa amable, sino que tácitamente la apoyan. ¡Influencias de la mujer en la vida social! ¡Contemporizaciones debidas al empuje irresistible del elemento femenino!

Y así la moral, el cariño, el amor paterno sirven de pretexto para exprimir los bolsillos en beneficio de la extranjera industria. La pantalla mística aparece en todo. “Nos vemos precisadas, dicen humildemente las organizadoras de tan ingeniosa colecta, a crear rifas para el sostenimiento del culto, a fin de ayudarnos en el ornato de la capilla y en las obras pías que hacemos. Contamos con la ayuda de gente decente y pródiga. Ella sola se abonó a la mitad de los números emitidos”.

¡QUÉ gloria! La alabanza, como un cordial embriagador, como un soplo de incienso, pasa de boca en boca, de las instituido-

ras a las alumnas, y en volutas caprichosas, circula primero por los rincones del establecimiento, para terminar en el seno de las familias. Entonces viene la apoteosis ¡qué orgullo! para la niña cuyos padres se desempeñaron tan regiamente.

EL celo, la envidia cunden: nadie quiere ser menos; todas tratan de sobrepujarse. Hasta las pupilas pobres de fortuna intentan cualquier sacrificio en aras de la fatuidad. Las ricas derrochan, con exceso de santa prodigalidad, algunos reales, en cambio de la distinción, de la fama.

¡QUÉ argucias! ¡Y dirán que no se perpetran judiadas en América! Caballeros de industria no faltan aun en el bello sexo, notabilidades de lejanos países que ejercitan el arte de sacar la tripa de mal año.

PÓLIPOS arraigados en este fecundo pedazo de tierra americana, propáganse con ligereza, absorbiendo la savia que nutre a los más simpáticos arbustos de la República atada todavía al carro de la ignorancia. Hagamos esfuerzos desesperados por librarla de esa coyunda, a despecho de los astutos gobernantes que la conducen por los cerros de Úbeda al bello país donde se suele estar en eterna Babia.

No permitamos que se eleven más aque-

llos aeróstatos que engordan con el gas espiritual extraído de las fortunas de gente crédula y bondadosa, en tanto que quienes son óbice para sus planes de codicia van por extranjeras playas a consumirse con la nostalgia de la patria, lejos del hogar y de la familia.

SIGUEN las rifas. Tres cuartas partes de los números aparecen ¡oh farsa! en blanco. El resto es preñado con disparates: rosarios de pacotilla, estampitas de tres al cuarto, medallas milagrosas, prendedores, alfileres, broches, que cuestan una bicoca, salvo los regalos de las educandas, son los premios gordos de tan descarada lotería sin autoridad pública.

Así, lejos de la economía, van educándose en la escuela del desperdicio de dinero y de la ostenta inconsulta. ¡Pero... por algo la rifa ha sido con buen fin! ¡Qué el señor de la Justicia les premie en el cielo con el ciento por uno!

OTRA manera de elaborar la aurífera vena: las labores de maño. Aludí a los dententes ya. Restan las flores artificiales, las frutas de cera abultadas como mamblas, los almohadones, tarjeteros, consolas, jardine-ras, alfombras, etc., etc.

PARA darse el lujo de exhibir un objeto de esta naturaleza, con tarjetita al pie—que

acredita que, de cabo a rabo, fue factura de la colegiala, —se sacrifica considerable suma de reales. Cada objeto de arte trabajado en ciertas casas de educación cuesta tres veces más que si se comprara en el almacén del codicioso judío.

SUAVEMENTE se va aumentando el desembolso de dinero: hoy para alamares, mañana para sedas, ayer para cintas y forros de raso, antier para brillantina y azahares. La canción se repite en variedad de tonos: pinturas, corchetes, papel de seda, abalorios, lanas, pasamanería, randa, alambre. Cada día un nuevo pretexto, a fin de poder concluir la *alta y singular* obra maestra.

EN el hogar, esto es lo lamentable, no sirve de modelo para análogas obras, porque.... porque.... falta la piecita tal, el aparato cual, las maquinitas de prensar, que no les ha llegado sino a las maestras; y quienes llevan las obladas que tañan las campanas, aunque la familia se quede aderezada y sin novio.

UN tarjetero llegó a valer diez veces más del precio corriente, tantos viajes hizo a la casa en busca de dinero para los útiles. Vendido, no sacaba de apuros, ni mucho menos.

MI fiel y honrada exposición es general: recalco este punto. Los institutos docentes que en ella se vean retratados, que modifiquen su plan de enseñanza y no hagan más ese pan como unas hostias. A ninguno señalo con el dedo, menos le nombro.

QUE mis palabras no levanten una cantera, ni a causa de éstas haya filípicas y averiguaciones entre las alumnas, juzgándolas como a deladoras del espejo que exhibo, arrancándolo del más oscuro rincón de los planteles anormales. Por esto, no he querido singularizar algo más, denunciar de cerca ciertas magistrales incorrecciones, ni he ponderado el caudal que los padres de familia emplean para educar a sus hijas, quienes todos los días llevan dinero al colegio, porque el gasto es como el santo pan de cada día, ya en forma de dulces y golosinas que ahí se ponen a la venta, ya de sorteos para extraer del mágico tambor un cucurucho de caramelos, un cromó, o un ejemplar del *Boletín Eclesiástico*. Es un chorro incesante de plata que va cayendo en el fondo de esas casas docentes.

¿OS calumnio, mártires padres de familia? ¿No es verdad que invertís un Potosí para no sacar fruto alguno y para que todo el año escolar se vaya en fiestas, que es como gastar vuestra pólvora en salvas?

VIII

CUANDO es, no solamente en los colegios de señoritas, sino también en los hogares, tema obligado de las conversaciones la murmuración y la política, después del consabido exordio acerca del castigo de la divinidad a los disidentes, de las lluvias, de los casos fortuitos, terremotos y estados atmosféricos; cuando es marcada, en los planteles de enseñanza, la distinción de nobles y ricas entre profesoras y alumnas; cuando las estudiantes burguesas, las hijas del pueblo, las desheredadas de la fortuna son víctimas de la injusticia; cuando hay en la cabeza un mixtiferi de conocimientos incompletos e indigestos; cuando la virilidad de la nación no cuenta con el apoyo del alma femenina, magna, heroica, emprendedora e ilustrada; cuando la economía, la modestia, la diligencia en las faenas domésticas no son los genios que alientan al espíritu mujeril, acerando su carácter y afilegranando su corazón; cuan-

do la intransigencia sectaria aísla a las niñas entroncadas con personas de credo opuesto, hay derecho para llamar viciosa y de estrechos horizontes a tal educación. No impera el espíritu magnánimo de generosidad, sino el de egoísmo y desprecio flagrantes. Las clases en reserva y especiales para las alumnas encopetadas que pasean con orgullo sus prendas de vestir; el odio a los periódicos de indiferentismo que, si asoman por casualidad quebrantando la cuarentena, son hecho jirones, por más que sirvan de envoltura a confites, vayan como forros de libros o se destinen para tapetes de un escritorio; el prurito, sin ton ni son, de hacer que los miembros del sacerdocio aparezcan como eternos mártires, como víctimas inocentes; la rápida transmisión de estas noticias por el teléfono del chisme; los comentarios despiadados y el rencor profundo contra todo lo que huele a reprensión de algunos abusos clericales por razones que haya para ello, pruebas son de intolerancia. De ahí que resulta nulo el principio de educación, porque desconocen tales partidarias las luchas por la vida y la preparación oportuna para afrontarlas. Son pura farsa tanto aquellas escuelas de relumbrón, como las preciosidades que ostentan en exámenes y exposiciones y que casi todo es obra de extrañas manos, inservible para los casos prácticos.

Las consecuencias son tristes. Acostumbradas en los internados a tener todo a la mano, fácil y ya hecho, es hondo el desconcierto y falta de conformidad para los sufrimientos de más tarde. Les derrelinque el valor para sobrellevarlos. Adquieren desamor a la familia y olvido de ésta, porque la única predilección es el encierro. De aquí los malos matrimonios, la deslealtad al consorte so pretexto de ideas opuestas, las deladoras conferencias e intrigas, bajo el título de sumisas hijas de confesión. El afecto va creciendo para el que preside el tribunal de la penitencia. Las cartas encaminadas al director de la conciencia no respetan entonces distancias, lo mismo que las consultas cariñosas en todo lo que se relaciona con el hogar, con los parientes, amigos y vecinos. Del hogar, así lo dispone el ordinario, se sustraen los libros prohibidos por mediación de las hijas de familia. Suele aquél visitar casas y haciendas y mezclarse en todo, con paternales caricias y consejos dulzones. La sugestión es poderosa. Asoman los falsos consuelos religiosos, la fingida misericordia divina, el histerismo, las hipercrisis, las escenas neuróticas que se desarrollan con la lectura de los héroes de novelas místicas, con los éxtasis y supremas melancolías. Engéndranse tal vez la predilección a la iglesia, los halagos y correspondencias epistolares para el confesor, los regalos de obras

de mano: una relojera, una esclavina, un solideo, cuando no objetos más costosos; el abandono de los quehaceres domésticos, la crítica a la familia, las correrías a los templos, el canje de eucologios y libros piadosos, el tiempo desperdiciado, las disputas para ganar el primer puesto en el confesionario. El sacerdocio, en fin, como un hilo de la hija de Minos, lo envuelve todo en el hogar, dejando en él su funesta influencia y encerrando a las familias en lóbrego laberinto, en vez de sacarlas de allí cual a Teseo.

LAS misticonas cabecitas huecas forman castillos en el aire, que la rudeza y realidad de la vida los desbaratan al instante. Bajan del cielo que se forjaron a llorar la decepción del ensueño, empampadas en la mísera tierra.

TRISTE desencanto. La educación que recibieron les encumbró a metafísicas imposibles, y la evidencia de los acontecimientos, demostrándoles lo contrario, les hundió en mil contrariedades que no sospecharon siquiera, por falta de racional preparación.

No quiero, de propósito, hablar de la instrucción. Mayor bochorno para las muñecas sería penetrar en estos misterios. Me basta con la ligera ojeada acerca de la educación.



“EN Inglaterra, dice el Conde de Chandory, no se emplea la palabra instrucción y no se conoce más que la de educación, que se aplica a formar, a la vez, el espíritu, la conciencia, el corazón, la voluntad y el cuerpo mismo”.

NI educadas ni instruídas las muñecas. Algunos loritos pedantean de todo, causando risa por sus disparates. Una muñequita decía con mucho garbo en presencia de varios convidados, siendo ella la anfitriona: “De los *mariscos*, lo que más me gustan son las aceitunas”. Imagínense si causaría hilaridad y lástima. A cada paso preguntan la acepción de palabras trilladísimas. Cierta ex educanda se enamoró de un jovenzuelo porque éste tuvo la audacia de dirigirla una carta plagada de términos raros, palabras sesquipedales, muchas de ellas hasta insultantes!

ESTO me trae a la memoria la anécdota que cuentan del inmortal Franklin cuando estudiante de filosofía.

CORRIGIÓSE, muy joven, el sabio y justo norteamericano, de la manía de alardear erudición, porque su padre, con sinceros aspavientos, llenóle el vientre de agua tibia, a causa de haberle oído decir que había comido moluscos acéfalos.

¡QUÉ diablo se ha metido en el estómago mi hijo Benjamín!, exclamaba alarmado el sencillo anciano. Hay que, a todo trance, hacerle arrojar eso, porque el muchacho está envenenado. Y lo que Franklin comió fueron simplemente ostras. Desde entonces, en sus obras científicas usó el lenguaje más sencillo.

No basta la ilustración para andar derechos por la senda del deber. Sin la educación, que moralmente hace el papel de fagocito, dirélo así, no es posible contener las tendencias viciosas, destruir los micrófitos del alma, formar ciudadanos de provecho, madres ejemplares, esposas modelos, verdaderas mujeres y no grotescos remedos de éstas.

“GRADUALMENTE, poco a poco, va desapareciendo de la sociedad aquel tipo de mujer tan admirablemente pintado por Matilde García del Real: “aquel tipo de mujer modesta, pudorosa, dulce, laboriosa, que cuida con amor al marido, que alimenta a sus hijos con sus pechos, que se levanta con el alba, hila, cose, que ama y sonríe a todos siempre, que acude a la tertulia del hogar y al socorro del pobre”, y al mismo tiempo intrépida, enérgica y abnegada hasta el sacrificio, como Agustina Ramírez, heroína de la segunda independencia de México, que al quedar viuda después de un combate, corre con sus doce hijos huérfanos en busca del jefe independiente: “Os los entrego, le dice, porque cuando la Patria peligra, los hijos ya no pertenecen a sus madres”. Y en lugar de esos nobles caracteres descritos, gradual-

mente, va avanzando sobre la sociedad moderna el tipo del hombre nervioso, alcoholizado, díscolo y desconfiado, de ojos inquietos, atrevido y audaz, impaciente, frío y egoísta, sin familia, sin amigos, sin vínculos con sus semejantes, sin amor, sin corazón.—Los hombres estudiosos, los autores de los mejores libros modernos, los hombres de estado que se preocupan por la suerte de los pueblos que les están confiados, todos los pensadores, en fin, están de acuerdo en que la situación nada halagüeña de la sociedad reconoce por origen, en parte, el sistema actual de educación, y que la escuela no da ya todo el fruto, todos los resultados que de ella debían esperarse, porque, si bien es verdad que el mundo marcha en el sentido de su perfeccionamiento científico y que diariamente nos sorprende un nuevo invento, un descubrimiento asombroso, estos pasos de gigante, no se deben, propiamente hablando, a la escuela, sino al esfuerzo individual, a las energías propias de pocos genios que nacen de cuando en cuando, de esos espíritus superiores y privilegiados que vienen al mundo, armados de un organismo especial y con la misión de mantener vivos los fuegos de la razón humana y viva la ley universal del progreso indefinido". (1)

Y en cambio de las figuras espartanas, de las madres de corazón y cerebro privilegiados, de las hijas obedientes y hacendosas, la defectuosa educación va engendrando temperamentos enfermizos, coquetuelas pizpeteras, mujeres superficiales que no conservan otra ilusión que las modas, el personal

(1) El Licenciado Arturo Ubico, Presidente de la Asamblea Legislativa de Guatemala, en su discurso de inauguración de la Escuela Práctica de Varones.

aparato decorativo, la ruina de la familia, el derroche, el engrimiento, la fatuidad en progresión alarmante, que algún día ¡ay! les hunde en el cilanco, cuando no en la coluvie.

PARA Teodoro Roosevelt,—escritor y cosechero, político y cazador, militar y periodista, que lo mismo sigue el curso de ríos desconocidos al través del Brasil que diserta académicamente en la Sorbona,—el carácter importa más que la inteligencia, y aconseja que se escoja aquél antes que ésta, si se ha de mirar por el progreso de las naciones y de los individuos.

SIN carácter, que es fuerza de acción que salva de cualquier atrenzo, no hay salud para el alma ni para el cuerpo, individual y colectivamente, porque el gobierno de la voluntad,—esa como rígida disciplina del espíritu—es cual la higiene y la gimnasia de los actos de la vida práctica.

A una muñeca de resorte, autómata, juguete mecánico, se le puede cargar de libros, desalojar el aire que contiene y llenarlo de la mejor sustancia, pero también se le puede uncir a un cochecito, darle cuerda, pararla de cabeza, modificar sus contorciones y visajes para diversión de los muchachos. La artista de Cuernavaca Isabel Belaunsarán

sabe todas aquellas manipulaciones: modelamiento del armazón, revestidura del mismo, bordado del traje, arreglo, en fin, al capricho de la obrera. Manejada por otro, la pobre muñeca no es dueña de sus actos ni de sus voliciones que impriman carácter a sus menores deseos.

DESAPARECE el papel de ente racional, de mujer, para presentarse como carantamaula, rorro de trapo, sin conciencia ni firmeza de ánimo.



IX

QUE sobresalgan el carácter, la eficacia de acción, el valor moral a través de las tribulaciones y dolores terrenales.

“CREER que somos débiles es influir en nuestro organismo para hacernos débiles. No se puede llegar a la cima si se mira de continuo el precipicio. Las fuerzas activas necesitan medios activos. La corriente positiva de la dínamo no puede trasmitirse por el alambre de la corriente negativa. Tener la certeza de que somos inútiles, es desperdiciar la mitad de nuestra energía”, dice un moderno autor suramericano (1).

PARA surgir hemos menester de la práctica, más que del idealismo infecundo: de la técnica de los oficios y artes manuales, más que de los de la metafísica; de la penetra-

(1) Maximiliano Avilés.—Fuerza de acción.

ción real de la vida más que del ensueño místico.

CON la noble e inteligente combinación del altruísmo con lo utilitario, ¡oh, mujeres! os engrandecerá el sufrimiento, el trabajo, la educación, el dulce consuelo, sin que lleguéis por completo a la obliteración personal, al último anonadamiento. Con plegarias no se llena el estómago.

¿DIRÉIS que expongo ideas muy materiales y prosaicas? Son las de la faz común de la existencia. Revelan buen sentido y se basan sobre la lógica irresistible de la experiencia.

UN cuerpo bien nutrido goza de sangre abundante en glóbulos rojos; la normal secreción de su humor, le pone a cubierto de la murria y de la irascibilidad; posee riqueza de fósforo en el cerebro y, por tanto, piensa bien y se siente con fuerzas, no sólo para los combates y peregrinaciones en busca del pan cotidiano, sino también para las nobles tareas de la inteligencia, porque discurre con racionalidad y no atenaceado por obsesiones e ideas extravagantes, hijas de la neurosis.

LOS cerebros anormales, los morbosos, los estómagos vacíos han sido arrastrados,

en todo tiempo, al éxtasis y a las divagaciones que, a los ojos serenos de la ciencia, son enfermedades, como quiera que se las llame.

EN capítulo separado me detendré algo más, a reclamar la conservación de la salud. Hasta entonces, considerad las influencias de un estómago satisfecho y que funciona bien, observad, en cabeza propia, el bienestar que hayáis sentido cuando el calor vital vigoriza los órganos digestivos.

LA humanidad nos cuenta dramas sombríos, escenas espantables, en nombre de aquella víscera que os parecerá despreciable y que, sin embargo, tiene tiránicas exigencias y habla con verbo revoltoso y blasfemo. Ejemplos: las huelgas, las revoluciones, las calumnias, los infinitos dramas del hambre. Unos piden aumento de salario, otros empleo, los de más allá trabajo, los de acullá alta jerarquía en la sociedad, no tanto por la gloria como por la remuneración.

¿POR ventura las negociaciones diplomáticas no se ventilan con menudeamiento de banquetes, actos que acarician y abrigan los intestinos?

NUESTROS padres, empapados en las altruistas ideas de libertad, de amor fraternal,

de unión y engrandecimiento popular, que hoy quizás parecieran un escarnio; nuestros padres, todo abnegación, todo inteligencia, todo espíritu, no se acordaron del vientre. Bolívar, desprendióse de su colosal fortuna por servir a la causa de la independencia, hasta el extremo de no tener una camisa para su mortaja, allá en San Pedro Alejandrino. Fueron al sacrificio, con desinterés, ya personal, ya colectivo, para decirnos: “Aquí tenéis la patria libre, hacedla venturosa. Terminó nuestra obra. Ahora es de vosotros la tarea”.

Y nosotros, ¿qué hicimos? Ponernos a pelear, y a pelear sin descanso; matarnos, de padres a hijos, por nimiedades, ahogándonos en sangre hermana, cegando los manantiales del adelanto. Y en esa lidia de ogros consumimos nuestras más vigorosas energías.

DE aquí que hemos vivido en la inopia y en el servilismo. Eternamente se quejan los estómagos y vencen éstos a la cabeza. Por esto cometemos locuras y villanías.

Nos hemos ocupado, lustros de lustros, en bagatelas, desatendiendo el problema capital de nuestra educación. Sin estímulos, sin medios de encumbramiento, sin porvenir, sin que se la guarde respeto, la mujer

no ha podido ascender a la cumbre de su perfección, desde la que entre a colaborar en la magna empresa del poderío patrio.

UNA mujer de grandes y negros ojos y alma viril abandonó su país natal en busca de educación. Fuése a los Estados Unidos y encerróse en el Vassar College, de Washington. Su aplicación fue tal, que obtuvo el honor de ser una de las designadas para dar conferencias, entre cuatrocientas alumnas del plantel. Sólo diez alcanzaron esta distinción. Lo primero que hizo fue defender y elogiar a su patria. Ahora bien, esta patria para ella es el Japón. La educanda era nada menos que la señorita Jancakawa, hoy la marquesa de Oyama, esposa del Generalísimo Iwao Oyama, mujer que ha ejercido profunda influencia educadora en su país.

¡CUÁN sublime es la esfera de acción de la mujer altiva, ilustrada y de magnánimo corazón! ¡Oh, pueblos venturosos, en los cuales la mujer forma ciudadanos de provecho, hombres de bien y de brazo incansable para las contiendas del trabajo!

¿QUÉ felicidad es capaz de esperar una tierra, por fecunda que sea, donde la mujer, entre un cortejo de prejuicios, bebió desde la cuna el egoísmo sectario, la absorción de

las preocupaciones, el espíritu de intolerancia, la falta de caridad evangélica, el exclusivismo más absoluto, todo cuanto miramos retratado en esta máxima autocrática del dogmatismo romano: "No hay salvación fuera de la Iglesia?" ¿Es decir que, por fas o por nefas, estamos condenados a seguir su mismo camino, porque, por poco que nos desviemos de él, no acertaremos a encontrar otros campos florecidos, otras regiones de luz? ¡La inteligencia y el corazón puestos al servicio de una sola causa, aun cuando muchas otras sean buenas! Esto no es lógico. ¿Puede haber mayor tiranía? ¡Fuera de la Iglesia no hay salvación! Tremenda máxima, despotismo espantable, dominio de muerte. El fanatismo ha sido el mal de la América en el hogar y en la política.

EL cielo es sin límites, y doquiera que dirijamos la vista, alcanzaremos a contemplar el brillo de una estrella. Así acontece con el bien, con la piedad, con la honradez, con la fe. Doquiera que haya un campo benigno y fértil, un corazón sano, lucirá el bien. ¿Por qué restringirlo?

PARTIDARIO de la educación de la mujer, de la perfectibilidad de su sensible corazón, quiero para ella la piedad, entre un cortejo de virtudes. Que ame, que crea, que ore. ¡Es tan grandiosa la fe de una mujer de no-

ble alma! Lo que ataco es la exageración, el exclusivismo, la intolerancia de secta. ¿Acáso la flor del bien no puede brotar en cualquier pensil cultivado con esmero? La moral es universal, cosmopolita: no la hagamos propiedad de un imperio sólo, porque sería loco monopolio, ridículo *acaparamiento*.

LAS ideas de paz y de amor son tan antiguas como el mundo. Como Brahma, como Sakiamuni o Buda, como Purna, como Confucio, como Sócrates, Platón y Aristóteles, como HILLEL (1), Jesucristo predicó esa augusta moral cristiana, por sí y por medio de sus doce apóstoles, como el hijo de Tsen por medio de sus diez sabios y sus setenta y dos preferidos. En aquéllos, como en éstos, la consoladora doctrina derrama los mismos exquisitos perfumes que ya aspiraron los innovadores y filósofos de otras edades.

Lo esencial es educar a las generaciones en la escuela práctica del bien, del trabajo, del carácter, del cumplimiento de los deberes, cualquiera que haya sido la límpida

(1) "Antígono de Soco; Jesús, hijo de Syrah y, sobre todos, el dulce y clarividente Hillel que precedió medio siglo al Nazareno, profesaban ya ideas muy elevadas acerca de la igualdad y la fraternidad, del amor y la confianza en Dios, de oposición al carácter oficial y a la hipocresía del culto dominante".—Juan Rosadi.—El Proceso de Jesús.

fuente donde humedecieron los labios sedientos de verdad.

Lo importante es formar buenas madres, excelentes esposas, sobresalientes hijas.

HACE más de veinticuatro centurias, Confucio apuntaba este precepto: “Respetad siempre ¡oh, hijo! a tu padre y a tu madre, si quieres que el Sér Supremo te dé un día hijos respetuosos y sanos, y una vejez tranquila y serena”.

ESTO dedica a los hijos; para el marido escribió el siguiente versículo: “Adora a tu esposa como la flor más bella que crezca en tu jardín, ámala tanto, perfúmala al nacer y al ponerse el sol, cúbrela de rosas y de lirios, inclínate ante sus consejos y sabias palabras; defiéndela hasta verter tu sangre si alguien pretende ultrajarla; de esta manera, te harás digno de su amor sincero que es la perla más preciosa de la vida conyugal”.

TIERNAS y poéticas palabras, a las que la mujer debe hacerse acreedora siempre, por el ejercicio de sus virtudes y el atesoramiento de méritos duraderos.

No es de glorias, de triunfos, de sonrisas y de flores muchas veces su camino. ¡Cuántos sinsabores, derrotas, lágrimas y espinas

encuentra a cada paso! Su misión es ardua. Saber llevarla con inteligencia y resignación, he aquí la guirnalda a que debe aspirar, sobre todo si es madre modelo. Necesita de la valentía de la acción y de la ayuda de sus fuerzas, no sólo morales, sino físicas. Su salud es un tesoro que, más que a ella, pertenece a sus hijos; por esto debe cuidarla, a fin de no dejarlos en angustiosa orfandad, tanto más tremenda cuanto menos educación les haya proporcionado; y además porque, alterando su salud, está en riesgo de perder el supremo bien que es la vida.

QUE haga lo posible por llevar a la práctica y penetrarse de este pensamiento de Leibnitz: “La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros”.



X

UN punto hay demasiado sencillo; pero no por esto menos importante: el verdadero bienestar, es decir, la salud, con la que, en el incesante tráfigo de la existencia, se puede arribar siquiera a la relativa felicidad personal.

CON la salud crecerán las fuerzas para el trabajo; con el crecimiento de éstas, probablemente conseguiremos más dinero, en virtud de la economía; consiguiéndolo honradamente, lo disfrutaremos como es debido y disfrutándolo con mesura, nos acostumbraremos al ahorro, para, por medio de este prudente cercenamiento de los gastos ordinarios, asegurar los días inciertos del mañana y prever la tranquilidad del hogar, la paz doméstica, la comodidad para los hijos y, por tanto, para vosotras mismas, ¡oh, santas madres!, que os sacrificáis por ellos.

¡CUÁNTOS bienes se derivan de una salud completa!

¿PARA qué citaros una multitud de prescripciones higiénicas que, aunque necesarias, ya las conocéis, madres ejemplares, que sois una especie de manual de medicina casera, domésticas doctoras por la experiencia y el sacrificio, a quienes deseo vida más larga que la de los monjes del monte Atos?

No podéis, por lo mismo, negar la influencia de la salud en vuestra moralidad joh, reinas del hogar! No ignoráis que, como canta un antiguo y sabio aforismo, sólo el cuerpo sano puede pensar bien, es decir, saludablemente. *Mens sana in corpore sano*, reza la paremiología antigua. Pensando bien, se imprime rumbo laudable y provechoso a los actos más insignificantes de la vida; rumbo apartado de las sirtes engañosas del mal, de las emboscadas del odio, del torcedor de los arrepentimientos.

EN vuestra condición de obreras del progreso, que en el taller del trabajo, con la doble misión de madres y educadoras, dáis vida al pensamiento de vuestros pequeñuelos, derramando sobre ellos el bautismo de las primeras ideas e impresiones y desempeñando un santo sacerdocio, necesitáis cerebro rico en materias que lo robustezcan, por

lo mismo que la naturaleza de vuestras labores no es únicamente mecánica.

TODO desgaste os sería perjudicial, porque la tarea de vosotras, ¡oh, madres modelos! no se concreta a manejar la cobertera y dar movimiento a las ruedas de la máquina de coser, como en una noria: esto lo hacen los aparatos sin alma o los animales sin razón; ni se limita vuestro cometido tan sólo a agrupar piezas de costura y trastos de cocina, sino a discurrir, a hacer previamente una operación mental, leyendo primero el corazón y estudiando el carácter de las criaturas que lleváis en vuestros brazos, a fin de reproducir después fielmente en ellas, hasta donde su desarrollo intelectual lo permita, todo aquello que discurrís en bien de las mismas, para dar a la blanda pasta laborable, al arbolillo flexible, forma y dirección convenientes.

Dos son, pues, los actos que ejecutáis en vuestra empresa educadora: uno completamente mental, es decir, función del cerebro, y otro material, que por la costumbre, por el diestro desempeño de los repetidos quehaceres domésticos, pudiera convertirse en maquinal, si no le precediera el de la inteligencia.

No creáis, por esto, que aludo a una psicología basada en la experiencia o voy a

deshojar algo como una rama de la psico-física en embrión, que diría Fichner.

SI invoco el alma, si nombro al cerebro, no quiero significar tampoco que esté entrando a tratar de estos grandes agentes de la Biología, fuerzas poderosas, fuentes de vida.

MI único fin es sostener que sin salud completa no hay moralidad absoluta.

EL cuerpo humano, como que es extenso y se mueve en el espacio, pertenece a la esfera de lo material. Ahora bien, ¿qué relación hay entre el alma, es decir la conciencia, y el cuerpo? Para responder a esta pregunta de manera satisfactoria, se necesitaría ser sabio, conocer todos los fenómenos de la materia, todas las leyes del calórico animal, todas las causas que imprimen el movimiento interno, todas las acciones conscientes y todas las que no lo son: en una palabra, distinguir claramente las limitaciones del mundo palpable y del desconocido, de la materia y del espíritu. Mientras esto no se descubra del todo, queda en pie el problema de la conexión enunciado, y sólo las hipótesis, más o menos atrevidas, fatigarán la imaginación. Sin embargo, la ciencia ha adelantado hoy día mucho y llega hasta sentar el siguiente principio: "Todo fenómeno material debe ser explicado también por otro material". Sobre aquél se basa, sin duda,

el corolario de un gran psicólogo, que dice: “La verdad y el bien no pueden determinarse sino desde el punto de vista humano y no se comprenden sin el conocimiento de la naturaleza real del hombre”.

ESTA obedece a leyes, es decir, a fuerzas, desde que es materia organizada. Analizar esas fuerzas, que son gérmenes de vida, es del dominio de la Biología. A mí no me toca sino expresaros que debéis conservar esas fuerzas en todo su vigor, es decir, que debéis cuidar vuestra salud, prolongar la vida. ¿Para qué remontarme a su origen?

“Ex primer lugar, ¿es cierto, pregunta Juan Finot, que no podemos vivir más de cien años? ¡Lástima que uno de esos filántropos que profesan el amor a la humanidad no haya pensado en procurarla pruebas convincentes de lo contrario! Dígase lo que se quiera, siendo considerada la vida, por la mayor parte de los humanos, como nuestro mayor bien, hubiera sido dulce saber que sus fronteras son más extensas de lo que siempre se ha pensado y creído. ¡Qué importa la opinión de los pesimistas, si para la gente sencilla y normal la vida encarna la quinta esencia de la felicidad aquí abajo! La felicidad de las muchedumbres rara vez la comprenden los filósofos. Dejemos a éstos sostener que la vida es una calamidad, un mal, un dolor, y ofrezcamos a la mayoría el consuelo de que esa supuesta calamidad podría durar bastante más de lo que se supone” (1).

(1) *Filosofía de la Longevidad* por Juan Finot, Director de la *Revue*, antigua *Revue des Revues*.

PUESTO que hemos sido lanzados a la vida, es menester, a brazo partido, bregar por mantenerla. Esta ley es poderosa. Traspasa los linderos de la razón y se transforma en instintiva en todo sér orgánico. Los reinos animal y vegetal presentan, diariamente, ejemplos de desarrollo de energía para guardar su especie, para vivir, en fin. Desde la planta que se pone de cara al sol para no marchitarse, hasta la hormiga que se abastece; desde el más humilde arbusto hasta el gigante de las selvas; desde el insecto hasta el rey de la creación, todos hacen derroche de fuerza para no morir. Y como todo vive en la naturaleza, ¿quién puede saber los esfuerzos desesperados que en los distintos reinos y en las diversas constituciones físicas hace la materia para perpetuarse? Si el calor se convierte en movimiento y si éste, a su vez, tórnase calor; si el agua que choca contra las piedras se transforma en otra fuerza; si los explosivos, si los motores y propulsores de las máquinas son fuerzas, en virtud del calórico; si en el organismo humano los fenómenos de la combustión son el secreto del movimiento de la masa celular, como en un reloj el desarrollo de su muelle, ¿por qué el ente racional no ha de aprovechar ese calor que es para él patrimonio de vida? La falta de salud es carencia de calor. El hombre en estado anormal, pobre de fuerzas, tiene menor

temperatura. Muchas enfermedades empiezan por el enfriamiento. Si otras, como la fiebre, experimentan aumento de calor es porque, saliendo del estado normal, comienza la combustión de la sangre hasta que se carboniza y viene el frío de la muerte. Ese súbito desarrollo de calórico enfriará más pronto la máquina, que se descompondrá rápidamente, perdido su equilibrio dinámico.

Y así como por el estado de calor del caldero se juzga de la fuerza que lleva la máquina, del mismo modo, según la salud de un individuo, se puede juzgar de su psicología, que es la ciencia del alma. Por tanto, su moralidad tiene estrecha relación con las buenas condiciones de su cuerpo. Por la fina envoltura de un artículo se colige el valor y bondad del mismo. Las joyas suelen encerrarse en preciosas bujetas. Sólo un desequilibrado pondría una perla fina en trasto viejo o enterraría un diamante en el lodo. El alma del perverso tiene fea envoltura. No, sino miradle el rostro. El os revelará las negras entrañas del malvado.

UNA histérica, una anémica, una icterica, pongo por caso, son personas físicamente viciadas, su prisión semeja una envoltura repugnante: su cuerpo es deforme a veces, otras raquítrico; su semblante está abotagado, o lívido, o cadavérico. ¿Creéis que go-

zan de salud? De ningún modo: todo en ellas funciona trabajosamente. Su organismo desarreglado, su parálisis, sus convulsiones epilépticas son imágenes de su alma enferma.

¡CUÁNTA relación entre su morbosidad psíquica y sus dolencias corporales, entre las lacerias del espíritu y las físicas! Principio conocido es que de la percepción externa se va a la interna. “Ocurre en la vista del espíritu lo que en la del cuerpo: empieza por dirigirse al exterior”, dice Höfding.

PERMITID que os cite una sentencia risible a primera vista: Billart Savarin la escribió: “Díme qué comes y te diré quien eres”. Esta máxima vulgar, prosaica, como queráis llamarla, encierra un fondo de verdad fisiológica y psicológica.

Los pueblos bien alimentados son vigorosos. Ejemplo: los Estados Unidos. El trigo representa un veintidós por ciento de gluten, el maíz un doce y el arroz apenas un siete por ciento. Según Horsford y Boussingault, cien libras de trigo valen, nutritivamente, como 228 de arroz.

CUÁNTO influye, pues, la calidad y la proporción de los alimentos en la salud. Cuidemos de ella a todo trance.

SIN la higiene en los colegios, adquieren el gérmen de muchas enfermedades que más tarde empecen a los años de la vida. Si por suerte se aproximan a la ancianidad, ésta es prematura, llena de achaques y de seniles degeneraciones, a pesar de que, según las estadísticas mundiales, la mujer supera en longevidad al hombre.

LA vista es víctima de la luz artificial: se arruina a causa de la lectura de brillantes libros de papel satinado.

EL estómago padece por la mala selección de los alimentos y falta de regularización del apetito. No hay descanso antes de las comidas: inmediatamente después del recreo, en el que las agitaciones son quizás excesivas, se va al refectorio.

PERO, por lo común, la dentadura es la que más sufre. La higiene de la boca tiene tres fases: sociológica, económica y patológica. Caras hinchadas, aliento fétido, enemigos de la hermosura y del trato social. Da pena mirar a un escuadrón de señoritas, en el vigor de la juventud, ya sin muelas; esclavas de los dentistas, que a menudo les ocasionan agudísimos dolores con sus descarnaduras, remiendos, horadaciones, engastes y otras mixturas dentríficas, desbarajuste económico. En cuanto a la patología,

sabidas son las múltiples enfermedades que se derivan de una dentadura floja y descuidada.

LAS jaquecas, anemias, dispepsias son males frecuentes que se adquieren cuando faltó la higiene desde la edad temprana.

CARAS pálidas, ojerosas y sin la hermosa y emblanquecida dentadura; organismos débiles, constituciones enfermizas, sumamente delicadas, tal es la herencia de una educación mal dirigida.

LA juventud se despide cuanto antes: pasado el primer alumbramiento están hechas un emplasto, quedan incognoscibles, con las anticipadas huellas de una vejez intrusa. Las madres mal alimentadas dan sólo hijos enclenques; las robustas, una hermosa sucesión femenina. Los países pobres y las revoluciones dejan el tributo de los nacimientos masculinos, porque, según una ley de la embriología, en la mujer hállanse más elementos de vida que en el hombre. Lo mismo que en el reino animal, obsérvase en el vegetal. Las larvas hambreadas de las mariposas producirán machos y los pulgones de los rosales con las privaciones del otoño procrearán también representantes masculinos, dice Finot.

LAS reglas higiénicas debieran ser las diarias oraciones a la salud. Enseñarles hasta la manera de dormir, a fin de que el sueño aproveche. Según las prescripciones del higienista doctor Freislander, conviene dormir del lado derecho y ocho horas, de los once a los quince años, seis o siete en lo sucesivo, aproximadamente.

HUBO un santo en París que se amoldó a las exigencias del siglo. Partidario de la educación libre para las mujeres, les decía franca y risueñamente:—“Sed coquetas, montad a caballo, id a las carreras, a los teatros, *flirtad*. La vida ha sido hecha para gozar, pero con moderación, *a causa de la salud*”

LOS creyentes levantáronle una estatua no ha mucho, una artística estatua en el parque de Arcueil. Me refiero al padre Didón, gran orador a la moderna, aficionado a la gimnasia, alto, robusto, atrayente. Después de sus famosas predicaciones de la cuaresma en el templo de Nuestra Señora, solía recoger limosnas para los pobres. Llovían las piezas de oro de las ricas damas parisienses, la aristocracia del Faubourg San Germán. Era un santo orador, que comprendía el espíritu del siglo y velaba por la salud.

CADA día son más raros los seres que la pierden por el ayuno, cilicio, rigurosas mortificaciones ascéticas. En cambio, los martirios de la moda, los corsés, las privaciones nada místicas, el lujo, las pasiones, la pedantería de querer parecer románticas y espirituales, van arruinando la salud de quienes, por un minuto de admiración y aplauso, comprometen seriamente la vida. ¡Oh, el fausto matador!



XI

No sé si escribiera una elegía o más bien una tragedia al hablar del lujo. Levántase un clamor general: la dificultad de subsistencia, la creciente carestía de las cosas más necesarias. ¿Quién tiene la culpa de todo? El lujo.

MODERADOS presupuestos mensuales alcanzarían para una modesta conservación. Mas, ¿qué sucede? Que lo que de preferencia debía gastarse en alimentos se emplea en artículos superfluos. Asoma entonces la cara de hereje de la necesidad, el desequilibrio, el déficit matador. ¡Qué desbarajuste en el hogar!

EL extranjero que, aunque fuese a ojos cegarritas, haya recorrido las calles de esta muy noble, muy leal y *hanseática* ciudad de Quito en día de sábado, tendrá materia suficiente para todo un voluminoso tratado de



sociología psicológica. Aquel doloroso y vergonzante desfile de mendigos—rosario de suciedad, de hambre, de harapos y de piojos—que se andan de puerta en puerta gallofeando un maravedí en el suntuoso almacén y en la humilde abacería; aquella despampanadora peregrinación humana es la elocuente protesta de las infundadas revoluciones, de la falta de trabajo y de la pobreza en que vivimos; en una palabra, de las erróneas corrientes de educación nacional.

EL país es muy rico, amigos míos; aquí, como himnologó el poeta, hay moles sentadas sobre base de oro; aquí el marfil vegetal y la otra pepita de áurea representación, el cacao; aquí el inspirador café que cantó Picón-Febres y gustaba Cabanyes; aquí los tesoros ensoñadores de Guangopolo, Yaguarcocha y Quinara, y en medio de esta opulencia encerrada en las entrañas de la tierra y en el fondo del baúl de algunos ricos cenaoscuras, el hambre y el ocio se pasean con emponzoñadas caras de leprosos de la sociedad, en solicitud de un empleo miserable o de un centavillo ruin.

LA eternal cantinela es que faltan brazos para la agricultura, y aquellos brazos huelgan en los cuarteles y se mutilan en nuestras interminables revueltas intestinas. Y Quito, la capital de una República consa-

grada por inopia intelectual a un ícono que fue dechado de paz, contempla a cada paso las feroces demostraciones del odio político: mutilados y mendigos por donde quiera, muletas y mugre, morfas sociales que atacan a los organismos sanos; a cada paso las alusiones al rencor, el rememorar nuestras tristezas civiles, el endiosar a mozalbetes de asonada que murieron por torpeza o por casualidad en lucha estéril, sin ideales. Todos estos pródromos socavadores de la energía nacional; todas estas llagas que ambulán por la rúa, deben contristar a los que legislan y piensan, a los que escriben y gobiernan.

EL mal no se remedia con tolerar que sabbatinalmente mercachifles y gentes piadosas pongan en manos de aquellos tristes y asquerosos proletarios—semilla de vicio y de impotencia—un *medio níquel* que ha reemplazado al *coco*, que circulaba como ínfima moneda fraccionaria.

EL morbo está en el desequilibrio social que nos arruina, en el ansia de subir por sobre las espaldas del infeliz, en el prurito de que los héroes y los apóstoles sólo se han de formar a costilla de la carne de cañón, en los campos de Agramante de la política, de la intriga, de la calumnia, del periodismo ambicioso que hace de cada reportero un

genio y de cada escarabajo que garrapatea un semidiós; en la nulidad y vagancia del bachillerato empleomaníaco, del *chullaleva* que gallea por un destinillo, una diputación, una cartera, un consulado; del pisaverde que a regaña dientes calienta el asiento de una cátedra, que *palanqueó*, creyéndola ocupación de sólo ganar dinero y no de sacrificio, y que su holganza le impulsa a abandonarla vergonzosamente.

DE una parte, el lujo demoleedor; de otra, la inquietud armada, aniquiladora de toda industria, como el lujo lo es del resto de honor y de vergüenza: ¿a dónde vamos con tantas miserias? Ah! los sábados de Quito! La *chullita* pintiparada y el pordiosero zarrapastroso, mendigos ambos! Las aurívoras hembras, salidas del rincón oscuro del amor prohibido, acostumbradas a romper seda; los vagabundos cebados al ocio, que con un puñado de monedas con descaro o con lágrimas de cocodrilo gimoteadas, vegetan en antros nauseabundos; ambos son los gérmenes de la prostitución social.

MUJERES superficiales cloquean elegancia a trueque de horrendos sacrificios de la conciencia. Se acostumbraron, con una modesta soldada, a rasgar telas preciosas: cuando por los trastornos sociales el ochavo falta y la ocupación escasea, quieren, no obstan-

te, que sobre la seda. ¿Cómo la consiguen? Los sábados de Quito ven arrastrarse por los grandes hoteles y provocadores portales muchos mendigos y mendigas del espíritu y de la materia, desventurados que perdieron el honor. . . . y que con descaro van implorando centavos los unos y piezas de seda, cintas, peinetas, botitas extranjeras las otras.

¡QUÉ haya una sombra de beneficencia para estas mendicidades físicas y morales; para estos enfermos de alma y cuerpo!

SE les corrompe más al ejercitar la caridad como se la entiende los sábados en Quito.

LA verdadera caridad es educarlos, fortalecerlos para las luchas de la vida, inspirarles amor al trabajo que jamás deshonra.

VAYAN los desheredados de la suerte a un asilo en donde adquieran hábitos higiénicos; vayan las desheredadas, víctimas del lujo, a prestar servicios domésticos, a laborar en casas honradas. La plancha, la cocina, la costura no deshonoran. El pedir limosna, en cualquiera forma, menoscaba la dignidad humana.

LA altivez es hija de una gran rectitud anímica. Humillarse es prostituírse, como en las noches y en los días de los sábados

quiteños, los parásitos del lujo y la miseria, que, al relatar sus dramas sombríos, repletarían muchas páginas sespirianas.

CUALQUIER sacrificio es tolerable al de salir por las calles centrales o pasear por los grandes almacenes de moda sin abrigados zapatitos extranjeros, sin trajes costosos, sin abrigos de marca europea, sin boas, sin guantes finos, sin piramidales, suntuosos y apenachados sombreros. El gusto es engañar, ostentar, fingir esplendor. Para conseguir este triunfal desfile fugitivo, hay que fiar en el mercado, hay que abusar del crédito. Viene en seguida la trampa, en la hora negra del vencimiento. A éste, siguen el rostro amenazante del juez que cita, y la fisonomía temible del alguacil que intima o requiere de pago; el juicio ejecutivo y el feroz embargo. Nuevos apuros creados sin motivo, nuevos hábitos imaginados por la demasía en el adorno, ruina de las exiguas economías, pérdida del reducido capital, de la limitada herencia. ¡Cuánto dolor desprenderse de las queridas joyas!

ME asombro, me confundo, ¿por qué?, inquiriréis. Por el problema siguiente: ¿Cómo con veinte, cuarenta pesos de entrada mensuales pueden gastarse ochenta, ciento sesenta fuertes en el mismo lapso de tiempo? Matemáticamente me parece un absurdo.

Y sin embargo, tal fenómeno se produce con frecuencia. Esplendor afuera; soles fulgurantes por la calle; cuadros tétricos en el hogar; escenas sombrías adentro, tinieblas, vergüenza, miseria. ¿Quién me explica la paradoja de tanta *majestad y pobreza*? ¿Qué clase de alquimia, de milagro es aquél? Conozco familias casi indigentes que, a fuerza de mil y mil martirios, comiendo mal y morando en destartaladas y estrechas habitaciones, logran reunir unos pocos sures al mes. Sin embargo, las veréis en público con atavíos que cuestan un dineral, arrastrando seda y simulando regio esplendor. ¿Quizás viven sin comer? ¿Tal vez les cae del cielo sumas providenciales? ¿Por ventura descubren algún entierro—eterna soñarrera de la inopia en Quito—de la época incásica o de los restos del oro de la colonia? Explicadme este prodigio.

DE aquéllas, sin duda, no se podrá decir lo que el poeta de las mujeres evangélicas como Marta, para quienes

“Es la virtud al par cruz y corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
A los cuidados del hogar atenta.
Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta y con su aroma encanta,
Es ave que en silencio cruza el prado
Y tan sólo en su nido amores canta”.

¡OH! no quisiera ahondar los cataclismos del lujo, que causa mayores desgracias en la sociedad que la peste levantina o el vómito prieto: matrimonios desbaratados, existencias truncas, ideales marchitos casi en flor, juventud escarnecida por el demonio de la sospecha o temprana y dolorosamente destrozada por el hacha del deshonor, escenas de sangre, suicidios, desolaciones, vergüenza, miseria moral. ¡Cuántos secretos dramas con un sólo autor: la seda!

Los padres de familia que seriamente meditan en tales tópicos, interróganse a menudo; ¿qué haremos con nuestras hijas?

HE aquí la respuesta que obtuvo premio en un concurso americano abierto con este objeto: “¿Qué haremos con nuestras hijas?”. “Dadles una buena instrucción elemental. Enseñadles a preparar una comida conveniente, a lavar, planchar, remendar medias, coser botones, cortar una camisa y hacer todos sus vestidos. Que sepan cocer el pan que comen y tengan presente que una buena cocinera ahorra gastos de farmacia y médico. Decidles que para ahorrar es necesario gastar menos, pues se tiene la miseria en perspectiva cuando se gasta más que las rentas. Enseñadles que un vestido de algodón pagado, vale más que uno de seda no concluido de pagar. Que sepan desde niñas comprar y sacar la cuenta de sus gastos. Repetidles que un honrado obrero con delantal y en mangas de camisa, es cien veces más estimable, aun cuando no tuviera un céntimo, que una docena de jóvenes elegantes, vanidosos, imbéciles y casi siempre depravados, que ocultan su podredumbre bajo apariencias amables.

Enseñadles a cultivar el jardín y a cuidar las flores. Después de eso, hacedles aprender el piano y la pintura, si tenéis los medios de hacerlo, pero sabed que esas artes son secundarias y ocupan poco lugar en la existencia, tratándose de hacer ésta feliz. Que aprendan, sobre todo, a despreciar las vanas apariencias, y que, cuando digan que sí, sea sí, y nó, cuando dicen nó. Cuando llegue el momento de casarse, inculcadles que la dicha en el matrimonio no procederá de la fortuna o de la posición que posea el esposo, sino de las prendas morales y del carácter de éste. Si habéis aquilatado todo esto y si ellas os han comprendido, abrigad la seguridad de que vuestras hijas serán dichosas y hallarán vía".

CON estas observancias, de suyo prácticas y caseras, los matrimonios tendrán probabilidades de felicidad. La economía es una excelente lección doméstica. Si el presente es venturoso, hay que pensar en el futuro incierto. Si se carece de fortuna, es criminal la pompa. En ciertos noviazgos de personas indigentes suele imperar el lujo, sin consultar para nada la renta. ¿Véis aquel deslumbrante traje de raso blanco de perla, con larga cola como de princesa, con bello delantero ornado de encajes, de anchos volantes, que descenden en *baldaquines* a lo Luis XVI o en *quillas* laterales que van a perderse al rededor de la cola? ¿Miráis ese lindo velo, prendido a la española, como una mantilla, sobre el peinado, o esa elegante nubecilla de tul liso y blanco, cual una aureola sobre la *toilette*? Bien está guardar el rango, laudable es la distinción

cuando hay dinero suficiente. Mas ¿qué diréis si tanta majestad, que amarga después, la gasta una pobrecita? No hay adorno e irradiación mejor que la corona de azahar. Aparentar grandezas de muñeca oriental, de porcelana de Sevres o china de Dresde, esplendores de *marionettas* de Séraphin es solemnemente ridículo. El traje de bodas de muchas damas inglesas de la aristocracia cautiva por su sencillez: han abandonado ya el albo y opulento ajuar.

EL fulgor del diamante, los visos del rubí y de la esmeralda, el oriente de la perla enloquecen a ciertas esclavas de la galanía. Por conseguir tales joyas no reparan en medios. Demonio tentador y victorioso, tenorio de suma elocuencia es el brillante, que hace naufragar a la débil honradez. Combato el lujo inmoderado, el ostentamiento irracional. Emplear bien el dinero, cuando la suerte nos legó en abundancia, es muy lógico; pero, en caso contrario, una tontería. Las exageraciones son malas, como las de una piedad recalcitrante, que no quisiera ni peinarse, menos estrenar un vestido, levantar la vista o hacer frente a la mirada de un hombre.

A propósito, esta fábula de Lessing:

“Mis Furias van poniéndose viejas y torpes, dijo Plutón al mensajero de los dioses.—Necesito cam-

biarlas por otras más frescas. Conque así, Mercurio, anda a la tierra y búscame tres mujeres apropiadas para el oficio.—Mercurio vino a la tierra.

“Pocos días después, decía Juno a Iris: ¿Crees tú que sea posible hallar entre los mortales dos o tres doncellas austeras y virtuosas; pero austera-mente virtuosas, me entiendes? Citeres se burla de la humana especie, y asegura que toda virtud ha desaparecido de la tierra. Anda siempre, y procura averiguar lo que haya de verdad en eso.—Iris partió.

“¿QUÉ rincón de la tierra no dejó por explorar la buena Iris!—Y todo inútilmente. Desconsolada se volvió al cielo sola, y Juno, al verla, exclamó:—¡Oh, castidad, oh, virtud!

“DIOSA,—le dijo Iris—podría haber traído tres doncellas austeras, virtuosas, púdicas, tres de aquellas personas que jamás se han permitido la menor sonrisa a un hombre, tres vírgenes que han sofocado en su corazón la más ligera chispa de amor; pero, por desgracia, llegué tarde.

“TARDE?, dijo Juno. ¿Cómo así?—Acababa de conquistarlas Mercurio para Plutón!

“¿PARA Plutón! ¿Y para qué pueden servir a Plutón esas virtuosas?—Para Furias”.

NI el amor es pecado, ni la decencia desatino. La cordura debe alzarse en la mitad del sendero hominal. Ni lujo, ni orgullo a medida de la carencia de recursos y de merecimientos, ni tacañería cuando se flota en la abundancia.

PIENSO, con Carlos Richet, que en compañía de la civilización hace su entrada triunfal el lujo, que es el bienestar desarrollado y, por tanto, una cosa buena, excelente, pese a Tolstoy (1) que criticó, como objetos de pompa, el uso de los anteojos y se empeñó en que no comamos pan blanco ni usemos jabón. Tales privaciones, a lo Diógenes, que arrojó por superflua su escudilla, porque observó que podía utilizar para beber agua del río su misma mano, encogiéndola con habilidad, son severidades exageradas.

EL lujo no es malo sino para los pobres por vocación y definición, que, no teniendo que ofrecer en almoneda, engañan al público con risibles fantasías. Como madonas de Donnatello, cual vírgenes de Blanqui, vaporosas, *delicadas como ondinas, sílfides, libélulas de diáfanas alas o mimosas*, que diría un decadente, ándanse por ahí con su belleza andrógina, pero falsificada, llevando de calles a los transeuntes. ¿Son princesitas de lejanos países, la flor y nata de la aristocracia, a quienes sonrió la nobleza y el dinero, graciosas como una Primavera de Botticelli o una Salomé de Cirlandajo? Nada de esto. Pobres muñecas, chiquillas polichinelescas son que no tienen sobre qué

(1) Placeres viciosos.—Placeres crueles.

caerse muertas. Entrad a sus habitaciones: si en la calle os deslumbraron, en el interior de sus huérfanos cuartos, os dará grima.

LA apariencia, la ostenta por fuera es su única preocupación, en tanto que, dentro, no hallaréis nada confortable, aseado: ni el menaje y la vajilla indispensables, ni un pequeño botiquín, nada. La salud se menoscaba allí a fuerza de tiránicas privaciones; la higiene llora de vergüenza en medio de tanta miseria. Todo cuanto ganan con el sudor de su frente,—en la suposición de que siquiera el espíritu del trabajo les acompañe,—lo invierten en telas finas, en trapitos costosos, a pesar de que el estómago agoniza.

MAL entendida decencia, lujo inmoderado y de pega que les arroja en brazos de la anemia y de la temprana postración, aun cuando las escarpas, los escaparates, cómodas y baúles (si los hay) rebosan de ropa cara y fantástica.

¿ABRIR un libro ellas, hojear una revista ellas, escribir cuatro renglones ellas, aunque no fuesen memorias ni impresiones, pero siquiera apuntes de gastos caseros, piezas de lavado y otras cuentas indispensables?

EL gran guatemalteco Dn. José Batres y

Montúfar, en la primera estrofa de su cuento *El Reloj*, trae este consejo que viene de molde:

“Aunque el aconsejar a las señoras
Lo juzgo necesidad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellísimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
Y es el de que robéis algunas horas
A la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediquéis un tanto a la lectura
Por prevención para la edad madura”.

¿IR a la cocina ellas, ocuparse en tareas manuales ellas, barrer ellas, tender sus desmantelados lechos ellas?

FIERO rayo parta en canal al atrevido que tal piense. ¿Cómo ha de ensuciar sus manecitas, cómo se ha de encanallar, ocupándose en oficios bajos y de gente de servicio, la muñequita perfumada que se contenta con golosinas, que sale al balcón a exhibirse, como el encantador *bibelot* en vitrina de luz tamizada atrae las miradas de los transeuntes; que se nutre con bombones, aun cuando el hogar llore de frío y el estómago agonice por falta de algo reparador y humeante, siquiera fuese un mal puchero o un tazón de caldo?

CON pena oí a cierta *chullita* de pretensiones, huérfana, *educada* por la beneficencia de las que se dicen madres de la caridad,

por no decir más bien *idiotizada*, pobre, aun cuando de graciosa fisonomía y de alucinador vestido:

“—Yo, si me caso, ha de ser para subir, para mejorar de fortuna y de condición. Pobre de mí, si algún día fuese a emporcarme en la cocina y mucho menos a picar cebolla. *¡Loca estuviera!*”

INFELIZ del esposo que se hallara precisado por la fatalidad a cuidar semejante joya. Ni con las obras del sabio Pablo de Mantegazza (1) podría pasar bien su luna de miel menos el resto de su vida conyugal.

“EL matrimonio debe ser una elección, y para escoger bien hay que estudiar, hay que comparar. En una palabra, hace falta tiempo. Cuánto más detenido y minucioso sea el examen que se haga, mayores son las probabilidades de acierto. No seas impaciente para decidir: la impaciencia es signo de debilidad. Un célebre general romano alcanzaba siempre la victoria, porque sabía esperar el momento propicio para triunfar. En los combates de la vida, este sistema es el más eficaz y seguro. Saber esperar es el secreto de la tranquilidad, y casi estoy por decir que de la felicidad humana. Largas y minuciosas observaciones que he hecho en los diversos matrimonios que he tenido ocasión de conocer y tratar, me han demostrado que los que se casan cuando tienen experiencia del mundo, son más dichosos que los que estrechan el eterno lazo en los

(1) Arte de elegir mujer, por Pablo Mantegazza. Fisiología del amor, por id.

albores de la juventud. Así, pues, en mi concepto, aunque tarden algo en contraer matrimonio, no se pierde tiempo. Con razón dice el antiguo refrán: "Antes de que te cases, mira lo que haces" (1).

ESTAS palabras se aplican perfectamente a personas de uno y otro sexo, o mejor dicho, a los jóvenes en general.

NI el hombre debe casarse con una muñeca inútil como la de mi relato, ni la mujer con un joven insignificante, vistoso arlequín.

OIGA Ud., señorita que recientemente ha contraído matrimonio, estos consejos con atención:

"LA mujer aspira y debe aspirar a que el amor de su esposo se mantenga siempre vivo y siempre nuevo. El que esto suceda no depende de la voluntad del segundo, sino del discreto y atinado proceder de la primera. No debe, pues, la mujer entregarse confiada en la sinceridad de las promesas y juramentos de amor eterno que haya recibido, porque aunque la sinceridad de esos juramentos sea lo más cumplida, la mujer no continuará siendo amada si no continúa siendo amable. ¿Qué deberá hacerse para llenar esta condición? He aquí, en verdad, la cuestión más importante a los ojos de toda novia, de toda recién casada; sin embargo, la mayor parte de ellas no se preocupan mucho de este asunto, porque el atolondramiento y la presun-

(1) Pablo Mantegazza.—Arte de elegir marido.

ción, naturales en su edad, las persuaden de que sus dotes y sus prendas, que fueron poderosas para cautivar al amante, lo serán mucho más para dominar el corazón cautivado. Desgraciadamente, las más de ellas se engañan, y este engaño es la fuente de grandes amarguras. La primera condición, la condición esencial que hace a una mujer amable en todas las edades y en todas las circunstancias de la vida, es una virtud sincera; pero no es bastante la virtud encerrada en el corazón: es necesario que ella sepa mostrarse en aquellas exterioridades dulces e insinuantes que atraen, que embelesan, que dominan. Para mantener siempre vivo el amor de un esposo, es necesario conservar en todas las relaciones con él, con exquisito esmero, la modestia y el pudor de una virgen, que engendran y alimentan el amor. La familiaridad descocada, lo agosta y lo disipa. Los sirios y otros orientales usan una preparación que, tomada en cierta pequeña dosis, robustece las fuerzas y aumenta el esplendor de la belleza; pero el exceso en la medida produce un efecto diametralmente opuesto; las fuerzas se aniquilan y una consunción lenta, pero incurable, es el último resultado. Así suele morir el amor en muchos matrimonios" (1).

¡CUÁNTA sagacidad, cuánto tino debe emplear la mujer que penetra en el templo del matrimonio, en donde, como el fuego inextinguible de las vestales, preciso es que arda el amor, con llama clara, perenne! A los encantos del espíritu harán coro las habilidades y elegancias de la materia, a fin

(1) Carta a la señorita María Josefa Ospina, la víspera de su matrimonio, por su padre Mariano Ospina.

de que esta eternal dualidad, sea el dúo más armonioso, el himno más dulce de los desposados. ¡Qué la novia sea un sol, que, sin mancharse, vaya pasando por donde quiera que le llame su deber!

TAMPOCO las atenciones manuales del hogar se oponen al aseo. No hay necesidad del lujo para que se presente ante el mundo siempre en traje correcto, peinada y arreglada convenientemente, derramando los encantos de la sencillez, de la limpieza y de la decencia.

LOS quehaceres domésticos jamás desdoran.

SON célebres las escuelas denominadas *Menagères*, en especial la de Carlsruhe, donde funcionan cocinas para la instrucción práctica a las alumnas.

LA hija del Emperador de Alemania se complacía con *ennoblecer* sus blancas y augustas manos en refecciones culinarias. La princesa Victoria Luisa, según los atinados deseos de Guillermo II, es lo que propiamente se llama una mujer de su casa. En una cocina especial, en Postdám, recibía la imperial cocinera diarias lecciones de aquello que tanto repugnó a la *chullita* vanidosa.

El chocolate que la princesa Victoria Luisa prepara diz que sabe a delicias.

LA mujer del Czar de Rusia pinta con primor. No se desdeña de ensuciar sus dedos soberanos con los útiles de su arte. Nicolás II se congratula cuando la czarina se dedica a ejercitar sus aptitudes sobre todo en la caricatura. Muchas otras soberanas trabajan cual humildes obreras.

ASEGURAN que en Escocia hay una ley en virtud de la cual, antes de casarse, han de probar los novios: que el hombre cuenta con una profesión, oficio o renta, y la mujer sabe bordar, coser, remendar, cocinar, lavar, etc. Deben probar también, mediante certificados médicos, que ambos gozan de salud. Sabia ley, si realmente se ha promulgado.

PRUDENTE es consultar el problema económico, fundamento de la tranquilidad conyugal.

CASAMIENTOS de pura simpatía, de amor improvisado, han rendido frutos siniestros y provocado tempestades en el hogar, sobre todo faltando la sólida educación y el valor para sobrellevar las tristezas de la suerte.



XII

AL concluir este ligero ensayo, debo, categóricamente, manifestar que no ha sido mi intención enredarme en disquisiciones de alto vuelo, tópicos de flamante doctrina ni trascendentales teorías feministas, sino aludir de corrida a uno que otro vicio de educación—sin tocar siquiera los inextricables—, que redundan en menoscabo de la más bella porción de la humanidad, la mujer, a la que en mis primeros y desgarrados capítulos aupé al lugar que le corresponde, no con elogios ni cumplidos despampanados, sino con palabras dictadas por mi entusiasmo y sinceridad.

BIEN sabéis que cuando escribí el vocablo *muñeca*, no quise, ni remotamente, referirme a la mujer de pro, ideal criatura que llena el mundo con sus hechos de incuestionable influencia social, hermosa y medicinal flor de achicoria abierta en este arenal obscuro de la vida.

LA pizpereta, la muñeca, es algo baladí, alhajilla curiosa y de efímera duración, sin alma ni libre voluntad, una especie de *slough*, si me permitís el vocablo, individua que tiene muchas camándulas.

POR antonomasia, he estado aplicando este título, no a la genuina mujer, sino al remedo de ella, a su falsificación.

NADA es más peligroso que sentar acres y pesadas afirmaciones de plano, que abarquen ciegamente una clase entera, toda una colectividad; duras generalidades, por más que tengan viso de ser verdad tan grande como un templo, sin dejar constancia de las salvedades del caso ni tomar en cuenta lo que no se roza con la censura en globo.

INNEGABLE es la existencia de seres nullos, sin excrez, hembras y nada más que esto, a quienes he denominado *muñecas*; como soy también el primero en confesar que en el sexo feo hay igualmente sujetos a quienes cuadra el calificativo de *muñecos*, jóvenes superficiales, sin oficio ni beneficio, de engañosa catadura, puro relumbrón, agentes que son brazos muertos para la industria, una amenazadora plaga social salida de no sé qué rincón; jóvenes con el majín lleno de insaciables ambiciones y de ensueños locos,

por conseguir los cuales van a la ruina y quizás hasta la infamia.

LA ociosidad les corroe, el vicio les consume y el lujo les pierde. Ponen a flote el dicho experimental, aunque callejero, de que quien carece presume. Sin embargo, qué brillante aparato decorativo, qué despotismo, qué prosa, aunque les falten nipos.

¿DÓNDE las fuentes de trabajo, la renta asegurada, el pan almacenado para el invierno de la vejez o para la familia en ciernes?

FARSANTES, cínicos y desprestigiados, su único patrimonio es la osadía y su nítido vestuario la dote que aportan a la vida común.

LA holganza les lleva vertiginosamente al vicio, y la fiebre de gloria y boato al crimen. Los pocos que salvan del naufragio, resultan ineptos para todo: campean su incapacidad y vergüenza, como un sambenito, doquiera les empuja la aventura, al cuartel o a la burocracia, al vórtice espantable o a la cima inmerecida, desde la cual, como un meteoro que rápido surca el espacio, después de brillar sólo un momento, caen al abismo, a asfixiarse en la mofeta social, cuando al

fin clarea la justicia y abre sus avizores ojos el criterio imparcial.

PROPENDER a que unos y otros, muñecas y muñecos, queden, gracias a la selección educadora, borrados de la sociedad, para que sólo haya entidades de provecho, es laudable tentativa, por pequeños que sean los medios que se han puesto en acción para comenzar la campaña.

EL plan más humanitario y factible para que desaparezcan los muñecos es arrancarles la marca que les desacredita, mediante la educación. Así los autómatas serán seres conscientes y útiles por su propia volición, almas fuertes y de beneficio.

EN primer término, la educación; después, el hermoso complemento de ésta, la instrucción.

CUANDO caminan unidas estas hermosas gemelas, forman el más noble ideal de perfección humana. De ningún modo es acto reprobable ansiar que la patria pasee de gala a aquella espléndida pareja.

ESCASO, pobrísimo, es el núcleo de mujeres intelectuales en esta deliciosa y fecunda floresta tropical. Ni el libro ni el periódico han abierto los amplios horizontes que

exige el progreso, entre la mayoría del elemento femenino del país. Puédesse contar por los dedos el reducido número de mujeres de espíritu esforzado que caminan por la senda luminosa del magisterio, de las ciencias y de la literatura. Nuestra producción literaria es muy limitada. ¿Dónde está el pensamiento de las nuevas generaciones distribuido en libros, revistas y diarios?

CADA libro que aparece, cuando no es saludado por la indiferencia, lo es por la desabrida censura, considerándolo como un ni-quiscocio.

¿DÓNDE están los noveles pensadores, “la santa pigrizia creadora, que vive acariciando ensueños, los indolentes que inmóviles conciben mundos e iluminan sombras? Cuando la raza ha muerto y los templos derruídos se hunden bajo el polvo de los siglos, cuando los guerreros y sus espadas se han convertido en barro ínfimo y los mármoles y bronces han perdido las líneas del cincel, cuando las islas se han hundido en el hosco mar y el terreno de los continentes ha cambiado de formas, esos morosos soñadores perpetúan aún el nombre de sus patrias ya olvidadas” (1).

(1) Dionysos, por Pedro César Dominici.



UN carácter excepcional, Marieta de Veintemilla, mujer del hogar y del estudio, de la atención doméstica y de la investigación científica, alma viril, rompiendo las viejas preocupaciones y sobreponiéndose a las arteras enemistades de la crítica mendicante y ruin que picotea los minúsculos granos de la mies intelectual, cuando no tiene ya más semilla que devorar; crítica que, sin apartar siquiera el grano de la paja, levanta sus trébedes sobre montículo de arena deleznable, que cree ella son cátedra de sabiduría; que muere en vez de enseñar, para desplomarse, a la postre, bajo el peso del recto criterio al que no acierta a rebatir con robustas razones y bases fundamentales; Marieta de Veintemilla, alzándose animosa sobre todos, empezó a ensanchar el trillado camino de la mujer ecuatoriana y a mostrarle desconocidas e infinitas lontananzas, cubiertas hasta entonces con la bruma de la ignorancia y cobardía. Por desgracia la muerte cegó tan lozanos y fragantes laureles.

QUIERO, aunque sea en este sitio, consagrar, como guirnalda de terebintos y tímidas violetas, siquiera algunas sencillas palabras de recuerdo y admiración a esta dama gallarda, a quien—en la plenitud y lozanía de una vida prolífica en ideas generosas—tragó la tumba, con la voracidad del avestruz que se engulle un naife o una per-

la. Marieta de Veintemilla me inspira respeto: fue una grande alma de mujer—excelente como el exquisito Astí—, que nos honra a los ecuatorianos. Sus méritos son oro puro y no similar: abren el camino a la ilustración femenil.

Si la señorita Cecilia Buttizac, natural de Lausana, obtuvo no ha mucho el título de ingeniera y fue quizá la primera mujer que se ha dedicado a las abstrusas matemáticas; Marieta de Veintemilla, tan animosa como ésta, entróse, con espíritu sereno, por los campos fragosos de la psicología moderna, que no es un correverás, y de la historia experimental para, disipando la calígene, hacer ora deducciones atrevidas, ora cosas de mieles, que hasta aquí ninguna de sus compatriotas había intentado, por miedo, más que al gehena, al qué dirán, y por falta de preparación. Recorrió, sin confundirse ni evocar la abracadabra escolástica, el laberinto de la filosofía no hebén, que dirían los arcaicos. Mañana el Ecuador perpetuará por lo menos las siglas de su nombre en el bronce, para estímulo y norma de las mujeres que pensaron mucho, que amaron a su patria, que estudiaron a conciencia y que escribieron, como en extensos surás, profunda y sentidamente, con frase ingenua que ni fue papelona, ni echó cortadillos jamás. Mujer excepcional, de su merecida

fama apropiadamente expresaría que aunque malicia oscurezca verdad, no la puede apagar. Murió abrumada por la gloria, que de ningún modo le dió papilla, y martirizada por la investigación científica cuya explicación anhelaba en sus solemnes torneos, en los que sabía librar la espada. A la que en vida los admiradores de su talento de mujer ilustre preparaban espléndida coronación, justo es que, habiendo traspasado ya los umbrales de la inmortalidad, la patria, si acaso no se come de polilla, le consagre un monumento digno de su nombre.

¡OH, mujeres, oh, ecuatorianas!, enorgulleceos a la evocación de tan preclara compatriota que honró vuestro sexo.

Fue moralmente más guerrera que Jordamuska Pukovitzcharowo, la célebre amazona que se puso al frente de una insurrección contra el Sultán de Macedonia, a fin de vengar las matanzas de indefensos campesinos consumadas por las tropas del Sultán: Marieta de Veintemilla peleó contra la ignorancia, contra las preocupaciones, para redimir a la mujer ecuatoriana y vengar a la patria, matando los andróginos y estériles prejuicios. Vació con libertad, con audacia, cuasi con presciencia, su pensamiento, porque para hablar de lo noble y de lo grande no tuvo polilla en la lengua, como suele

decirse familiarmente. Ahí es un grano de anís lo que dejó escrito.

EN tierra de envidias, cacoquimias y mezuquindades, en donde no sólo al pobre el sol se le come, sino también a la mujer que trata de sobresalir, valor era producirse como lo hizo esa magnánima pensadora, ejemplo para muchas de su sexo que se contentan con papar moscas, cuando no las dejan, solas como el espárrago, vivir de motolito.

A cureña rasa resistió a la censura, que, si es innoble y de mal intento, no respeta nada y quiere, cual rugidor maelstrom, arrancar de cuajo las más firmes reputaciones literarias.

MUJERES de igual temple necesita la patria.

POR cada mujer que piensa, que observa, que trabaja, que enseña, que escribe sus investigaciones, que medita e inquiere, debemos sinceramente congratularnos.

QUE vengan en buena hora la mujer literata, la poetisa, la pedagoga, la de instrucción superior, la de exquisito sentimiento como Mercedes González de Moscoso que cantó el hogar, ennobleció a la familia, hizo del drama escuela de ternuras y de consola-

dores ideales y abnegaciones, derramó, en el otoño de su vida, rosas para las buenas hijas y para las madres ejemplares. González de Moscoso dirigió la Biblioteca Nacional, cosechó aplausos en el teatro y pulsó lira de oro, sonora, delicada, de cuerdas de dulce vibración que derecho llegaron a emocionar las almas. Surja la magna mujer. Démosla paso, apoyándola de corazón.

¿POR qué enemistarnos con ellas, por qué hacerlas sistemáticamente guerra? Aun a riesgo de herir su modestia, citaré algunos nombres de excelsas poetisas que honran a las letras ecuatorianas, si mi lema no fuera esperar, para las apologías, que los genios hayan recibido primero el óleo sagrado de la tumba. Esto no quiere decir que deje de admirarlas, de aplaudirlas, aquí donde no abundan las mujeres ilustradas, y no sólo aquí, sino en cualquiera parte del globo donde se abre triunfalmente el alma femenina y nos regala con los perfumes de su virtud, de su inteligencia y de su carácter, aromas que son la quinta esencia extraída de las más raras flores. Por cada hembra extraordinaria como una Emilia Pardo Bazán, una Emilia Serrano, la humanidad debe batir palmas y enorgullecerse.

EN medio del descrédito que el egoísmo envidioso y el magistralismo campanudo tra-

tan de esparcir sobre la literatura y los versos, consuelan estas palabras, que apoyan lo que ya expresó Samuel Smiles en su *Ayúdate*:

“PEDIR que en nuestros pueblos falten los poetas, es pedir al sol que no ilumine, a los ríos que páren su curso, a las brisas que no susurren. Faltarán el día que se haya extinguido la memoria de nuestra raza. Y en los bellos poemas, como en las valientes epopeyas, está pintado el genio de nuestra gente. Conservemos los poetas. Que sigan cantando nuestros triunfos y nuestras luchas. Que hagan versos melódicos; que escriban cantares de amor. El verso inspira; su música encanta. Los poetas son nuestros, guardémoslos. Ellos retratan el fondo de nuestras almas y copian la grandeza de nuestros ideales. Sus cantos son en la lucha y en los esfuerzos humanos lo que el clarín de las batallas y el silbido de las fábricas. Deshacernos de los poetas es perder una fuerza útil. Créese que para tener artesanos útiles, obreros valientes, hombres de ciencia y de banca, precisa desarraigar de nuestros pechos el sentimiento de la poesía. No. Podemos armonizar lo bueno y lo útil, lo utilitario y lucrativo, con lo bello y lo sublime. No es necesario perder antes nuestros grandes atributos, para asimilarnos luego los rasgos ventajosos que son patrimonio de otras razas. Vamos a perfeccionarnos no a cambiarnos”

EL grupo de poetisas, de escritoras es reducidísimo. Ensanchémoslo. Todas son manifestaciones de la vida nacional. Amo lo bueno y fecundo en cualquier terreno. Sólo la esterilidad es síntoma de cristalización, de muerte.

¡BIEN venido sea lo que produce, lo que palpita, lo que da indicio de adelanto!

DONDE quiera que pone su planta una mujer de talento, en cualquier género que emplee su energía y sus conocimientos, desaparece la muñeca que, en la generalidad de los casos, es fatua y no tiene una idea en la cabeza.

Es un error suponer que la mujer que se haya consagrado a las letras no esté también en potencia para dedicarse al hogar y oficiar en este augusto templo.

LA inteligencia y la educación son capaces de todo. El hogar gobernado por mujeres de carácter y talento será mejor, lógicamente, que cualquier otro donde todo lo que brille no sea con luz propia.

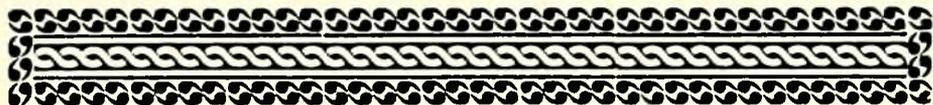
LOS hijos de una mujer de talento y corazón han de marchar indiscutiblemente por vía más sólida y segura, porque, como afirma Azorín, “un poco más de sensibilidad: eso es el progreso humano. Es decir, un poco más de inteligencia”. (1)

(1) Clásicos y Modernos.

SEA mi última frase, al despedirme de las graciosas muñecas, a fin de desagraviarlas por haber imprudentemente empleado el plural: “Nada es absoluto en el mundo sino relativo”.

Y conste, al final, que respeto y reconozco las excepciones que nos enorgullecen y honran.





LAS ETAPAS DE LA VIDA

(ACUARELAS)

EN los momentos anteriores al nacimiento de la aurora, nada es posible presagiar del nuevo día: puede presentarse brumoso o plácido. Denso manto de niebla cubre las cosas, antes que vengan las primeras claridades del alba, antes que esos suaves rayos disipen tanto aglomeramiento de negras nubes. Todo es indeciso en aquella hora de penumbra en la decoración. La mirada se pierde en uno como caos impenetrable, en una mancha borrosa, vaga, melancólica, que no se acierta a precisar.

No de otra suerte la niñez, primer destello de la vida, se presenta indescifrable,

envuelta en las brumas del misterio. Tineblas de ignorancia están invadiendo las cabecitas adorables de los niños, ángeles diminutos que derraman múltiples gracias propias de esa cándida estación inconsciente, impregnada de ternura irresistible. Cada uno de ellos es difícil problema para aquel estrambótico calculador que se llama el porvenir.

¿QUIÉN puede leer, siquiera confusamente, el libro del mañana? Los niños son acuarelas en proyecto, obras maestras en formación. ¿Cómo saber si esos diluídos colores transparentes representarán perspectivas risueñas o dramas sangrientos cuando el dibujo se acentúe y cuando ese cuadro embrionario quede encerrado en el marco de la vida práctica?

CUÁNTAS ocasiones, al cruzar una calle, os habéis encontrado, sin advertirlo quizás, con batalloncitos de niños que desfilan perfectamente alineados, ya con sus monitores a la cabeza, ya a algún costado para guardar el orden o que, desprovistos de bedeles, van rompiendo las hileras. Es un cuadro que se repite todos los días y por esto no ponemos atención en él, distraídos con el tráfago callejero. Pasamos sin consagrar tal vez ni una sola mirada a esa banda de petreles que se aleja por los mares de la esperanza. Mas

yo varias veces la he visto con detenimiento, lleno de ternura y simpatía, interesándome en descubrir el menor detalle de la infancia.

MIRAD una larga hilera de alegres muchachos, mezcla de indumentarias y variedades, caracteres y rasgos—no distinguida por ellos, que guardan completa armonía con el candor de los primeros años, que no reconoce distinciones ni preferencias marcadas;—mirad ese rebaño infantil que pasa retozando, esa bandada de palomas blancas y simpáticas: unos con el guarniel cruzado a la espalda, otros en bandolera, quienes con el atado de libros ceñido de una gruesa correa que pende del hombro. Algunos leen: van repasando en voz alta sus lecciones, con tanto entusiasmo, que parecen devorar el texto o querer aprenderlo íntegro en un momento; registran otros con viva curiosidad las estampas de los libros. Llevan algunos colgando humildes bolsitas de trapo: son el modesto carriel de los pobres.

EN esa gregaria aglomeración infantil hay niños con zapatos destrozados y ropa vieja; los hay más curiosos, con botitas de charol, chaqueta fina y calzón elegante; pero nadie se advierte, generalmente, de la suerte del otro ni se dirigen miradas de envidia y de codicia.

TODO en el niño es gradual. Camina lentamente y va subiendo, uno por uno,— como el ciego que para no caerse palpa con su pie y retiene en su memoria los obstáculos que se encuentran a su paso,—los escalones de la perfección humana. Al principio no conoce sino las impresiones materiales, lo visible, lo que le proporciona el espacio, lo que le ofrece el mundo palpable; tiene *experiencia externa*, como dicen los psicólogos; pero la conciencia no le acompaña todavía, de aquí que no son nada para él los sentimientos, las sensaciones, las voliciones. Sólo las necesidades nutritivas le punzarán con su acicate, mas no sabrá nada aún de las sensitivas, mucho menos de las cerebrales. Su vida se insinúa vegetativa, por decirlo así, ya que en su estado embrionario es un agregado de células y fibras. Un poco después, en el período de la gestación, se producen otros fenómenos y el feto se mueve y va adquiriendo energía dentro de la matriz. ¿Cuál es el momento supremo, la hora precisa en que comienza la vida consciente para el hombre? ¿Existe algo de esto antes de su nacimiento o mucho después de él? ¿En qué instante llega esa ráfaga de luz, siquiera de un modo vago, como un sueño lejano? ¿Cuándo en ese organismo pequeñito nace la conciencia, aunque sea con rasgos oscuros, de un modo caótico?

CIERTO es que su cerebro se ha modificado un tanto, aunque paulatinamente; cierto que las impresiones luminosas y sonoras obran en el niño de un modo que los demás pueden observarlo desde el segundo día de permanencia en el mundo; cierto que con más detención se fija en marcados objetos tal vez desde la tercera semana; cierto que le acompaña sensibilidad cutánea y se mortifica con los cambios del aire y las modalidades de la respiración; cierto que después el gusto y el olfato se perfeccionan relativamente; cierto que el recuerdo, como un soplo, pasa por él y se acuerda de su madre, del timbre de su voz y se calma cuando va a saciar su apetito; cierto es que va conociendo su cuerpo, empezando por las manos que llega a su boca y las chupa; pero por esto, ¿se podrá juzgar que ya funciona el sensorio común, que ya destella su conciencia? El recuerdo de que hablo es una percepción externa, ya que no sabe apreciar las distancias y otras particularidades,—por más que extienda los brazos a su madre, sonría cuando ve la faz de la nodriza o el codiciado pezón y se asuste en presencia de caras extrañas,—pues la percepción externa se produce antes que la interna.

“OCURRE en la vista del espíritu, dice H. Höffding, lo que en la del cuerpo: empieza por dirigirse al exterior. El ojo per-

cibe los objetos exteriores, sus colores y sus formas, y solamente mediante artificios, aprende a conocerse a sí mismo, con lo que contiene”.

EL niño poco a poco va despertando de ese como sueño embrutecedor, hasta que, con los afanes de la educación y por medio del estudio, deja de pagar, cada vez con más conciencia, el grosero tributo a la vida vegetativa. Su vida es intelectual entonces, y la evolución de su cerebro va en progreso.

¡CUÁNTOS sacrificios, cuántas atenciones, cuántos desvelos hay que dedicar a estos seres pequeñitos! Son como los árboles de los bosques. Si se les deja olvidados, se crían deformes, toscos, groseros; presentan feo aspecto y se les ve agobiados por el peso de sus ramas que se han multiplicado como quiera y han sido pasto de los parásitos, de los hongos, de las lianas, de agentes extraños que chupan su savia. ¿Dónde están sus frutos? Muchos no dan nada, son estériles, inútiles. Otros producen de mala calidad, sin sabor, podridos. Si algo de regular producción promete la baya, las aves rapaces se la llevan; y no sólo las aves sino también los demás habitantes de las selvas. En estos intrincados desarrollos hay de todo, pero domina el elemento dañado, torcido, en-

corvado, espantable por su configuración. ¿Quién puede pensar ahora en la suerte que les tocará? ¿Quién sabe si algunos árboles serán abatidos por la tormenta, destrozados por el rayo, desnudados por el huracán? Tal vez mañana el leñador los derribe con su hacha, el incendio los reduzca a cenizas, los trabajos agrícolas, el desmante, la roza los aniquile, el rayo abata a la encina secular; tal vez mañana de sus ramas salgan bordones para el peregrino, brazos, mangos para herramientas, apoyos para la industria en forma de tablas, pilares, vigas, umbrales, puentes; tal vez sirvan de combustible en las fábricas o de cebo en las hogueras revolucionarias y en las piras de los mártires; tal vez sean carbón para que otro Humphry Davy, al contacto de pila poderosa, descubra nuevos arcos voltaicos; carbón que sirva para el hogar o para manipulaciones criminales; tal vez con ellos se construyan embarcaciones destinadas a otro insigne Marco Polo, carabelas para un nuevo Colón, trasatlánticos más poderosos que el *Titanic*, o navíos para piratas; tal vez con troncos de esos árboles se formen cruces para flamantes apóstoles que prediquen un credo extraño con ignorado verbo; tal vez sean horcas para inocentes o traidores, y los Judas o los Cristos mueran entre sus brazos. ¿Quién puede prever el más allá? “Grande abismo es la suerte; oscurísima noche el porvenir”, en frase de

Dumas. ¿Dónde está el incierto horizonte del mañana? “Aquel está en el seno de Dios”, contesta Napoleón.

No de otra manera los niños, bosques en formación, son susceptibles de mil cambios. Hay que cuidarlos desde el principio, desde que son arbustillos, para que más tarde no se muestren como una ruina social. Sin la escuela, se criarán deformes y aparecerán un día temibles, cargados con el peso de su ignorancia, de sus vicios, de sus crímenes. ¿Cuáles serán sus frutos? Formar su corazón y dar alas a su cerebro, he aquí la consigna para que la patria sea feliz. Las madres, los maestros, todos los de buena voluntad deben cooperar para que un rico osmazomo nutra a la infancia, espiritual y físicamente. ¡Qué se salve la niñez! Después cuesta lágrimas, y es incomponible todo. “He visto reverdecer los árboles heridos por el rayo: he visto a las flores, encorvadas por el viento de la borrasca, volver a levantarse”, dice Sandeau; pero esto es rarísimo, añadido por fuerza, porque la perseverancia y el carácter no se distribuye a ciegas. Apóstoles como Marden se cuentan pocos. El mal cobra tales proporciones, la enfermedad se agrava tanto, el incendio toma de tal manera cuerpo, que ya es difícil poner remedio. Mejor es evitar estas futuras desgracias por medio de consejos, de

luces, de estímulos en la hora propicia, cuando el arbusto es elástico, la cera blanda, la herida diminuta; cuando asoma la chispa y el primer síntoma morboso se presenta.

CUIDEMOS de los niños para que la selva sea útil. Almas candorosas, plantas que despiden el aroma de la ingenuidad son de suyo, hasta que el mal ejemplo, la pésima educación abren sus ojos al mal y depravan esos caracteres angelicales. Vedlos al salir de las aulas. Contentos van sin pensar en el mañana; risueños caminan, porque su cielo no se ha empañado aún con los negros nubarrones del odio, del egoísmo o la pena por el bien ajeno. Su penetración, felizmente, no alcanza a tanto. Tal vez si descubren un juguete en manos de algún compañero rico lo desean: los objetos pequeños atraen su atención; pero el más allá, lo positivo, no les preocupa. Se quieren mutuamente. Va, el de humilde nacimiento por su indigencia, de brazo del de mejor cuna por su dinero. Si raras veces se observan preferencias, son provocadas por personas extrañas: los niños no piensan todavía en esto, ni instintivamente se les ocurre precoces depravaciones que después las aprenden u oyen de los de mayor edad. Un padre de presuntuosidad, por ejemplo, propendiendo a que su hijo no se reuna con el astroso, le aconsejará mal; pero el niño, por

su propio móvil, no lo hará. Algún profesor celoso y antipedagógico establecerá distinciones, y, en tal caso, el niño abrirá sus ojos a lo que hasta entonces no se le había ocurrido.

ENTRÁIS por primera vez, niños, a un colegio de pupilaje. ¿Qué ideas se os ocurren allí? ¿Qué es lo que extrañáis de preferencia? ¿Os asombráis en presencia de lo nuevo? ¿Mostráis timidez al encontraros rodeados de personas desconocidas? Contad vuestras impresiones. La falta que notáis, desde luego, grabándose cada día más en el corazón, es la del cariño materno en el hogar. A esa edad sobre todo es un gran sacrificio. Hay que resignarse, sin dejar por esto de amar a la que guió vuestros pasos. Al contrario, con la ausencia, debéis hacer que el cariño aumente: tal afecto es preciso que esté en razón directa de la distancia y el mayor o menor encierro. El hombre, caminando por la senda escabrosa de la vida, va de sufrimiento en sufrimiento acercándose al descanso de la tumba, único lugar de paz. Las etapas son insuficientes; conviene sobreponerse a todo. Desde niño se empieza a padecer. Lo que sucede es que en esa bella edad no se da cuenta uno del infortunio: vuela sin proyectar sus sombras esa mariposa negra, y si nos hiere su aciaga presencia, no lo sentimos hasta más tarde cuando se ve más claro. Precisamente la

inocencia de la infancia es su más hermoso dón.

RESPETAD, niños, a vuestros maestros, sed dóciles con ellos, amad la escuela.

OTRO día conversaba con un humilde tipógrafo que, como el poeta Walt Whitman, cajista a los trece años, o como el ex presidente Calvo de Colombia, se sustentaba de su trabajo. Hablaba de tecnicismos de imprenta, con motivo de la edición de algún pobre libro mío. Entretenido con tal tertulia, subía el luminoso obrero de las artes gráficas calle arriba, camino del taller. De pronto, interrumpiendo bruscamente su conversación, separóse de mí y aligeró el paso hasta dar alcance a un viejecito que, apoyado en tosco bastón, caminaba a duras penas. Llegóse y saludóle con cariño, descubriéndose respetuosamente la cabeza. Me quedé en una esquina esperando su regreso, sin atinar de lo que se trataba. Cuando se me incorporó, preguntéle quién era aquel anciano; por qué había corrido hacia él, cuando pasaba precisamente por el lado opuesto, y qué negocio le daba tanta prisa? “Nada de negocios, respondiome. Ese venerable anciano, que claudicando se aparta por ahí, fue mi maestro: él me enseñó a leer. Sin él, y o permanecería en la ignorancia y en la obscuridad y no podría desempeñar mi oficio con

el que me gano la vida. Siempre que le encuentro le saludo con atención y profunda gratitud, por intuición de lo que ya he expresado''. Estas sinceras palabras, salidas del fondo de ese reflexivo artesano, me conmovieron. ¡Cuánta ingenuidad noté en él! No he olvidado aquella escena al parecer natural y explicable, pero que me sorprendió, porque no todos proceden y razonan así, gratos con quien les desasnó.

SIRVA esta lección ¡oh, niños! para que aprendáis a respetar a vuestros maestros. Recordad que si el discípulo de Gutenberg no hubiera sido dócil nada habría aprendido. Sedlo vosotros. El maestro es el abnegado minero que, trabajando obscuramente, nos lega una herencia imponderable: la educación.

¿QUIÉN sabe si aquel ejército embrionario sea ninada de patriotas o de víboras, de personas de distinción o de suzarros? ¿Quién sabe si de allí salga más tarde un Savonarola, un Giordano Bruno, un Galileo, reformadores y sabios excelsos, o un Pisistrato, un Hipias, un Gelón, un Rosas, un Francia, tiranos y demoleadores; un Sancho ladino, un Tartarín ridículo o un Quasimodo que úna a su deformidad física la belleza moral? Tal vez brote un nuevo Colón que descubra mundos ignorados, aunque sea en

los once cielos que contaba Ptolomeo; tal vez un nuevo Valmiki, un Vyasa, un Homero, capaces de crear otras vastas obras colectivas semejantes a los Vedas, el Ramayana, el Mahabharata, los Eddas, los Niebelungos, el Heldenbuch y el Romancero, canten proezas de razas ignoradas y de semidioses revividos; tal vez un nuevo Cervantes, como el inmortal del Quijote, se engalane también con los tres dones soberanos del poeta: “la creación que produce los tipos cubriendo las ideas de carne y hueso; la invención que hace chocar las pasiones contra los sucesos y al hombre contra el destino, produciendo el drama, y la imaginación que, siendo sol, hace el claro obscuro en todas partes, produce el relieve y da la vida”, según dijo Víctor Hugo. Y alguien más incorruptible que Robespierre, presente célebres proposiciones en las que consigne los nuevos derechos del hombre, para que otra viril Convención las apruebe unánimemente, y vuelen impresas hasta en pañuelos de seda por los ámbitos de la tierra. Tal vez de esos rapazuelos se formen revolucionarios y genios, y haya un Voltaire que personifique el buen sentido; un Rousseau, el ideal; un Condorcet, el cálculo; un Mirabeau, el rayo; un Vergniaud, la impetuosidad; un Dantón, la audacia; un Marat, el furor, un Robespierre, la utopía; un Saint Just, el fanatismo revolucionario, como los personajes de

la Revolución Francesa tan brillantemente calificados por Lamartine.

EDUQUEMOS con esmero a la niñez: está en potencia de todos los triunfos y de todas las derrotas, de todas las alegrías y de todos los dolores. La escuela que recibe tiene íntima relación con los sucesos de más tarde.

*
* *

¡CUÁN hermoso el nacimiento de la aurora que se muestra en su regia cuna entre celajes teñidos de diversos matices y arreboles al despuntar el día! El alma se despierta al contemplar los misteriosos encantos que brotan de la paleta magistral de la naturaleza.

SENTIMOS, siquiera de un modo indeterminado, la satisfacción de la vida. No siempre ¡oh, hijos de Heráclito! ha de ser todo lágrimas y penas. Hay algunos momentos de solaz, un oasis en medio de la peregrinación terrestre.

LAS caprichosas y negruzcas moles se despojan de sus mantos de neblina, y aparecen los lejanos montes con sus vestiduras azuladas por la distancia. En el horizonte, que ha empezado a despejarse, míranse largas

fajas coloreadas, que semejan pálidas fulguraciones de un apartado incendio que se extingue.

EN esa bella hora agrada todo: el murmurio de las fuentes que se confunde con el suave gorjeo de las aves; el himno melodioso de la naturaleza que revive llena de frescor y de esperanza; el apacible susurro de la brisa matinal que se desliza jugueteando por frondas y vergeles; del ganado el mugir compuesto de diferentes tonalidades; el paso de las grandes vacadas que, triscando a trechos, van camino del ordeño; el blanco rebaño de ovejas bulliciosas que recorren con su balido una gama caprichosa al dirigirse a la pradera, y tantas armonías, en fin, que no pueden ocultarse al que admira el sublime concierto que reina en las variadas obras del Universo.

ESE paisaje de infinitos encantos penetra por los ojos y llega al corazón, vatídico de lo grande en esta bella hora.

LA yerba húmeda, cuajada de perlas de rocío que relucen con los primeros rayos del sol que se levanta; los grillos que saltan por el trébol produciendo como apagado rumor de alas; la choza humeando allá, a las faldas de la colina; la mansa yunta de bueyes dispuesta ya para el arado; los labriegos que

se marchan por los atajos del carretero con la herramienta al hombro; el comienzo del movimiento, de la faena; el principio del canto al trabajo que es ley suprema para el hombre, el himno del obrero, la canción alegre de los que se ganan el pan con el sudor de la frente, de esas incansables hormigas que edifican montañas, de los que más se agitan, pues, el rico en frase de Rodríguez Solís, *consume sin producir*, y el pobre, que todo lo produce, apenas si consume lo absolutamente necesario para no morir de hambre; todo ese bullicio y todo ese concierto llevan inexplicables complacencias a nuestro espíritu.

¡BENDITA mañana, poema de la animación, imagen de la juventud!

CUANDO la salud brota a raudales; cuando las doradas ilusiones nos convidan a sonreír, cuando las sombras del sufrimiento no se han proyectado sobre el corazón, ¡oh, encantadora mañana de la vida! ¡oh, envidiable juventud, eres la aurora de la felicidad, del entusiasmo y del amor, sobre todo del amor, de ese perenne cosquilleo de las grandes almas, de esa rubia copa de cristal de Bohemia, rebosante de un licor misterioso, que ora es bebida saludable, ora veneno tentador, según la naturaleza y excandecencia del placer, según la intención del que moja los

labios en ella, en esa copa mágica, en la que hay acuarelas deliciosas pintadas por un ángel invisible que ya es genio del bien, ya genio del mal, que encamina a los jóvenes al salón de moda donde se dan cita los secretos de la dicha o las trágicas escenas del desencanto, las historias que quitan el matador esplín, o las que erizan los cabellos, porque el amor es una eterna dualidad, simpática o repugnante, según se la comprenda. El amor con tintas de violeta, con palideces de azucena, con música celeste, con perfumes exquisitos, con ideales embriagueces, con algo que flote y que sin ser del todo material lleve los distintivos del espíritu, este amor raro gusta más a los jóvenes no vulgares.

PERO las estrofas de amor hoy no se cantan: se gritan, como un largo evohé, al rumor de los quemantes besos, al latir de los mórbidos senos aromáticos, al chocar de las copitas de oro del vino de Champaña, al són de una orquesta de lúbricas veceras, con notas de abuso que hieren la carne, adormecen el alma y enloquecen a esa mariposilla veleidosa de la pasión que va a ser devorada, quemada, pulverizada en una hoguera que, después de tentar por sus destellos, da hastío y mata irremediabilmente al que se acerca,—porque el amor es también como el mar: su grandeza abruma, la poesía que en-

LOS que dudan del éxito, los temperamentos vulgares y fríos a quienes el esplendor de la literatura no les entusiasma, los escépticos de la precocidad de los talentos privilegiados, se reirán de las nuevas ideas y quizá guerrearán contra el florecimiento literario, alegando que no proporciona puñados de oro. Pero la juventud no consienta en dejarse aniquilar: libre la gran batalla y llegue hasta el sacrificio, sin permitir que su ideal sucumba impunemente. ¡Santo martirio!

EL exterminio es negro, es desolación. El martirio tiene color blanco, color de azucena, vislumbre virginal. El martirio es saludable: su sangre, después de fecundar los corazones, sube al cielo evaporada, y, en alas de la noble intención, se remonta hasta el más puro ideal.

DERRAMADA en pro de la religión de la humanidad, es el holocausto más sublime de las almas. Nunca es inútil o estéril el sacrificio en aras de las empresas redentoras. A la postre, florece, mejorando esta miserable tierra.

LOS mártires de la libertad nacen de los espíritus jóvenes. Los hombres ruines, los parias que padecen de miopía moral, los esclavos de la ignorancia o del errado criterio

—consecuencia directa de la deficiente educación—no conciben estas heroicas virtudes, que rayarían en imprudencia, en temeridad, si el talento no las sublimara.

PORQUE el martirio es nuestra cuerda, ha dicho un estrecho connotado de la madre libertad. Sí: la cuerda que la envidia, con su lazada corrediza, rodeando está la cerviz de los virtuosos; la cuerda que la pasión política, con sus furibundos arrebatos y feroces dente-lladas, anuda a los pies de los patriotas, imposibilitándolos a que marchen al triunfo; la cuerda que la calumnia prepara, que la maldad tuerce para los varones de mérito, para los seres honrados, llenos de la altivez propia de una conciencia limpia; la cuerda que el fanatismo amarra a la independencia de las ideas, a la libertad de credo, al horror al misterio, y a la investigación del milagro; la cuerda con que la mala suerte aprisiona a los caracteres erguidos, dándoles a saborear el duro pan del ostracismo, de la protesta muda, del pensamiento con grillete; todas estas cuerdas infames, manejadas por verdugos, conducen al martirio. Toma éste las proporciones de un diluvio, cuando se quiere lavar con sangre libre la opresión de una vida sin ideales. Y el martirio no sólo es noble, es bendito. Dón que la eximia educación espiritual concede a pechos generosos, se inspira en la virtud. Apoteosis de

los mártires, la muerte. Ella les presenta coronados de los laureles de la inmortalidad; ella lanza fúlgidos rayos en torno de las frentes dignas; ella es la mejor aureola para los que santifican sus acciones; ella es el fuerte lazo que ata la tierra con el cielo.

EN el Ecuador ha habido mártires de un ideal. Tras incesantes revoluciones y desesperadas contiendas, hánse ostentado al fin unos pocos creyentes: los de la libertad. Contados son; pero no por esto desmerecen. Al contrario, tributémosles más gloria. Guardan la fe en la redención del país los que de veras se han sacrificado, no haciendo obra de patriotería, de simple alharaca, de hinchazón, sino positiva y modesta. ¡Cuánto vale que la modestia sazone todos los actos, por lo mismo que va retirándose zaherida por la presuntuosidad!

¡OH, tú la virgen apacible! ¡Oh, tú la reina de las gracias! Dime tu nombre, bella criatura. ¿Cómo te llamas? ¿Nada respondes? Te conocen muy pocos, angelical virtud, centinela del mérito de buena ley, harija del sustancioso grano, cuando sopla la justicia. ¡Salve, modestia! Vives oculta en este mundo loco, de vacía pretensión y de soberbia. ¡Salve, sagrada cenobita!

HERO entregóse en brazos de la mar ai-

rada cuando supo la muerte de su Leandro; no de otra suerte el mérito naufraga una vez que fenece la modestia.

¡BENDITO seas, perfume delicado, que embelleces las obras de la vida!

ERES el legítimo talento del genio, así como el orgullo es la torpeza del talento, y en los pobres de espíritu, la patente de su estulticia. Pigmaleón enamoróse de sí mismo, convirtiendo en ídolos sus creaciones de arte. Tal el vanidoso que adora sus propias cualidades.

NECESITAMOS de jóvenes modestos para que la patria sea feliz. Con la modestia se llega a lo grande, hasta el martirio.

No resisto a la tentación de copiar aquí unas hermosas líneas nacionales, brotadas de cristalina fuente: el civismo. Hélas ante vuestros ojos:

“¡BENDITO sea el martirio de los hombres generosos que se ofrecieron como holocausto en aras de la Patria! Por él se han abierto nuevos y más amplios horizontes en la República, y por él hemos llegado al triunfo.—¿Qué importa la derrota, qué la caída, qué el sacrificio, qué el patíbulo, en fin, si la consecuencia es grandiosa?—¡El crimen no el patíbulo deshonra!, dijo un gran poeta”.

LLEGUEMOS hasta el sacrificio en bien del

pueblo, teniendo como guía a nuestro ilustre compatriota Montalvo, a quien la juventud debe profesar siempre religioso y ardiente amor. Este viejo polígrafo,—que, en frase de Rodó, “llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza”—será nuestro Mentor. Es el padre de la idea, el maestro de la juventud. Entre las páginas inmortales de sus obras se oculta un astro: el genio, y bulle una límpida fuente: la verdad. Es un orfebre asombroso: su estilo una creación de arte cincelada en oro. ¡Qué pureza de lenguaje! Sus libros asombran, porque en ellos hay algo que seduce, algo grande, algo digno sólo de los privilegiados del pensamiento.

SEA también nuestro ejemplo el gran García Moreno que ha conservado con más pureza la tradición de la honradez y de la energía dominadora de los hombres, por más que los rutinarios la llamen ferina. Su vida sublime es un fenaquisticopio de virtudes acera-
das, que se mueven dentro de cuadros y acciones sorprendentes y a veces sombrías.

No olvidemos también la memoria de Eloy Alfaro que el tiempo volverá luminosa, depurada en el crisol de la justicia, que tarda; pero llega al fin: ese infatigable anciano fue

el varón representativo del progreso, a despecho de la feble concepción de sus contemporáneos.

GABRIEL García Moreno y Eloy Alfaro, los hombres más grandes, los gigantes de la República ecuatoriana, el uno con su hipnótica y dura mirada de inquisidor, el otro con sus incisivos ojillos de relámpago, preñados de astucia y de resolución; el primero con su autoritario gesto, clara transparencia de su alma de hierro templada al rojo blanco; el segundo con su fascinante sonrisa maternal, ocultadora suave de su porfiado corazón de batallador hasta la temeridad; estos dos protagonistas de magnas epopeyas nacionales amasadas con sangre, han escrito páginas admirables en la historia de la América. Ambos son excelsos, porque fueron portaestandartes de fuertes pasiones, provocadoras de excesos, de huracanes y de tempestades hasta después de sus despiadados y sangrientos holocaustos. Ambos son inmortales, porque, no obstante sus inmensas caídas, fueron netamente humanos—entendiéndose por esta denominación la genuina representabilidad de varones indomables, juglares con los más firmes caracteres, malabaristas de hombres, sugestionadores de multitudes. Porque fueron muy humanos, la patria les divinizará mañana. La augusta figura de Rocafuerte, a pesar de sus avanzadas refor-

mas y de sus labores fulgurantes para aquella época, es quizá de segunda línea, sobre todo ante el último, como lo es ¡perdón por el sacrílego símil! un mediocre burgués ante la aristocracia del genio (1). Ambos pa-

(1) Un extranjero ilustre, el Sr. Ministro de Bolivia en el Ecuador, Dn. Alberto Gutiérrez, dejando constancia de su imparcialidad, le pinta así: "El general don Eloy Alfaro fue una de las figuras históricas más contradictorias y complejas del suelo americano. Había nacido caudillo y había pasado toda su existencia borrascosa en medio de las conspiraciones militares y en las penurias de la vida de campaña antes de conquistar y no abandonar sino con la vida las regalías del poder. ¡Extraña e inexplicable fruición que domina y absorbe ciertos caracteres y conduce a los hombres a todos los extremos de la temeridad y de la demencia! El número de los complots políticos en que Alfaro tomó parte desde su juventud más temprana, se cuenta por el número de situaciones de su propia existencia. Adolescente todavía, llegó a ser ayudante de Urbina y en esa escuela primitiva de los pronunciamientos inició su carrera política. Cada episodio de su vida fue un peligro y un drama, a la vez que un estímulo para sus ambiciones. Se había familiarizado con el peligro y era el vivac el reposo y la fruición de su existencia. No había adquirido preparación académica, ni conocimientos de la historia política o del arte de gobernar; pero estaba dotado de gran valor, de una inmensa audacia, de un espíritu nativo de mando, de una perspicacia natural y de cierta sagacidad ingénita que atraía y conservaba a su lado auxiliares y prosélitos. Los años y las luchas habían dejado una huella de fatiga en su organismo septuagenario, pero la energía moral, la tenacidad y la perseverancia de sus mejores días no le habían abandonado"..... "Le vimos durante largas horas de la vida, le tratamos en los momentos serenos y en los de agitación y de lucha, le seguimos con el ahineo del observador que estudia una psicología complicada, en escenas diversas de su época postrera, en la agonía efectiva de su personalidad política e histórica. Le encontramos siempre complejo y contradictorio como su fisonomía y como su continente nervioso, endurecido por las fatigas, las privaciones, los peligros constantes de una vida borrascosa. Nos parecía afectuoso y benévolo en el hogar, expresivo e insinuante con sus amigos, convencido de que obraba bien en política y de que cuidaba con celo paternal los intereses de su pueblo". (Alberto Gutiérrez.—Las Capitales de la Gran Colombia.—París—1914.—Págs. 102—104).

garon con la vida el afán de ennoblecer al Ecuador. Fueron sublimes alucinados, fanáticos de ideas diametrales, polos opuestos, anverso y reverso de una causa que la creyeron santa, pasado y futuro del progreso ecuatoriano, cíclopes para el mal y para el bien, montañas de pertinacia, de ambición y de satiriasis del poder, cenobitas del ho-

Un esclarecido talento ecuatoriano, conservador de tuerca y tornillo, el eximio poeta azuayo Dr. Remigio Crespo Toral, recalitrante enemigo de Alfaro, a raíz de su ignominioso martirio, dijo:

“El General Alfaro fue un patriota indudablemente. Y lo fue, no a la manera de los griegos o romanos llamados a regir la Patria de ocasión y por demanda de sus conciudadanos, sino como Sila o Mario, desde su juventud se sintió caudillo, adoptó la política por oficio y temperamento, y vivió por muchos lustros de pretendiente y proscrito o en el vivac del revolucionario. Fue también patriota, porque amó mucho a su patria y se había sacrificado mil veces por ella. Se distinguió por el valor, un valor sin un solo espasmo de flojedad, un valor permanente y reflexivo. Tampoco, como gobernante se mantuvo en la vulgaridad, como decían sus adversarios o rivales. Astuto y reservado—cualidades estas de su origen indígena—supo hasta donde podía valerse de los demás, y los echaba de alto abajo, con la misma facilidad con que los había puesto encima. Él, mejor que el General Flores, más que García Moreno, logró dominar al Ecuador hasta creerse invencible, único e indispensable: todo un carácter, se impuso en las circunstancias más contrarias para el logro de su ambición nunca satisfecha. A tener más años y elementos, habría tentado la reconstitución de Colombia la antigua; y él, que fue General en las cinco repúblicas de Centro-América y árbitro de ellas en una contienda admirable, bien pudo resucitar el ensueño de Bolívar y supeditar..... a Cipriano Castro.

En el exterior, el General Alfaro nos garantizaba el respeto de las demás naciones: en la última crítica emergencia con el Perú, su valor y su prestigio nos redimieron de muchos males.

Además, como jefe de familia, casado con una respetable señora de Panamá, se distinguió como un modelo: en su casa, a pesar de ser la de un proscrito y eterno pretendiente, hubo siempre régimen y honorabilidad. Su corazón se abría casi

gar, seráficos en su pobreza, pecadores de la política, temperamentos extraordinarios al fin. ¿Quién amó más a la patria que Eloy Alfaro?

DEBEMOS venerar a los prohombres y autores nacionales, no sólo porque son nuestros compatriotas, sino también porque con sus obras nos ilustran, nos honran y dan celebridad a la República. Admirar el talento y acatarlo es rasgo de justicia, porque el talento es dón que impone, ennoblece y sugestiona. Quienes dominan con la inteligencia triunfan en el mundo: aquella dádiva celestial inmortaliza a sus poseedores. Y la inmortalidad es el éxito supremo de la vida: es la resurrección de los que mueren, la remo-

siempre a la misericordia: no extremó la venganza, practicó la limosna y olvidó las injurias".

(“La Unión Literaria” Marzo de 1913—Págs 103-104).

El eminente hombre de Estado Dr. Luis Cordero, otro grande enemigo político de Alfaro, murió con la preocupación de la suerte de este luchador. Las palabras del Dr. Cordero en el lecho de agonía fueron: “A Dios! está perdido”, al saber que al General Alfaro se le conducía preso a Quito.

El Sr. Dn. Francisco J. Herboso, Ministro que fue de Chile en el Ecuador, trató también con gran admiración acerca de la figura histórica de Alfaro. Consúltese el libro “Impresiones” del Sr. Herboso. Otro enemigo político, el Dr. Clemente Ponce, brindó en Durán “por el primer estadista y grande hombre del Continente, por el ilustre y benemérito General Alfaro, cuyo nombre debía pronunciarse sacándose el sombrero”. “Los que le atacan, dijo, no son buenos patriotas, y merecen una severa censura. Condono la oposición, agregó, a ese grande hombre, cuyo nombre debe pronunciarse con veneración y respeto”. (“El Fósforo”, de Quito, N° 34, de 17 de Noviembre de 1914).

ción del polvo de la eternidad, la aurora que disipa las tinieblas del olvido. Los autores nacionales son timbre de orgullo de la patria. Cuando nos alejamos de ella, qué gusto experimentamos, qué satisfacción al oír encomiar a algún escritor ilustre. “¿Y de dónde es?”, preguntan con entusiasmo. “Es un compatriota, es ecuatoriano, . . . le conocí; . . . ¡hace algún tiempo que murió!; . . . le conozco . . . , vive todavía; . . . ¡es de carácter apacible! etc.”, se responde según los casos, alegres, pasando a contar alguna anécdota de él, alguna nota característica. Sea quien fuese, apocarle en esos momentos sería un crimen, la indiferencia una falta imperdonable. Conviértese en cuestión de gloria personal, en caso de patriotismo, y le ensalzamos con cariño, como a cosa propia, cual a un individuo de casa, como a miembro de familia. Entonces la nación se engrandece. Recibimos una fruición de bienestar. Y los extranjeros nos felicitan. Oímos palabras dulces: “Buenos talentos ha dado su país. Tiene Ud. una galería de varones notables en su patria”.

LA Historia, como una ave sagrada, revolotea en los escritos de Montalvo. Gloria inextinguible de la patria, su nombre immaculado se levanta sobre todas las cimas, desafiando a la desesperada calumnia, a la negra envidia, al brutal egoísmo, a la espantable intransigencia, a todo lo que asoma

con rostro de maldad y de despecho. Es la figura más alta entre los colosos de la literatura nacional y el combatiente más valeroso entre los titanes de la idea, si especial y serenamente se han de examinar los negros días en que la vertió. Excelso entre los excelsos, no puede ser comprendido lo bastante todavía por las masas, por el pueblo sin preparación previa y hasta por un escaso número de ilustrados, a quienes, sin embargo, ciega aún el partidatismo y el terror, propios de las creencias timoratas.

HAY que hacer luz, ser incansable en la propaganda, a fin de que se vulgarice en el Ecuador su purísima doctrina y se imite, se aprenda su corrección literaria.

DICE el insigne crítico Dn. Juan Valera, hablando de Montalvo, que "no es un escritor así como quiera". "Es el más complicado, añade, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización grecolatina hasta el día de hoy: y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y trasmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona".

SIGAMOS, jóvenes, sus huellas tanto filo-

sóficas como literarias, para ampliarlas, para profundizarlas, para superarlas si es posible; bebamos, en esa inmensa y límpida fuente de ilustración, la verdad y la donosura del estilo. Busquemos estímulos, no egoísmos.

“USTED no se imagina, decía el malogrado escritor Pedro Balmaceda Toro en amena carta a un amigo, el bien que hace un estímulo sincero”. Si de él carecemos por completo en esta tierra desventurada, breguemos sin embargo, breguemos siempre, seguros de que, a pesar de la cruda guerra de la envidia y demás pasiones mezquinas, habrá un día algún corazón virtuoso que comprenda y tribute justo elogio a la obra esforzada del puñado de jóvenes que se obstina en hacer frente al vulgo que censura porque no tiene conciencia de sus actos.

No me cansaré de repetir que la prensa es el termómetro de la cultura. Acogiéndola en el seno de la nación, se triunfará, a despecho de los necios, nictálopes de la sociedad, que insultan a la luz porque su elemento propio es la sombra.

¿SABÉIS lo que he pensado tantas veces ardiendo en patriotismo y esperanza? He meditado en el porvenir de esta República representada por la juventud; y me he preguntado con intuición y alborozo inexplica-

bles: ¿estará llamada a ser la palanca del Ecuador que le impulse a los mundos del progreso? Sí, creedlo con viva fe, la juventud será su palanca.

POR lo mismo, el punto de apoyo en que es menester fijarse es el periodismo. Saludémoslo con un ¡hurra! de entusiasmo, porque ya le vemos brillante en las regiones del ensueño, en las que tantas cosas bellas se engendran; saludémoslo con alegría, porque ya se descubre en lontananza, rompiendo a cañonazos los nubarrones de obstáculos capaces de acobardar a otros que no fueran los valientes apóstoles de la reforma social. Y al saludarlo así, rebosantes en buena voluntad, ojalá pronto pudiéramos darnos mutuamente los parabienes en el recinto de Minerva, a la que es preciso se levante augusto templo.

LA valla del miedo o de la vieja rutina van saltando muy pocos en la cuadriga triunfal de la reforma. Pegados a las rancias preocupaciones, giran en una esfera pobrísima, esfera de limitáneas líneas estrechas: tienen horror a la innovación, temen el ridículo, la dentellada del despecho o de la envidia. No es preciso ser un héroe para poseer gran corazón. Sin el vencimiento, sin el esfuerzo propio, no se domina a las multitudes, que suelen pesiar. Acostum-

brándonos a oír con indiferencia el ladrido de la jauría envilecedora y corrompida, se puede marchar adelante.

LA semilla fresca, el grano apto para la fecundación de los campos de la moral, existe desde mucho antes. En algunas regiones se encuentra escondido, en otras no halla constantes y valerosos sembradores.

LA abnegación está prófuga. Sólo un monstruo quiere imperar, el odio. Hay que librar a los desvalidos de la presión de esta zarpa poderosa. El león ruga ante la gacela. El tigre muestra los dientes al cordero. El gavilán afila sus uñas en presencia de las palomas. ¿Por qué se encolerizan? Porque estos inocentes animales son pequeños, porque son débiles.

EN el grotesco zarambeque de la moral que impera, no es un crimen tener garras; pero sí amez. Las luchas por la vida van tomando una forma amenazante: el exterminio. Destruir a los enanos para que surjan los colosos por las armas, he aquí el axioma que se abre paso por la fuerza. Matemos tan aniquilador sofisma. Tendamos el ala protectora para cubrir a los polluelos. Evitemos que las águilas, que los buitres, que los monstruos con garfios se mantengan de la rapiña. El simún de muer-

enemiga de los crepúsculos contemporizadores, de los que se pierden entre el fulgor y las tinieblas, de los que son penumbra repugnante y no alborada que brilla, de las sombras de la rutina, de la ignorancia, del fanatismo, de las brumas de la hipocresía, de la conveniencia y del miedo.

CUANDO las ilusiones revolotean, como matizadas mariposas, por los pensiles de la fantasía; cuando la actividad, con plétora de sangre en las venas, se muestra capaz de empresas colosales; cuando el ideal nos aupá hasta la cima, no es lógico alimentarse con vulgaridades ni fomentar inconstancias, diminutas y censurables tendencias, deseos que no se distinguen por su elevación.

RECORDEMOS los momentos felices de la infancia: soñando con la edad primaveral, busquemos el remedio para los dolores, endulcemos la vida del espíritu. Las pasadas lágrimas, desahogo del corazón; los perfumes que en el vehículo de la memoria nos llegan de aquella época; las imágenes que guarda el alma, planta deshojada más tarde por el pesar de tantos desengaños; esas imágenes de seres que amamos, y los goces de una conciencia pura libre de remordimientos y rencores, he aquí la vida, el remedio, la salud del corazón.

¡BENDITA mañana, que con febea pompa manifiestas el asombroso panorama de la creación y arrancas palabras fervientes para ese mago ignoto que fabricó los millares de planetas,—número incomprensible para la humana inteligencia!

¡BENDITA, bendita para siempre, primavera de la edad, juventud de colores matinales!

*
* *

EL sol ha crecido más y más en su diurna carrera, o, con mayor propiedad, el movimiento de rotación del globo ha presentado otros puntos de su superficie ante aquel astro, causando así la sucesión del tiempo. Perpendicularmente laza sus rayos sobre nuestras cabezas. Se nota algo de pesadez en la atmósfera; sentimos ligera sofocación. El calor es fuerte. Las nubes, como vellón esparcido por el cielo, interrumpen la monotonía del azul infinito. Es el mediodía, el instante de la momentánea paralización, del rápido receso. Los obreros regresan a sus pobres viviendas con las manos encallecidas, fatigados y en busca del sustento reparador de sus perdidas fuerzas. Se ven caras cubiertas de hollín, de cal; delantales ennegrecidos; mandiles salpicados de aceite, de

pintura; muestras del trabajo; pringues y borrones que no desdoran, que jamás son una mancha.

POR un momento cesan de humear las inmensas chimeneas de las fábricas, de bullir con sonos crepitantes los calderos y de rechinar agudamente las limas. El martilleo del progreso calma y las máquinas moderan su pujanza.

Los pajarillos no trinan ya aleteando en sus nidos. Ellos también revolotean procurándose el nutritivo grano para sus hijuelos. Otro es el concierto que resuena: la armonía del pan por el que cotidianamente se libran porfiadas luchas en la tierra, el himno de los que tienen hambre. Todos van en busca de aquél: unos le encuentran blanco y provocativo, otros tiernequito aunque moreno, quienes bazo y duro quizás; pero todos lo acogen con alegría.

¡CUÁNTOS dramas encerrados en esa porción de masa de harina y agua! Toda la ciencia de la economía política: tierra, capital, trabajo, su división, el problema de las máquinas, el mejoramiento de la industria, las asociaciones económicas, la producción, la riqueza, los grandes movimientos sociales, comunismo, individualismo, huelgas, todo, todo encierra un mendrugo de pan.

DESDE el opulento pan de flor hasta el de munición o el subcinericio, todos llevan consuelo al tugurio, calor al cuerpo, sonrisas a la miseria. Y el pueblo consigue el pan bienhechor con muchas penalidades, sudando el hopo. Para que sea más grato, para que nos sepa mejor, es necesario adquirirlo con dificultad, ya que el trabajo es dón de predilectos, mientras que el ocio una maldición.

LA loba, animal de instintos feroces, que pudiera ser imagen de la pasión bastarda de la holgazanería, un tiempo; como cuenta la fábula, se convirtió en mansa bestia, alimentando, cual madre solícita, a esos dos hermosos hijos de Marte llamados Rómulo y Remo. Pero hay una loba feroz que, asechando a los incautos y cobardes, quiere amamantarlos para el vicio: la pereza, animal difícil de amansarlo. ¿Sabéis como se le doma? Por medio del trabajo. El que trabaja no puede nunca ser triturado por los agudos dientes de la holganza. Y como el trabajo es redentor mandato para la humanidad, hay obligación de acatarlo cual sagrado deber, aun cuando no fuera ley suprema impuesta de un modo terminante.

SI no queremos traicionar a nuestra conciencia, trabajemos, sirvámonos siempre de esa palanca sublime que levanta al mundo,

y que, a medida que avanza la civilización, convertirá en un semidiós a quien la usa. Un pensador ha dicho: "El trabajo es ley: quien la rechaza como fastidio, la tendrá como suplicio. ¿No quieres ser obrero? Pues serás esclavo. El trabajo no os abandona por un lado sino para volveros a coger por otro. ¿Tú no quieres ser su amigo? Pues serás su negro".

DE la pereza se descende al crimen: es el escalón más fácil para bajar a la miseria y a la muerte. Hay gradas que llevan al cadalso: la holganza es una de ellas y quizás la mayor.

LA pereza es el sueño de las nobles facultades, la inercia de la inteligencia, la paralización de la hija del progreso—la actividad. Cuando el deber muere en el corazón de los desleales, brota la corrupción en forma de pereza, y toma el vicio proporciones espeluznantes.

EL hombre que no ha aprendido a cumplir con su deber, el que no ha trabajado, el que no ha escuchado la voz misteriosa que le grita: ¡no descances nunca!; este infeliz mortal jamás sabrá respetarse a sí mismo, y, no respetándose, será indigno del aprecio de sus semejantes. ¡Ay de los zánganos sociales, ay de los parásitos!

EL trabajo es la encarnación de la humanidad. Bajo esa palabra palpita la vida universal. Quien la invoca con fe triunfa a la postre. Suprema ley, suprema gloria, todos están llamados a tributarte alabanzas eternas. Se organizan fiestas en tu nombre. ¿Quiénes te tratan de espantable maldición? ¿Quién osa denigrarte y llamarte castigo del cielo? ¿Quién te explota para vivir en holgazanería? ¡Oh, trabajo fecundo, sólo podrán denigrarte los réprobos de la sociedad que con astucia se apoderan de la sangre del pobre, los que propagan que el trabajo es anatema que hay que borrarlo de la frente, los que, en lugar de estimularlo, se acogen a la conformidad del vencido. Oración, nunca anatema, es el trabajo.

POR tí del polvo despreciable se levanta la riqueza; por tí de las entrañas de la tierra surge el escondido tesoro; por tí de las ruinas se yerguen los palacios; de las cenizas, cual otro fénix maravilloso, vuela el progreso transformado en luz, en calor, en movimiento; por tí la industria garantiza la felicidad de las naciones; por tí el cerebro se agita con ansia de concepciones inmortales; por tí brotan las obras maestras; por tí las fábricas, coronadas de humo, alzan hasta el cielo sus torreones y sus chimeneas. ¡Oh, bendito trabajo! Alma del mundo, te canta la naturaleza, desde el infusorio microscópico

que levanta peñones colosales, hasta la hormiga laboriosa con sus galerías admirables, desde la abeja con su mesurado gobierno y sus panales esquisitos, desde el castor con sus obras de defensa y sus diques de extensión, desde las avicillas que fabrican verdaderas obras de arte para arrullar a sus hijuelos, hasta el rey de la creación, el que corona la escala zoológica, el *homo sapiens* de Linneo. Todos, todos rumorean un himno para tí. La paleta te dedica, en la gama de sus colores, sus más vívidas notas; el buril sus rimas seductoras, la poesía de la forma sus impecables líneas en las estatuas que modela; el hacha las églogas de sus montañas, la tonada pastoril de sus campos, la armonía de los bosques y el ronco acento de los árboles seculares que resuenan a su empuje constante. ¡Todo es para tí!

LA ciencia te consagra sus sacrificios y sus luchas. Y por tí se han descubierto los mínimos habitantes de la tierra, las amibas, los zoófitos, los protozoarios. Por tí, de los átomos, de las moléculas, de las arenas se forman dólmenes, obeliscos, pirámides que asombran. Por tí el rayo ha obedecido la voz del hombre; por tí ha inclinado su lomo gigante el océano y ha extendido su riquísimo manto el firmamento, para la observación de los mundos arcanos y el encanto de los vates del cielo—los astrónomos.

Y desde Brand, el célebre alquimista de Hamburgo inventor del fósforo, hasta Edison, el maravilloso brujo de la electricidad, han encontrado luz, luz inmortal en tu seno. Eres el supremo inspirador. Todo lo allanas. Por tí se obtiene la gran victoria del esfuerzo humano, de la actividad y de la energía que pasan ufanos por encima de obstáculos increíbles, de precipicios abrumadores, de vallas y peñones que parecían por siempre insuperables, rebelándose el martillo ciclópeo, la barra del obrero, el talento y las buenas disposiciones de la ciencia, en lucha de titanes, contra las dificultades de la naturaleza. Cielos y tierra, aguas y nubes están llenos de tu gloria. Aeroplanos, dirigibles, submarinos, hidroplanos, zeppelines, automóviles, trasatlánticos, ciudades flotantes sobre la líquida superficie o sobre la atmósfera, son hijos del trabajo.

¿REFRENARÁ la poesía sus arrebatos y opacará un tanto sus toques porque pasó el cuadro deslumbrante de la aurora? De ninguna manera. Viene la poesía real, las escenas de la existencia, lo que es más humano y no se cierne por las regiones del ensueño. A primera vista, no se descubre mucho esplendor en el paisaje; pero hay contento en nuestras almas. Se siente la satisfacción del deber cumplido, el descanso de la ardua labor, el dulce bienestar de propor-

cionarnos, con el sudor de la frente, la complacencia de la familia, la vida del hogar, el fuego para la estufa, y el vestido para los pequeñuelos.

DESPUÉS, reanúdase el trabajo: los silbatos y campanas de las máquinas de vapor, de las locomotoras, de los talleres industriales, de las grandes fábricas que son emporio de progreso, de los laboratorios científicos, moradas del estudio, conmueven nuestras almas y las llenan de fruición inexplicable.

¡FELIZ del que aprovecha de esta parte importante del día en labores que le alejen del mal!

CUANDO en las diversas etapas de la vida, tras rudo batallar, el hombre, en la plenitud de sus años, en su edad viril y en el magno goce de su salud, sintiéndose al fin padre de familia, se detiene en la sacra tienda de sus lares, como en un vivaque, rodeado de los suyos, a recordar que está montando guardia peligrosa junto al campamento hostil de las enfermedades, de los sinsabores, de los infortunios; cuando medita en las angustiosas noches pasadas y en la brega incesante contra tántos enemigos que asechan su alma, su cuerpo, su quietud, su casa; cuando piensa que el sagrado reducto de su hogar será tal vez invadido por el hambre, por la des-

gracia, por la muerte, dedica su primer suspiro al porvenir de su descendencia; las ideas y reflexiones, sitiando su mente, no le dejan otro problema que el del mañana para las prendas más queridas de su corazón. Pasó ya la aurora de su vida; alejándose va, como tropa en marcha, su juventud, la que, levantando sólo el polvo de los desengaños, se aparta de las costas risueñas de las ilusiones para ir a bogar desesperada por mares borrascosos; despídese la juventud dejando atrás países amados a los que ya no tornará, y agitando a la distancia el pañuelo blanco de sus últimos sueños, que apenas se divisa en el incierto horizonte con el catalejo de la esperanza, trasmonta la cordillera de su media edad, para, desde esa altura, contemplar el panorama que se dilata a los dos lados de su existencia: el pasado, que siempre es grato, y el futuro que asusta. En los albores del día, en su pubertad, estuvo al pie de la colina, descubriendo ambicioso la cúspide del ideal que se destacaba en lontananza; más tarde, a medida que crecía su razón y se desarrollaba su organismo, fue ascendiendo poco a poco, a costa de esfuerzos dolorosos y de duras caídas; hoy se halla en la cima, descansando, momentáneamente quizá, de las asperezas del viaje, inebriándose tal vez con las brisas de las cumbres, después de ese como sol de Libia que soportó en su ruda travesía: mañana volverá a hallarse al

pie de la montaña, pero en opuesto lado, casi como en las antípodas, cansado peregrino, cuando el sol de su virilidad decline. Pocas horas de reposo apenas: no hay tiempo que perder, porque la noche avanza en su carrera. El caminante desaparecerá a la postre, envuelto en la suprema tiniebla o acariciado por el plácido nirvana. Pero sus hijos quedan en el mundo: los hijos constituyen desde entonces su obsesión. ¿Resultará fructífera la jornada que emprendan? ¿Cuál será el éxito después de las penosas e inciertas marchas forzadas? Las etapas de su camino, ¿serán más gozosas por los trofeos que lleva, después de que curó sus heridas, o serán etapas de cansancio, de vergüenza, que interrumpen al vencido su fuga? El padre de familia, filosofando simultánea y naturalmente, ve se obligado, compelido a aprovechar de la luz, del horizonte despejado que se le ofrece, del claro día que está en la mitad de su evolución. Cada hora que se hunde en el abismo del tiempo, es una milla más que le aleja de sus idolatrados hijos. Educarles desde la cuna, si es posible, tal su única estrategia; acrecentar en ellos esa como energía del alma, la voluntad, que es madre de los éxitos terrenales, a fin de que tan importante fuerza se desarrolle metódica, científicamente; servir de médico de la infancia, tal su táctica; médico tanto más práctico, cuanto que está abonado por una larga experien-

cia: los años; combatir, desde los primeros destellos de la vida, todo indicio de mal carácter. Guiados por tan solícitos facultativos, es decir, por sus padres, los niños irán aprendiendo a hacer sacrificios útiles, a no descuidar de la higiene, ni de la limpieza, que es su secuela. Los seres abnegados que se interesan por ellos no temerán contrariarles ni cuando se hallen en el goce del biberón, si va en ello el bienestar; muy al contrario, nada importará que el niño llore privado del pecho de su madre, si con esto se evitan muchos daños, tales como las indigestiones, la dilatación gástrica, los abusos, en fin, del régimen alimenticio. ¡Cómo poder habituarles a la disciplina desde el dulce nido que les vió nacer! ¡Cuántos ensueños para el padre, cuántas utopías educadoras! Ya no se preocupa de sí: ahora sólo piensa en la prole. Su afecto fervoroso deberá revestirse de sagacidad, de aparente rigor, no para convencer al niño, que a esa edad es imposible, pero siquiera para obligarle a tomar los medicamentos salvadores, esas píscimas desagradables que le sublevan y provocan agudos berridos. He aquí al padre—jefe de los suyos—en el hogar, como en un campamento, dictando acertadas disposiciones a sus soldados; convertido ya en médico de los adorables guaguas, ya en maestro de los hijos mayores, ya en profundo fisiólogo, ya en anatómico de esos corazones infanti-

les; revistiéndose de energía, de autoridad, de prudencia para que reinen la paz y la salud, en especial en los peligrosos desarrollos de la infancia, adolescencia y juventud. Quien ha vivido algo, comprende fácilmente que la vida es una pelea, una continua campaña. De etapa en etapa, por desiertos donde no abundan los oasis de la ayuda y del estímulo; por fúnebres estepas cruzadas de pasiones asesinas y de huracanes matadores, va al triunfo, o va a la rota postrimera. ¿Quién le guiará en la inmensa y desolada llanura?—La educación, que, como una estrella inextinguible, será la eterna alumbradora de sus pasos. La satisfacción del deber cumplido, la fruición del trabajo honrado, la práctica del amor y del bien, son las únicas victorias, a raíz de la campal batalla del mundo: los remordimientos, los vicios, el odio, el mal y la desgracia buscados por nuestras propias manos, son las derrotas finales para el hombre. Transcurridas las primeras efervescencias de la juventud, con la serenidad y madurez de los años, el mortal gladiador debe, en todos sus encuentros pasionales, empeñarse en alcanzar sólo aquellos triunfos que mejoren, que alegren, que enorgullezcan eficazmente su espíritu.

EL mediodía es la virilidad: muestra sus fuerzas, las aumenta, y va de nuevo a aprovecharlas en el santuario del taller, sobre el

yunque de la constancia, como sobre una ara sacrosanta, rindiendo culto al trabajo, es decir, elevando una práctica oración.

LA época de la plenitud del hombre en su carrera, eso es el mediodía. Ensalcémole.

Así como en aquella hora el astro rey sube a la parte más encumbrada del horizonte para de allí poco a poco declinar e ir a morir al otro lado de las distantes montañas, no de otra suerte el mediodía de la humana estirpe es la virilidad que alcanza el apogeo, antes de que le falten sus energías y comience el penoso descenso hasta el sepulcro.

* * *

LA TARDE.

EL sol declina. Se admira su soñolienta palidez, hasta que el astro va a hundirse al otro lado de los montes o parece que se oculta en las profundidades del océano. ¡Qué espectáculo tan melancólico y hermoso!

COMO olas gigantescas, los trigales se mecen mansamente. Las aves retornan a sus nidos y se escucha un suave rumor de epitafio. Las chozas despiden penachos de humo. Se puebla de ruidos el establo. Regresan los campesinos dando remate a sus

faenas. En el bosque hay penumbras indescriptibles y armonías extrañas y confusas.

EL véspero se acerca. Comienza a pestañear la dulce estrella de la tarde. Lentamente las sombras, como vírgenes de luto, principian a extender sus cabelleras sobre la faz de la tierra.

EN medio del peculiar bullicio, hay algo precursor del silencio y de la calma. Las variadas notas se amortiguan. El espíritu se arroba y medita. Es la finalización del día. Por lo grave, por lo solemne, tiene mucho de la ancianidad. Se contemplan las postreras claridades, los lineamientos del crepúsculo, lleno de tonos apacibles. Antes de morir el día, el horizonte se ilumina semejando una explosión de llamas. Como las irradiaciones de una inmensa hoguera, tal los cúmulos y estratos aparecen allá en el confín, con fajas coloreadas que en lontananza se pierden suavemente. Cual palacios colosales de pintor magistral que esbozara una rara ciudad de habitantes mitológicos, otras nubes, diseminadas en la bóveda azul, exhiben sus caprichosas formas miliunanochescas.

CÚBRESE la campiña de tristeza; las flores de la pradera se cierran suavemente al beso de la noche.

SE abre a nuestros ojos el incomprendible y sublime libro del cielo. Millares de estrellas titilan en la altura. El sabio se extasía ante tanta maravilla. Ahí se encierra la ciencia del porvenir, la fuente de inspiración y el raudal de fantasía. Las edades pasadas, las presentes y las futuras están allí dándose un solo abrazo, viviendo una vida estable, perenne. La historia vese evocada, refrescada en ese conjunto de constelaciones. El ignorante enmudece en presencia de lo bello, el erudito estudia y se recrea al mismo tiempo.

LOS antiguos indios, los aryas, llamaron *varuna* al cielo, significando la bóveda azulada que contemplamos. En la misma suposición se fundaba el *hueco* o *cóncavo* de los griegos. El *cælum* de los latinos basábase sobre la misma noción de cielo conocida ya. El lugar fulgente, *dyaus* o aire luminoso, según decían en la India, es la región de la luz. Sobre ella moraba Dios, el principio de las cosas, el Jahouh hebreo de los asiáticos. Desde los primitivos tiempos, los hombres han tenido más o menos conocimiento del cielo, rindiéndole admiración y culto.

EL cielo es sublime paisaje que enamora. Es la infinita inspiración de los poetas, el gran libro abierto para las almas predilectas, el manto azul que cubre mil ensueños y as-



piraciones brotadas de los seres que huyen de lo vulgar.

EN las noches calladas, cuando el misterio de la soledad nos sobrecoje, cuando la quietud de la hora apaga su oración, cuando el silencio, como un ángel de las meditaciones, se alza sobre el pedestal de la naturaleza adormecida, cuando el pecho, con anhelos inexplicables, se levanta al impulso de las expansiones, ¿habéis contemplado el cielo? La inmensa bóveda, tachonada de estrellas que rutilan, cubierta de albas nubecillas en fondo de límpido azul, llena de parpadeos luminosos, es un cuadro sublime que ni por paletas magistrales puede ser copiado como se debe.

¡AH! el cielo. La ciencia despeja en él sus mejores horizontes, la perfección terrenal sus más lindas lontananzas y el soñador sus ilusiones más puras. Allí está el secreto de ciertas emociones del alma. Contemplando sus diversas fases, ya pensamos en la mutabilidad de la vida, ya en la flaqueza humana, ya en la incomprendible extensión del universo.

¿HABÉIS visto, entre los pliegues oscuros del manto sorprendente, el solemne paso de la Osa Mayor que parece gesticular, en irradiaciones de luz suave, a los mortales?

El cielo ofrece cuadros variadísimos. Es para las bellas artes constante modelo inimitable. La música, al interpretarlo, cree elevarse a mundos superiores y escuchar la armonía de las esferas pitagóricas.

Nos sentimos sobrecogidos, abrumados con la majestad del infinito pabellón. Entonces aprendemos a conocer a ese resorte misterioso que anima todas las cosas; resorte al que la humana inteligencia llama punto de interrogación.

CUANDO la madurez de las ideas da más consistencia a los razonamientos; cuando una larga experiencia ha puesto de relieve las tribulaciones grotescas de la vida; cuando el estudio incesante va fructificando el fósforo cerebral; cuando las decepciones de los falaces nos desgarraron el pecho; cuando todos los consuelos han fracasado, todas las amistades se han evaporado, todas las engañosas apariencias han descubierto al fin la cara patibularia del mal, comprendemos que la noche es la hora de la oración.

¿POR qué? Porque nada como la soledad, el silencio y el panorama del firmamento incita más a elevar nuestras plegarias, a exponer las quejas del alma, a derramar lágrimas en la sombra, libres del bullicio de la crítica, de la carcajada brutal de los que go-

zan. En el callado santuario de nuestras conciencias, mandamos hacia mundos ignorados la súplica sincera encaminada al pínaculo de los diversos credos.

TODOS los que nos abandonaron en este mundo acuden al supremo grito del corazón: con los brazos abiertos les recibimos, sin poder ocultar una lágrima que resbala por las mejillas. La noche se presta para las visiones predilectas. A merced de las tinieblas, parece como que nos hablaran los seres idolatrados a quienes no se olvida.

Y nuestra oración se mezcla a la profunda majestad de la naturaleza, que tiene aspecto de acompañarnos con su recogimiento.

LA noche es alivio para las almas grandes; pero los de morbosidad moral, los deprimidos, los débiles experimentan angustia inexplicable. Los fuertes hallan lenitivo: los pequeños tiemblan, los criminales agonizan de pena, los cobardes—heridos por el infortunio—desesperan con el peso de sus cuitas.

MIENTRAS la noche trae general descanso, hay seres desgraciados que carecen de albergue, que no tienen una morada amiga, que no encuentran donde reclinar su cabeza.

PARA la extrema miseria, la noche es un flagelo en las ciudades populosas.

ESTOS ejemplares de orfandad y de miseria no consiguen hasta ahora interesar de una manera práctica al mundo en su favor. El egoísmo que va tomando incremento, apoyado quizás en las mismas dificultades de la existencia, ve pasar a los desventurados de la tierra con marmórea indiferencia, en la noche del endurecimiento de alma que cubriendo está los senderos de la piedad.

APRENDAMOS a apiadarnos de los infelices. En el crepúsculo de las necesidades que martirizan a nuestros hermanos, rutila la caridad, esa refulgente estrella de la tarde, ese véspero hermoso que también de tarde en tarde suele asomar en corazones virtuosos.

¡OH, noche, que regalas con tu sueño a los que en las horas diurnas lucharon por la vida, vuelve tus ojos humanitarios a los que desesperan! Noche, que atormentas con el remordimiento a los que ejercitaron el mal o se entregaron a la holganza, socorre a los desvalidos. Eres fecunda en frutos de filosofía y de seria reflexión. Eres el numen de los poetas, la compañera de los sabios y el templo de los justos. Eres la quietud y el ángel de la oración. Eres el ojo del fis-

calizador de las conciencias. Si en tu seno quiere esconderse el crimen, envías un lampo de claridad, un rayo de reprensión, un destello de alarma. ¡Salve, noche poética y serena! En tus brazos se entregan los mortales después del duro batallar del día. ¡Oh, virgen recatada, que aguzas la fantasía y que besas la frente a la balhurria! Constantemente, al amor confidencial de la almohada, inspírala sueños de quietud y de esperanza, para que mitigue sus cuitas y enaltezca sus pensamientos de ilota uncido al armatoste del dolor y de las crueles inferioridades!

QUIZÁS así aprenda a contemplar el cielo, tan encubierto para los pobres que en las grandes poblaciones viven en estrechos sotabancos, situados en calles más estrechas todavía, en los que, con el humo de las fábricas, con el aire viciado, con la falta de ventanas y de ventilación, con el recargo de dolores, con la vista empañada por deficiencia de condiciones higiénicas, no se dan modo de mirar la bóveda que para ellos no es azulada, sino negra. Estos no se acuerdan de una primera causa, sino para maldecirla.

VIVEN en peor condición que nuestros indios, porque no gozan del aire libre del campo, ni conocen la fe del carbonero, hija de la ignorancia. Proletarios abundan en Eu-

ropa que no poseen ni la milésima parte de lo que sobra al rústico y primitivo indígena de estas ubérrimas regiones en su pegujal y su majada: no obstante, el prístino monarca americano está muy lejos de ser feliz, aunque tiene la vida material asegurada y se aturde en perpetua orgía. Los indios sufren, pero no maldicen: quédales el consuelo de las lágrimas; son esclavos, pero no se desesperan: la fe, con su traje burdo, les reanima. Son parias, pero no blasfemos. Entréganse a musitar sus dolores. ¿Los habéis oído gemir? ¿Habéis escuchado su yaraví? El más popular es el *sanjuán*, que, triste como las quejas del desgraciado, desgarrador cual el suspiro de angustia del moribundo, sensible como la lágrima del huérfano, posee una música *sui generis*, impresionable en medio de su monotonía. En su sencillez rústica, en su semi-bárbaro sonsonete, en sus repeticiones melancólicas y numerosas, se lee una nota dominante, la pena: hay algo en ella de la melodía rusa. Es el canto de los desheredados de la fortuna, de los pobres indios subyugados, siervos de la gleba; el clamor de una raza prostituída, que, de dueña del vasto y rico territorio de la América, de indomable, de soberbia, de vencedora, se trocó en esclava, en bestia de carga, en carne de cañón, dispuesta al concertaje, a vil labranza, a los hercúleos laboreos de peor condición que el

asno y al miserable servicio de gañán maldito, carne despreciable.

¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los vencidos!, según la tremenda amenaza del jefe galo. La doble exclamación brota de suyo, viendo tantas injusticias de la suerte y tantas barbaridades del hombre civilizado, del que se dice culto y cristiano.

AQUELLA tonadilla conmovedora, — que parece engendrada en la noche de orgía de un despechado, por las incoherencias que en su fondo se notan, — es la música tradicional del pueblo indio en sus festejos. Se entrega frenéticamente a sus diversiones, baila con la borrachera de la alegría, en medio de aquellos ecos de tanta tristeza.

ESTO parece una eterna ironía, el sarcasmo de los infelices que en su impotencia ríen aparentemente, cansados de llorar en su interior; que se entregan al solaz resignados, porque ningún remedio en lontananza advierten, pues sus horizontes son cortos y llenos de bruma.

¡OH, sombras de los Scyris, de los Puruhaes, de los Paltas, de los Zarzas, de los Quitos, de los Tiquizambis y cien pueblos más! ¡Oh, bella tribu de Carán, esparcida por la hermosa Bahía de Caráquez! ¡Oh,

encantadora reina Toa, esposa de Duchicela, merced al régulo Condorazo! Pasasteis, múltiples estirpes, gloriosas un día. Como pompa de jabón, disipóse vuestro poderío. Y el himno guerrero que teníais convirtióse en acongojado yaraví.

Los indios, en sus jaranas de aldea, jamás dejan el *sanjuán*. Lo zapatean, lo silban, lo solfean, lo riñen, lo rugen, lo aullan, lo lloran como de necesidad. En sus deplorables chozas, pobre indiecita, de rostro cobrizo, de grandes ojos negros, hermosa, con su arrogancia nativa, — antes que el látigo del mayoral, instigado por el rudo mayordomo, o la paliza del patrón la abata; fresca, como una flor silvestre, con su beldad primitiva, sobre todo en ciertas provincias de la República, como en la pintoresca Imbabura; antes que sea desflorada por el jovencito propietario que se las da de diablo, prostituída por el conservador pícaro, pero devoto, por el jayán rico que la trata cual mueble ruin, preocupado sólo de redondear sus haciendas;—esa indiana virgen y simpática entona el *sanjuanito* de una manera tal, que hace llorar; lo canta en ese lenguaje quichua lleno de expresiones tiernas, que tiene suave y característica fonética. ¡Pobre clase escarnejada! Tal vez resuena el yaraví con todas las proporciones de ingente protesta contra

los abusos de la fuerza, contra el estado de indolencia en que, por egoísmos y conveniencias, se la mantiene, siendo una raza vigorosa y de esperanzas; contra las erróneas enseñanzas, contra la vida salvaje que le dan, abotagándola de supersticiones, evitando que aprenda a leer, procurando, a todo trance, que sepa temer ciegamente y prosternarse.

Los indios levantan los palacios del magnate: son los que repletan las arcas del propietario, los que se sacrifican por el señor feudal; los que reemplazan al jumento que en el atolladero abandonó, jadeante y moribundo ya, su carga; los inconscientes corvediles de maquinaciones políticas y citas amorosas, los correos económicos, los domésticos sin librea, los que proporcionan inagotable mina de oro al sacerdote y mil cuernos de la abundancia al culto de una religión que explota, que corrompe y que envilece. . . . Los mejores curatos, los de más pingües entradas, son los de pueblos de indios únicamente, en los que no alcanzan los días del año para el número de fiestas y obligaciones que inventan como negocio los ministros del Señor. Cristo huye, fiscalizado torpemente por los que han invadido su viña o la cultivan con iniquidad.

“EN América, país bello por excelencia, no se conoce la dolorosa emigración, aquella

que efectúan en naciones donde se niega el pan a sus hijos”, dijo Edmundo de Amicis. ¿Y ésta que hemos pintado? ¡La emigración del indio al país de la esclavitud y de la ignorancia, expulsado de sus antiguos dominios!

LA noche es también compañera de los pobres, material y espiritualmente hablando, porque los pobres de dinero, los que en busca de él se agitan con incesante tráfago, los que no dan descanso al martillo del trabajo que, con repiqueteo interminable, golpea sobre el yunque de la constancia, estos humildes obreros, en la noche suelen reposar: esperan con ilusión a esa virgen de luto para contarle todas sus tristezas; y los pobres de espíritu, los que no conocieron otro horizonte que la rutina, los que consideran la vida como una falsilla en la que hay que escribir al pie de la letra, aun cuando las líneas no estén horizontales ni equidistantes, sin atreverse a raciocinar, eternamente resignados y testarudos a ciegas, obedeciendo a esa pauta vulgar, están en lóbrega noche, en la más siniestra de las noches, la del espíritu. Para ellos no existe nada más allá de sus narices. Toman la noche como viene, comprendiendo de ella sólo la sombra, sin ponerse a meditar en medio de la religiosa calma que nos inspira, en tanto que los pensadores la aprovechan: abísmanse en extrañas y fecundas concepciones y buscan la

clave de problemas universales, diciendo con el poeta:

*“Et je cherche le mot de cet obscur problème
Dans le ciel noir et vide où flote un astre blême”.*

PENSAR es esfuerzo útil, trabajo copioso. Pasan por la mente del pensador, como esas pinturas de artistas místicos y visionarios, un tropel de ideas, de cosas aladas que van a morir en el país de la quimera. Sueña despierto. Y en vez de aprovechar la noche durmiendo brutalmente, como lo harían los espíritus vulgares que se dicen prácticos, la aprovecha soñando sin dormir, hasta que le sorprende la aurora. Proclama doctrinas que más son causa de risa para muchos y para otros alejamiento de sentido práctico; tremola un estandarte bajo el que se agrupan, exclusivamente, unos pocos en la hora terrible de la feria del mundo, cuando se comercia con todo y se quiere sacar en limpio, como última condensación, la utilidad. Vale más el becerro de oro que recibió adoración de la multitud ciega; vale más, porque, aunque hueco e imbécil, es de oro, mucho más que las tablas de la ley que se forjaron en lo alto, entre nubes y truenos, en un cielo hermoso; esas tablas que en la hora presente debieran regir a los hombres y que no son otras que el ideal, que convendría no falte a nadie.

¡OH, bendecido ideal! ¡Cuántos se avergonzarán de nombrarte; cuántos, con la mueca irritante del desprecio, te echarán a mala parte? Y eres todo en la vida; eres la explicación de nuestra racionalidad; eres la fuente de bien para los puros corazones; el escudo de altivez para las prosaicas batallas de la tierra; el dulce consuelo en las penosas correrías en pos del pan; eres el alma de las cosas, la realidad del sueño de la vida: la transformación de la materia, su redenta palingenesia.

POR tí la poesía realiza sus concepciones fantásticas: exteriorizando está por tí lo que en su contemplación espiritual, en el metafísico mundo concibiera.

“Ex efecto, dice Francisco Giner en sus *Estudios Literarios*, mostrar cómo en medio de esta anarquía abrumadora, de esta variedad inagotable y eterna de la vida, se sostiene idéntico el principio substancial en que se funda, y cómo toda ella se ordena y explica en el sistema orgánico de una causalidad incesante, en el cual no hallamos cosa alguna que sea puro efecto y accidente sin razón ni verdad: tal es el objeto de la ciencia. Abarcar inmediatamente en la contemplación sensible de ese mismo sistema, de suerte que en él nada aparezca inútil y que todo cuanto vemos en el objeto se enlace y condicione con mutua solidaridad, constituye lo que solemos llamar sentido poético de la vida, la intuición estética. Hacerlo, por último, efectivo bajo igual carácter de comunidad interior de cada parte con todas, según se nos revela en nuestras intuiciones, proyectar ob-

jetivamente lo que de este modo percibimos, es la misión del bello arte”.

ESTAS tres funciones, estas tres actividades, estas tres energías juegan importante papel en la vida y se unen entre sí, pero no amalgamándose de tal modo que no sea posible distinguirlas, sino que se les aprecia con claridad: así la ciencia se da cuenta de la esencia de su sér, la poesía lo observa todo admirablemente sin penetrar en la íntima naturaleza de las cosas, aun cuando las adivina, y el arte propaga, hace palpar este miraje subjetivo, por medio de signos visibles e imágenes de colorido.

HEGEL, el profeta maligno, si puede permitirse tal expresión, vió para la poesía, que es el alma del ideal, un negro futuro, y anunció su ruina. Mas la poesía, como encarnación de lo bello, como representación del arte, es propia de la naturaleza humana, en donde vivirá eternamente. ¡Ay del corazón si ella desapareciera! A quien, sin un granito de poesía, despierta a la realidad, le acontece lo que a aquel desventurado Fernando Villalaz de que habla Ricardo León, que vuelto a la claridad después de su ceguera de *amaurosis*, tan horrendas cosas vió, que suspiraba por los apacibles días en que no veía con los ojos materiales, pero soñaba con los del alma.

Los pueblos, las luchas de la vida, los hábitos, la civilización de las naciones, todo encierra la poesía, pero fundándose antes en algo. “No hay poesía, pues, sin objeto”.

LAS epopeyas de la humanidad—la de Valmiki, por ejemplo—nos enseñan todas las tendencias de un pueblo, su legislación, sus ensueños, todo lo que fue y deseó esa raza.

“No consiste la obra del poeta en decir las cosas tales como son, sino tales como han podido ser. Ni difieren únicamente el historiador y el poeta por escribir el uno en prosa y el otro en verso. Aunque pusiéramos en metro los escritos de Herodoto, no dejarían de ser historia. La diferencia está en que el historiador cuenta las cosas que sucedieron, y el poeta las que pudieron o debieron suceder. De aquí que la poesía sea algo más filosófico y más grave o más profundo que la historia, porque la poesía expresa principalmente lo universal, y la historia lo particular y relativo”. (1)

¡CUÁN encumbrada la misión de la poesía! Recordemos la expresión de Víctor Hugo: “La sibila tiene un trípode, el poeta no. El poeta es su mismo trípode. Es el trípode de Dios”.

¡OH, poesía, oh, alma de las cosas! Tú conquistas el mundo con una sonrisa. Eres

(1) Historia de las ideas estéticas en España, por Marcelino Menéndez y Pelayo.

dulce tirana de los hombres. Por donde quiera que pasas, vas dejando admiradores, amantes rendidos. Cánova, el inmortal escultor de Possagno, que restauró el antiguo arte italiano, modeló la estatua de Napoleón I, obra maestra, llena de energía, de arrogancia y que lleva un notable gesto de amenaza. El Emperador, al contemplarla, exclamó asombrado: ¿“Se figura Cánova que yo conquisto los pueblos a puñetazos”? Tú, más hábil que el audaz guerrero, los conquistabas a sonrisas.

¿QUIÉN al mirar tu rostro tan hermoso y risueño no se confiesa vencido por tantos primores? Sabes más que el célebre escultor: en vez de recurrir al enojo acudes a la bondad, y así vences siempre. ¡Grande es el hombre que en su alcázar interior, en la efímera torre de sus señuelos, con tanta belidad te cultivó! ¡Oh, flor sencilla, no morirás!

EL profundo crítico lord Macaulay afirma que “la poesía declina inevitablemente a medida que la civilización progresa”. Sea de esto lo que quiera, nos consolamos cuando oímos a Miguel Angel decir del divino ciego autor de esas hermanas incomparables la *Ilíada* y la *Odisea*: “Cuando leo a Homero, me mido para ver si tengo veinte pies de altura”; nos tranquilizamos cuando re-

cordamos el afán con que el ilustre Milton se hacía leer, ya por medio de sus hijos, ya por el de su amigo predilecto Elword, al mismo Homero; nos alegramos cuando el conocido autor de *Los Ensayos*—“el libro más ameno, variado, útil y deleitoso” del siglo XIX, al pensar de Menéndez Pelayo— expresa que la *Divina Comedia* “puede considerarse como la más superior entre las de imaginación que ha producido el ingenio humano después de los poemas de Homero”; nos entusiasmos cuando recorremos las páginas gloriosas de la coronación de Petrarca que magnetizó a Italia y en especial a Nápoles y Roma; nos conmovemos cuando oímos los gemidos y vemos las lágrimas de ese millar de ingleses que leen con emoción las poesías de Byron, llevadas a su tierra ingrata por los vientos del Adriático.

“¿No es cierto, pregunta Núñez de Arce, que cuando la poesía influye tan eficazmente, como en nuestro siglo, en las diversas y múltiples manifestaciones de la actividad intelectual y efectiva, encontrándosela en todas partes donde se ama, se aborrece, se piensa y se lucha, hay motivos sobrados para protestar contra los que la describen como agitándose con los postreros estremecimientos de la agonía?” (1)

EN el banquete de artistas griegos, en casa de la bella Eucaris, al que asisten Dio-

(1) Discurso sobre la Poesía.—Consta en la novena edición de los *Gritos del combate*—1891.

doro, Fidias, Lysis, Clitarco, Teofrasto, la conversación acerca de la estética tiene esta apoteosis:

“EL heroísmo es obra del poeta, repuso Lysis. Es el poeta quien ha engendrado los héroes, y solamente el ideal que persigue el guerrero es lo que le diferencia de un vulgar bandido. Harmodio y Aristógito, que se sacrifican por librar a Atenas de una odiosa tiranía, son dos hombres eminentes y bien merecen las estatuas con que el pueblo los glorifica; pero si Hiparco no hubiese sido un déspota, aquel acto habría sido juzgado como un ruin asesinato. Los hechos de armas de un guerrero son heroicos, si en defensa de una idea noble se ejecutan; pero si en defensa del despotismo o por amor al poder y para oprimir un pueblo libre, las más grandes hazañas no son sino infames vituperios dignos de un terrible castigo”. Y luego estas palabras: “Es más fácil escribir versos insultantes o inmorales que un bello poema de amor o una epopeya sin ripios; y más fácil crear que criticar, construir que destruir. Te molesta la gloria de Pericles, eclípsala con los cantos de tu lira. Homero es más grande que Milcíades”. (1)

HE aquí otro ditirambo:—“¿Tan malo es ser poeta?, replicó Preciosa—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno; hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre: la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más

(1) Dionysos, por Pedro César Dominici.

alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.—Con todo esto, respondió Preciosa, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.—Antes es al revés, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzau pocos”. (1)

¿QUÉ significa todo esto? Simplemente el triunfo de la poesía, que andará por el mundo proporcionando delicias y consuelos mientras la belleza no emigre de la tierra.

POR esto la poesía es imagen de la juventud, de la aurora, de lo hermoso; en tanto que la filosofía puede ser representada por la vejez, fría y reflexiva. La una aclara el alma y la alegra; la otra le sumerge en serias meditaciones y la entristece en la noche de las cavilaciones y errores de la tierra, por la que pasa la vida como un soplo, como si se la viera por la ventanilla de un tren expreso en marcha, como decoraciones teatrales que en un instante representan la aurora, la mañana, la tarde y la noche, o sea la infancia, la juventud, la virilidad y la senectud, que es el ocaso del día.

(1) La Gitanilla, por Miguel de Cervantes Saavedra.

TERMINAN los años, sumergiéndonos en la no interrumpida noche del sepulcro.

LA vida humana es como breve día: después de ligeras etapas, apenas alcanzamos a vislumbrar, al través del prisma de las ilusiones, las diversas acuarelas que, como películas de cinematógrafo, se suceden; acuarelas de tonos alegres o tristes. a medida que la educación y la suerte las dibuja. En seguida nos hundimos en la noche profunda.

IMAGEN de lo infinito, el tiempo es inmutable: sólo el hombre va cambiando. Costas inamovibles son las del puerto eterno: sólo nuestra barca es la que se desliza, la que muda de posición, al pasar por tantas y tan ignotas regiones, dejando atrás, en su rápida navegación, variados paisajes que no volvemos a ver jamás. Cada centésimo de segundo que transcurre, impulsado por la formidable ola de la vida, no vuelve más. El misterioso reloj lo marcó: su puntero no retrocede nunca. ¿Quién puede conseguir paralizar el péndulo inexorable? ¿Quién puede alcanzar que disfrutemos por segunda ocasión el mismo centésimo de segundo que ya fué? Vibró como un relámpago, para apagarse eternamente.

MÁS grave de lo que juzgamos, es medi-

tar en estas cosas que, sin embargo, están íntimamente ligadas con nuestra existencia. El ojo, órgano minúsculo, no puede mirar lo infinito. El telescopio más potente no abarca sino una parte muy limitada del firmamento, lo demás, el espacio sin barreras, queda a oscuras para su objetivo. ¿Qué hará el hombre, liliputiense, microscópico, ante el inconmensurable universo?

EN el eje inmóvil del tiempo, la rueda de la vida gira y gira sin cesar: cada vuelta inútil, cada minuto perdido debe afectarnos hondamente, porque es una partícula de nuestro ser que se desgasta, que cae sin remedio en el magno e impetuoso río.

SÓLO las etapas del pensamiento no son inútiles en la gran jornada hacia la perfección. Las piedras miliarias, los hitos que va fijando a lo largo de su camino, son indestructibles. Avanza el pensamiento, trazando diariamente la historia de la humanidad. Pensar es progresar. Los siglos, con retórica elocuente, ponderan la evolución de las ideas. ¿Qué nos dicen las páginas de la historia? Oid. El estado casi normal de los antiguos era la guerra; con mejores nociones en el cerebro, hoy es la paz. A ella tienden los socialistas de la tierra en medio del huracán bélico europeo. Se apagará el ciclópeo incendio y pronto el Viejo

Mundo comprenderá que el imperio de la paz es el único definitivo y estable, cuando los pueblos no degeneran ni se hundan vergonzosamente en la corrupción moral que es la peor decrepitud. El desequilibrio sangriento engendrará un pacífico equilibrio final, después de que la faz de Europa haya cambiado a causa de la violenta conmoción de sus naciones más potentes y civilizadas. Los romanos que dominaron el mundo, dejándonos la herencia de sus leyes y de su civilización latina, educábanse de preferencia para ciudadanos. Dió un salto adelante el pensamiento, y hoy nos educamos para hombres. Borráronse de los pueblos los sacrificios humanos para aplacar a las divinidades. Indulgencia concedida por el vencedor, merced de agradecer era la esclavitud, hoy es un crimen social. En épocas remotas la hospitalidad era sagrada; con todo, al de ajeno país o idioma llamábasele bárbaro. El pensamiento ha hecho una nueva conquista civilizadora: hoy todos son cosmopolitas, y en vez de hospitalarias ceremonias, hay bondad universal y protección de la ley. Monstruosas y sangrientas fueron antaño las guerras religiosas; hoy las prósperas naciones no pelean por extraño culto, sino las tribus salvajes.

PENSAR es saludable; profundizar el pensamiento es mejorar la vida. Los libros que

nos aconsejan bien, que inspiran a nuestra alma; la meditación que nos sugiere sanas ideas, he aquí lo que no debe olvidar el ente racional, cualquiera que sea la faz de su breve existencia. En lo moral, como en lo gráfico, comienza por deletrear a duras penas, luego lee maquinalmente, después reflexiona en lo que lee, más tarde recuerda su lectura, la apunta; en seguida selecciona sus libros, por último fija su pensamiento, escribe. Así, de etapa en etapa, llega el hombre a la meta de su perfección, desde la que se halla en condiciones de propagar sus conocimientos, fruto del estudio. ¡Qué, desde el niño hasta el anciano, prevalezca un consejo salvador—el de la lectura! Leed, leed todos incansablemente; leed primero en vuestra conciencia y después en todo lo que os rodea; hojead, junto con el admirable libro de la naturaleza, las obras de los hombres.

POR escasos pensamientos que éstas contengan, siempre encierran alguno, pues aun en medio de la cizaña, de la hojarasca, se oculta un granito que germina; y cada pensamiento, por insignificante que nos parezca, es hijo del esfuerzo humano. Sólo con provechosa lectura, conseguimos ora poner en práctica la lección anotada, ora fecundizar nuestras ideas, ora refinar el gusto. Contribuyamos, siquiera con una letra—hablada, escrita o ejecutada—a formar el libro colosal

de la humanidad. Si con signos unimos las sílabas, con sílabas encadenamos las palabras, con palabras los pensamientos y con éstos damos clara muestra de superioridad animal, haremos, empujemos con el pensamiento—motor gigantesco—el carro de la historia humana hacia la cumbre del ideal.

HACE gran número de centurias que en la India brotó el verbo inmortal de Buda, rico en puros y nobles conceptos que enorgullecen al espíritu; siglos después surgió, con hechos, sermones y palabras, el de Jesús; y estos faros inextinguibles iluminan todavía, de uno a otro hemisferio, casi la totalidad del orbe. ¡Maravilloso poder del pensamiento humano!

VIVIR es sufrir. Sufrir es pensar, porque es darnos cuenta de nuestros sufrimientos, tener conciencia de ellos; pero estos dos vocablos—pensar y sufrir—designan acción, es decir, combate; luego vivir es luchar. La lucha es acto propio de la naturaleza humana, como perteneciente a uno de sus reinos, luego también el sufrimiento y la idea son inherentes a ella, porque quien piensa siente y quien siente lucha, es decir, vive. ¿Pero por qué empeñamos la batalla? Con la esperanza de victoria, de mejoramiento, de mitigación de los pesares; luego la vida es una continua esperanza en medio de

la triste realidad. Es así que la esperanza, después de todo, es dulce ilusión, lámpara que vivifica el ánimo, alimento que conforta nuestra fe, es decir, un bien; luego lógicamente la vida también es un bien, algo que conserva un granito de poesía,—porque hay poesía aun en medio del dolor,—de igual modo que en el mínimo fragmento de esperanza palpita la vida del deseo. Es menester que aprovechemos racionalmente de ella, cumpliendo cada cual la misión que trajo al poner sus plantas en el globo, para lo que ha de tomar de su paleta los colores indispensables para el cuadro que está llamado a esbozar. Las pasiones darán animación al lienzo. ¿Son buenas, son nobles pasiones? Hermosa, magistral saldrá la pintura. ¿Son bajas, repugnantes las pasiones? El cuadro será siniestro, borroso, abominable. Auroras o crepúsculos, días serenos o tétricos, noches de luna o de tinieblas, nubecillas de verano o nimbos de tempestad, arco iris de paz o rayos de desolación copia el mortal. Pródiga le ofrece la naturaleza todos sus modelos. El, libremente escoge, según su estética y sus aspiraciones, según sus errores y vicios. ¿A quién culpa si la imitación le resulta fiel imagen de su vida? ¿Por qué se aficionó de los tonos oscuros, de las sombras y no de los haces de luz? Con negras tintas no será capaz de formar alegres alboradas.

¡CUÁNTAS ideas fatigan la mente, cuántos pensamientos nos abruman en la hora del silencio, de la oración, del reposo, en la callada noche!

HASTA la naturaleza, como si ella también reposara, se cubre con su manto, significándonos que todo debe descansar, dormir en la tierra. Sólo el cielo se abre.

¡OH, noche misteriosa! Durante tus largas veladas de calma, la vejez, con profundo criterio, recuerda sus pasadas alegrías; esa adusta abuela, que ha visto desfilas tantas sombras queridas y que ha llorado tantas ilusiones muertas, hace el recuento de su exhausto tesoro. Revisa sus memorias, señaladas, de trecho en trecho, con las cruces del dolor, que son en mayor número que los puntos imperceptibles de la dicha. Sin embargo, si le dieran a escoger, creo firmemente que anhelaría volver a empezar su jornada; ser niño otra vez, ir a la escuela; tornar a la juventud, sentir de nuevo los nobles impulsos del amor; ser hombre, trabajar, hacer obras de bien; plantar, como se plantan árboles, ideas que enriquezcan la vegetación intelectual; y hasta volver a sufrir—que esto es la vida—con tal de no aniquilar para siempre su egoísta entidad, acentuando, una vez más, el pensamiento de que ser es un bien, algo

go como el cielo, y no ser es un castigo, el infierno ontológico. ¡Oh, subjetivismo de las remembranzas!

Y todas las épocas o escalones de la vida vienen a su mente como otras tantas acuarelas casi borradas por los años.

ALLÍ están las de matices suaves, las de albor immaculado, las acuarelas de la infancia. Más allá las de color de rosa, las de tonos encendidos, las rojas como la sangre y la pasión, las acuarelas de la juventud. Todavía más lejos, las de colores serios, las de la edad adulta, las de múltiples matices indelebles, que simbolizan la actividad, el movimiento, las variadas transformaciones del trabajo. Por último, las de tonos cenicientos de la ancianidad, las marchitas, las grises de lo frío y liento, las negras del dolor, las amarillas del desencanto, del desprecio y de la decepción del traidor amigo, las de tintes borrosos e incoloros, emblema de la impotencia; pues, si no anda un si es no es equivocado un conocido autor americano, en la juventud se combate y en la vejez se capitula.

CUANDO en las calladas y poéticas sombras mágico joyero, sublime lampadario, va engastando y encendiendo, como si fuesen claros diamantes, las lentejuelas estelares en el negro regio manto de la altura;

cuando las nubes van desplegando su gasa sutil, como para formar un tálamo de bodas, el poeta, enamorado del augusto misterio de la hora, penetra en el sacro reino de las almas y, férvidamente hincado de rodillas, evoca a su madre, como en una plegaria infinita ante el grandioso templo de la noche, cuyos innúmeros cirios parpadean allá en el altar mayor de los cielos, y reza así:

“La noche amorosa, sobre los amantes
tiende de su cielo el dosel nupcial.
La noche ha prendido sus claros diamantes
en el terciopelo de un cielo estival.

El jardín en sombra no tiene colores,
y es, en el misterio de la obscuridad,
susurro el follaje, aroma las flores,
y amor...un deseo dulce de llorar.

La voz que suspira, y la voz que canta,
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa
como una blasfemia entre una oración.

¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio;
de los que callaron muriendo de amor;

de los que en la vida, por amarnos mucho,
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?

¡Madre de mi alma! ¿No es luz de tus ojos
la luz de esta estrella,
que como una lágrima de amor infinito
en la noche tiembla?

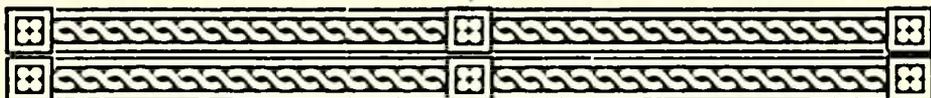
¡Díle a la que yo amo, que yo no amé nunca
más que a tí en la tierra,
y desde que has muerto sólo me ha besado
la luz de esa estrella!

¡Madre de mi alma! Yo no he amado nunca
más que a tí en la tierra,
y desde que has muerto, sólo me ha besado
la luz de esa estrella". (1)

¡SALVE, noche, salve núbil enlutada,
salvé la de regia vestidura, tachonada de su-
blimes luminares!



(1) Jacinto Benavente.—Los intereses creados.—Fin del
acto primero. (Tomo décimo sexto de su "Teatro").



LA ORACION PATRIOTICA



INELUDIBLE, preciso, santo es consagrar a la patria todas nuestras atenciones. Poderosa, como una ley de la vida, la obligación de inculcar, no sólo en el pecho de la infancia, sino en todo corazón humano que late, el amor a la madre querida. Desde niños, la virtud cívica que cultivemos con prolijidad debe ser el honrado patriotismo. Buenos ciudadanos son, en cualquier esfera de su actividad, quienes se educan bajo la saludable tutela de tales principios.

¿Y QUÉ radiosa prosopopeya existe que presente mejor a la patria que su Himno Nacional, la armonía de las armonías, el salmo de los salmos? Sus sagrados acordes, sus notas sublimes hacen vibrar las más recónditas cuerdas del alma. Por esto, el

aprendizaje de tan divina canción es natural. Todas las religiones tienen sus plegarias, todos los cultos sus demostraciones externas, siendo quizá la más expresiva y atrayente el canto. ¿Por qué la religión del patriotismo ha de carecer de este rito?

ANTAÑO, se acostumbraba en las escuelas, durante ciertas horas del día, invocar a los genios tutelares. Los niños levantaban sus dulces vocecillas, rememorando los perfumes de alguna mística flor de la leyenda. La plegaria infantil resonaba en las aulas, y el inocente rezo iba viajando por los países del sagrado escorzo.

¿POR qué ahora no ha de ser reglamentario que en todos los planteles, al empezar la faena escolar, se entonen las armónicas estancias del Himno Nacional? ¿Qué mejor oración que ésta en el templo de Minerva? ¿Qué agradecimiento más férvido al concluir los torneos intelectuales? Enternecedor y bello espectáculo el de la niñez agrupada en torno de su sacerdote—el maestro, dispuesto a preludiar el saludo a la madre patria. Melodía sublime la de esta oración cívica que obra milagros, entusiasma al indiferente, encumbra al humilde, purifica al culpable, da honradez al desleal.

HAGAMOS que el niño ore así por la pa-

tria, que la evoque a cada momento; enseñémosle a que al despuntar el alba y en el véspero, antes y después de sus trabajos, se encomiende a ella de corazón.

EN la progresista República Mexicana que ilustraron Juárez y Prieto se estableció, tiempos ha, el hábito saludable de la oración patriótica. El célebre poeta, subsecretario que fue del Departamento de Instrucción Pública, Justo Sierra, llamó con mucha razón a esta noble ceremonia “plegaria cívica”. Porfirio Díaz la implantó. Cuando este pueblo olvidó ese rezo, se empapó tristemente en sangre. En Alemania, el grande amor cívico, hábil y sabiamente difundido de pueblo en pueblo, fuerza al más ingrato a amar a su patria. Desde la escuela, en los jardines infantiles, ensayan, como el primer acto de su vida, este canto: “¡Oh, patria mía!, yo te juro amarte fielmente hasta la tumba; todo te lo debo, lo que tengo y lo que soy”.

EN cada plantel de educación, por ínfimo que sea, abundan los bellos manuales de enseñanza cívica, y por lo menos cuatro veces a la semana se consagra una clase entera al cultivo de la patria. El maestro de escuela es, ante todo, un fervoroso patriota que entona con sus alumnos muchos himnos a la patria.

VIVA siempre, desde la escuela, el amor a la patria, como una religión, como una diaria liturgia. Necesitamos de esta fe en la pedagogía del ciudadano en ciernes, a fin de que, desde la cuna si es posible, el nombre de la patria que pronuncian los labios vaya penetrando en el corazón y le impulse a hechos grandes, a empresas de cordial sublimidad.





MUÑECOS

(FRAGMENTO)



DESDE el reducido espacio del pizarrón, por medio de exactas demostraciones, se han hecho más conquistas en el mundo que en los vastos campos de batalla. Esto prueba que la educación, el estudio son las mejores armas. “En el antejo de Galileo han muerto más dioses que en la Ilíada”, decía con razón Antonio Zozaya. Jamás vencieron los más fuertes sino los mejor educados. Maestros de escuela alemanes pelearon contra la Francia y sitiaron a Sedán.

CUANDO la frivolidad se enseñoera de las generaciones jóvenes, la sociedad está perdida, porque decrecen sus energías. ¿Para qué esperar de esa fantástica juventud hon-

da moralidad, espíritu de sacrificio, sólida instrucción, si su vivir es ligero, infecundo, hueco? Placeres y holganza, consejeros únicos de los jóvenes superficiales: hablan a humo de pajas de lo que no entienden, se burlan de lo que no conocen ni siquiera han hojeado, critican con aire magistral lo que solo de oídas han podido coger al vuelo, prejuzgan siempre. En la pipa de su frágil criterio, todo se convierte en humo que pasa como un sueño. Libros, obras de arte, bellos actos humanos, vidas intensas, mérito, heroicidad, todo es inmisericordemente despedazado por aquellos bárbaros que, como las hordas de Atila, han llegado a romper el buen gusto, la verdad y el sentido común, no desde los Campos Cataláunicos, sino desde el desierto de la Frivolidad, tierra estéril en la que el cardo ahoga a la blonda miés.

Su sabiduría la adquirieron de un modo tan improvisado, tan apurado, que me recuerda el cuento de aquel Jacob, de Simla; que se creía heredero de los milagros de Moisés. Invitado después de opípara cena a que ejercitara alguna de sus habilidades, pidió los bastones de los comensales y de entre ellos escogió el de puño de plata y forma de sarmiento—que pertenecía a un general—y le introdujo en el agua de una pece-
ra que había sobre la mesa. Al punto las

raíces que iban brotando del extremo inferior del bastón llenaron el recipiente, en tanto que del superior salían retoños con hojas y racimos que maduraban rápidamente, hasta que después de diez minutos Jacob servía sabrosas uvas. Tal milagro se opera en el cerebro de los jóvenes frívolos.

CAUSA grima oírles sus apreciaciones acerca de tantas cosas respetables, de tantos problemas dignos de meditación y de análisis.

—¿PERO conoce a conciencia al autor que es blanco de la crítica de Ud., preguntábale a un jovenzuelo presuntuoso.

—No lo he leído; pero no me gusta. Se me antoja que no sirve, me respondió muy suelto de huesos.

Y ASÍ, antojadizas, temerarias son las sentencias contra tantas reputaciones de valía que, abonadas por la cordura e imparcialidad de los siglos, en un minuto son pulverizadas por charlatanes sin conciencia.

ESTOS muñecos de resorte que hablan por boca de ganso, arruinan a ciertas superficiales naciones de la América, porque las cubren con su deslumbrador manto de ignorancia. Más que esos aparatosos jovenzue-

los vale el maravilloso muñeco de Masakichi, el prolijo artista japonés que lo formó de dos mil piezas de madera.

DISCIPLINA de hierro, honradez acrisolada, estudio sereno necesita la juventud. Sean sus prendas predilectas el buen juicio, y no la locura, la bondad y no la acrimonia.

PARA su progreso y hegemonía requieren las naciones hombres de lucha, firmes caracteres, sociólogos no falsificados, poetas que canten la agricultura y la transformación del arrenal en selva frondosa, jóvenes de meditación y de valor, y no muñecos, doradas apariencias, frivolidades.

HUBO cierto superior de un plantel de educación que era un Narciso por su hermosura: joven, alto, esbelto, de florida barba y expresivos ojos; pero nulo en sus conocimientos y, lo que es más, sin pizca de energía. Los muchachos, perspicaces de suyo, le inventaron este picaresco acertijo: “¿En qué se parece el tal rector al choclo? He aquí la respuesta ingeniosa: “En que, como el maíz en leche, tiene barbas y no es hombre”.

BUENA es la elegancia; pero mejor la sobria distinción, aquella corrección británica libre de exageraciones chillonas y transpa-

rencias que chocan.. Así debe de ser el talento: sin afeites, añadiduras, ni chirimbolos.

Voy a intentar el esbozo de los muñecos, tomando los pálidos colores y los desvaídos matices de la paleta de las distintas capas sociales y de los diversos estados de educación. Al que se me va presentando le voy poniendo por delante un espejo. Si en él se reproduce fielmente, no podrá confundirse con el vecino. Yo no hago sino recordar, copiar lo que ví reflejado en la bruñida lámina social.

MUÑECOS disfrazados de bachilleres, de militares, de emplomaniacos, de literatos, de aristócratas, de periodistas, de universitarios, de provincianos, de *chullalevas*, venid, venid. Terso está el cristal biselado. ¿Qué es lo que en él se reproduce? Atended.

I

DESPERDICIAIR seis o siete años de la mejor época de la vida en ojear apenas, con ojos de miope y de perezoso, cosas que en la práctica sirven de bien poco o son la causa de prejuicios para futuras orientaciones; muy pobre aspiración es, miserable desperdicio de tiempo.

EL muñeco bachiller—al que le es ínsita la ignorancia—conviértese en un zángano insufrible para la sociedad.

SE gradúa a mal y mal cabo, muchas veces examinado por quien le preparó por la paga, *calentando* los conocimientos sin ahondarlos. El interés de aquel inescrupuloso profesor es aprobar a su alumno especial, por más que lo poco que recuerde pueda encerrarse en un cascarón de nuez. Otras ocasiones el interrogador sabe tanto como el que contesta, es decir que ninguno acierta a darse cuenta donde está parado o, mejor dicho, sentado. Hay examinadores a quienes se les seca la saliva en la boca, tales son las amarguras por las que pasan al esforzarse en fingir conocimientos. Les toca discurrir acerca de materias que en su vida saludaron. Las nimiedades que suelen preguntar son indignas del bachillerato: muchas de ellas, nociones infantiles, cosillas sobadas en la escuela.

Así se forman unos cuantos bachilleres. Cuando les toca tesis por escrito, haría llorar a una piedra la pésima redacción, la vergonzante ortografía y los errores de concepto en que abundan. Y así pasan, orlados de la sapientísima muceta. Concluído el acto solemne, se entregan a la francachela en unión de los que les facultaron el barato triunfo: nobleza obliga.

EL muñeco bachiller es un pedante social, cuando no un ser inferior, un infeliz. Tímido, no tiene alientos para presentarse en público; es un fracasado más que el colegio arroja al mundo. No le enseñaron la realidad de la vida sino algunas prenociones rutinarias. Sería menester que, cual a nuevos ascetas, se les tenga enclaustrados en alguna Trapa o Cartuja, a rumiar, a profundizar lo que aprendieron, para que sean entonces útiles a la patria. Mientras esto no suceda, o se varíe el plan de enseñanza, un considerable tanto por ciento de bachilleres es lujo desperdiciado, costosa decoración. Se roban brazos a la agricultura y se abren las puertas de la vagancia en forma de algún empleo, ya que algunos cargos se habilitan con sólo el bachillerato.—¡Qué se les pudiera inspirar amor a la naturaleza! ¡Qué aprendieran a admirar el hundimiento del crepúsculo al través de nuestras cordilleras andinas, a sentir en sus frentes juveniles el soplo vivificador de la tierra fecunda, el ansia de inmensidad agrícola, la caricia del bosque, fuentes de riqueza!

II

EL muñeco militar es un Napoleoncito de cartón: elegante, majestuoso, coranvobis de prusiano, sobre todo a la jineta; pero liviandad, aire, ahuecamiento en su interior, vacío

de méritos. Viste bien, gasta guantes, estropea caballos, reluce botonadura dorada, espolín de argento e irreprochables uniformes, rechina con despotismo las claveteadas botas y... nada más. En caso de un combate, tose con arrogancia, escupe por el colmillo, dirige proclamas filosóficas y telegramas de relumbrón, cala el chapeo, mira al soslayo, vase y... no hay nada, como en el cervantino soneto con estrambote. Ah! de repente hay algo: una derrota; que resulta honrosa, un desastre que pasa por triunfo, con paradoja y todo.

TRANSCURREN años, y aunque su orgullo se ha vuelto tan voluminoso como un zeppelin, no puede amagar la más ridícula y vergonzosa de las revoluciones: a lo mejor, capitula miserablemente. Tal la apotheosis de este mariscal de afrecho. Ayuno de ciencia militar, conduce a sus soldados al atolladero, a dejarse asesinar tristemente en lo intrincado de la selva, o los baja a una playa de mar para que en la probable rota les trague la marea. Ni cartografía, ni balística, ni castrametación son ciencias militares que vió siquiera por el forro. En cambio, es ducho en rocambor, béciga, *pockar*, *bacará*, revirada.

TRUNCÓ su carrera académica para ir a vegetar en un cuartel. Desde entonces, vol-

teó la espalda a las bibliotecas y cerró sus libros. El pésimo estudiante se transformó en cadete a la moda. Sus amigos familiares: el juego, las hembras, el alcohol. Conoce de pe a pa las variantes del tango argentino, del danzón cubano, del *hesitation waltz*, del *one* y del *to step*, del *fox trot*, del *lame duck* y de la *maxixe*. Su delicia, los obscenos *couplets* o cantares groseros.

AFEMINADO, ridículo, acostumbrado a una vida fácil, desprovisto de hábitos de trabajo y de aptitudes para luchar contra la adversa suerte, a la menor contrariedad—preludio de campaña, comisión delicada, amago de tiroteo—tiembla, se subleva, traiciona a la patria. Cuando no tiene valor para tanto, se deja matar sin protesta, oscura, vergonzosamente, víctima de su ignorancia y cobardía.

¡PERO para solicitar ascensos no tiene parecido! Provoca lluvia de recomendaciones, agiganta los hechos más insignificantes, metamorfosea en batalla campal la chamusquina entre cuatro negros bozales. Suplica, lloriquea ante el congreso, rastrea por el ministerio de la guerra. Llegará a ascender, aunque sea después de impudorosa reconsideración. Con las insignias de general, sus aspiraciones van hasta la presidencia de la república, sin pararse en veda-

dos medios ni dejar de urdir maquiavélicos planes.

LE falta la incommovible base de la educación: dominio de sí mismo, sentimiento del honor, espíritu de disciplina y cultura académica. Si no consultó siquiera las biografías de los grandes capitanes, las vidas paralelas de Plutarco, las hazañas de Federico II, Bolívar, Sucre, Napoleón, Guillermo II, ¿cómo puede soñar en grandes hechos que le acrediten como jefe y estadista?

OTROS muñequitos militares—mujerzuelas con galones—son los modernos conquistadores de fortunas, los que imitan el rapto de las Sabinas, zánganos de la sociedad, mercaderes de cantina, azote del salón aristocrático y del hogar plebeyo.

III

SUELE acontecer que de algún fracasado en sus estudios, por metamorfosis que se explica, se forma el avechucho empleomaníaco, murciélago repugnante, improductivo y perjudicial para las asociaciones humanas, porque vive entre las sombras de la delación, bajo chischibeo y enredo de comadres. Sin habilidad suficiente para empujar la última rueda del carromato administrativo, créese con fuerzas para todo, y se aventu-

ra únicamente a prestar la promesa constitucional, por esotérica que sea la función a que se le destine. No tiene otra escuela que la de arrancar, a fuerza de zalamerías y sudores, el ansiado nombramiento al compadre ministerialejo, al connotado que ni siquiera le reconoce por tal.

LA escasez de ensayo y nociones respectivas del empleado, según el ramo en el que vegeta, redundan en menoscabo de la sociedad, que se ve gobernada por mentes romas y manos inexpertas. Si quien debe vigilar por la instrucción pública es un patán que ignora la razón de ser de la pedagogía; si quien dicta leyes sabe tanto de ciencias públicas y de legislación como de zapatería; si el que está al frente de las rentas del Estado no barrunta una palabra de finanzas, de economía política y de las enseñanzas de la estadística; si quien es jefe del ejército no es un Joffre ni mucho menos, no entiende ni de organización militar ni de matemáticas y hasta desconoce el nombre del primer estratégico de los siglos—Jenofonte; si quien cuida del fomento del país no tiene idea clara de sus fuentes de riqueza ni del progreso y quien estimula la justicia nada sabe de códigos penales y sistemas carcelarios, de antropología y de sociología, no será república platónica la de empleados tan flamantes.

ESTOS muñecos de resorte, movidos arlequinescamente por el poder ejecutivo, son la ruina de las naciones. Carecen de espíritu de iniciativa, de voluntad propia, de fundamento científico, de abnegación y de fanatismo por sus deberes para distinguirse en el ministerio público.

CUENTAN de Emilio Rathenau (que ha popularizado el A. E. G., o sea la empresa industrial más gigantista de Alemania, la "Allgemeine Electricitäts Gesellschaft"), que desde Berlín gobierna el mundo de la electricidad en las cinco partes del globo. Este hombre de energía prodigiosa—digno émulo de Ballin y de Thyssen—se formó por cuenta propia y surgió de la nada para dar cabida después a millares de empleados útiles a su patria. Su fortuna debe a una visión al parecer diminuta que inadvertida hubiera pasado para la generalidad. En París, en la Exposición Eléctrica de 1881, contempló la incandescente lamparilla que exhibía Edison. Fue una revelación: de esa mina eléctrica extraería su colosal tesoro que monta a doscientos millones de libras esterlinas. Con ardor de iluminado, púsose a abaratar el servicio de alumbrado por calles y casas de Berlín, hasta dejarlo al alcance de los más pobres hogares. De esta clase de mecánicos que proporcionan empleos y trabajo provechosos ha menester la grande-

za de las nacionalidades. Ocupaciones así matan a la empleomanía, disminuyen la succión de la savia del país, que se vigoriza con el alimento de la industria, especialmente de la agricultura.

EMPLEOMANÍA es falta de fuerza vital en una comarca. Allí donde la pobreza pública y la negligencia individual son pródromos de anemia de honras y bolsillos; allí donde el rumor de las máquinas se apaga y las flores del campo se marchitan, la empleomanía arraiga como un pulpo de ponzoñosos tentáculos.

TRISTE república la que no educa a sus hijos para las fatigas de la vida práctica, y se ven compelidos éstos por el acicate del hambre y de la necesidad a mendigar del Estado un destinillo, ya que no encontraron caminos y aplicaciones para otros trabajos y aplacimientos de aprendizaje lucrativo. El funcionario público debe honrar el cargo que le dan para que luzca sus facultades, y no solicitarlo con gimoteos. Si al fin lo alcanza porque se arrastró, es señal inequívoca de que no resulta el más a propósito para desempeñarlo.

¿No hemos visto en tantos pueblos chicos, cacicazgos disfrazados de república, hombres comodines, que sirven para todo,

que monopolizan los puestos de la esfera administrativa, sin la preparación suficiente para ninguno ni el ascenso por la escala de la práctica y de los merecimientos? Muñecos de la empleomanía, elásticos cual el caucho y manejables como si fueran de goznes, son el descrédito del gobierno que a la postre se cansa de jugar con ellos. Son los flamantes salomones, talentos universales que presumen de aptos para todo y que en realidad para nada de consistente valen: el fatuo humo de querer entender de todo, les hincha como al pato de la fábula de Iriarte; pero al fin alguien les reprende así:

“Seo guapo!
No hay que echar tantas plantas;
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo;
Y así tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo
Sino ser diestro en algo”.

LLEGADO el caso, quedan como impróvidos e ineptos, aunque floten como el palmípedo.

EL muñeco—empleado es triple extracto de servilismo, envidia y chismografía. En el afán de no disgustar a sus jefes o superiores, en el prurito de ascender a mayor soldada, pasa por la criba de humillaciones

y vergüenzas, de chismecillos e intrigas, de palideces y tristezas por el bien ajeno. Finge *que está muy adentro* de los secretos del Estado, desbarata conspiraciones, pronostica crisis ministeriales y es eterno sabidor de los decretos, acuerdos y resoluciones del presidente, o de la mínima variante administrativa. Su monomanía aborta en cambios y cálculos: el político de oficio resulta ridículamente ayuno de información.

CON la vista baja y las manos para atrás, agobiadas las espaldas en actitud de una genuflexión, se pasea con el humor negro del que se enfurece por la dicha del extraño: está devanándose los sesos para tirar planes y maquinar tramas a fin de perpetuarse en el puesto o atrapar otro más lucrativo. Lo principal es la renta: el saber poco le importa. Deletrea al dedillo el presupuesto nacional y todo lo relacionado con gastos y sueldos del erario. Tal su ciencia infusa, amén de la rutina matadora.

IV

EL muñeco literato, para su capote, se considera genio. Con bombo y platillos anuncia, con un año de anticipación, sus disparatadas lucubraciones. Se dedica a sí mismo artículos encomiásticos, críticas rimbombantes y hasta... necrologías, no sé si

por imitar a Enrique Beyle o quizá al chiflado de Vargas Vila, quienes se hacían pasar por muertos. Suele tutear a los más grandes talentos, no sin acompañar a su despectivo manoseo una mueca de conmiseración archiolímpica. Benavente, Galdós, Azorín, Bobadilla, José Ortega y Gasset no son gran cosa, dice con aire pontifical. Apenas puede darse un sér tan insufrible. Su tono autoritario es de dictador. González Blanco es un majadero y el vigoroso Joaquín Costa un simplón para este mamarracho literario que tiene el atrevimiento de apocar a Montalvo porque fustigó a tontos, pícaros y pseudo-aristócratas.

SU barniz literario se borra con el viento. En el escaparate de sus curiosidades de erudito a la violeta, guarda muchos cachivaches, porque no hizo estudios serios, ni se quemó las pestañas para aprender a analizar un libro clásico y sacar de él todo el partido posible. Como al vacío, tiene horror a la gramática. Vive firmemente convencido de que esta calumniada señora es un fósil que no priva en lo moderno.

¿PARA qué se ha de tomar uno la molestia de profundizar nada, si la vida es tan corta y el genio muñequil nació sabiéndolo todo? Por esto improvisa revistas y atropelladamente publica libros, con más apararato que

el parto de los montes. ¡Qué engendros aquellos! A la vuelta de cada página, habría que preguntar en qué idioma está escrita, tan monstruoso es el galimatías. Campante predica el muñeco. Sus infalibles palabras son: "Es de buen tono ser incorrecto: Trigo, Baroja, Gener, Martínez Ruiz lo son a tambor batiente". Termina comparándose desvergonzadamente con ellos.

EL muñeco literato fanfarronea que ha leído cuanta biblioteca existe, indudablemente más libros que Menéndez Pelayo. Oidle disparatar y dictaminar como un oráculo; pero sus repeticiones a destajo son de tercera y cuarta mano, apreciaciones de oídas, juicios de ajena cosecha, pues carece de ideas propias, aunque afirma que es su musa Macaulay.

A UNO de aquellos muñecos literarios, tieso y delgaducho como un sarmiento, testarudo y terco cual un fanático musulmán, le aconteció morrocotudo chasco.

OCUPÁBANSE en cierto corrillo, que exhibía arreos de cenáculo literario, en despellejar a los autores, en garrotearlos con palo de ciego. Tocóle el turno de entrar en la plancha anatómica a Ramón Pérez de Ayala. El muñeco de mi cuento no había oído jamás tal nombre; pero para no quedarse cor-

to pontificó muy solemnemente de censor del poeta y novelista y le bautizó de mediocre. Alguien citó por ahí *La pata de la raposa* del autor de las sencillas trovas *La paz del sendero*. Parecióle al punto al rorro literario alguna obrilla jocosa o buena para muchachos, alguna candorosa fantasía infantil, algún abracadábrico relato del *Almacén de los niños*, y sublimó así su sentencia: “El rabo de la raposa” es un adefesio, pues Ayala ni siquiera ha hojeado a Buffon, Blumenbach, Broca, Quatrefages, Vogt y Schaffhauser para darnos ese cuento como los de Grimm, inferior a las fábulas de Lafontaine”. No faltó quien le repusiera en guasa: “Eres un oráculo”. Otro le tomó el pelo con esta pregunta: “Has leído las “Noches *legumbres*” de Cadalso? El muñeco no comprendió la burla.

NIMIEDAD sería apuntar que es de los que dice Arquímedes, muy fresco, y repite Epicteto, estropeando el nombre del estoico filósofo griego. No cito otras muestras de más bulto, porque el catálogo de adefesios sería interminable.

DEVOTO del modernismo ultra, todo lo clásico le parece rancio, por el mero hecho de ser añejo. Vive de la novelería su ilustración crepuscular que no da pie con bola.

PARA él, su único dios sobre la faz de la tierra es Rubén Darío, incondicional, ciegamente, sin que dentro del tabernáculo pueda penetrar otro profano por ejecutorias que ostente. Ciertamente que, como uno de sus libros, Rubén Darío es un *raro*. Se le tuvo un tiempo, que sin sentir se va alejando ya, como el porta-lira, según hoy se dice, de la poesía castellana. Causaron sus versos la sensación de lo exquisito, por su sabor exótico, con algo de escogido gusto arcaico, cosa que ignora el muñeco literario que no ha leído a Juan de Mena, al Marqués de Santillana y a Góngora. El autor del *Canto errante* apuró el licor de la vida en áurea copa y le fueron mano de santo los éxitos. Se embriagó con un licor extraño y soñó cosas muy bellas junto a deformidades de similar. Pero los licores raros no son los mejores cordiales. Se adquiere la dulce salud con medicinas enérgicas, con bebidas sin mezcla de zumo de adormideras ni extracto de sibaritismo, sino de sustancia y jugo vitales. Rubén Darío no supo curar los males de su época ni menos de su siglo, aunque comprendió la neurosis de la centuria, su ansia de novedad, el prurito de *exhibicionismo* y acertó a explotar la mina o el foco de estas enfermedades. Ha enervado el pensamiento haciéndolo muelle, afeminado, pulido, como brotado entre sedas y brocados. En sus primorosas *Prosas Profanas* aspira el

lector el gusto, el aroma de lo selecto; pero no la ráfaga de lo viril, el huracán de lo pasional. La juventud que tempranamente ha ido tras él es superficial, brillante, oropelina, *bibelot* frágil y dorado, joya de los salones de Luis XV: ha entrado en la mansión de la gracia, de la cuquería, de la remilgada hermosura, y no de la serena belleza. ¿Sacrilégio estas desnudas frases que causaron letal deliquio al muñeco literario? ¿Buscará al fin a los genios nutridos con médula de león?

OTROS títeres de las letras ni siquiera llegaron a interesarse por el nombre del que buriló *Prosas Profanas*; sin embargo, charlan por los codos. Jamás enriquecieron e ilustraron la literatura nacional, pues la proyección de sus pensamientos no es digna de tomarse en cuenta, porque cae en plano secundario. Sus frases de artificio son reveladoras de un pueblo enfermo, a la hora de la sicigia de su dejadez con su orgullo. Quienes van por el atajo, son degenerados, tontos enormes, disfrazados de eminencias intelectuales. Aquellas charlas, alguna de ellas momentáneamente feliz por lo descocada e hiriente, apestan, pasada la fugaz oportunidad, la frágil circunstancia. Estos serían los estérilmente fecundos, que escriben y escriben naderías, bagatelas y lujos y pujos de pobreza mental; mas en la multiforme

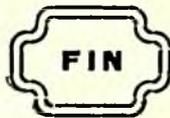
me especie están comprendidos también los de veras infecundos: alguna vez, con mucho dolor y desgaste de energías, dieron a luz raquítico y contrahecho feto literario, una estrofilla ruín, un opúsculo indigesto. Tal el mísero bagaje de quienes sudan después de cada línea. Son nulos de remate; pero muy hábiles para simular suficiencia. Su estudiado mutismo les vuelve genios. Si de tarde en tarde abren el pico a semejanza del cuervo de la fábula, sueltan el queso, es decir, el redondo disparate, por más que hablen ¡oh, dioses inmortales! en tono olímpico y desde el más encumbrado árbol social.

CUANDO tantas republiquititas hispano-americanas no abundan en buenas escuelas—aunque por lo menos vegete un remedo de universidad—, ni en vías de comunicación, ni en máquinas agrícolas, ni siquiera en un hospital modelo y una avenida anchurosa y artística—la calle estética que anhela Max. Nordau—; cuando cien pueblos incipientes exigen bríos juveniles para la tarea de fundar, crear y consolidar lo que no se ha empezado aún o lo que está en pañales o lo que carece de base; cuando la civilización metropolitana tiene todavía deo de burgo medioeval; cuando, pese a las mil constituciones y leyes onmiscientes, falta el rabo por desollar ¿nos conformaremos con que nos inunden los versos ripiosos y lloriqueantes,

los cuentos vesánicos y pornográficos, los sonetos de triste y trillado erotismo, las revis-tillas morbosas, las composiciones de enfer-mizo misticismo, las decadencias rimadas y los extravagantes modernismos cadenciosos, gárrula música de sesquipedales palabras, hueca aliteración sin sanas y nobles ideas?

DENNOS, en buena hora, literatura salu-dable, fortificante, de robustos pensamientos, educadora; literatura de belleza estable, se-rena, equilibrada; poesía nacional que corri-ja los males del país y mejore las costum-bres; versos que levanten los corazones y purifiquen las almas; poemas de exultación que nos consuelen e inyecten ánimo para la porfiada lucha por la patria y por el pan.

Nota.—El capítulo “MUÑECOS” forma parte de un volumen inédito. En la segunda edición de este libro, que se ha publicado bajo los auspicios de la I. Municipalidad de Quito, doy a conocer siquiera frag-mentos de aquéllos, tanto por la amable insinuación del H. Concejal, Miembro de la Comisión de Instruc-ción Pública, que informó acerca de la marcha de la estampación de esta obra, como por complacer a un querido y estrecho núcleo de amigos, compañeros en el periodismo y en el profesorado.



INDICE

	Págs.
Sarmiento.—Algunas ideas acerca de educación.....	1
La evolución de la enseñanza.....	89
Muñecas.—Algunas ideas acerca de educación.....	135
Las etapas de la vida.—(Acuarelas).....	261
La oración patriótica.....	341
Muñecos (Fragmento).....	345
Nota.....	366



Obras de Alejandro Andrade Coello.

Nociones de Literatura General.—(Segunda edición premiada por el H. Consejo Superior de Instrucción Pública).

Algunas ideas acerca de educación.—(Segunda edición decretada por la M. I. Municipalidad de Quito).

Vulgata Higiénica.—(Tercera edición).

Rodó.—Motivos de Proteo.—(Tercera edición).

Maldonado, Mejía, Montalvo.—Motivos Nacionales.—Tomo I.

La Ley del Progreso.—El Ecuador en los últimos quince años.

Vargas Vila.—Ojeada crítica de sus obras.—De “Aura o las Violetas” a “El Ritmo de la Vida”.

La Tentación.—Versos en agraz.

Las Brumas de Antonio C. Toledo.—Estudio crítico.

El Vía Crucis del Orador.

Nociones de Oratoria.—(Agotada).

Bellezas de los Siete Tratados.

Plaza.—(Folleto).

Revista Nacional.—(Publicación Científico-Literaria de cultura y propaganda ecuatorianas).

Por publicarse

Muñecos.—(Crítica de la educación masculina).

Motivos Nacionales.—Tomo II.

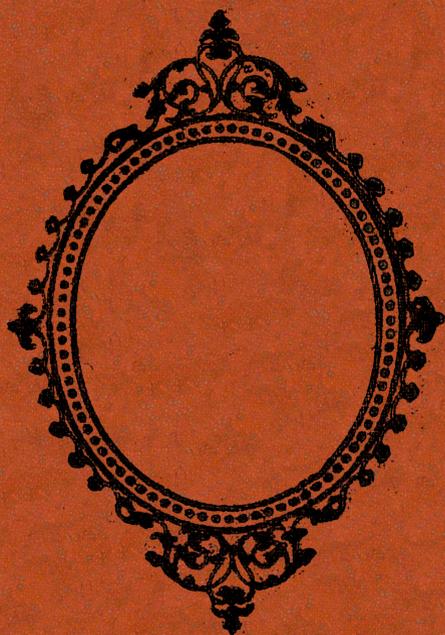
Los Fracados.

Tipos sociales.

Al Márgen del Parnaso Ecuatoriano.

La Enfermedad de los versos.—(Diagnóstico dedicado a la América Latina).

Sueño y Plegaria.—(La psicología de una vida).



A. Andrade Coello
ALGUNAS
IDEAS
ACERCA
DE EDUCACION

37
ANDR

A. ANDRADE COELLO



Algunas ideas

ACERCA DE

EDUCACION



SEGUNDA EDICION



QUITO-ECUADOR